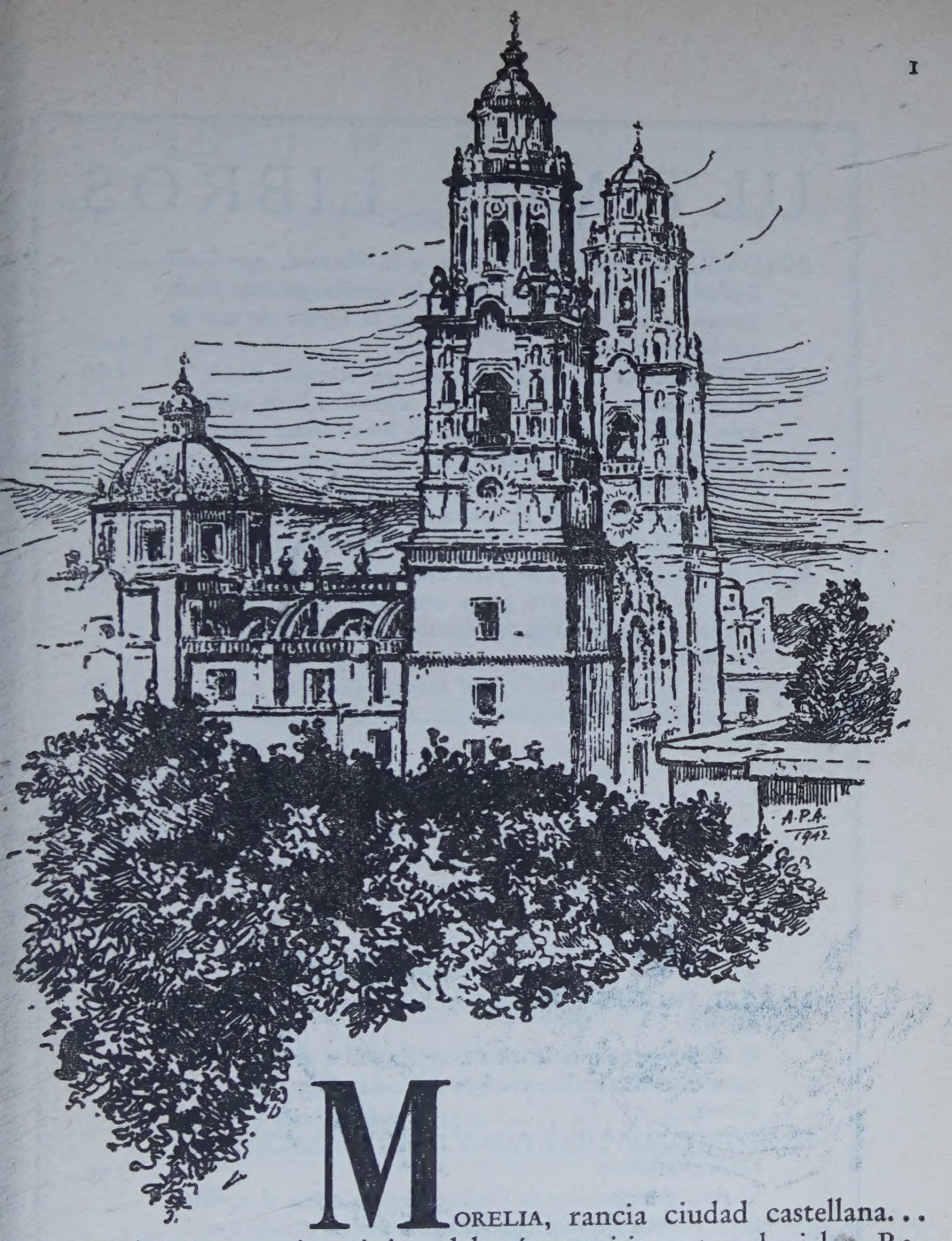
CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

4



MORELIA, rancia ciudad castellana... Aderezo de joyas arquitectónicas del más exquisito arte colonial... Relicario de interés histórico... Cuna de patriotas que ofrendaron su vida en aras de nuestra Independencia.

La Capital del Estado de Michoacán goza de merecida fama de ser una de las más bellas del país.

Tres rutas de los Ferrocarriles Nacionales de México conectan Morelia con la Metrópoli y permiten al pasajero transladarse con toda comodidad viajando vía Toluca, Celaya o Empalme Escobedo.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 4 Julio - Agosto de 1942 Vol. IV

INDICE

DIMENSION IMAGINARIA.

PAIS DE LIBERTAD

Los tiempos se están haciendo duros, difíciles. La hoguera tampoco a nosotros, como era de temer, nos ha perdonado. Campeón de la Libertad, México tenía que verse envuelto pronto o tarde en el conflico desatado por quienes no conocen otra supremacía que la de la fuerza bruta.

Mas México no creería en la Libertad si no creyera en aquello que la hace posible, en la razón de todos, en la mutua comprensión y conocimiento lo mismo entre individuos que entre pueblos. Nunca su visión del turismo se sometió al dictado de un interés material absoluto. El turismo ha sido también comprendido en México como un medio de acercamiento entre las naciones, si se trata de turismo exterior; de unificación nacional, en lo tocante al turismo vernáculo.

Para la venidera paz. . . —porque habrá paz y volverán los tiempos que los pueblos anhelan, y volverán con esplendor nunca visto—, para la venidera paz, México se prepara concienzudamente. Sus hoteles, sus vías de comunicación, sus servicios de todo género, están reorganizándose, recibiendo profundas mejoras. No se le oculta que pronto ha de verse en la necesidad de hacer frente al problema de proporcionar estancia cómoda, deliciosa, inolvidable, a los viajeros innúmeros cuyo desplazamiento se canalizará naturalmente hacia sus comarcas. Porque ¿qué país podrá competir con él en la riqueza de sus paisajes incomparables, en la variedad de sus climas, en el contraste que prestan sus recuerdos arqueológicos e históricos? . . . Si a todo esto se añade la proverbial amabilidad de sus habitantes, el colorido de sus costumbres típicas, nadie puede negar a México el título privilegiado de Meca del turismo.

Ni nadie debe olvidarlo.

F. L S.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO I VOL. IV

4

JULIO - AGOSTO
1942

MÉXICO, 1º DE JULIO DE 1942.

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS DE LA EDITORIAL CVLTVRA
AV. REP. DE GUATEMALA Nº 96, MEXICO, D. F.

S U M A R I O

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de
FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. C. L.
Iturbide 16. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

MEXICO EN GUERRA

Por *Manuel* AVILA CAMACHO

Desde el 22 de mayo México se encuentra en guerra. Una vez más ha abrazado, con todos sus peligros, la causa de la libertad del hombre y de los pueblos. Nadie como él ha sostenido en estos ominosos años una política internacional coherente y sin claudicaciones. Ninguna voz, al hablar de democracia y libertad, resuena, por tanto, con un timbre de soberanía comparable al suyo.

Tan justa, tan serena, aparece su actitud en defensa de los principios básicos de toda vida civilizada, que en vano se buscaría un documento, incluso de fuente particular, más diáfano y expresivo que el discurso pronunciado por el Presidente Manuel Avila Camacho el día 28 de mayo ante el Congreso de la Unión. Nada tiene México que encubrir, nada de qué arrepentirse. Más aún, es el único Estado americano capaz de rendir justicia a la República española honrando al ser humano en sus virtudes. Reviste todo ello tan elevada significación que CUADERNOS AMERICANOS *infringe su propósito de no publicar sino trabajos rigurosamente inéditos y se complace en recoger dicho discurso —documento histórico de trascendencia continental— proponiéndolo a la consideración de los hombres libres de la bolivariana, de la Libertadora América.*

HONORABLES MIEMBROS DEL PODER LEGISLATIVO:

Me presento a cumplir, ante ustedes, el más grave de los deberes que incumben a un Jefe de Estado: el de someter a la Representación Nacional la necesidad de acudir al último de los recursos de que dispone un pueblo libre para defender sus destinos.

Según lo informó oportunamente a la Nación el Gobierno de la República, durante la noche del 13 del mes en curso un submarino de las potencias nacifascistas torpedeó y hundió en el Atlántico, a un barco tanque de matrícula mexicana, el *Potrero del Llano.*

Ninguna consideración detuvo a los agresores. Ni la neutralidad del país al que la nave pertenecía, ni la circunstancia de que ésta llevase todos los signos externos característicos de su nacionalidad, ni la precaución de que el barco viajase con las luces encendidas a fin de hacer claramente perceptibles los colores de nuestra bandera; ni, por razones de derecho internacional y humanitarias, el deber de otorgar a los miembros de la nave la oportunidad de atender a su salvamento.

De los 35 tripulantes, en su integridad mexicanos, sólo 22 lograron llegar a Miami y uno de ellos, pocas horas más tarde, pereció víctima de las lesiones sufridas durante el hundimiento. Con la suya, fueron catorce las vidas segadas por el ataque de los países totalitarios. Catorce vidas de hombres jóvenes y valientes, sobre cuyo recuerdo la Patria entera se inclina con emoción.

Tan pronto como el Gobierno de México tuvo conocimiento del atentado, formuló una enérgica protesta que fué trasmitida al Ministerio de Relaciones Exteriores de Suecia, país que en diciembre de 1941 aceptó hacerse cargo de nuestros intereses en Alemania, Italia y Japón.

En dicho documento, México establecía que, si en el plazo de una semana, contada a partir del jueves 14 de mayo, el país responsable de la agresión no procedía a darnos una satisfacción completa, así como a proporcionarnos las garantías de que nos serían debidamente cubiertas las indemnizaciones por los daños y perjuicios sufridos, adoptaríamos las medidas que reclamara el honor nacional.

El plazo ha transcurrido. Italia y Japón no han respondido a nuestra protesta. Peor aún. En un gesto de menosprecio que subraya el agravio y mide la arrogancia del agresor, la Cancillería alemana se rehusó a recibirla.

Pero no se limitó a esto la alevosía de los Estados totalitarios. Siete días después del ataque al *Potrero del Llano,* un nuevo atentado se llevó a cabo. En la noche del miércoles 20, otro de nuestros barcos, el *Faja de Oro,* fué torpedeado y hundido frente al litoral norteamericano, en condiciones idénticas a las que se registraron en el caso anterior.

Esta vez, también, tuvimos que deplorar la pérdida de un valeroso grupo de compatriotas. De los 35 tripulantes



El Presidente Avila Camacho leyendo su discurso de declaración de estado de guerra ante el Congreso de la Unión

L'ITALIANO

Vistosi premi in palio per il prossimo Concorso Pronostici sul Campionato di Calcio

IL POPOLO
Gazzetta della Sera

Anno 90 N. 204 — Venerdì-Sabato 27-28 Agosto 1937

SANTANDER
SPLENDIDA VITTORIA ITALIANA

Franco esalta in un telegramma a Mussolini l'ardimento e la perizia dei nostri legionari - La risposta del Duce: «L'intima fraternità d'armi è garanzia della vittoria finale»

Il contributo di sangue italiano in dieci giorni di dura battaglia: ufficiali 16 morti e 60 feriti; soldati 325 morti e 1616 feriti

Entusiastico plauso del Capo del Governo agli eroici legionari

Il generale Teruzzi telegrafa:
"LA CONSEGNA DEL DUCE E' STATA ESEGUITA,,

I telegrammi tra il Duce e Franco

Un bilancio di gloria

Roma, 27 agosto pom.

Nella battaglia che ha condotto alla presa di Santander le truppe legionarie italiane hanno avuto, dal 14 al 23 corr., le seguenti perdite sinora accertate: Spagna.

Ufficiali: morti 16 feriti 60.

Truppa: morti 325, feriti 1616.

Gli elenchi dei gloriosi Caduti saranno pubblicati non appena giunti dalla Spagna.

Il rapporto dei comandanti le colonne legionarie

Ordine del giorno di S. E. Russo alle Camicie nere armate

Salvatori dell'Europa

Il Gran Consiglio convocato per il 7 ottobre

Il Consiglio dei Ministri si adunerà il 19 ottobre

Il Comitato Corporativo Centrale si riunirà l'11 ottobre

Delicadezas de la NO-INTERVENCION
(Primera página del diario italiano IL POPOLO *de 27-28 de agosto de 1937)*

de la nave a que me refiero, 6 han desaparecido. Los 29 restantes, recogidos por un guardacostas de los Estados Unidos, llegaron a Cayo Hueso en la mañana del día 22 del actual; uno de ellos falleció a bordo del guardacostas y seis se encuentran heridos.

Todas las gestiones diplomáticas han terminado y se plantea ahora la necesidad de tomar una pronta resolución.

Antes de someter a ustedes la proposición del Ejecutivo, deseo declarar solemnemente que ningún acto del Gobierno o del pueblo de México puede justificar el doble atentado de las Potencias totalitarias.

El resumen de los acontecimientos internacionales desarrollados durante los últimos años constituye la más elocuente demostración de la impecable actitud de nuestro país y de lo inicuo del atropello que se nos hace. Tan pronto como la agresión del Japón y de Italia se proyectó contra China y contra Etiopía, comprendimos que había principiado una época en la que todos tendríamos que asumir responsabilidades de alcance trascendental. Los hechos no tardaron en revelar que los más sombríos pronósticos iban a realizarse. En 1936, fué la guerra de España, golpe de estado internacional que, con la apariencia de una revolución de finalidades nazifascistas, hundió al heroico pueblo español en un mar de sangre.

En 1938, tocó el turno a Austria, amagada por la superioridad de un ejército frente a cuyas armas se vió en la obligación de aceptar las condiciones de una anexión ultrajante e ignominiosa. En 1939, asistimos a la desaparición de Checoslovaquia y de Albania. Y, poco después, a la invasión de Polonia. Este último hecho, por los compromisos políticos que violaba, obligó a Inglaterra y a Francia a declararse en estado de guerra con Alemania.

A partir de entonces, las agresiones se sucedieron con un ritmo cada día más rápido y más cruel. Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y el Gran Ducado de Luxemburgo fueron cayendo, en espacio de pocos meses, vejados en su posición de neutralidad por Gobiernos para quienes los tratados son letra muerta, los derechos simples ficciones y el cumplimiento de la palabra empeñada un argumento carente de validez.

El colapso de Francia y la entrada de Italia en la gue-

rra, dieron ocasión a Alemania para aumentar su lista trágica de injusticias, destrozando la varonil resistencia de Grecia y de Yugoslavia; imponiendo a Rumania un Gobierno sumiso, a Hungría bajo el yugo de la política agresora, atando a Bulgaria con los Estados Imperialistas y preparando así, brutalmente, la acometida contra Rusia.

El nuevo paso a ejecutar ideado por los nazifascistas iba a ser el aplastamiento del pueblo ruso. Pero, contra la capacidad combativa de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas ha fracasado el poder ofensivo de los ejércitos de Alemania. El arrojo de los defensores de Moscú y de Leningrado permitió el establecimiento de un frente enorme, en el que está librándose en estos momentos la más grande de las batallas de que tiene noticia la humanidad.

Mientras tanto, en la sombra, como lo había hecho Italia desde la iniciación de la guerra hasta la derrota de Francia, el tercer actor de este drama se disponía a entrar en escena agrediendo a los Estados Unidos en las Islas Filipinas y en Hawai. Con el ataque a Pearl Harbor y a Manila, el Japón extendió todavía más el campo de las operaciones militares y el conflicto se presentó —hasta para los más ignorantes e impreparados— como lo que era realmente desde un principio; es decir: como el intento de sojuzgar al mundo entero.

América no podía dejar sin respuesta la provocación de los jefes totalitarios. México, que tras de expresar su simpatía por la causa del pueblo chino, se había opuesto a la guerra de Etiopía y había tendido su mano desinteresada y amiga a la España Republicana; México, que protestó contra la anexión de Austria y contra la ocupación de Checoslovaquia; México, que condenó la violación de la neutralidad de Noruega, de Holanda, de Bélgica y del Gran Ducado de Luxemburgo, así como las campañas contra Grecia, Yugoslavia y Rusia, levantó también esta vez su voz. Y, leal al espíritu de los compromisos adquiridos en las Conferencias de Panamá y de La Habana, rompió desde luego sus relaciones diplomáticas con Alemania, Italia y Japón.

Antes de llegar a esa ruptura, Alemania había pretendido vulnerar en varias circunstancias el sentido de nuestra soberanía, ya sea exigiendo la adopción de determinados

sistemas que no estaban de acuerdo con nuestra voluntad política nacional —según ocurrió en ocasión de la imperiosa nota enviada a la Secretaría de Relaciones Exteriores con motivo de la inclusión de ciertas empresas en las listas negras formuladas por el Gobierno Norteamericano— ya sea ordenando, de la manera más descortés, la clausura de nuestros Consulados en la zona ocupada de Francia.

En uno y en otro casos, la reacción de México fué inmediata. A la nota del Ministro Alemán sobre el asunto de las listas negras, contestamos rechazando la intervención de su Gobierno. Y a la orden de clausura del Consulado Mexicano instalado en París, correspondimos con la supresión de todas las agencias consulares que nuestra nación tenía establecidas en Alemania y con la cancelación del exequátur de que gozaban los Cónsules alemanes en la República.

Estas medidas, que hacían honor a nuestra dignidad, demostraban claramente que nuestra intención no era belicosa. Sabíamos demasiado bien lo que significa la guerra y, por mucho que nos hiriese la injusticia de los países totalitarios, juzgábamos que las disposiciones adoptadas ponían a salvo nuestro decoro y seguían la línea de conducta que aconsejaban la prudencia del Gobierno y los propósitos del país.

Igual criterio nos guió al enterarnos del estado de guerra existente entre los Estados Unidos y Alemania, Italia y Japón.

Ustedes, que conocen el escrúpulo con que el Gobierno ha procurado siempre atender las aspiraciones justas de la opinión pública, podrán imaginar sin esfuerzo el incomparable problema que representó para el Ejecutivo el elegir entre las diversas responsabilidades que en ese instante solicitaban mi conciencia de gobernante y de mexicano. Dos caminos se ofrecían entonces a México. Uno, el de la guerra. Otro, el de la cesación de todas nuestras relaciones con los Estados nazifascistas. Al optar por esta última solución, creímos interpretar adecuadamente el deseo nacional.

Debo añadir con satisfacción que nuestra actitud coincidió con la de la mayoría de las Repúblicas del Continente y que mereció una aceptación general en la Junta de Cancilleres de Río Janeiro.

El cuadro que acabo de trazar describe con exactitud la situación en que nos hallábamos el día 13 de mayo. Unidos a los demás pueblos libres de este Hemisferio por los vínculos de la amistad panamericana, rotas nuestras relaciones con las Potencias imperialistas de Europa y Asia, procurábamos estrechar nuestra solidaridad con las democracias y nos absteníamos de ejercer actos de violencia contra las dictaduras. Los nacionales de Alemania, Italia y Japón residentes en la República disfrutaban de todas las garantías que nuestra Constitución otorga a los extranjeros. Ninguna autoridad mexicana los molestaba en el ejercicio de sus actividades lícitas; nadie los hizo objeto de persecuciones o de medidas de coacción. En otras circunstancias, hubiéramos podido estimar que nuestra paz no se hallaba amenazada directamente. Sin embargo, sentíamos que, dentro de la red bochornosa en que se ha convertido la historia de los gobiernos nazifascistas, México podría verse envuelto, contra su voluntad, el día menos pensado. Por eso organizábamos nuestra defensa y vigilábamos nuestras costas; por eso tomábamos las determinaciones indispensables para incrementar nuestra producción y por eso, en cada discurso, en cada acto público, repetíamos la exhortación de vivir alertas y preparados para el ataque que, de un momento a otro, pudiera sobrevenir.

El 13 de mayo el ataque vino. No decidido y franco, sino desleal, embozado y cobarde, asestado entre las tinieblas y con la confianza absoluta en la impunidad. Una semana más tarde, se repitió el atentado. Frente a esta reiterada agresión, que vulnera todas las normas del Derecho de Gentes y que implica un ultraje sangriento para nuestra Patria, un pueblo libre y deseoso de mantener sin mancha su ejecutoria cívica no tiene más que un recurso: el de aceptar valientemente las realidades y declarar —según lo propuso el Consejo de Secretarios de Estado y de Jefes de Departamentos Autónomos reunido en esta capital el viernes 22 del corriente— que, a partir de esa fecha, existe un estado de guerra entre nuestro país y Alemania, Italia y Japón.

Estas palabras *estado de guerra* han dado lugar a interpretaciones tan imprevistas que es menester precisar detalladamente su alcance. Desde luego, hay que elimi-

nar todo motivo de confusión. El *estado de guerra* es la guerra. Sí, la guerra, con todas sus consecuencias; la guerra, que México hubiera querido proscribir para siempre de los métodos de la convivencia civilizada, pero que, en casos como el presente y en el actual desorden del mundo, constituye el único medio de afirmar nuestro derecho a la independencia y de conservar intacta la dignidad de la República.

Ahora bien si el *estado de guerra* es la guerra misma, la razón que tenemos para proponer su declaración y no la declaración de guerra, obedece a argumentos muy importantes, que me siento en la obligación de aclarar aquí.

Tales argumentos son de dos órdenes. Por una parte, la declaración de guerra supone en quien la decide la voluntad espontánea de hacer la guerra. Y México sería inconsecuente con su tradición de país pacifista por excelencia si admitiera, aunque sólo fuese en la forma, que va al conflicto por su propio deseo y no compelido por el rigor de los hechos y por la violencia de la agresión. Por otra parte, el que declara la guerra reconoce implícitamente la responsabilidad del conflicto. Y esto, en nuestro caso, sería tanto más absurdo cuanto que los agredidos somos nosotros.

Atendiendo a estas circunstancias, la situación que expone el Ejecutivo es igual a la que escogieron, en septiembre de 1939, los Gobiernos de Inglaterra y de Francia al entrar en guerra con Alemania y, el 8 de diciembre de 1941, el Gobierno de los Estados Unidos al entrar en guerra con el Japón. Semejante modalidad, que responde a la verdad de las cosas y a la limpieza de nuestra vida internacional, deja a salvo nuestra doctrina jurídica, pero no disminuye la significación del acto, ni aminora sus riesgos, ni debe ser estimada como un paliativo a nuestra franca resolución.

El estado de guerra en que se encontrará el país si ustedes aprueban mi iniciativa, no querrá decir que México va a entregarse a persecuciones injustas. La defensa de la Patria es compatible con la tradición de generosidad y decencia mexicanas.

Tampoco significa que la vida interior de la República va a alterarse, suspendiendo aquellas garantías que puedan

mantenerse sin quebrantar el espíritu de la defensa nacional.

Debemos confiar mucho más en el patriotismo que en las medidas represivas. En el sentido cívico de la nación, más que en el uso arbitrario de la fuerza.

Pueden ustedes estar convencidos de que, antes de dar este paso, he tomado en cuenta todas las reflexiones que se habrán presentado también ante vuestro examen. Me he detenido, con reverencia, frente al panorama augusto de nuestra historia. Desde la época precortesiana y durante las luchas de la conquista, nuestros antepasados se caracterizaron por el épico aliento con que supieron vivir y morir por la defensa de sus derechos. Su recuerdo es una lección de heroísmo en la que encontramos un estímulo permanente para combatir contra todas las servidumbres. A partir de la hora de nuestra emancipación política, la vida exterior de México ha sido igualmente un constante ejemplo de honradez, de decoro y de lealtad. Fieles a los postulados de la democracia, hemos preconizado siempre la igualdad física y moral de los pueblos, la condenación de las anexiones por la violencia, el respeto absoluto de la soberanía de los Estados y el anhelo de buscar a todos los conflictos una solución pacífica y armónica. Tenemos la experiencia del sacrificio; no la del oprobio. Hemos sabido del infortunio; no de la abdicación.

Una trayectoria tan noble nos marca el imperativo de continuarla. De ahí que, al venir ante ustedes, no intente yo reducir la magnitud de las privaciones que podrá representar para todos nosotros, durante años, la determinación que propongo a Vuestra Soberanía. Soy el primero en apreciar el esfuerzo que va a requerir del país la situación en que nos hallamos.

Pero, si no hiciéramos ese esfuerzo, ¿no perderíamos, acaso, algo infinitamente más valioso que nuestra tranquilidad y que nuestras vidas: el honor de la Patria, el claro nombre de México?

Por comparación con los elementos que luchan para destruir la civilización del hombre, la impresión de lo desproporcionado de nuestras fuerzas se contrarresta cuando se considera que, entre nuestras armas, se encuentra el ideal, el derecho y el amor a la libertad, por los cuales están

combatiendo también las grandes y las pequeñas democracias del mundo.

La actitud que México toma en la presente eventualidad tiene como base el hecho de que nuestra determinación emana de una necesidad de legítima defensa. Conocemos los límites de nuestros recursos bélicos y sabemos que, dada la enormidad de las masas internacionales en pugna, nuestro papel en la actual contienda no habrá de consistir en acciones de guerra extra-continentales, para las que no estamos preparados. Nuestras fuerzas, por consiguiente, no se dispersarán; pero responderemos a los intentos de agresión de los adversarios manteniendo a todo trance la integridad del país y colaborando enérgicamente en la salvaguardia de América, dentro de la medida en que lo permitan nuestras posibilidades, nuestra seguridad y la coordinación de los procedimientos defensivos del Hemisferio.

Durante años, hemos tratado de permanecer ajenos a la violencia. Pero la violencia ha venido a buscarnos. Durante años, nos hemos esforzado por continuar nuestra propia ruta, sin arrogancias ni hostilidades, en un plano de concordia y de comprensión.

Pero las dictaduras han acabado por agredirnos. El país está enterado de que hemos hecho todo lo posible por alejarnos de la contienda. Todo: menos la aceptación pasiva del deshonor.

Señores:

Sean cuales fueren los sufrimientos que la lucha haya de imponernos, estoy seguro de que la Nación los afrontará. Los ilustres varones cuyos nombres adornan los muros de este baluarte de nuestras instituciones democráticas garantizan, con el testimonio de su pasado, la austeridad de nuestro presente y son la mejor promesa espiritual de nuestro futuro.

De generación en generación, ellos nos trasmitieron esta bandera que es el símbolo espléndido de la Patria. ¡Que ella nos proteja en la solemnidad y gravedad de esta hora en que México espera que cada uno de sus hijos cumpla con su deber!

TEMAS 1942

Por *Jesús SILVA HERZOG*

Todo en el Universo se halla sujeto a una transformación misteriosa y sin término. Lo mismo lo infinitamente grande que lo infinitamente pequeño; lo mismo la gota de agua y la gota de sangre que el árbol y la montaña; lo mismo el átomo que la estrella. Parece que en la mayoría de los casos los seres y las cosas cambian en el tiempo guardando ciertas relaciones con el volumen que ocupan en el espacio. El astro lejano, centenares de veces más grande que la tierra, necesita millones de siglos para consumar su proceso histórico; nuestro viejo planeta requiere sin duda tiempo menos dilatado, y todavía menor el satélite fulgurante que desde hace miles de años gira con preciso ritmo alrededor de nuestro globo. La montaña y el lago no siempre han sido como ahora son, ni tal y como son ahora serán en el futuro distante. Por eso se ha escrito la historia geológica del mundo. Decir historia es decir acontecer, transformación lenta o rápida, apacible o con violencia; es decir tragedia y mutabilidad, mutabilidad arcana y tragedia fecunda.

La vida, en el más amplio sentido del vocablo, es por su íntima y propia esencia continuo movimiento y perpetuo devenir; es como río caudaloso del que no se conoce la fluencia originaria ni tampoco el secreto paraje donde termina su destino. En estricto rigor nada retorna al punto de partida: la piedra que rueda de lo alto de la barranca, la hoja desprendida del árbol, la ola encrespada del mar, la flecha que lanza la mano del cazador, en fin, el embrión que germina en la matriz creadora de la mujer. Nada se detiene, nada es estático; todo es desenvolvimiento, vitalidad eterna y oculta vibración; todo es cambio perpetuo

en el espacio y en el tiempo, cambio que se descoge en un escenario de horizontes ilimitados.

La vida jamás se detiene, jamás se detiene la vida del individuo ni la vida de la sociedad. Sería preciso detener la historia, detener el tiempo por tiempo indefinido; sería preciso consumar el absurdo inaudito de desquiciar la vida sin desquiciarla. No lo olvidemos: lo único que en la existencia no cambia, es que todo cambia. Esta es una ley universal e inmutable, es la ley maravillosa y recóndita de la naturaleza misma de la vida y del hondo misterio de la muerte.

*

La historia de los pueblos es como una película cinematográfica que registra los variados episodios a través de las décadas y en relación con el ámbito geográfico. En ocasiones también ha sido y es intento de explicación del origen de tales episodios. Claro está que esto último siempre debiera ser; pero debiera ser siempre ahondando más en la entraña de los acontecimientos, cavando profundamente, no como el labrador que remueve apenas la superficie de la tierra, sino más bien como el minero terco y ambicioso que perfora la roca hasta encontrar la veta que codicia. El historiador no debe ser mero *repórter* del pretérito, debe ser arquitecto y sabio a la par, y debiera tal vez ser poeta también. Y es que en el estrecho maridaje de la razón y la intuición se encuentra la fórmula creadora de la ciencia y del arte del porvenir.

Aquí es quizás oportuno repetir de nuevo nuestro viejo estribillo: la vida social es transformación incontenible, transformación sin freno. Con cuánta claridad lo advertimos si viajamos con la imaginación en vuelo pretérito por el Egipto legendario, la Atenas que escuchaba el verbo inspirado de Platón, la Roma republicana y la Roma imperial de la decadencia, el mundo de la Edad Media en sus momentos de plenitud, el Renacimiento económico e intelectual, los agitados lustros del humanista Erasmo, la Inglaterra de la Revolución Industrial, la Francia napoleónica, el contradictorio siglo XIX y el momento sangrante

que hoy macera la entraña del progreso social. Barrancos profundos y anchurosos entre las diferentes constelaciones históricas; multiplicidad en el clima de los pueblos en marcha hacia la meta de sus aspiraciones, hacia la ciudad perfecta que diseñara el genio bondadoso de Tomás More. Cambio, cambio siempre, siempre, siempre... Y sin embargo, siempre ha habido y hay conservadores: personas conservadoras, grupos o partidos conservadores. Son los hombres útiles, sensatos y equilibrados, incapaces de vuelo, que se pasan la vida como la gallina en el corral picoteando en la alfombra del estiércol. El conservador se siente bien en el mundo tal y como el mundo es y piensa que así siempre será; sueña en la conservación de las costumbres, en la permanencia de los regímenes políticos, en la estabilidad de la economía; sueña en detener la vida sin darse cuenta que sueña, que sueña en algo tan imposible como la suspensión en el vacío del cuerpo que cayera de lo alto de una torre enhiesta. Puede a veces el conservador obtener victorias pasajeras; pero en todo caso, invariablemente, es al fin vencido más que por sus adversarios por la fuerza de la dinámica colectiva. El reaccionario es todavía peor porque quiere volver al pasado, desandar la vereda ya recorrida; quiere descubrir nuevos caminos en zonas históricas abandonadas por el hombre. No faltan ejemplos en que el reaccionario emplea un lenguaje novedoso y hasta subyugante. Habla del nuevo orden, de la creación de instituciones jurídicas y económicas que salvarán a la humanidad del caos en que se agita; habla siempre desde un escenario en que el truco y la pirotecnia atraen la atención del espectador. Pero todo, todo es falso; y el reaccionario en el poder, llámese como se llame, sea mediocre o genial, podrá construir una maquinaria destructiva perfecta, una maquinaria infernal que deshaga riquezas y siembre el terror y la muerte; podrá hacer nacer manantiales de lágrimas en los ojos de todas las mujeres y llenar de rabia y desesperanza el corazón de todos los hombres; podrá, al igual que el Rey persa de que nos habla el viejo y ameno Herodoto, demostrar su grandeza y su indignación mandando castigar con los látigos de sus esclavos al mar embravecido, al mar justiciero que se había tragado

a muchas de las naves invasoras de la Grecia libre, de la Grecia heroica, artista y sabia. Todo eso y mucho más podrá... mas a pesar de su omnipotencia y de su omnisciencia, jamás le será dable detener el crecimiento de las selvas vírgenes, el desarrollo biológico del ser viviente; jamás le será dable emparedar el pensamiento del hombre y mutilar su anhelo de justicia y su aspiración al goce de la libertad; jamás, por último, logrará que las corrientes históricas detengan su curso natural para volver hacia atrás y formar cascadas invertidas. Fracasará fatalmente el torvo reaccionario. Hay que saber esperar pero esperar luchando. Un buen día que de seguro no está lejano, será más diáfano el aire, más entusiasta el canto de las aves y más viva la luz de las estrellas. El dictador habrá sido vencido y ya no será sino un recuerdo trágico en la memoria de la humanidad.

El triunfo será siempre, sean cuales fueren los episodios del desenvolvimiento social, para aquel que sabe acoplar su pensamiento y su vida al ritmo de la vida, al pensamiento y a los propósitos superiores y legítimos de su generación. La meta no está atrás sino adelante y la victoria no es para los que reculan sino para los que avanzan en la noche, con rumbo hacia el oriente, porque así de ellos será, como diría Rubén, el alba de oro.

*

Después de la caída del Imperio Romano es difícil encontrar un ejemplo de mayor ajuste entre la conducta moral y la vida económica que durante los primeros siglos de la Edad Media, sobre todo en un ámbito universal o por lo menos con tendencia a la universalidad. Los Padres de la Iglesia establecieron una serie de normas en todos los aspectos de la existencia, y trataron de crear un mundo perfecto en el que tuvieran respuesta todas las interrogaciones. No escatimaron esfuerzo alguno tendiente a subordinar la economía a los principios esenciales de la doctrina de Jesús, y hay que reconocer, sin ambages, que en buena parte lo consiguieron. Así por ejemplo, se aseguraba que tanto el soldado como el mercader no entrarían al Reino

de los Cielos, no serían absueltos de sus pecados, nunca, nunca, ni siquiera en la hora suprema de la muerte; y es que el cristianismo en sus más puras fuentes originales, es promesa de paz y deseo fervoroso de amor hacia todos los seres. El cristianismo no podía transigir con la profesión de mercader porque implica treta y ventaja en perjuicio de los demás, ni tampoco con la de soldado porque su actividad se basa en la lucha enconada y asesina.

Pero bien pronto las necesidades mercantiles fueron ganando terreno y acabaron por imponerse entre los grupos más activos de la sociedad medioeval. Estas necesidades, gérmenes del mundo capitalista, encontraron después de las Cruzadas amplio teatro para crecer y afirmarse cada vez más; y al ensancharse el horizonte económico, con sus nubes preñadas de tormenta, se anunció a la distancia la nueva era, la era triunfal del mercader.

Algunos de los grandes teólogos de los siglos XIII, XIV y XV, se apartan de la Patrística y ensayan novedosas soluciones, con el fin de evitar las discrepancias entre la conducta moral y un capitalismo naciente pero ubérrimo de vitalidad. Los reformadores religiosos, particularmente Calvino, siguieron análogas direcciones. Había que ofrecer a los banqueros, armadores de navíos y comerciantes, en una palabra a la burguesía, una explicación religiosa y una serie de reglas de conducta de acuerdo con sus intereses financieros. R. H. Tawney, escritor inglés contemporáneo, dice que guardadas las proporciones de lugar y de tiempo y en un marco histórico más reducido, Calvino prestó a la burguesía de su época un servicio intelectual semejante al que Carlos Marx, tres siglos más tarde, prestó al proletariado internacional.

A partir del descubrimiento de América y de la epopeya de los conquistadores españoles, así como también de la constitución de las grandes nacionalidades y de la Reforma, el capitalismo se fortalece y progresa con celeridad sin precedente. El móvil económico ocupa el primer plano en la vida social, y el hombre ajusta su conducta a los ideales de la burguesía, los que consisten en la acumulación de riquezas, en la sed de lucro y especulación. El Cristo del Calvario, dios de los pobres y mendigos, fracasa en su no-

ble ensueño y es desplazado por una deidad latina resucitada: por el dios Mercurio, protector de comerciantes, fulleros y ladrones.

La Revolución Industrial y la Revolución Francesa señalan el momento en que el capitalismo se acerca a la madurez, la que alcanza su plenitud en el curso del siglo XIX. Los sociólogos, economistas y políticos que adaptan su pensamiento a los intereses de la clase privilegiada—burguesía dichosa y egoísta—afirman en todos los tonos que encontraron las leyes naturales del progreso colectivo y, en consecuencia, la ruta escondida de la felicidad sin horizontes ni fronteras. La libertad, la propiedad y la seguridad, forman el triángulo mágico, el triángulo luminoso perdido en el abismo del tiempo, al fin hallado para bien de la doliente humanidad.

*

El siglo XIX es el siglo del apogeo del capitalismo. Los beneficios derivados del progreso técnico y económico alcanzan solamente a la clase enriquecida en la industria, la banca y el comercio; a la burguesía poseída de fiebre de ganancias. Los trabajadores de las ciudades y los campos continúan viviendo en la mayor pobreza, sin posibilidad alguna o con muy escasas posibilidades de encontrar sitio en el banquete de los elegidos. La zanja entre los pobres y los ricos se transforma en anchuroso barranco; crece la injusticia y la desigualdad en la atmósfera social; y la lucha de clases, que se acentúa con perfiles siniestros, adquiere dimensiones sin ejemplo en la historia dramática del hombre. Paralelamente, la libre competencia se traduce en lucha también, lucha de comerciantes en contra de comerciantes, de banqueros en contra de banqueros y de industriales en contra de industriales; es una lucha vertical y horizontal, que abarca todos los sectores y envenena y rebaja la dignidad humana. La libre competencia conduce a la concentración económica: al monopolio y al trust industrial, bancario o comercial. La lucha que al principio no rebasa las fronteras de la nación se torna bien pronto internacional; se lucha para ganar los mercados y por la

adquisición de materias primas; empero, como las materias primas no existen ilimitadamente y los mercados son cada vez menos capaces de absorber la producción en serie de los países industrializados, viene como resultado lógico la guerra entre los grandes imperios, fruto inevitable del régimen capitalista, saldo triste y sangriento del dominio del mercader.

A lo largo de todo el siglo XIX y durante las décadas transcurridas del siglo presente, la lucha de clases por una parte, y la lucha económica entre los propietarios de los bienes de producción, por la otra, han hecho dura y desagradable la vida. Puede decirse en resumen, que los últimos tiempos, se caracterizan por una acción agresiva entre todos los seres humanos y en todos los perímetros y rincones de la existencia. Hay una antinomia irreductible entre la teoría y la realidad, entre la moral cristiana y la vida económica. Las naciones capitalistas apoyaron su desenvolvimiento en el interés individual, en el egoísmo exacerbado hasta límites patológicos y en la pasión por el dinero; pero al mismo tiempo, se empeñaron en llamarse a sí mismas, católicas o protestantes, sin parar mientes en que la doctrina de aquel singular mártir de Judea que predicaba el bien y la virtud, es doctrina de desinterés, de pobreza y de encendido amor. El capitalismo creador no fué capaz de crear una moral que se ajustara a la substantividad de sus fines; tal vez no lo hizo porque ello no era dable, porque capitalismo y moralidad han sido y siempre serán dos términos imposibles de conciliar.

*

La desigualdad económico-social que había existido desde los comienzos de la civilización, y en la que según el filósofo de Estagira se encuentra el origen de todas las revoluciones, se hace más profunda, como ya se dijo antes con otras palabras, a partir de fines del siglo XVIII. Las condiciones de vida de la clase obrera en la Inglaterra de la primera mitad del siglo pasado han sido descritas, por varios autores, en páginas patéticas e impresionantes. La mujer se ve obligada a ir a la fábrica o a la manufactura

a causa de los bajos salarios del hombre, y los niños son también empujados por la miseria a trabajar durante catorce o dieciséis horas diarias en la industria inglesa, entonces la más avanzada y poderosa del mundo y la que mayores ganancias daba a sus propietarios. La crítica social bien pronto aparece como elemento perturbador en el festín de la codicia. Son críticos a quienes el contraste entre el progreso y la miseria creciente, lacera y machaca la entraña viva de su anhelo justiciero; y, con la fuerza de sus ideas, barretas eficaces y certeras, socavan los cimientos de la sociedad burguesa. Es indudable que sus censuras fueron atinadas y dieron en el blanco; pero es al mismo tiempo indudable que sus diseños de mundos nuevos, equilibrados y armónicos, se apartaron de la realidad y cayeron en lo utópico; meras aspiraciones generosas hacia un Estado ilusorio, hacia una nebulosa sin posibilidades de condensación. Vienen a la memoria los nombres de Fourier, Owen, San Simón y sus discípulos, Blanc, Proudhon y tantos otros impertérritos y tercos soñadores. Después, el genio de Marx y el indiscutible talento de Federico Engels, descubren las palancas y los engranajes secretos del mecanismo capitalista, dando al proletariado las fórmulas teóricas que habrían de servirle de apoyo en la lucha social. También hay que recordar la pléyade de sus discípulos: Kautsky, Bernstein, Rosa de Luxemburgo y Lenin, para no citar sino a los más destacados. Independientemente de que unos y otros interpretaron de distinta manera a los maestros y siguieron caminos diferentes, todos ellos contribuyeron con su acción demoledora a quebrantar la firmeza del edificio construído por la burguesía.

Pero la obra crítica y de destrucción de un régimen que no fué capaz de ajustar su desarrollo vital a ningún principio ético, no sólo fué realizada por sociólogos y economistas que han sido clasificados en la lista de los revolucionarios, sino además por novelistas y poetas de fama internacional, poetas y novelistas que por la índole de sus escritos pudieron más fácilmente que aquéllos, llegar a un mayor número de lectores y ejercer en un campo más amplio su influencia perturbadora, influencia cuyo alcance no ha sido hasta nuestros días cabalmente aquilatada. Re-

cuérdese entre los franceses *La Comedia Humana* de Honorato de Balzac, esa crítica genial de la sociedad burguesa de su tiempo; *Los Miserables* de Víctor Hugo; algunas de las novelas de Emilio Zola; y, sobre todo, los libros de Anatole France, fino ironista que con la magia de su estilo y la agudeza de su ingenio, se esforzó por derribar —y tuvo éxito en buena parte— creencias e ideas que habían parecido sagradas e inmutables a los hombres de épocas anteriores. Entre los de otras nacionalidades cabe citar a los tres más grandes novelistas rusos: Dostoyevsky, Tolstoy y Máximo Gorky; en España, al gran Pérez Galdós; en Portugal al satírico Eça de Queiroz; y, por último, no podemos dejar de mencionar a Oscar Wilde, elegante y paradójico; así como al viejo ilustre, Bernard Shaw. ¿Quién que sabe leer, de las presentes generaciones, no ha leído a varios o a la totalidad de los novelistas y poetas mencionados? Todos han sido traducidos a todas o casi todas las lenguas cultas, y puede asegurarse que su público se cuenta por millares. El lector tal vez pueda pensar en Nietzsche, en Spengler y en Berdiaeff; tiene razón el lector, mas nosotros solamente hemos querido escoger, un tanto al azar, algunos ejemplos, puesto que la lista sería interminable.

Ahora bien, toda esa dinamita acumulada por manos expertas, junto con las contradicciones irreductibles de la estructura capitalista, han minado el edificio social, han hecho saltar en pedazos muchos sectores de tal edificio, y al dislocar los valores ancestrales en el orden moral y religioso, dejaron a millones y millones de seres perdidos en un desierto intensamente desolado, sin rumbo y sin fe en ningún propósito levantado, desencantados y sin esperanza. Su único ideal ha sido y es el mezquino y pobre ideal de ganar dinero para satisfacer necesidades biológicas. Claro está que hay minorías selectas capaces de luchar por el triunfo de grandes causas, capaces de ensueños fulgurantes y de continuar la noble epopeya de la superación del hombre; pero sus voces no tuvieron eco y han sido apagadas por el estruendo de los combates, por el estruendo de las batallas apocalípticas que hoy destruyen riquezas y tronchan vidas en todos los continentes. Y en las rivalidades económicas del sistema capitalista, y en el derrumbamien-

to de todos los conceptos morales que sirvieron de base a la convivencia individual y colectiva, se encuentra la explicación de la catástrofe, la raíz de los males que agobian a la sociedad contemporánea. Sin los hechos indicados no hubieran sido posibles Hitler, Mussolini, Franco, ni la guerra. Hay un río de cieno que se ha desbordado y que todo lo invade y corrompe; y, si no sabemos contener sus corrientes con sólidos diques, destruirá los frutos más bellos y valiosos de la civilización occidental.

*

Las corrientes de cieno podrán ser contenidas y de nuevo serán encadenadas las fuerzas del mal. Las dictaduras totalitarias que han hecho del hombre una piltrafa y de la violación de todos los derechos un sistema, perderán la guerra sin remedio; la perderán no por la razón o la fuerza, sino por algo más: por la fuerza y la razón unidas. Los pueblos que han sojuzgado las potencias totalitarias serán vengados y otra vez la esperanza brillará en la conciencia de los hombres. Todo esto nos parece obvio; pero se ocurre preguntar: ¿Cuáles serán los senderos del futuro? ¿Se van a repetir los errores de ayer? ¿No va a terminar nunca la era del dominio de los mercaderes? Seguramente que no es tarea fácil contestar a tales preguntas. Sin embargo, hay que aventurarse a exponer unas cuantas ideas generales, muy generales y esquemáticas; hacer otra cosa, sería inaudita temeridad.

Europa quedará empobrecida y angustiada. Sus riquezas, producto del esfuerzo de varias generaciones han sido en buena parte destruídas: edificios, puentes, ferrocarriles, fábricas, obras de irrigación, maquinaria y equipo de todas clases, reliquias históricas, drenajes, etc. Todo ha sido arruinado por la metralla, y algo semejante ha ocurrido en vastas zonas de otros continentes.

Por otra parte, millares de vidas segadas, millares de vidas deshechas, millares de vidas enfermas, millares de viudas, de madres desamparadas y de niños huérfanos, débiles y andrajosos. Saldo dramático de un mundo desintegrado y enloquecido. . . ¿Qué es lo que va a ofrecerse a esa hu-

manidad torturada para restañar la sangre de sus hondas heridas? ¿Acaso el retorno al pretérito, a una nueva Edad Media como lo pretenden ciertos pensadores? ¿Un capitalismo levemente reformado o una organización socializante? Los hombres encontrarán en su angustia, sus propias veredas: no será hacia una nueva Edad Media porque lo impide la ley de la gravedad histórica; no será hacia un capitalismo levemente reformado porque se halla en el ocaso el sol del mercader, y ya no es sino un crepúsculo inflamado y sangriento. Tal vez será hacia una organización de tono socialista, en consonancia con la realidad histórica y la atmósfera geográfica de cada país; una estructura económica en la que exista la planeación, pero sin mengua de la libertad de pensamiento y conservando la independencia individual en diversos sectores de la vida social; un Estado que no haga del hombre un siervo sino que sea constituído para servir al hombre. En nuestra opinión, un socialismo con claro sentido humanista, que ajuste la conducta moral a la conducta económica, es la meta única que nos ofrece la coyuntura histórica, es por lo menos la única meta razonable; y, para alcanzarla, debemos estar preparados, debemos pensar con profundidad y actuar en el momento oportuno con decisión inquebrantable. Al firmarse la paz deben estar listos en el Nuevo Mundo, los materiales para ayudar a edificar el mundo nuevo. América puede y debe ser, en cuanto pase la pesadilla dantesca, factor de cultura en un espacio que abarque los varios continentes; puede y debe ser elemento afirmativo e influyente en el desarrollo de la economía mundial. Un poeta, con la ayuda de la intuición, podría decir: parece que la hora de América se acerca: lo dice el viento, lo dice el mar, lo dicen las estrellas; se acerca la hora solemne en que todo un continente va a ser capaz de superar su destino.

LIBERACION ECONOMICA DE AMERICA LATINA

Por *Javier MARQUEZ*

I

HUBO, no hace mucho, una época infeliz en que los pueblos mantenían escasas relaciones, sobre todo comparadas con el nivel alcanzado hoy en el terreno intelectual, político y económico. Los progresos técnicos *internacionalizan* al mundo y los pocos países semiaislados que aun existen se consideran desventurados porque los medios de comunicación no han permitido todavía a los países más avanzados poner a su alcance los beneficios de la civilización.

Cuando ese estado de cosas era, para el grueso de los habitantes del globo (no pensamos en los pocos privilegiados), la situación normal, los males que una región sufría podían ser remediados fácilmente por otras. Con el progreso de la población y la técnica de producción, con el aumento de las comunicaciones y la formación de grandes unidades nacionales el mundo se convierte de más en más en una unidad formada por partes interdependientes, en una máquina complicada donde los trastornos ocurridos en una de sus partes repercuten siempre (o casi siempre) en otras, y se corrigen mediante cambios de ritmo en la marcha de estas últimas.

Los economistas se han dado cuenta de una verdad importante: que la demanda es tan consecuencia de la oferta como el caso contrario, es decir, que no sólo se produce aquello que se solicita, sino que muchas veces se ofrece aquello que nunca se ha demandado, y que esa oferta crea su demanda. Basándose en esta realidad (que es parte integrante de la teoría de los mercados de Say) algunos eco-

nomistas han afirmado que las consecuencias probables de una supresión total del comercio no serían tan desastrosas como pretenden otros, pues el estómago humano tiene una maravillosa capacidad de adaptación: la gente consume aquello que tiene.

Ahora bien, con esto se adopta un punto de vista muy estrecho. Que los habitantes de Alaska pudieran vivir con lo que rinde la raquítica fertilidad de su suelo no puede ser motivo de satisfacción para los habitantes de Alaska, ni para nadie. Ya no se vive sólo de alimentos, y no está por más señalar que quienes sostienen aquellas opiniones son siempre los nacionales del Imperio Británico, Estados Unidos, Alemania, Francia y otros países donde la agricultura y la industria están bastante bien equilibradas, y las expresan pensando en sus propios países, no en aquellos en que el desequilibrio es patente en un sentido o en otro. Ningún inglés las sostiene pensando sólo en Inglaterra, sino abarcando todo el Imperio Británico.

La Revolución Industrial se inició hace ya más de ciento cincuenta años y el progreso gigantesco de los medios de comunicación tiene cumplido su siglo de existencia. Ambos acontecimientos han creado ya una oferta enorme de medios industriales de vida en todos los países civilizados (que lo son precisamente porque caen dentro del ámbito de los medios de comunicación) y esa oferta ha tenido tiempo más que suficiente para crear una demanda apremiante: el mexicano y el argentino se han olvidado en gran medida de transportar sus mercancías a lomo de mula o caballo y se creen obligados a hacerlo sobre un vagón de ferrocarril o en un camión que rueda sobre caucho por una carretera; y esa demanda ha llegado a formar parte integrante de su vida diaria, ya no pueden prescindir de la oferta sin tener una sensación de miseria, de escasez, que consideran incompatible con la existencia que deberían llevar en el siglo XX.

Ahora bien, echemos una ligera ojeada a las estadísticas, o, si no queremos llegar a ese extremo, cuando pasemos ante una máquina de cualquier clase veamos la marca que lleva estampada, y en cualquier caso nos daremos cuenta del grado en que nuestro nivel actual de vida depende

de la industria de otras naciones, de cómo el comercio ha llegado a sernos indispensable para trasladarnos de un lugar a otro, para que nuestra bebida esté fría, para que nuestros alimentos no se pudran en su transporte a las grandes capitales, que se ven obligadas a contar con un sinfín de artículos procedentes de lugares alejados, etc. No es preciso insistir sobre este punto, los efectos de una supresión del comercio para los países de economía semi-colonial, como la de los latinoamericanos, son demasiado evidentes para que sea preciso recalcarlos.

La situación de dependencia mutua entre los países industriales y los proveedores de productos alimenticios y materias primas es muy grande, pero no es equitativa. Quiero decir con esto que los primeros no sufren tanto por los vaivenes que se producen en los segundos como éstos por los de aquéllos. Es muy improbable que las dificultades económicas de México, Argentina, Chile, etc., tengan una repercusión fuerte sobre la economía de Estados Unidos o Alemania. Si pudieran tenerla, la fuerza política, económica, etc., de estos últimos es suficiente para que esas dificultades no perjudiquen demasiado a sus intereses. Pero una crisis intensa en los países industriales repercute profundamente sobre todos los países de economía semicolonial, el ritmo de su actividad económica disminuye en razón directa de la intensidad de la depresión de aquéllos.

La guerra actual, como cualquier otra, produce el mismo efecto que una gran crisis. En el terreno político, lo más probable es que los países de América Latina estén a las resultas de la guerra. Nadie se atrevería a afirmar que podrían mantenerse los regímenes más o menos liberales que hoy imperan en la mayoría de las repúblicas de Centro y Suramérica en el caso de una victoria del Eje. En el campo económico las repercusiones son aún más fuertes que los trastornos ocasionados en los mismos países beligerantes (en el terreno de la obtención de productos industriales). Y la historia se repite; las crisis económicas, las guerras, son características de nuestro régimen económico capitalista cuyo control no se ha logrado aun, ni hay posibilidad de que se logre en el estado actual de la mentalidad humana y de la ciencia económica; y las guerras

futuras y las futuras crisis serán de una ferocidad y de una intensidad proporcional al progreso de la técnica. De estas guerras y trastornos, América Latina no sacará más que los inconvenientes, porque carece de importancia militar bastante para poder esperar de ellas nada positivo, y la destrucción en los países beligerantes, el bloqueo, las necesidades de las industrias de guerra, etc., le afectan en igual o mayor medida que a los contendientes. Si cesaran las relaciones comerciales por esa causa, o si el tráfico siguiera una dirección única, es decir, sólo en el sentido de proveer de alimentos y materias primas a los beligerantes con que aun se puede comerciar, cosa nada improbable dado el curso de los acontecimientos (en 1941 las exportaciones de Estados Unidos a América Latina disminuyeron en más de 100 millones de dólares), el nivel de vida latinoamericano bajaría verticalmente, y más aun cuando, al cabo de poco tiempo, se careciera de elementos para mantener en buen estado el instrumental existente y se agotaran las existencias que hubieran podido acumularse. Si se considera que el nivel de vida que permite el industrialismo es una necesidad del hombre moderno, la situación en que nos encontramos no puede ser más precaria en estos momentos.

II

Esta dependencia mutua, esta internacionalización del mundo, perjudicial para los países de Latinoamérica, es una consecuencia de la división internacional del trabajo. La doctrina en que se basa ésta es muy fuerte, aunque en la vida práctica los egoísmos económicos no la hayan dejado prosperar. Desde hace muchos siglos, la protección arancelaria ha sido (además de una fuente de ingresos) un procedimiento para intervenir en la vida económica, una política destinada a impulsar la creación de industrias que sin esa ayuda no hubieran podido prosperar, una práctica de que los países de América Latina han hecho uso y abuso con una constancia e intensidad crecientes.

Mas a pesar de ser esa la política dominante en la mayoría de los países, hasta hace pocos años ningún economis-

ta de altura hubiera considerado que la política de ayuda, de fomento artificial de una actividad económica, industrial u otra, estaba de acuerdo con los principios aceptados de la ciencia económica; hubiera afirmado, por el contrario, que semejante política era contraria a la finalidad que se perseguía, que la prosperidad no se logra fomentando artificialmente tipos de actividad económica que no son capaces de desarrollarse por sí mismos. La libertad es el mejor método de conseguir la abundancia. El principio inmutable de la división del trabajo, sea personal o internacional, nos enseña que si cada persona, región o país se dedica a hacer aquello para que está mejor capacitado y cambia luego lo producido, la suma de productos (el ingreso real) resultante será mayor que si todos desean satisfacer por sí mismos todas sus necesidades. Este argumento, esencia misma de la doctrina librecambista, saturó hasta hace poco toda la literatura económica que ha merecido la estima de los grandes economistas. Incluso en la época mercantilista, tan llena de reglamentaciones, se encuentra con frecuencia el argumento de que Dios había distribuído de manera desigual sus dones por la superficie de la tierra, así como las inclinaciones de las personas, a fin de obligar a los hombres a mantener estrechas relaciones, para enseñarles la necesidad de cooperación, para que ningún país se creyera superior a otro; en la época clásica la doctrina librecambista toma una actitud más extrema aún, primero con la teoría de la autorregulación de la distribución de metales preciosos y por fin con la doctrina de los costes comparativos, con la que David Ricardo demuestra que a un país le puede convenir incluso comprar a otro mercancías que pudiera producir más barato por sí mismo. Todos los argumentos proteccionistas se estrellan contra la fortaleza de la escuela clásica y su teoría del comercio internacional, que llega incólume hasta nuestros días con más o menos modificaciones, que en ningún caso afectan a la posición librecambista sino que todo lo más la confirman y refuerzan. Las pocas excepciones que se admiten, como la protección a las industrias incipientes (si es que esta es una excepción), se rodean de tantos requisitos que llegan a ser inaplicables. Los argu-

mentos de economistas más o menos profesionales en apoyo del proteccionismo caen por tierra del mismo modo, aun cuando se basan en motivos no económicos; así es casi imposible demostrar con argumentos económicos que la protección arancelaria sea un buen procedimiento para combatir la desocupación, sea temporal o crónica (aparte de que este argumento no tendría aplicación al caso de que aquí nos ocupamos, pues en los países de América Latina la desocupación no ha tenido nunca una importancia fundamental).

Dejemos este punto y admitamos, pues, que en *condiciones de normalidad* el librecambio es la mejor política que puede seguir una nación o el mundo entero para aumentar su riqueza. No nos detendremos tampoco a examinar el argumento tan popular de que el proteccionismo es obligado para un país cuando los demás lo practican, pues, como ha dicho un economista, esto equivale a decir que cuando un país cierra sus puertos arrojando en ellos grandes piedras para impedir que entren los barcos (forma muy efectiva de proteccionismo), los demás países deberían hacer lo mismo.

¿Qué consideraciones abogan, entonces, por un régimen proteccionista o de impulso deliberado a la industrialización en los países latinoamericanos? ¿Qué sacrificios impone esa política? ¿Compensan las ventajas a los sacrificios?

Hay un argumento que aboga por ella como una necesidad del futuro (a largo plazo); y esto tiene interés, pues es precisamente el *largo plazo* lo que interesa a los librecambistas a ultranza, ya que muchos afirman que el librecambio es favorable *a la larga* y que el proteccionismo sólo puede suponer un alivio temporal. El librecambista afirma, y nadie puede negarlo, que las importaciones se pagan con exportaciones, es decir, que América Latina paga los productos industriales que recibe con las materias primas y productos alimenticios que exporta, y sólo podrá mantener esas importaciones que le han llegado a ser indispensables sosteniendo (y aumentando) sus exportaciones. Ahora bien, es un hecho (no una opinión) que la población de los colosos industriales tiende a decrecer y

que la técnica de la producción mejora continuamente, en el sentido de incrementar el número de sucedáneos de todas clases y en el de aumentar la producción agrícola por trabajador en igual extensión de tierra. El resultado inevitable de esto, *a la larga,* es que disminuirá el volumen de productos alimenticios y materias primas que tales países estén dispuestos a adquirir del extranjero y, como consecuencia lógica, también disminuirá el volumen de productos industriales que puedan comprar los países no industrializados. No cabe la solución de los préstamos, pues éstos se pagan también con mercancías. La única salida parece la industrialización, ¿pero no será demasiado cara?

Aun haciendo abstracción de este argumento, si suponemos que el librecambio es la mejor política en tiempos normales ¿son los tiempos anormales lo bastante importantes, frecuentes, etc., para justificar que se abandonen las grandes ventajas de la división internacional del trabajo? Planteado de esta manera el problema, es muy difícil de resolver *a priori;* entran en juego toda una serie de factores que permiten formular las hipótesis más dispares o eclécticas, y estos factores son los que supone la otra pregunta que antes hicimos: ¿qué sacrificios lleva consigo la industrialización para un país que no está naturalmente dotado para ella a corto plazo? Entiendo aquí por esto que el país carezca de los factores productivos necesarios para lograr una autosuficiencia relativa en pocos años. Este es el caso de las naciones que nos interesan.

El primer sacrificio, y no es pequeño, consiste en que las mercancías producidas por las industrias protegidas, que nacen al amparo de un arancel, o de una ayuda directa del Estado, son más caras (si fueran tan baratas o más no haría falta protección) que las importadas, bien porque el consumidor haya de gastar más, directamente, en ellas, bien porque el contribuyente haya de pagar más impuestos para subvencionar su producción. Como consecuencia de esta carestía, la demanda será menor, se podrá comprar menos cantidad, y si no hay más remedio que comprar la misma, aún con un precio superior (en términos técnicos, si la demanda es inelástica), se dejarán de comprar otras mercancías que antes se adquirían, o se

ahorrará menos que antes, etc., es decir, habrá que dedicar una proporción mayor del ingreso a su compra y una menor a la compra de otras, y las industrias productoras de estas otras serán las perjudicadas. Se perjudica a una industria, supongamos, que vive sin necesidad de protección para favorecer a otra que necesita de ella para vivir (no nos detendremos a examinar las repercusiones indirectas que el alza de los precios tiene sobre las industrias de exportación, con ser muy importantes). Además, ¿existe alguna garantía de que las industrias protegidas darán productos de calidad igual a los extranjeros que antes se importaban? Realmente muy pocas.

Es un hecho que el progreso de la técnica ha conducido insistentemente a un aumento de las dimensiones de la unidad industrial. (Entre 1919 y 1927 la producción fabril de Estados Unidos aumentó en un 25% y el número de fábricas disminuyó en un 10%). Para ver esto con mayor claridad basta con pensar en las ventajas que se obtienen de las grandes unidades industriales, es decir, de aquellas que sólo pueden sostenerse contando con un gran mercado. Además, el coste del empleo de maquinaria depende en gran parte de la intensidad de su empleo, es decir, que muchas veces la instalación de una maquinaria costosa sólo es económica si se puede explotar durante muchas horas diarias. Pero en muchos casos (no todos, desde luego) el volumen de producción que se precisa es superior al que puede absorber el mercado de cualquier nación de América Latina. Piénsese sólo en la industria del automóvil, el material ferroviario, ciertas clases de aparatos eléctricos, etc.; y la producción de cualquiera de estas mercancías exige como base la fabricación de instrumentos de producción que sólo puede realizarse en mayor escala aún, o, mejor dicho, exige una especialización mayor. No se trata naturalmente de lograr una autosuficiencia total, pero aun cuando se piense en la estrictamente indispensable para estar al cubierto de convulsiones tales como la crisis actual, ese estado no se podría alcanzar en poco tiempo sin producir dificultades aún mayores que los beneficios que se lograrían.

No cabe duda que la industria moderna está actuada materialmente por una mano de obra en gran parte no calificada, y esto ha llevado a algunos a pensar que tal industria puede crearse en cualquier país; pero hay diferencias muy fuertes de matiz. Es difícil decir que toda la mano de obra no calificada de México es un factor de producción igual que la mano de obra no calificada de Inglaterra y Alemania. Sin duda no lo es en estos momentos. El trabajo fabril exige condiciones de disciplina, sentido de responsabilidad, de cultura, etc., que no se logran en pocos meses; se pueden lograr sin duda y la opinión más equilibrada sobre el particular parece ser aquélla que afirma la igualdad de una clase de trabajo siempre que *colocado en las mismas condiciones* dé igual rendimiento. Esto parece suponer una contradicción en términos: que para crear una industria hace falta un tipo de mano de obra no calificada que no se logra hasta que la industria está creada. La contradicción se desvanece si pensamos que el proceso de industrialización suele ser gradual, basándose en los elementos obreros ya existentes y más o menos familiarizados con el género de trabajo que se precisa. Pero la dificultad, el proceso de adaptación, es una realidad innegable. Mas quizá el no calificado sea el tipo de trabajo de más fácil adaptación. Aunque esta mano de obra pesa mucho, pesa más, no numérica pero sí proporcionalmente, el trabajo calificado y técnico, que es mucho menos fácil de improvisar. Con no ser factor dominante en cuanto a número, el volumen de ese trabajo que necesita un país medianamente industrializado es enorme y ningún país de América Latina dispone hoy de él ni puede improvisarlo en poco tiempo. Si se quieren crear muchas industrias en un plazo breve habrá que recurrir a obreros calificados ya empleados en otras industrias, pues es muy improbable que las generaciones que van ingresando a la vida industrial sean suficientes en número y experiencia para cubrir todos los puestos. Tal política sólo puede realizarse 1) pagando por ese trabajo salarios más elevados que los que ya cobra a fin de inducirle a abandonar su ocupación presente y 2) perjudicando a las industrias que lo emplean, que habrán de prescindir de él o competir en precio con

las nuevas industrias. Es decir, se perjudica a una industria ya establecida para favorecer a otra que aún no ha demostrado su viabilidad. Este problema puede no surgir en países donde siempre hay una masa grande de trabajo calificado y técnico sin empleo, pero esa circunstancia no se da en América Latina.

Sin necesidad de entrar en las complicaciones teóricas que supone la moderna teoría del multiplicador, en relación con los efectos de una inyección de capital, podrían seguirse enumerando los inconvenientes que trae consigo una industrialización rápida para lograr una autosuficiencia relativa.

Me doy cuenta perfecta de que algunos de los que acabo de señalar podrían no serlo para ciertos países y determinadas industrias, pero nadie podrá dudar que, considerada la industrialización en su conjunto y para cada uno de los países, es enteramente cierto que se presentarían esas dificultades. Todo lo que tienen de neto, claro, contundente y sencillo los argumentos librecambistas, lo tienen de confuso los proteccionistas (aquí industrialización y proteccionismo son iguales). El argumento librecambista tiene, además, una validez universal de que carecen los favorables a la protección. Para muchos países la idea misma de la industrialización es tan absurda que no merece que se gaste tiempo en discutirla, y, para todos, se puede abandonar por adelantado la posibilidad de lograrla a corto plazo (por muchas calificaciones que se quieran hacer a lo antes apuntado).

Pero sigue siendo cierto que la industrialización es uno de los caballos de batalla de la imaginación económica popular y política de todos los países con una economía de tipo semi-colonial; se desea muchas veces sin fijar la atención en la gran industria, la industria pesada; es un sentimiento tan vago como concreto, y valga la paradoja. Vago porque se piensa en ella en abstracto; concreto porque la finalidad perseguida es muy clara y terminante. Se desea muchas veces por motivos de prestigio internacional, y si éste es una cosa deseable no puede caber duda que la industrialización lo proporciona, pues sin industria no se puede tener peso en el concierto de las naciones;

también se quiere para lograr un mejoramiento intelectual y material, y es evidente que por mucho que se desee alabar las virtudes y la paz de la vida campesina (no hablemos de la burocracia) o el *aurea mediocritas,* no son estas razones que convenzan a una persona del siglo xx, y hay poca gente que pueda sostener, sin caer en el tedio de la literatura barata, que una masa campesina tenga tantas posibilidades de mejoramiento intelectual como una población industrial.

Lo difícil es gozar de los beneficios de la industrialización sin pasar por las penalidades que ésta impone. No se puede hacer una tortilla sin romper los huevos, pero mucha gente parece creer que todo son beneficios. Las grandes potencias industriales de hoy nacieron como tales en una época en que la competencia era insignificante... las que nazcan ahora aparecerán en una en que los grandes colosos de la industria han adquirido ya un desarrollo notable y tendrán gran interés en no ser desplazados. Pero la industria se convierte de más en más en una necesidad. El libre-cambio, la división internacional del trabajo, podría ser la mejor política en una época de *normalidad* y a *largo plazo* (hemos visto que no siempre); mas la normalidad no existe y la gente ya ha escarmentado de esperarla, y el largo plazo... como ha dicho el señor Keynes "*a la larga todos estamos muertos*"; no nos basta con que nuestros tataranietos conozcan un mundo mejor, porque no tenemos confianza en lo que será el mundo dentro de cien años, y pocos se atreverán a pensar lo que será un país cualquiera dentro de treinta.

Keynes, el gran economista de Cambridge, escribió en 1933: "No estoy seguro de que las ventajas económicas de la división internacional del trabajo sean en modo alguno comparables con lo que fueron en otros tiempos. No quiero que se entienda que llevo este argumento demasiado lejos. En un mundo racional se precisa un grado considerable de especialización internacional en todos los casos en que ésta viene dictada por diferencias de clima, recursos naturales, aptitudes nacionales, nivel de cultura y densidad de población. Pero he llegado a dudar que, para un número creciente de productos industriales, y quizá

también agrícolas, la pérdida económica que supone la autosuficiencia sea bastante grande para sobrepasar las otras ventajas que supone colocar gradualmente al producto y al consumidor dentro del ámbito de la misma organización nacional, económica y financiera. La experiencia enseña cada vez con mayor número de ejemplos que la mayoría de los procesos de la producción en masa se puede realizar casi en cualquier país o clima con una eficacia casi igual. Además, con una riqueza mayor, tanto las materias primas como los productos manufacturados, representan un papel de menor importancia relativa dentro de la economía nacional en comparación con las casas, servicios personales y diversiones, que no sirven para el cambio internacional, con el resultado de que un aumento moderado del coste real de las materias primas y de los productos manufacturados, consiguiente a una autosuficiencia nacional mayor, puede dejar de ser una dificultad seria cuando se compara con ventajas de otras clases. En resumen, la autosuficiencia nacional, aunque cueste algo, puede llegar a ser un lujo que podamos permitirnos si lo queremos". (*Yale Review*, verano de 1933).

Desde luego, Keynes piensa aquí en una autosuficiencia del Imperio Británico, y esto es lo que le permite afirmar que el coste real de ella sería más bien pequeño, y nunca se le ocurriría hacer la misma afirmación para un país cualquiera de América Latina, que carecería de la base industrial que hoy tiene aquél.

Mas parece que hay motivos muy sensatos, aun en el caso de América Latina, para poner en un altar la teoría liberal a ultranza y venerarla como algo noble y remoto, como una política ideal que en un tiempo pareció posible, pero que la estupidez y la ceguera de muchos ha hecho imposible y que sería suicida adoptar. Pero de esto a aplaudir sin restricciones la política que hoy parecen seguir muchos países de América Latina de conceder una protección arancelaria decidida a la primera industria que un capitalista quiera establecer, hay una gran diferencia. Hay muchas industrias útiles y deseables, pero si se piensa en la limitación de recursos y posibilidades de cada país no será difícil ver que al proteger industrias secundarias se van

creando dificultades al establecimiento de las básicas. El encarecimiento de la vida que provoca un proteccionismo mal entendido dificulta la creación de las industrias que pueden tener más interés para el país; y una vez creada una industria ya no se puede abandonar la protección que la hizo posible sin ocasionar perjuicios, por no hablar de las dificultades de orden político que supondría rectificar el error inicial. La escasez relativa es la materia misma de la ciencia económica, y en la actualidad parece que, en muchos casos, se está siguiendo una política equivocada por no ver el problema en su conjunto, por pensar que los medios no son escasos, no darse cuenta de que no se puede hacer una cosa sin privarse de otra; los medios y el tiempo son limitados: es preciso estudiar qué es esencial y qué no lo es, y si los inconvenientes y sacrificios que impone la industrialización son grandes, no hay que aumentarlos aún más concentrándose en lo secundario con perjuicio de lo esencial.

Acentuar esto ha sido el objeto de la enumeración de sacrificios que hemos hecho. Si la industrialización se convierte de más en más en una necesidad, hay que tener buen cuidado en no entorpecerla con una política equivocada. Cada nueva protección arancelaria para crear una industria, para sustituir una importación con una producción nacional, que será más cara que la importación, aumenta el coste de vida y la escasez de factores productivos, y crea así una dificultad mayor para la industrialización que le siga. A mi modo de ver es suicida gastar las energías de una nación en cosas secundarias habiendo tantas indispensables.

III

No es preciso encerrar los preceptos con tres llaves para dejar correr la imaginación, sino que bastará tenerlos delante sin permitir que nos estorben demasiado. Y no pretendo con esto excusar las deficiencias obligadas de algunas ideas un si es no es apriorísticas, que quizá pudieran ampliarse, perfilarse y tener una presentación más sólida.

Tomemos como puntos de partida algunos supuestos: *a*) no hay ningún país, imperio o continente capaz de lograr una autosuficiencia completa en el estado actual de la técnica; *b*) no todas las industrias son indispensables para mantener un nivel de vida elevado; *c*) a los países de América Latina no les conviene depender, o estar a las resultas, de los cambios y convulsiones políticas y económicas del mundo, y menos aun de los de Europa (ésta es, más o menos, la posición de Fichte); *d*) les interesa poder llevar una vida decorosa, en el sentido de la satisfacción de sus necesidaes materiales con una amplitud acorde con los *standards* de los tiempos actuales; *e*) ¿se nos permite hacer la afirmación de que el desarrollo industrial preponderante de una nación latinoamericana aumenta su potencia militar y esto crea un peligro, real o ficticio (pero subjetivamente real) para sus vecinas? Si no se quiere admitir esta premisa quizá se admita esta otra: interesa a todas las naciones latinoamericanas que se cree entre ellas un vínculo material que, sin mermar su soberanía, sea elemento de unión que las obligue a formar un bloque ante los vaivenes del mundo exterior; *f*) los recursos materiales de los países centro y sudamericanos son suficientes (en el sentido en que lo son los Estados Unidos, el Imperio Británico o Rusia) para sostener una gran industria. Es decir, que su escasez *relativa* de materias primas y de factores productivos en general bastan para explotar las industrias que se precisan para lograr el supuesto *e*).

Teniendo esto a la vista ¿no sería posible racionalizar, planear, la industrialización de América Latina con una amplitud continental? En otras palabras: si la industrialización de cada uno de los países es un problema de muy largo plazo para los grandes e imposible para los pequeños, si el coste de una industrialización independiente es excesivo para que pueda soportarlo ninguno de ellos y al mismo tiempo sería muy deseable un mayor grado de independencia económica de todos ¿por qué no sería posible que las naciones latinoamericanas, *como un todo*, realizaran esta industrialización? Si ya no es cada uno de los países, sino que extendemos el problema al conjunto, considerado como una sola unidad económica que tiene iguales

necesidades y problemas, desaparece una gran parte de los costes reales que la hacían imposible a corto plazo: el mercado de las industrias adquiere unas proporciones adecuadas para instalaciones en gran escala cualquiera que sea la industria en que se piense; en lugar de docenas de unidades antieconómicas que sólo podrían vivir al amparo de una protección elevadísima y suponiendo un sacrificio superior al beneficio que se lograría, cabe la existencia de una unidad industrial (o pocas) de dimensiones adecuadas; la mano de obra que se necesita en una gran instalación de dimensiones óptimas no es tan numerosa como la que han de utilizar una serie de unidades pequeñas que produzcan el mismo volumen de artículos, y por consiguiente es más fácil de conseguir; la posibilidad de ir al compás del progreso de la técnica es más fácil de lograr en una empresa en gran escala que en muchas pequeñas, pues éstas son débiles y nacen ya atrasadas, porque la dimensión del mercado nacional de cualquier república latinoamericana no es, dada su capacidad adquisitiva, suficiente para absorber (en muchos casos) la producción de una gran empresa, motivo (entre otros) por el que no se instala, etc.

Veamos, a grandes rasgos, cómo cabría concebir semejante industrialización.

Tenemos que distinguir dos tipos de industrias: aquellas en que el mercado nacional de los países es suficiente para absorber la producción de una empresa de dimensiones óptimas, y aquéllas en que no lo es. En el primer caso no hay problema de ninguna clase; lo único que se precisa es, como quedó apuntado, criterio para dedicar a esos empleos el capital y los recursos disponibles, empujándolos por ese camino y evitando que vayan a la instalación de industrias menos interesantes para el país. El auténtico problema lo constituyen las segundas, en cuya categoría entra, sobre todo, la producción de instrumental y materiales para las grandes obras de ingeniería. Son éstas las que más aislarían a América Latina de los vaivenes a que ya la tienen acostumbrada los grandes países industriales. Veamos cómo concebimos el problema para solucionarlo con un criterio continental.

El primer paso sería, naturalmente, estudiar qué industrias entran en esa categoría, y cuáles son compatibles con los recursos materiales de que dispone América Latina. No se podría pretender una industrialización completa y autónoma, llegar a poseer *todas* las industrias cuyos productos se importan en la actualidad, pues esto sería una utopía demasiado fantansiosa que no se ha forjado siquiera en el cerebro de los planeadores nazis o de la URSS., además de que los cambios de la técnica y de las necesidades supondrían un riesgo demasiado grande para que lo soportara un plan que sólo tiene pretensiones más modestas. Se trataría, pues, de decidir cuáles son las industrias que se consideran contribuir de una manera esencial a mantener el nivel de vida actual de una nación progresiva y que se estiman indispensables para que no se estanque o retroceda en caso de faltar.

El segundo paso sería estudiar la localización de esas industrias, teniendo en cuenta la de los recursos naturales, las facilidades y gastos de transporte, la mano de obra técnica, calificada y no calificada necesarias, el lugar donde se encuentran los mercados y su importancia relativa, previendo, desde luego, la posible necesidad en muchos casos de movimientos de población (latinoamericana y extranjera), así como la evolución probable de los mercados, cambios demográficos, etc., de manera que la localización elegida tenga posibilidades de permanencia.

Estas dos primeras etapas son de planeación. Sus dificultades son muchas, pero a mi modo de ver no son insuperables. América Latina tiene sin duda muchos recursos naturales sin descubrir, mas no es necesario esperar a que la investigación geológica nos proporcione más datos a fin de saber que los recursos ya conocidos son suficientes para poder tomar una decisión sobre qué artículos se podrían obtener. Sin duda cabe que se tropiece con serias dificultades para decidir qué mercancías son básicas, pues lo que unos estiman (y con razón) indispensable no lo es para otros, pero no es cuestión insoluble, ya que la misma limitación del capital restringe el posible número de empresas que cabría iniciar en un principio. El procedimiento de la encuesta (si no bastaran las estadísticas) entre todos los

países para que expusieran cuáles son sus principales necesidades de productos industriales y la cuantía de ellas, pondría de manifiesto las similitudes y disparidades y daría un cierto número de elementos para adoptar una decisión.

El problema de los costes es intrincado por demás, pero si muchos países se lanzan hoy a proteger industrias raquíticas ¿no cabe pensar que si se montaran para abastecer un gran mercado tendrían posibilidades de costes bajos? Si algunas empresas extranjeras se han lanzado a montar sucursales, en mayor o menor escala, en América Latina para abastecer mercados locales, no parece que las dificultades de este coste fueran insuperables ni mucho menos para montar una industria que abasteciera en todo o en parte el mercado latinoamericano.

La tradición industrial no se improvisa y es un hecho demostrado que la eficiencia del trabajo es inferior en los países que inician una industria que en aquellos donde esa misma industria u otras muchas tienen ya largo tiempo de vida. La diferencia del precio de la mano de obra no compensa muchas veces ese defecto en la eficiencia. Es preciso, pues, un período de aprendizaje, de adaptación. Pero éste es un problema que no se presentaría sólo en el caso de una planeación industrial de tipo interamericano, sino que está presente en estos momentos en todas nuestras industrias y seguirá estándolo durante muchos años. Si esta dificultad fuera el único motivo para rechazar la industrialización que imaginamos, también debería serlo para abandonar la absurda industrialización que en la actualidad intenta la mayoría de los países de América Latina de una manera autónoma. La dirección y organización de la industria pueden tener una influencia muy grande para corregir este defecto, mas el factor esencial es el tiempo, la tradición y la adaptación intelectual profunda a la actividad industrial.

La realización de esta idea exige como primera condición una suma muy importante de capital. Hasta hoy la mayor parte de los planes económicos que han exigido la inversión de fuertes sumas, como el tendido de ferrocarriles, la electrificación, etc., han dependido casi por entero de la ayuda de capitales extranjeros. Es sabido que

uno de los requisitos para poder atender a las obligaciones económicas que crea un empréstito es la existencia de un excedente de exportaciones (la conveniencia política de una influencia económica extranjera ya es otro problema), y en otro lugar de este artículo apuntamos el hecho indudable de que las exportaciones tradicionales de los países latinoamericanos a sus abastecedores de productos industriales estaban condenadas a disminuir con motivo, primero, del descenso de población de éstos y, segundo, de los progresos de la técnica en esos países. Además, no es muy probable que después de esta guerra los países exportadores de capital, que son los principales beligerantes y los que, por tanto, más habrán gastado con motivo de ella y más necesidad tendrán de reparar en su propio suelo los estragos de la lucha, tengan las mismas posibilidades y los mismos deseos de prestar, de invertir en el extranjero, sobre todo teniendo en cuenta que los fines para los que se pretenden los préstamos son contrarios a sus intereses, ya que la creación de esas industrias les cerraría un mercado. Sin duda esto es cierto. Pero la exportación total de Estados Unidos, el país acreedor por excelencia, sólo representa el 15 por ciento de su producción nacional, y de este 15 por ciento la proporción que va a América Latina no es la mayor, y por ello el hecho de que Estados Unidos pierda ese mercado para sólo algunas de sus exportaciones no representa un revés demasiado grave para el país en su conjunto. Se puede alegar contra esto que si bien la proporción de pérdida sería pequeña para toda la nación, ello no quiere decir que lo fuera para las industrias perjudicadas; y ¿no harían éstas gran presión para que no hubiera préstamos de ninguna clase? Es muy probable que sí. Pero haciendo caso omiso de la posibilidad de préstamos extranjeros ¿no es cierto que la guerra proporciona a los países latinoamericanos un excedente de exportaciones, debido a que sus antiguos clientes (aquellos a que pueden seguir exportando) tienen mayores necesidades, a que sus antiguos proveedores no pueden seguirles abasteciendo en el mismo volumen que antes? (recuérdese que en 1941 las exportaciones norteamericanas a Latinoamérica disminuyeron en 105 millones de dólares y que

con toda seguridad la baja se acentuará con la entrada de Estados Unidos en la guerra, y sus importaciones de procedencia latinoamericana quizá aumenten). Esto quiere decir que nosotros mismos, sin necesidad de ayuda extraña, estamos acumulando saldos que no podemos invertir, se está produciendo una inflación de depósitos bancarios. ¿No podrían servir estos fondos acumulados o atesorados por falta de una inversión productiva, a la larga, o bien empleados en ocupaciones de importancia secundaria, para financiar parte de esa industrialización que imaginamos?

Se nos ocurre una institución bancaria que concentre el capital de todas procedencias destinado a la industrialización. Un organismo único (único accionista), que evitaría el problema de la propiedad de las empresas, al estar formado por capital procedente de todos los países (oficial o particular). En pocas palabras, una institución mixta de banco industrial y *holding company*, o bien dos organismos independientes de esas características. Por otro lado, concebimos la localización de las industrias en territorios sujetos a un régimen de *zonas francas*, al cubierto de la jurisdicción fiscal de los países en que se encuentren. Las mercancías producidas por las empresas de tipo continental habrían de gozar de un trato arancelario preferente; con ello sólo se haría lo que han hecho otras muchas unidades políticas, como el Imperio Británico, o geográficas, como los países escandinavos.

Las ideas que han quedado expuestas sólo se presentan como base de discusión, pero son el resultado de una convicción firme: que ya es hora de que los países de América Latina se den cuenta de que sus intereses y dificultades son comunes en todos los órdenes, y de ellos el económico no es el menos importante; que es preciso crear vínculos de solidaridad para defenderse contra las convulsiones del mundo; que éstas, con ser independientes de su voluntad, a pesar de que América Latina no tiene arte ni parte en su ocurrencia, la afectan en lo más íntimo; que es necesario poner coto a esta situación.

No tenemos derecho a dejar de pensar en estos problemas que tan vitalmente nos afectan. No hay inconveniente en cooperar con las grandes potencias, aprovechar

sus enseñanzas en todos los órdenes en las épocas en que sea factible, pero hay que hacer algo porque su decadencia mental, sus convulsiones económicas, etc., nos afecten lo menos posible.

Una cooperación económica entre los países de América Latina, que no afecte a la soberanía de cada uno de ellos, podría ser el primer paso de una cooperación política. Puede crear el sentimiento, tan necesario y tan mal entendido, de que la independencia o la personalidad de cada nación no es incompatible con una solidaridad que hoy no existe sino de nombre.

SOBRE UNA DESERCION

CARTA A ALFONSO REYES

Mi querido y admirado Alfonso Reyes: Llega a mis manos el primer número de la excelentísima revista CUADERNOS AMERICANOS que mexicanos y españoles han empezado ustedes a publicar. Al cortar sus páginas y verter las primeras miradas aquí y allá, tratando de captar lo esencial o lo que más se acerque a mis temas preferidos o a mis preocupaciones del momento —así leemos, en suma, por vez primera, quienes, al margen del aguzamiento profesional, vivimos espoleados por muchas otras páginas intensas que nos aguardan cotidianamente—, y al recorrer su artículo sobre España y Waldo Frank, encuentro esta frase que logra detenerme: "Después de su primer viaje a la Argentina, José Ortega y Gasset —que ya antes había declarado que América era el mayor honor y la mayor responsabilidad histórica de España— me confesó que la agradaría ser apodado *Ortega el Americano,* como se dijo en la antigüedad: *Escipión el Africano.* Y lo ha logrado en algún modo y por las más nobles razones".

¡Ah, querido Alfonso, y que mentís tan absoluto acaba de darle a usted quien tal dijo! Le sospecho, a estas alturas, enterado del caso en sí: el embarque de Ortega y Gasset, hará un par de meses, hacia Lisboa, como primera escala, pero con meta prevista, y pseudoconfesada, en Berlín o Madrid. Ahora bien, como probablemente usted ignorará las circunstancias y verdadera significación de tal viaje, no me parece superfluo aclararlas, aun a riesgo de su decepción —llamémosla así, por el momento— consiguiente. De esta forma, además, daré rienda suelta a la mía— qua ya tiene otro nombre. Conste, en cualquier caso, que éste no es un artículo increpatorio. Poco explican algunos que aquí se han publicado, tomando la cosa por su simple lado político, y menos aún las zafiedades de aquellos que creen haber dicho la última palabra llamando al autor de *El tema de nuestro tiempo* —de tantos otros libros admirables que quisiéramos siempre indemnes —un "filósofo de gran hotel".

No; con hipérboles y denuestos de ese calibre nunca se adelantará nada para explicar este grave caso —que a todos los intelectuales, ame-

ricanos y españoles, nos afecta y nos duele. Respetemos —todavía— la persona de Ortega, inclusive más de lo que se respeta el mismo. Como tal, como ente particular puede —¡no faltaba más!— desplazarse, cambiar de países, mientras le otorguen franquicias esos mismos que han puesto alambres de púa a las fronteras de Europa. En cuanto a la obra ... ahí está y seguirá estando, en tanto no surja alguien capaz de superarla. La anterior a 1936 seguirá calificando a Ortega como el primer prosista español de nuestro tiempo; en cuanto a la posterior, como se limita casi exclusivamente a un tejido de compromisos, reticencias o insinuaciones vergonzantes, poco habrá de contar en ningún caso.

Pero lo que aquí quiero comentar —públicamente— con usted no son las consecuencias o inconsecuencias latentes de la obra, sino la conducta de quien es algo más que un viajero particular, del gran escritor representativo, del hombre español que deja —¡en estos momentos!— voluntariamente la libre América y torna al redil europeo —redil en su recto sentido, sin metáfora. Con ese acto, con ese viaje Don José Ortega Gasset ha cometido —estamparé, después de medirla, la grave palabra— una deserción, una grave deserción.

¿Por qué? No necesitaré recordar a usted, amigo Alfonso Reyes, contertulio madrileño de muchos años, el tono cordial y aun el acento apologético que Ortega ponía en sus palabras siempre que la conversación rozaba a América; y cómo, otras veces, por encima de sus reservas y críticas —las nuestras, al cabo: amor hacia una persona o un país no es aceptación ciega, sino deseo de perfectibilidad— Ortega quería, parecía querer a este continente. Mucho menos habré de recordarle lo que inclusive saben aquellos que no le trataron: sus opiniones escritas sobre América, desde el asombro de su primer "Espectador", a raíz del viaje inicial a la Argentina, en 1916, hasta el entrecruzamiende "halagos y vejámenes" que le dictó un segundo contacto argentino doce años después. "Cuando se escriba la historia de mi vida, de mi pensamiento (le oí yo decir en un brindis a Alejandro Korn, en Buenos Aires, en 1928) habrá que hacer un capítulo sobre la influencia que en mí ha ejercido la Argentina".

Mas en fin, todo eso son palabras —*verba volant*— que pudo llevarse el viento, como todos los días se lleva tantas, sin gran asombro de nadie. Lo importante, lo que permanece es el hecho siguiente: Ortega volvió a la Argentina en 1938, creo recordar, y entonces lo hizo por las mismas razones porque han venido o hemos vuelto, todos los escritores europeos: huyendo de una Europa imposible, buscando aquí un clima de libertad y de acción que allí se nos negaba. Y ahora, Ortega —sin que aquello haya cambiado— rectifica, reniega de su gesto y torna ha-

cia esa Europa incriminada— entre somurmujos desdeñosos para América. (Los pretextos materiales que alegó pudieran ser importantes— en suma, falta de trabajo retribuído a la escala de sus exigencias—, y, al cabo, serían secundarios). No creo excederme en la interpretación. Al menos, entre las escasas personas que le escucharon durante los últimos días, ha corrido esta frase orteguiana: "Se avecina una guerra entre continentes. Yo voy a tomar posición en Europa".

¿Una guerra entre continentes? Aun en tiempos menos crudos y tajantes, y en el supuesto de que lo anterior fuera cierto, ¿se imagina usted como posible, dilecto Alfonso Reyes, que ningún otro español de América pudiera resolver así su abanderamiento patético? A usted como mexicano nativo y español de afinidad; a mí como español de raíz y argentino familiar, a tantos otros con esta duplicidad de lazos afectivos e intelectuales se nos partiría el alma, se nos desgajaría el ser, sin poder tomar partido. Pero en nuestros tiempos anormales —y aun teratológicos— esa supuesta guerra de continentes no es, no sería, en último caso más que una pugna radicalmente distinta y en la cual ya tenemos elegida trinchera: la guerra entre la América libre y la Europa tiranizada. ¿Comprende usted ahora, querido amigo, por qué me atrevo a calificar el viaje de Ortega como una deserción? Porque marcharse *ahora* de América es una deserción y de las más gravemente penadas en el código moral.

Cierto, podrá usted decirme, que Ortega apenas si fué —en el fondo, en la entraña de su pensamiento— un liberal. No lo ignorábamos aunque tampoco lo hayamos recordado debidamente. Pero si usted relee, como yo ahora, con otra criba, sin dejarse embaucar por el sortilegio verbal, páginas antiguas y recientes de Ortega, comprobará que éste nunca hizo mayor misterio de sus sentimientos antidemocráticos, de su "debilidad" por la fuerza, de su larvado cesarismo. Esto, sin recordar su ominoso silencio durante la guerra de España; sin recordar asimismo aquel significativo acceso de indignación que le acometió ante el hecho de que Einstein hubiera hecho declaraciones a favor de los republicanos españoles (según se lee en el "Epílogo para ingleses" en la segunda edición argentina de *La rebelión de las masas*). Sin embargo —seamos generosos hasta el límite— aquello eran todavía palabras, de valor circunstancial y modificable para quien tan diestramente supo manejarlas. Lo de ahora es otra cosa. Lo de hoy es un hecho infinitamente más grave; un acto definitivo e irrevocable.

Y he ahí, Alfonso Reyes, por qué me ha impresionado tanto el contraste entre sus —una vez más— generosas palabras sobre Ortega y la traición que éste nos ha hecho. Sí, permítame usted que plura-

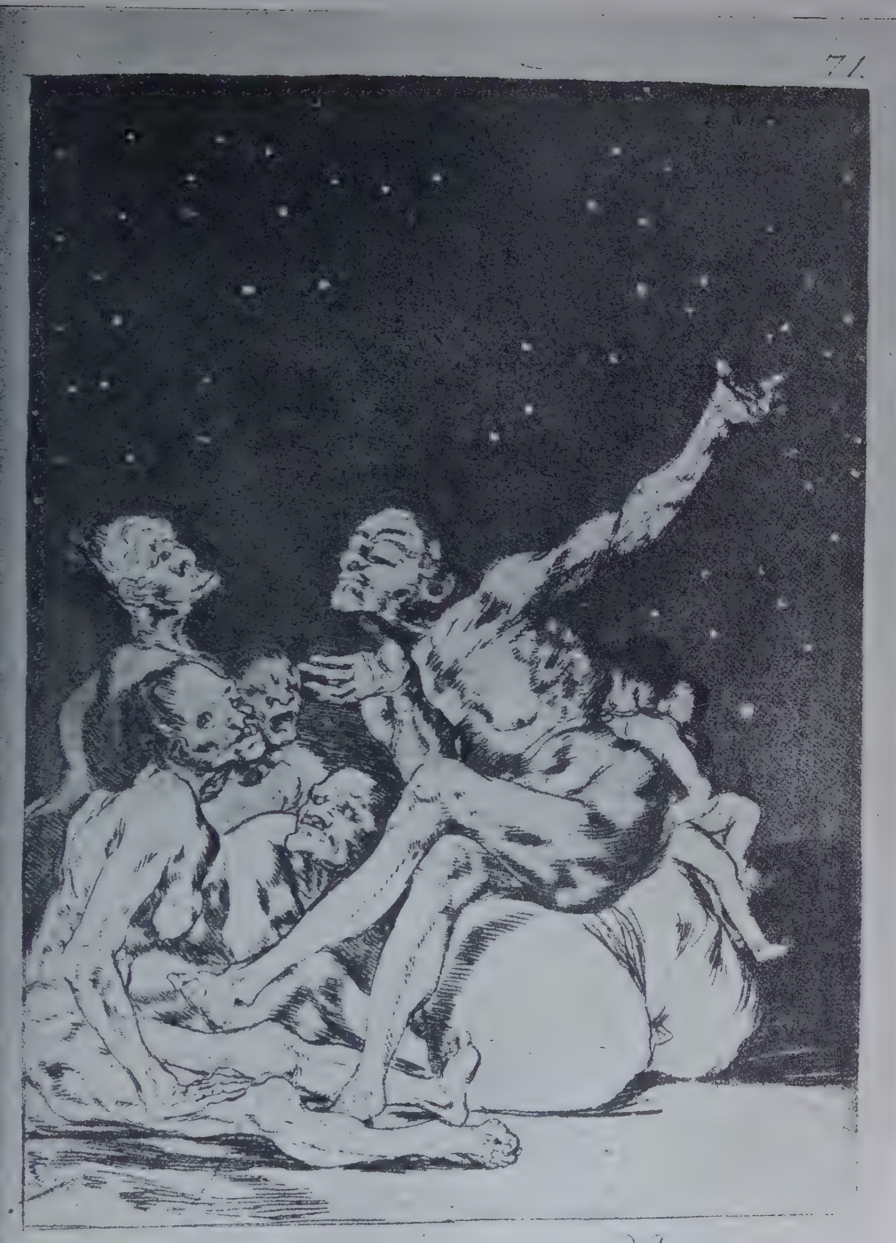
lice y me sienta implicado en la ofensa como nuevo americano. Nadie mejor que usted —ya que pocos otros escritores, entre los de estos países, tienen tan desarrollado y vigilante el sentido de lo continental— para hacerse eco de esta decepción. Y, por su conducto, sépanlo todos, en primer término, los mexicanos, las personalidades de esa Universidad que habían invitado a Ortega, no ha mucho, para profesar en sus aulas.

Que midan todos el significado de ese cambio de rumbo . . .

Mientras tantos escritores españoles —se dirá en el futuro, inapelablemente— huyeron de sus patrias cerradas y se sumaron con su esfuerzo a las abiertas patrias de América, hubo una excepción dolorosa, un hombre que desertó: D. José Ortega y Gasset.

Saludos y abrazos de su amigo y devoto.

Guillermo de TORRE.


71.
Si amanece, nos Vamos

ASI SE SALVA A LOS PUEBLOS



GOYA: *Oleo*

TIEMPO DE BERLIN

En todos los diarios el autor se mira demasiado a su espejo, se busca en él no como se ve en realidad, sino más bien como querría verse. No es capaz casi nunca de decir para los demás —ya sabemos que oficialmente lo dice para sí mismo sólo— lo que pasa por su espíritu, sino aquello que querría que los demás vieran pasar por él. Es un suceder ideal que puede ser verdadero respecto a la propia sensibilidad en lo que tiene de elevado deseo y de aspiración a una meta, pero que está muy lejos de podernos dar, en la mayoría de los casos, un retrato fiel del que hace el diario. Pero este que nos ofrece William L. Shirer[1] no es un diario normal. Su asunto no es Shirer ni lo que pasa por su espíritu. Su asunto es una "Europa a la que ha observado, con una fascinación y un horror cada vez mayores, embarcarse con locura en el camino de Armagedón en la segunda mitad de la década de los treinta". Y el *asunto* ha sido mirado por Shirer, afortunadamente para nuestro deseo de objetividad, nada más que con sus ojos. Detrás de sus ojos está él, con su libre personalidad y con su limpio criterio liberal, pero en estas largas páginas su comentario no aparece casi, se deja llevar en poquísimas ocasiones de su pasión antinazi. Los hechos bastan. Hablan por sí solos y no es necesario aderezarlos. Shirer no ha hecho otra cosa que apuntarlos y reunirlos. La clase de su trabajo en esos años que registra este diario le ha dado la poco común oportunidad de poder observar desde Alemania y muy cerca de Hitler la agonía de Europa. Desde Berlín, como corresponsal de prensa primero y como *speaker* de radio después, ha vivido desde muy dentro los más apasionantes acontecimientos de los años anteriores a la guerra, ha presenciado el estallido de ésta y la ha seguido hasta el final de 1940, en que consiguió que se le relevara de su puesto en vista de que la censura alemana se llevaba a extremos tales que Shirer dudaba de que la eficacia de su información no fuera otra cosa ya que verdadera propaganda alemana. No podía decir más que lo que querían dictarle. El libro todo está escrito con la soltura y la

---

1 WILLIAM L. SHIRER. *Mi diario en Berlín. Notas secretas de un corresponsal extranjero.* 1934-1941. Versión española de Daniel Cosío Villegas. México, Editorial Nuevo Mundo, 1942.

vivacidad características del periodista, vivacidad y soltura que el traductor de esta primera edición española ha sabido conservar muy bien, venciendo las enormes dificultades del *argot* de la radio que hoy por hoy no tiene casi equivalente en castellano.

1934-1941. Siete años de Alemania. Siete años decisivos en la historia de Europa y en el mundo. ¿Qué ha de venir luego de estos años actuales, continuación de los que aquí tienen un casi cuotidiano registro? Después de las sorpresas que nos han traído acontecimientos posteriores a los que Shirer cuenta, todo puede esperarse. Pero ese todo tiene que venir a sorprendernos y a encontrarnos luchando por lo que nos pertenece, por la mañana nueva —auténticamente nueva— que espera el mundo. El libro de Shirer es doblemente angustioso. Angustioso por lo que nos cuenta, por la experiencia que encierra y por los hechos de que es portavoz, y angustioso también, y sobre todo, por su circunstancia, por el momento en que se cierra. Nada más lleno de angustia y zozobra que esos días finales de 1940, en que todo parecía perdido. Pero el 13 de diciembre de 1940, última fecha de este apasionante diario en que sólo hablan los hechos, la guerra era bien distinta de lo que es hoy en día. Rusia no estaba alineada junto a las democracias y no se había por tanto producido su resistencia admirable, precursora de la victoria definitiva; el Japón maniobraba en la sombra y los Estados Unidos de América no estaban empeñados directamente en la lucha. Era aquélla todavía una guerra europea. La fuerza americana, su espíritu nuevo de nuevo mundo no había encontrado aún cauce enérgico de expresión. No existía, en suma, la conciencia de hoy y los campos no estaban todavía lo suficientemente delineados como para que todos los hombres pudieran sentirse empeñados en un mismo y único afán. Shirer se lamenta repetidas veces de los resultados del pacto ruso-germano. Pero ahora nadie puede escaparse ya, nadie tiene derecho a hablar de imperialismo ni de guerras imperialistas en medio de una guerra que se hace por lograr el imperio de la libertad y del hombre nuevo. Ya no hay pretextos ni textos de partido para abandonar un puesto que se ha tenido que aceptar al fin entregándole todo el ímpetu que antes se había gastado inútilmente en entorpecer una marcha. La guerra no es ya ahora entre naciones. Es la guerra de dos conciencias y de dos actitudes ante la vida. Una cierra para siempre el camino del hombre. La otra, la nuestra, la que sólo la lectura del libro de Shirer con sus desnudos hechos sería bastante para afianzarla más hondo en nuestro pecho, abre al camino del hombre ilimitadas perspectivas y le ofrece un exacto nivel para su altura necesaria.

¿Quiere decir esto que el libro de Shirer se haya quedado viejo? ¿Que las nuevas noticias se han tragado hacia el olvido las que el periodista norteamericano nos entrega? Es una vieja historia ésta de que los periódicos atrasados pierden actualidad, de que el periódico de hoy no sirve para mañana. Unos hechos han venido a destruir otros, éstos a confirmarlos, aquéllos a desmentirlos. Y mañana la primera plana nos contará de otros que desharán los de hoy. Los hechos están aquí guardados y viejos, pero cantando y empujando para hoy y para mañana. Por eso este libro de Shirer, diario de noticias y retazos de observaciones, tiene un valor permanente: el de presentarnos un panorama completo del pueblo alemán y de los hombres que hoy están al frente de él, con una riqueza de datos y una seriedad muy poco frecuente hasta ahora. Y en este siglo de la propaganda, en que todo se deforma y en que el tono demagógico se apodera hasta de los profesores y juristas más ecuánimes y prudentes, la objetividad y la serenidad que llenan estas páginas escritas *sobre la misma tierra* prestan doble fuerza al argumento. Porque Shirer muy rara vez se deja llevar por su propio sentir e indignación. Para que ésta se le despierte dentro le bastan los hechos, y, con sano criterio, piensa que a nosotros nos va a suceder lo mismo.

Este es un libro de hechos, un libro de sucesos. Un diario épico. Todo el paisaje del pueblo alemán se alza ante nosotros. Detrás de Hitler, de sus *tics* llenos de consecuencias terribles, de la bambolla de las asambleas y de los desfiles, de los discursos y de los éxitos militares, Shirer sabe entregarnos con la mayor sencillez un ambiente tremendo de silencio y de forzada indiferencia. La voluntad de un hombre lo domina todo. Este gris de Alemania, esta oscuridad turbia que es el fondo patético del relato campechano de Shirer, es lo más triste de este libro apasionante.

La Francia de Daladier, España, Austria, Checoeslovaquia, Munich, el viajero paraguas de Chamberlain, los fracasos de la Sociedad de Naciones, el pacto ruso-germano, la guerra. He aquí la primera parte del libro, el preludio de la guerra. Todo visto a saltos, tan pronto en Praga como en Berlín, en Roma como en Ginebra, pero siempre en plan de corresponsal desde Alemania, y siempre desde el sitio mejor y más cercano a todo lo importante. Visto así, al lado de Hitler —un solo fin, todos los medios—, se aterra uno ante la serie de claudicaciones y debilidades de los de enfrente. La guerra. Polonia, Noruega, Holanda y Dinamarca, Bélgica, la tremenda derrota de Francia, el armisticio —las escenas de Compiegne tienen aquí un desarro-

llo lleno de detalles que no creemos que hayan sido dados a conocer hasta ahora—, los preparativos de invasión a Inglaterra, la guerra aérea. Shirer ha seguido todo día a día. Ha encontrado los medios de hallarse un poco en todas partes, de ver al ejército alemán en los frentes, de seguirle en sus rápidas y aplastantes victorias, de presenciar las falsas ofensivas de paz destinadas sólo a engañar a la población alemana, de escuchar los anuncios de *represalias* puestos al frente de lo que en realidad no eran sino ataques y provocaciones, de enterarse de la expeditiva eliminación de los enfermos mentales para ahorrar bocas. Todo el que quiera encontrar la explicación de mil cosas que nunca han podido saberse objetivamente, que han sido oscurecidas por la propaganda, que muchas veces no ha podido o no ha sabido aprovecharlas, tendrá que leer este libro para hallarlas de inmediato en estas notas secretas de Shirer que han podido llegar a nuestras manos después de mil peripecias.

No importa que la marcha veloz de la guerra haya hecho viejas estas noticias de Shirer. A través de ellas nos viene todo un retrato impresionante de la actual Alemania y muchas de ellas son nuevas —algunas se podrían gritar como *extras* en la calle— para nosotros. Y lo importante es que sobre ellas se han levantado una nueva conciencia y una nueva actitud de guerra que son consecuencia de las rectificaciones que se han operado sobre el cuerpo que este casillero de fechas nos presenta. Sobre este triste montón de hechos que nos ofrece MI DIARIO EN BERLÍN, se amontonarán otros nuevos que traerán la luz de que es ya indicio esta sola voluntad que alienta en toda la tierra. Porque ahora, por primera vez, parece que la decisión y la fuerza le bullen dentro.

Francisco GINER DE LOS RIOS.

MISION EN MOSCU

He aquí un nuevo libro sobre la Unión Soviética a cuyo éxito extraordinario, quizá, no sea completamente ajena la personalidad oficial de su autor. Gracias a ella el lector puede conocer hoy muy importantes documentos mantenidos en el secreto de los archivos del Departamento de Estado de Washington. Pero Misión en Moscú[1] es más que la serie de informes diplomáticos enviados a su país por el Embajador Joseph E. Davies. El autor nos ofrece el conjunto de sus impresiones recogidas cuando el impacto de los hechos estaba todavía fresco en su espíritu. El relato es tan vigoroso que el lector torna a vivir las horas en que fué escrito. Describe lo que vió y observó en la U. R. S. S. con gran objetividad. No distorsiona los hechos y si a veces desacierta al valorizar algunos fenómenos concretos de la economía soviética, no puede decirse que los adultera o desfigura. Reconoce con honradez los aciertos indiscutibles y aun se queda maravillado de que el pueblo soviético haya logrado en tan poco tiempo lo que en Estados Unidos se logró en varias decenas de años.

El autor nos advierte antes de escribir la primera línea —y luego no pierde ocasión de repetirlo— que no es comunista y que, por el contrario, se siente orgulloso de ser, ideológicamente, un capitalista. Cuando en agosto de 1936 el Presidente Roosevelt al comunicarle su deseo de enviarlo a Europa en misión diplomática le preguntó a qué lugar le agradaría ir, Mr. Davies repuso sin titubear: *A Rusia o a Alemania.* Para él tenía el mismo interés, y acaso el mismo significado, ir a Moscú que a Berlín. Quien principia así su *misión en Moscú* no puede ser considerado, ciertamente, como simpatizador del régimen soviético. Llegó a la U. R. S. S. libre de prejuicios o quizá hasta con ellos. De allí que su relato y sus juicios no puedan ser tachados de parcialidad benevolente. Es un libro sincero y quizá ello constituye su cualidad suprema.

Un hecho impresionó particularmente al autor a su llegada a Moscú. Toda la Unión Soviética parecía estremecerse desde sus raíces.

---

1 JOSEPH E. DAVIES. *Misión en Moscú.* Versión española de Rodolfo Usigli. México. Editorial "Nuevo Mundo". 1942.

El mundo entero estaba pendiente de su desenlace. La prensa mercenaria de todas las latitudes fraguaba las más tremendas calumnias contra el régimen.

En 1934 había sido asesinado uno de los grandes líderes del Partido Comunista ruso: Kirov. A partir de entonces se redobló la vigilancia aun dentro de las filas mismas del Partido y gracias a ello pudo descubrirse en 1936 a dos de los culpables, a dos viejos bolcheviques: a Kamenev y Zinoviev. Ambos confesaron su delito y fueron condenados a muerte. Al principiar el año de 1937 tenía lugar un nuevo jurado, una nueva *purga,* como dió en llamarlo la prensa para vilipendiar a la Unión Soviética. En el proceso figuraban, como en el anterior, connotados miembros del Partido Comunista. El autor, que asistía a las sesiones, pudo ver allí sentados ante sus jueces a Radek y Piatakov, a Sokolnikov y a Muralov. Todos confesaron su delito; hubo uno que pidió, románticamente, que no se le tuviera clemencia y otro, al decir sus últimas palabras, pidió que se le sentenciara a muerte porque merecía ésta y la deseaba. Probada su culpabilidad, todos los acusados fueron condenados, unos a muerte, otros a prisión.

Las audiencias fueron públicas y a ellas asistieron casi todos los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en Moscú así como los corresponsales de la prensa extranjera. El propio autor nos dice, con sinceridad, que la uniformidad de las confesiones, el encarcelamiento prolongado y la posibilidad de que se hubiera ejercido violencia contra los acusados y sus familiares le hicieron dudar, al principio, de la veracidad de lo que sus propios oídos habían escuchado. Mr. Davies (que es un abogado de mucho prestigio y con larga experiencia profesional) tuvo que llegar, sin embargo, a la conclusión de que existía, realmente, una vasta conspiración contra el gobierno soviético. El cambio de impresiones que tuvo con casi todos los miembros del Cuerpo Diplomático, con muchos de los corresponsales de la prensa y el conocimiento más cercano que fué adquiriendo de la realidad soviética, acabaron por convencerlo de ello. El jurado había establecido, con toda claridad, la existencia de un complot político que, en conexión con una potencia extranjera, pretendía subvertir el régimen.

Ese mismo año, en junio, la *purga* había de llegar al Ejército Rojo. El vice Mariscal Tukhatchevsky, que poco antes se había sentado a la mesa del embajador Davies, así como otros altos jefes del ejército fueron fusilados por sus actividades contrarrevolucionarias. En marzo del año siguiente habían de caer, todavía, y por las mismas

razones, personajes de tanto relieve como Bujarin, Grinko, Rosengolz y Krestinski.

El mundo entero, y particularmente Europa, siguió con gran interés el curso de los procesos. La prensa estaba llena de injurias y de adulteraciones. Se decía que el gobierno soviético era una banda de asesinos, que el régimen estaba desmoronándose, que los acusados habían sido sometidos a tormento lo mismo que sus familiares. Si aquellos habían *confesado* era porque se les había administrado, oportunamente, una buena dosis de cierta substancia misteriosa que los había privado del uso de sus facultades mentales. El mismo Reynaud, en Francia, declaraba que los procesos de Moscú eran, en esos momentos, un factor perturbador que venía a aumentar más las dificultades para mantener la paz europea. Mr. Davies nos refiere que la casi totalidad de los miembros del Cuerpo Diplomático acreditado en Moscú, estaban convencidos no sólo de la justicia de las condenas, sino de la legitimidad de los procedimientos seguidos por el gobierno soviético. Sin embargo, quizá con la excepción del Embajador Davies, no lo dijeron así a sus gobiernos. O si lo dijeron, los informes se quedaron en el secreto de los archivos.

Vistos a distancia, con la perspectiva que han dado cuatro años de sangrientos acontecimientos y de furiosas tempestades, el mundo ha principiado a dar a los procesos su verdadero valor y significado. *"Todos estos jurados, "purgas" y liquidaciones que parecieron tan violentos en aquel tiempo y que estremecieron al mundo, no fueron, ahora puede verse con toda claridad, sino una parte del vigoroso esfuerzo de Stalin para protegerse no sólo de un levantamiento interior, sino de un ataque que germinaba más allá de sus fronteras. El gobierno obró eficazmente para exterminar a todos los traidores y todas las dudas se hallan resueltas a su favor. En 1941 no existía en Rusia la quinta columna. Había sido exterminada".* Tal es el juicio sereno y justiciero del ex Embajador de los Estados Unidos ante la Unión Soviética, del individualista Mr. Joseph E. Davies. Gracias a la energía con que obró entonces el gobierno de la U. R. S. S. la *guerra fresca y alegre* de ocho semanas ofrecida al ejército nazi, se ha tornado en un sangriento calvario de doce meses y el mundo puede contemplar hoy día los albores de una victoria que todavía hace poco parecía tan remota.

Exterminando a los traidores, la Unión Soviética se preparaba para lo inevitable. Más allá de sus fronteras se podía escuchar ya el rumor de la guerra. La barbarie facista, en complicidad con este precursor de Quisling que es Francisco Franco, asesinaba a la República

Española. Una cosa, sobre todas las demás, preocupaba a los funcionarios soviéticos: la actitud de Inglaterra y Francia hacia Hitler. Parecía inexplicable. El Embajador Davies pudo darse cuenta, desde Moscú, de que las democracias europeas, movidas quizá por un motivo inconfesable, no hacían nada por fortalecer su posición. *"Inglaterra y Francia* —dice— *parecen estar haciendo exactamente lo contrario . . . La Unión Soviética está siendo empujada hacia el aislamiento completo".* Chamberlain se dedicaba a alimentar la vanidad de Hitler y su actividad no parecía estar consagrada sino a hacer de él, de Hitler, el personaje central de la escena europea. A cada acometida de Alemania correspondía una retirada de Francia y de Inglaterra. La táctica no parecía ser otra que la de fortalecer al fascismo alemán y aislar a la Unión Soviética. ¿Cómo era posible que en vez de buscar un aliado se le eliminara?, se preguntaba el hoy ex Embajador. Y el aliado no era nada despreciable, pues los recursos de *"este pueblo* —agrega— *tendrán una enorme y creciente influencia sobre las condiciones de la vida no sólo en Europa sino en el mundo entero".*

Mr. Davies pudo darse cuenta del sincero esfuerzo de la Unión Soviética para mantener la paz. Su vieja política tan firme y transparente, la habían acreditado como el adalid de la seguridad colectiva. Pero ante sus repetidos fracasos e, inclusive, ante las humillaciones a que fué sometida, acabó por dedicar lo mejor de sus energías para prevenirse de lo que, en el fondo, consideraba inevitable.

La cuarentena impuesta a la Unión Soviética, tenía, no obstante, su razón de ser. Una Alemania derrotada, decían los reaccionarios ingleses y franceses, traerá por consecuencia el comunismo. Volvía así a levantarse este espectro. En el siglo pasado lo habían creado y utilizado Metternich y Guizot. Ahora volvían a resucitarlo Chamberlain y Daladier. ¡Burda patraña!, exclama el ex Embajador Davies. El supremo anhelo de Stalin es, y sigue siendo, la paz, porque la paz conviene a los intereses soviéticos. Su obra sólo puede ser concluída dentro de ella.

En nombre de ese espectro —el peligro comunista— Chamberlain arrojaba en brazos de Hitler, una tras otra a Italia, a Austria, a Checoeslovaquia. La política inglesa de esa época cristalizó y tuvo su expresión más prístina en el pacto de Munich, el más rudo de los golpes que el entonces Primer Ministro de Inglaterra, llamado no sabemos por qué extraña ironía, *el apóstol de la paz*, asestaba a la política de la seguridad colectiva. En alguna ocasión Stalin dijo que esto de entregar a Austria y faltar a los compromisos con Checoeslovaquia *"se*

parecía mucho a azuzar al agresor". Es una lástima, pero es verdad, comentaba por entonces Mr. Davies.

La sospecha de que Inglaterra y Francia estaban entregadas al juego diplomático de arrojar a Alemania contra la U. R. S. S. aumentaba. Con la bendición de Chamberlain, George Hudson, presidente del *Board of Trade,* lanzó por entonces sus proposiciones de rehabilitación económica de Alemania tratando con ello de apaciguar a un hombre y a una pandilla cuyo único designio era la guerra. Como si esto no fuera bastante, Francia e Inglaterra se negaron siempre a suscribir un acuerdo de ayuda a Rusia en caso de que Alemania tratara de agredir a los países del Báltico, no obstante que la U. R. S. S. les ofrecía en cambio, su ayuda ilimitada e inequívoca en caso de que Bélgica y Holanda fueran agredidas. Y esto seguía sucediendo precisamente en agosto de 1939. La Unión Soviética se convenció entonces y ¡con cuánta razón! de que era imposible concluir un arreglo efectivo y práctico con Francia y con Inglaterra para poner fin a la creciente agresividad de Hitler y de Mussolini.

Alemania ofreció por entonces a la Unión Soviética un pacto de no-agresión que, rota toda esperanza de entendimiento con las democracias, no tuvo más que aceptar. Burladas de ese modo las fuerzas más oscuras de los reaccionarios ingleses y las maniobras de los llamados *apóstoles de la paz,* éstos comenzaron a vomitar sobre la Unión Soviética su ira impotente. Pretendió llenársela de cieno, aunque para ello tuvo que olvidarse que había sido el único país que, desde un principio, no dejó de ayudar al mancillado, pero noble y heroico pueblo de China y que, en Ginebra, se había convertido en el más esforzado defensor de las naciones indefensas como sucedió, primero, en el caso de Etiopía y más tarde, en el de España.

La experiencia ha sido amarga y el precio que ha tenido que pagarse por los errores de las democracias bien alto. El mundo vive hoy días decisivos y en la balanza están la civilización y la barbarie. La angustia de la hora presente es la respuesta que las democracias habrán de dar a esta inquietante pregunta que se formula el ex Embajador Davies: ¿volveremos a obligar a Stalin a hacer la paz con Hitler? Si la U. R. S. S. no halla en nosotros un aliado leal y sincero para exterminar al enemigo común y despertamos en ella la sospecha de que nuevamente habrá de ser traicionada como la traicionaron Chamberlain y Daladier antes y después de Munich, aquella desgracia quizá llegue a ser inevitable.

Un cable reciente, sin embargo, parece anticiparnos la respuesta. Inglaterra y la Unión Soviética acaban de comprometerse en una alianza militar por veinte años. Ni paz por separado, ni entendimientos con Hitler. El viejo líder de la pasada guerra mundial, el anciano Lloyd George saludó con estas palabras la nueva alianza ruso-británica: *"Si esto se hubiera logrado hace algunos años, se habrían evitado muchos errores graves y lo que es más, esta guerra nunca hubiera ocurrido".*

Ahora, por lo menos, habrá que acabarla pronto.

Emigdio MARTINEZ ADAME.

Aventura del Pensamiento

LOCALIZACION HISTORICA DEL PENSAMIENTO HISPANOAMERICANO

(NOTAS PARA UNA INTERPRETACION HISTORICO-FILOSOFICA)

Por *José* GAOS

1ª

"NUESTRA VIDA" mueve a algunos a esforzarse por filosofar sobre ella, a reconocer y proponer en ella el tema de la filosofía en la actualidad.

Ahora bien, al menor esfuerzo por filosofar sobre nuestra vida, se le descubre ésta como caracterizada última, decisivamente por su *historicismo.* Por ello, a la filosofía se le impone en la actualidad estudiar nuestra vida con su radical historicismo.

Pues bien, las mudanzas en que consiste la historia se localizan más o menos fijamente en la superficie de la Tierra. La historia se modela sobre la geografía física y humana, pero sin sujeción rigurosa, fatal a la primera ni aun a la última, antes imponiendo sus formas propias no sólo a ésta, sino incluso a aquélla. La Humanidad no depende de su Tierra hasta el extremo. Por tal localización y modelación, sin embargo, cardinales divisiones históricas, principales entidades históricas llevan o deben llevar nombres geográficos o de oriundez geográfica. Ante todo, Occidente y Oriente. Luego, Eurasia, Euramérica, Euráfrica y otras menores. Pero esta geografía histórica se desprende mucho de la física, no deja de desprenderse ni siquiera de la humana. La historia forma, por ejemplo, continentes históricos que se desgajan de los literalmente terráqueos en sismos históricos comparables a los cataclismos geológicos.

Nuestra vida es ante todo la vida actual de Hispanoamérica —y se va a ver muy pronto en qué sentido entiendo esta denominación. Pero los caracteres que en se-

guida se hacen patentes en ella, y en particular el fundamental historicismo, se hacen patentes al mismo tiempo como caracteres de una vida más vasta: la vida actual de Occidente. *Nosotros* somos ante todo los actuales hispanoamericanos —en el mismo sentido aludido—, pero los actuales hispanoamericanos somos parte de los hombres actuales de Occidente y *nosotros* resultamos estos hombres actuales de Occidente. Occidente —he aquí la primera entidad histórica que debe ocuparnos. Occidente —nuestra vida, se nos presenta como la actual de Occidente o como comprensible sólo por las edades anteriores de esta entidad histórica y las correspondientes entidades parciales.

Occidente: ante todo, el Próximo Oriente africano y asiático desde cuándo y hasta dónde viene siendo *circunstancia* de Occidente, unidad con él, ingrediente de él. Desde el remoto entonces se inició la formación de una Eurasia histórica en antagonismo con la simplemente geográfica. Esta se extiende desde las Islas Británicas hasta el archipiélago japonés. Aquella nunca ha pasado de un meridiano intermedio entre Rusia europea, Irán y Arabia a Poniente, Rusia asiática e India a Levante, un meridiano que pasa aproximadamente —si es que los meridianos pueden hacerse sinuosos para pasar así— por los Urales, la depresión del Caspio y del Aral y el Indo. Esta Eurasia histórica fractura la simplemente geográfica en ella misma, la Eurasia histórica, y el resto de Asia, el Oriente, sin calificación de Próximo ni de Extremo, aunque representado eminentemente por este último. Luego —Occidente—, por primera vez en sentido propio: Grecia. Después, el mundo helenístico y el romano. Más tarde, la medieval Cristiandad europea. A partir de los comienzos de la edad moderna, empezó a formarse una Iberoamérica, compuesta de una Hispanoamérica y una Lusoamérica. O a partir de aquellos primeros comienzos, una Euramérica menor y mayor.

Por estas denominaciones de Iberoamérica, Hispanoamérica, Lusoamérica, Angloamérica, Euramérica, no entiendo simplemente las entidades formadas en este continente. Para designar estas entidades emplearé las denominaciones de América ibérica, América española, América portuguesa, América inglesa, América. Las existentes de-

aquellas primeras denominaciones y las correspondientes de estas últimas se emplean corrientemente como sinónimas, para designar las entidades formadas en este continente. Pero no existen sólo estas entidades. Existen también las integradas por éstas y por las que fueron sus metrópolis europeas, y por el intermedio de estas metrópolis, por las entidades formadas en este continente y por Europa, por la Eurasia histórica misma, en suma: así se constituyó Occidente con la significación máxima que ha llegado a tener el término y es aquella en que se opone a Oriente, sin calificación. Para designar estas entidades así integradas se dice corrientemente, por ejemplo, España y América española o España e Hispanoamérica, o Europa y América. Pero estas denominaciones tienen la inexactitud de que su composición antes encubre que expresa las entidades correspondientes en la unidad que las hace ser. La denominación de Occidente es la única del grupo que expresa con exactitud la respectiva entidad. Es que la solidaridad de la Península Ibérica y las Islas Británicas con la Europa continental; la dependencia colonial primero y la independencia nacional luego —aunque resulte paradójico, las dos— de la América ibérica y la América inglesa respecto de España, Portugal e Inglaterra; la posponderancia de la nueva, joven América, a pesar del desarrollo estupendo de la inglesa, respecto de la vieja Europa tomada en su innegable, irrenegable unidad y totalidad geográfica e histórica, en cuya ponderosidad entra hasta la ancha gravitación de Roma y primero la profunda y originaria, creadora, de Grecia —todo esto ha encubierto el hecho de que la Península Ibérica y la Gran Bretaña, sin dejar de formar parte de la Eurasia histórica, habían venido a formarla del nuevo mundo creado por los descubrimientos, conquistas y colonizaciones llevadas a cabo por ellas; que España, Portugal y el Reino Unido habían venido a ser otras tantas naciones más entre las integrantes de este nuevo mundo, puede que ni siquiera las más viejas o las independientes hace más tiempo. . .; el hecho de la constitución de una Iberoamérica y una Angloamérica, de una Euramérica menor, las tres en el sentido indicado—si todo ello no encubrió igualmente el hecho de la constitución de una Euramérica mayor en el mismo sentido, puesto que

el término de Occidente llegó a tener la significación que tiene. Como consecuencia, y más aún, lo mismo todo oscureció la previsión de los movimientos que iban a poder llevarse a cabo dentro de Euramérica mayor o de Occidente. Mas en estos días estamos asistiendo al espectáculo de la revelación evidente ya para todos de una Angloamérica en el sentido repetido, por intensificación de la solidaridad que ahora se ve preexistía entre Inglaterra y la América inglesa y por desplazamiento del centro de gravedad de esta Angloamérica de su parte europea a la americana. El espectáculo de Iberoamérica, siempre en el mismo sentido, es quizás más complicado. Porque es quizá más complicado el simple espectáculo de Hispanoamérica —en adelante ya no será menester insistir en qué sentido. En contraste con Angloamérica, que intensificando su solidaridad y desplazando su centro de gravedad la ha hecho patente para todos, España y la América española están por el momento en trance de separación: estando ya España del lado de la Europa continental, acabando por estar toda la América española del lado de Angloamérica—sin que esta separación impida, antes bien parece que lo fomenta, un desplazamiento del centro de gravedad de Hispanoamérica en la misma dirección que el de Angloamérica, no sé si menos visible, pero en todo caso no menos efectivo, sino quizás más. Claro que así el curso ulterior de aquella solidaridad como la suerte futura de esta separación dependen del desenlace de la guerra.

Mas en todos los casos se presenta como sumamente improbable todo lo que no sea la consumación del desplazamiento del centro de gravedad de Angloamérica e Iberoamérica, de Euramérica menor, de sus partes europeas a las americanas. Y se divisa del lado del futuro en el horizonte histórico el día en que el peso del platillo citramarino, citra-atlántico de la gigantesca balanza telúrica e histórica despegue de su base, de su pasado, y levante el ultramarino, ultra-atlántico en vilo, en su propio vilo de futuro, suyo, del platillo citra-atlántico, fraccionando Euramérica mayor, Occidente, por el mar del Norte y el canal de la Mancha y por los Pirineos, en Euramérica menor y el resto de Euramérica mayor y de la Eurasia histórica, la Eurasia histórica continental. E incluso el día

en que Euramérica menor empiece a representar algo equivalente a lo que no ha dejado aún de representar la Eurasia histórica. El desplazamiento de su centro de gravedad hacia Occidente, complejo y paulatino pero en definitiva constante, desde sus antecedentes orientales próximos y sus orígenes griegos, pasando por su era romana, antigua y gentil y medieval y católica, y por su edad moderna, española, francesa, inglesa, hasta su americano presente y más aún futuro, parece el histórico movimiento y el cósmico sino propio de la gran entidad que lleva el nombre de su punto cardinal con tal fidelidad a él. En todo caso, lo que se acaba de apuntar en esta nota habrá mostrado o confirmado que los hechos son más complejos de lo que parece percibirse o pensarse corrientemente, a juzgar por el instrumental onomástico de que se ha dispuesto hasta aquí y el uso que hasta aquí se ha hecho de él, y que por tanto debe dividirse y completarse este instrumental como se ha propuesto y hecho en lo que se acaba de apuntar, ya que los términos de América ibérica, española, portuguesa, inglesa, no se prestan a designar las entidades integradas por las formadas en este continente y las que fueron sus metrópolis, como se prestan a hacerlo los otros términos, de Iberoamérica, Hispanoamérica, etc.

2ª

EURAMÉRICA MENOR ha pasado ya por dos etapas históricas; la de dependencia colonial de sus partes americanas respecto de las europeas y la de la independencia nacional de aquéllas como de éstas.

El proceso de transición entre las dos primeras etapas resulta mucho más complicado en Hispanoamérica que en las otras dos componentes de Euramérica menor. Del proceso de independencia de las colonias americanas de Inglaterra y Portugal salieron sendas naciones americanas independientes. Del proceso de independencia de las colonias americanas de España salieron una pluralidad de naciones americanas independientes que tardaron un siglo, en redondo, para llegar a ser las actuales. Pero no sólo esto. También lo relacionado con esto y lo consecuencia de ello.

En el siglo XVIII se inició en España y sus colonias americanas el que debe considerarse un mismo movimiento por la identidad de sus orígenes y de su dirección. En España, un movimiento de renovación cultural, de reincorporación después de la decadencia inmediatamente anterior, de revisión y crítica del pasado que había concluído en aquella decadencia. En las colonias, en México señaladamente, un movimiento de renovación cultural asimismo, de independencia espiritual respecto de la metrópoli, de la consecuente tendencia, siquiera implícita, a la independencia política. *A priori* puede afirmarse que uno y otro se originaron en la evolución propia de metrópoli y colonias. *A posteriori* se sabe que el gran movimiento de la cultura de Occidente que se cifra en el nombre de la Ilustración fué concurrente origen común de ambos. Es fácil echar de ver, en fin, que en su capa más radical son, el primero, un movimiento de independencia espiritual respecto directamente del pasado patrio; el segundo, un movimiento de independencia espiritual y política respecto directamente de la metrópoli, pero por la correlación de metrópoli y colonia dentro del imperio, respecto indirectamente de la colonia como tal y en suma del Imperio o del pasado imperial, metropolitano-colonial, común; ambos, en conclusión, movimientos de independencia respecto del pasado propio, que es el mismo.

El movimiento se hizo decisivamente político y triunfó como tal en las colonias del continente a principios del siglo XIX. En las colonias de las islas antillanas se hizo movimiento político crecientemente poderoso a lo largo del mismo siglo, para triunfar hacia su final en la última colonia. En la Península, y a lo largo del siglo pasado y lo que va del presente, persistió y se ensanchó y elevó y ahondó como movimientos constitucionales y liberales y en los movimientos republicanos que terminaron en la Primera y en la Segunda República, pero como movimiento político no ha triunfado todavía.

De todo este triple movimiento doble: triple, continental, insular, peninsular; doble, espiritual y político, hay entre el momento inicial que puede cifrarse en la fecha 1810 y el eventual momento final un momento intermedio de importancia singular, el que corresponde al año 98.

El 98 es data a la que corresponde un acontecimiento de importancia máxima en la historia de España, y de la América española, al fin del Imperio español, y a la que se ha ligado una significación importante en la historia del sector más ilustre de la cultura española, el de sus letras: la significación de nombre de una generación de relieve singular en la historia de las letras españolas contemporáneas, con cuanto significa a su vez una generación semejante, entre ello un "hecho generacional", que para la aludida es el mencionado fin del Imperio. A pesar de ello, acaso no se haya dicho aún todo lo que hay que decir acerca del momento. El triunfo del movimiento de independencia espiritual y política de Hispanoamérica respecto del pasado común en la última colonia no podía menos de tener en la metrópoli una repercusión efectiva única, resultase más o menos sensible o aparente. En el 98, al hacerse independiente de la metrópoli la última colonia, no sólo se hacía independiente ella de la metrópoli: *ipso facto* hacía independientes decisivamente consigo a las antes también colonias y a la metrópoli misma—del pasado común, terminando con el Imperio en la misma forma en las colonias y en la metrópoli. Ni siquiera en ésta podía el Imperio, el pasado subsistir sino en la forma en que podía subsistir en la colonia que acababa de hacerse independiente y en que había subsistido en aquellas que se habían hecho independientes a partir de cerca de un siglo. La vieja España imperial no venía existiendo sólo en la Península. Dada la correlación entre metrópoli y colonia dentro del Imperio, puede decirse que sólo desde el momento en que empezó a existir en América, empezó a existir en España. En todo caso, prácticamente, venía existiendo en metrópoli y colonias desde los comienzos de éstas. No sólo porque en éstas se sucediesen las autoridades representantes de la imperial. Más aún porque en las colonias vivían partidarios de la metrópoli o del Imperio, de lo que una u otro representaban para ellos espiritual, social, materialmente, que resultaban los predominantes de hecho. Sin ellos y su predominio efectivo, las autoridades representantes de la imperial, el Imperio, ni siquiera se hubieran establecido; en todo caso, no se hubieran sostenido, como no se sostuvieron a partir del momento en que los adversarios del Imperio

prevalecieron sobre los partidarios. Pero éstos no se extinguieron en las colonias con éstas mismas. Han sobrevivido dentro de las nuevas naciones independientes, en las clases o grupos sociales y políticos que han seguido siendo partidarios del pasado o de lo que éste representaba espiritual, social, materialmente; que se opusieron a la Independencia y han reaccionado repetidamente contra las manifestaciones y efectos del consecuente desarrollo histórico del movimiento de independencia espiritual y político, apoyando movimientos culturales y hasta políticos y bélicos retrógrados; que comprendieron perfectamente su comunidad de intereses, o cuando menos de espíritu, con el movimiento que terminó con la Segunda República española. En tal forma, de clases o grupos sociales y políticos con el espíritu de la vieja España imperial, si no con un ideal preciso y expreso programa de restauración del Imperio, pero sin fuerza para imponerse a los demás habitantes de las naciones independientes de la América española, pervive aún el pasado imperial dentro de éstas. Después de haberle quitado la independencia de la última colonia toda otra forma de realidad, en la misma podía pervivir en la propia España. Sólo que se comprende: el Imperio fué más fuerte que en las colonias continentales en las insulares durante casi un siglo; con y sin el Imperio, la vieja España siguió más fuerte que en las colonias en la metrópoli hasta nuestros días; y las vicisitudes del movimiento de independencia respecto del pasado hasta consolidarse políticamente, por las que no dejaron de atravesar las colonias, resultan mucho más tardías o duraderas que en éstas en la metrópoli.

El movimiento iniciado en el siglo XVIII en España y en América española se presenta, pues, como un movimiento único, de independencia espiritual y política, por respecto a una vieja Hispanoamérica imperial y una, de una plural Hispanoamérica nueva, con una constitutiva ideología ochonovecentista, democrática, liberal, republicana, antimperialista. En el siglo XVIII se inicia la independencia espiritual de la metrópoli respecto de sí misma, se consuma la de las colonias respecto de la metrópoli: se inician las nuevas naciones hispanoamericanas, entre ellas una nueva España. La mayoría de las continentales logra-

ron la independencia política dentro del primer tercio del siglo XIX; la última en lograrla de las insulares, a fines del mismo siglo; la peninsular no la ha logrado todavía. España es la última colonia de sí misma que de sí misma, la única nación hispanoamericana que del común pasado imperial, queda por hacerse independiente, no sólo espiritual, sino también políticamente. La vieja España existía tanto en las colonias cuanto en la metrópoli: como en aquéllas, también en ésta puede sustituirla una nueva. La medida y forma en que lo logre depende del desenlace de la guerra actual, pero las naciones americanas de Hispanoamérica pueden influir decisivamente sobre el desenlace en este punto, según como continúe desarrollándose la comprensión de la solidaridad de la vieja y la nueva Hispanoamérica. Los partidarios de la vieja en España y América han comprendido en general la suya.

Muchos de los españoles residentes en la América española, e incluso algunos de los residentes en España, comprendieron, simplemente con mayor o menor sagacidad histórica, la solidaridad de una nueva España con la conversión de las colonias en naciones. En cambio, no comprendió la suya con esta conversión la Primera República Española. Más clarividentes y generosos que ésta, los representantes, los constituyentes de la nueva Hispanoamérica en América, muy en primer término en México, han comprendido la suya con la Segunda República española, ayudándola combatiente y acogiéndola derrotada y desterrada, reemplazando un antihispanismo que seguía siendo reacción contra la vieja España por un hispanismo que promete ser percepción definitiva de la nueva y adopción relativamente a España de una actitud pareja a la adoptada por las naciones hispanoamericanas que se habían hecho ya independientes relativamente a las que seguían sujetas a las fuerzas del Imperio.

La diferencia entre los orígenes de las colonias americanas de España y los de las de Inglaterra; la consiguiente diferencia entre el carácter y la evolución de unas y otras; la diferencia, en fin, de destino entre el imperio inglés y el español, después de la independencia de las respectivas colonias americanas —el primero, subsistente hasta hoy, incluso en América; el segundo, extinto—, bastarían para

que no fuesen exactamente las mismas en Angloamérica y en Hispanoamérica las relaciones de las metrópolis y colonias consigo mismas y entre las respectivas metrópolis y colonias antes y después de la independencia de las últimas. Sin embargo, parece que un cierto trasplante de la tradición histórica y el espíritu imperial de Inglaterra a los Estados Unidos contribuiría a explicar la historia de las relaciones entre la América inglesa y la española. Se habla de las dos Américas. Hay, en efecto, dos Américas, pero, en rigor, dobles: la inglesa y la española anteriores y posteriores a la independencia de las colonias. Cuando la metrópoli española era protagonista de la historia, tuvo en la inglesa su antagonista vencedor. Lo que separaba más radicalmente ambas metrópolis, la religión, el sentido de la vida, las aptitudes ligadas con este sentido, nada de ello sin nexos, ni mucho menos, con su antagonismo político e incluso económico, es lo que sigue separando más radicalmente ambas Américas. Un cierto trasplante del antagonismo entre las dos metrópolis y del imperialismo inglés a los Estados Unidos es antecedente, que no lo parece meramente en el sentido cronológico, del imperialismo que han practicado los últimos y del antagonismo que ha existido entre las dos Américas. Mas, por otra parte, y sin que obsten los ingredientes que en los orígenes y consiguiente tradición de las colonias americanas de Inglaterra eran de antemano de signo contrario a la Ilustración, ésta, que en Inglaterra tuvo su origen, y la consiguiente ideología democrática, liberal, republicana y antimperialista, es un espíritu común de ambas Américas desde los inicios de su independencia espiritual y política y un origen de ésta. El sentimiento de esta comunidad, vivificado e iluminado por la crítica coyuntura actual, bien podría ser lo más radical y decisivo de la política del Buen Vecino y de la solidaridad panamericana, singularmente en esta coyuntura.

Un Imperio no está sólo en la metrópoli y no también en la colonia. No puede estar en la primera sin estar en la última. Por esencia, reside simultáneamente en una y otra y simultáneamente en una y otra deja de existir. No se trata de meros juegos dialécticos con conceptos formales, sino de enunciar y beneficiar las realidades históricas. ¿Se

habrá dado el caso de que en colonias que se hicieron independientes no hubiera más que coloniales partidarios de la independencia y en la metrópoli imperiales opuestos a ella, y no más bien siempre el caso de coloniales bien hallados con el Imperio y coloniales partidarios de la independencia, de metropolitanos opuestos a ésta y metropolitanos simpatizantes con ella, representantes de un nuevo espíritu antimperialista? Por ello, la simple aspiración a la independencia, no ya su consumación, no resulta una simple separación geográfica entre metropolitanos y coloniales, sino una mucho más compleja separación histórica entre metropolitanos y coloniales representantes y partidarios del pasado y representantes y partidarios de un nuevo presente y futuro. Al hacerse independiente, no ya política, tan sólo espiritualmente, un pueblo de otro, no sólo experimenta un cambio el que pasa de la sujeción espiritual o política a la independencia correspondiente, sino que este cambio hace experimentar *ipso facto* otro correlativo al otro pueblo, que pasa de ser, por ejemplo, pueblo imperial política o espiritualmente a dejar de serlo—como, a la inversa, al ser sojuzgado política o espiritualmente un pueblo por otro, no sólo pasa el uno de la libertad política o espiritual a la respectiva servidumbre, sino al par el otro de no ser dominador política o espiritualmente a serlo. Los movimientos de independencia y separación de pueblos y naciones, como ya los inversos, de unión y conquista, como asimismo los de simple desplazamiento de centros de gravedad entre o en ellos, se ven habitualmente en el espacio. Se ven territorios que se juntan o se separan o por los que se desplaza un centro de gravedad. Pero la realidad es que todos estos movimientos son más radical, últimamente, movimientos de innovadora ruptura en el tiempo. Pueblos o naciones cuyo centro de gravedad se desplaza, rompen a una con el pasado gravitante sobre el centro anterior. Pueblos o naciones que se separan o unen, rompen a una con su pasado de unión o de separación, con su pasado común o propio. Más: todos estos movimientos son posibles como movimientos en el espacio sólo en cuanto son o por ser movimientos en el tiempo. Unos espacios se unen a otros o se separan de otros, *porque* en ellos un presente rompe con un pasado. No para andar por la Tierra

necesita y emplea el hombre tiempo: porque su naturaleza, su vivir es algo a lo largo del tiempo, puede y necesita desplazarse por el espacio-material o ideal.

3ª

La historia de *nuestra* filosofía, la filosofía occidental, no es vista por nosotros desde nuestro hoy como la veían desde su ayer nuestros antecesores de hace unos decenios. Hoy la vemos, o cabe que la veamos, más bien como sigue.

Dos grandes mundos, dos grandes culturas, sucesivamente, en la Eurasia histórica. El mundo, la cultura de los pueblos antiguos, de los pueblos que acabaron incorporados y unidos en el Imperio de Alejandro y las monarquías helenísticas, más amplia y decisivamente en el Imperio romano. Y el mundo, la cultura de los pueblos modernos: los pueblos europeos de la edad media y la moderna, que son los mismos a lo largo de ambas edades, que a lo largo de la media se constituyen en los Estados nacionales que hacen la historia a lo largo de la moderna—y los pueblos americanos nacidos de la colonización europea, al cabo Estados nacionales ellos mismos. El hecho histórico divisorio, más radicalmente, de ambos mundos y culturas: el cristianismo. Más que la fusión de "bárbaros del Norte" y del Este y romanizados del Mediodía y de Occidente, es la evangelización de unos y otros general y unificadora. Los pueblos nacidos de la fusión de romanizados y bárbaros se definen durante la edad media como la Cristiandad.

A los dos mundos y culturas, sendas filosofías: la filosofía griega, a que se reduce la antigua toda; la filosofía medieval y moderna, que es una, aunque la moderna, dividida en filosofías nacionales—hasta que las nacionalidades modernas no están bien constituídas y como tales empiezan a hacer la historia, tampoco empieza la división de la filosofía en filosofías nacionales: como la formación de la lengua es la expresión más propia y aun la función más constitutiva de la formación de la nacionalidad en general, la adopción de la lengua nacional es la expresión

y la función análogas de la aparición de la nacionalidad en la filosofía, y la adopción de las lenguas nacionales modernas por la filosofía no empieza hasta bien entrada la edad moderna. Sin embargo, en los últimos grandes escolásticos medievales, ingleses, cabe ver el inicio de un carácter nacional; pero también se trata del inicio de la filosofía moderna. Las inflexiones más profundas en la historia de la filosofía occidental, las que corresponden a la irrupción del cristianismo en ella y al esfuerzo reiterado y crecientemente logrado de ella por emanciparse del cristianismo. Más divididas entre sí la filosofía antigua y la medieval y moderna por el paganismo de los pueblos antiguos y el cristianismo de los modernos, que unidas la antigua y la medieval por la recepción de la primera por la segunda o divididas la medieval y la moderna por el esfuerzo aludido. No sólo la teología filosófica de la edad media, una gran obra de interpretación racional del sentido y la idea cristianos de la vida y el mundo. La metafísica de los dos últimos tercios del siglo XVII y primer tercio del XVIII, una nueva gran obra de interpretación racional de los mismos sentido e idea, motivada por las innovaciones que son orígenes de los tiempos modernos, o un gran intento de conciliación racional de aquellos sentido e idea con estas innovaciones. Kant y el idealismo alemán, el último gran intento hasta hoy de la misma interpretación, motivado en parte por las peculiaridades de la nacionalidad alemana, entre ellas las de su desarrollo histórico, en parte como reacción a la Ilustración. Porque a este movimiento de interpretación racional del sentido y la idea cristianos de la vida y el mundo, reiterado con creciente grandiosidad a lo largo de la historia medieval y moderna de Occidente, opuesto otro, en oleadas alternantes con las del anterior: un movimiento tendiente a emancipar la filosofía occidental del cristianismo, movimiento creciente también. Iniciado en la filosofía en que se disuelve —mejor que *decae*— la Escolástica medieval: la filosofía de los últimos grandes escolásticos mismos y de sus escuelas, principalmente el nominalismo. Mejor que continuado por la *filosofía del Renacimiento,* en la que hay de todo, complicado con el Renacimiento en general, con cuya inspiración básica y tendencia predominante coincide. Reanudado por la Ilus-

tración y proseguido por la prolongación de ésta en la filosofía contemporánea; y en esta su última etapa, tocante a su máximo hasta hoy.

Filosofía contemporánea, la posterior al último gran clásico, a Hegel. Filosofía que se presenta como la alternación de oleadas de dirección opuesta que continuarían respectivamente los dos grandes movimientos de la filosofía medieval y moderna. Continuación e intentos de restauración del moderno idealismo metafísico, culminante en Hegel: epígonos del idealismo, de la metafísica, inventores de la *metafísica inductiva* —Weisse y Fichte hijo, Herbart, Fechner, Lotze, E. de Hartmann, Wundt, Eucken; nuevos espiritualismos metafísicos: Schopenhauer, Biran, Cousin y su escuela, Boutroux, Bergson; neoidealismos—, neokantismo, neofichteanismo, neohegelianismo; fenomenología eidética de Husserl; filosofías de los valores. Positivismo y marxismo, Kierkegaard y Nietzsche, Dilthey, filosofías de la vida, fenomenología trascendental de Husserl, filosofía existencial: reacción contra Hegel, inversión de Hegel, sustitución del idealismo por un realismo humano que continúa, en evolución de sentido determinado, la Ilustración y a través de ésta el movimiento reanudado por ella.

Siguiendo a Dilthey, cabe reconocer a lo largo de esta historia de la filosofía occidental la alternación, igualmente, de dos *formas* de filosofías, o quizá mejor, del filosofar, en relación con los dos grandes movimientos registrados. Filosofías más sistemáticas, no sólo en la integridad, orden y rigor del pensamiento, sino también en la forma de exponerlo; filosofías que se acercan a la ciencia y llegan a confundirse con ella: son principalmente las grandes filosofías metafísica — Aristóteles, la Escolástica, Descartes, Spinoza, Kant, Hegel. Filosofías de forma de exposición más literaria, si no siempre de ideación asistemática: son principalmente las filosofías que ponen en primer término o en término único las cosas humanas y que por transiciones insensibles pasan a *pensamiento,* aplicado, ético, político, estético. . ., a *literatura de ideas* y llegan hasta confundirse con la literatura de imaginación o ficción—Platón, los postaristotélicos, los renacentistas, los pensadores —escritores de la Ilustración y de los siglos XIX y XX.

Pero, a todo esto... La edad media no terminó ni empezó la moderna el 28 de junio de 1453. La edad moderna se inició por lo menos a finales del siglo XIII, con los viajes de los Polo. Y la edad media ha prolongado su existencia, en algunos de sus ingredientes o aspectos, dentro de algunos países, hasta tiempos muy recientes. Las divisiones de la historia no terminan unas y se inician otras en un punto y hora. Las posteriores se inician en plenas divisiones anteriores y éstas es extinguen en plenas divisiones posteriores. Las divisiones históricas se encabalgan. Consecuencias y manifestaciones: asincronismos y complejidades. Las gestas, las obras, las figuras presentan o descubren una mezcla de elementos o rasgos propios de las divisiones sucesivas, en dosificación cambiante con la localización en el tránsito entre dos de ellas o en la plenitud de una. Hay elementos y rasgos inequívocos de auténtico medievalismo en el descubrimiento y conquista de América, en Lutero, en Copérnico, en Descartes —hasta en Kant, hasta en Hegel. Pero, a la inversa, las innovaciones que son orígenes de la edad moderna son una de las razones de ser de la filosofía de Descartes y de sus grandes continuadores inmediatos; la Ilustración, de la de Kant y los suyos. Dentro de la filosofía contemporánea, las más de las filosofías pertenecen por distintos elementos o rasgos a uno y otro de los dos movimientos registrados. Ha sido con arreglo al movimiento dentro del cual parecen filosofías o filósofos haber ejercido su mayor influencia hasta ahora o deber ser incluídos desde el punto de vista actual, como se ha hecho la distribución del correspondiente aparte anterior, hecha además en buena parte a título de simple ejemplificación. Salvedades análogas habría que hacer por respecto a las dos formas del filosofar y su correspondencia con las filosofías. En la realidad con su detalle, que llega a la individualidad, no sólo de los autores, sino de las obras, hay entre ambas formas todas las gradaciones intermedias y en la correspondencia histórica todas las complejidades y excepciones.

Mas si despegando de los detalles la vista, que sólo puede ir recorriéndolos aisladamente, se abarca la totalidad de la historia, situado a la distancia necesaria en el hoy, la totalidad abarcada se ofrece con un dinámico relieve in-

equívoco. La filosofía occidental, a partir de los fines de la medieval y principios de la moderna, dibuja un nítido movimiento de reiterada y ascendente emancipación de su vinculación al cristianismo—hasta nuestros mismos días. En filosofías que se ocupan con *este mundo,* con *esta vida* hasta desprenderse absolutamente y por principio de toda *otra vida,* de todo *otro mundo.* Filosofías que se ocupan con este mundo, con esta vida, en la detallada concreción de sus *cosas del mundo, cosas de la vida.* Que, congruentemente, se expresan en formas con preferencia parciales o casuísticas, libres y bellas: el ensayo, la carta, el artículo de revista y de periódico, pero no de periódico o de revista técnica, sino general, literaria. La mirada avizora en el fondo, base y raíz de este movimiento otro, del que por ello resulta el anterior tan sólo la expresión: el movimiento de génesis y auge del hombre moderno, el burgués laico. El hombre que acomete la empresa de organizar la vida humana, en todas sus dimensiones, públicas y privadas, en la ecumene y en la intimidad de la persona, a base de ella misma exclusivamente. La empresa de vivir, de ser hombre, a base exclusivamente de la humanidad, del ser hombre. Mas la mirada acaba vislumbrando en el fondo de esta empresa, a su vez, un doble problema, que a la Ilustración y a la filosofía que la ha continuado hasta hoy, que al hombre sujeto último de este movimiento filosófico, plantea el término actual de la trayectoria histórica recorrida por este hombre mismo, y que se plantea a sí propia la filosofía en su instante actual igualmente. Tal preocupación exclusiva por el *más acá,* tal *inmanentismo,* es un hecho como doctrina de un movimiento del pensamiento y como propósito de un tipo de hombre. ¿Lo será igualmente como realidad? ¿No habrá error, limitación superficial, en la concepción de "*la vida a base de ella exclusivamente*", del "*a base exclusivamente de la humanidad, del ser hombre?*" La vida, el hombre ¿no implicarán, o "*complicarán*", en su *ésta,* en su *más acá,* en su *humanidad,* un *otra,* un *más allá,* un *humus* donde arraigue y se sostenga y sustente la raíz sostén y sustento? La crítica coyuntura actual, la cuestión que es nuestra vida ¿no estribará justamente en que hayamos hecho la experiencia histórica de tal *inmanentismo* hasta el extremo en que se revela últi-

mamente imposible? La misma filosofía oriunda y abogada de este *inmanentismo* no ha podido menos de acabar volviendo a la metafísica. Es cierto: a una metafísica doctrinalmente irreligiosa. Pero no menos cierto, que por ella se pasa al segundo estrato, más profundo y decisivo, del problema. El cristianismo es desde los comienzos de la edad media la raíz tradicional del Occidente moderno, europeo y americano. Es desarraigarse, descristianizarse, para el occidental, europeo y americano. Mas por otra parte, es innovar hacer la historia o ser hombre. ¿Será la humana una naturaleza *condenada* a errar sucesivamente de un extremo a otro, sin que le sea dado ni siquiera en el punto medio de cada vaivén conciliar arraigo o tradición e innovación o historia en síntesis reiteradamente superiores de tesis y antítesis dialécticamente necesarias? Si el cristianismo pudo ser raíz, es porque es religión. ¿Será la religión etapa accidental de la historia humana, como implica en su último fondo la ley positivista de los tres estados, o capa esencial de la humana naturaleza, la capa básica, como la ha concebido la tradición general del pensamiento y siguen concibiéndola algunos dentro de la misma filosofía más actual? La religión, lo único verdaderamente radical y en consecuencia capaz de religar por la raíz o de radicar o arraigar. Porque si esto último, el *inmanentismo* habrá sido, podrá seguir siendo doctrina y propósito, pero no será realidad: el hombre *complicará* alguna trascendencia. Y la metafísica irreligiosa será y podrá seguir siendo doctrina, pero no verdadera: la trascendencia *complicada* por el hombre será religiosa.

4ª

Se consignó y razonó en la nota anterior: las modernas filosofías nacionales empiezan con el término de la constitución de los modernos Estados nacionales y con el empleo de los idiomas correspondientes. Por tanto, Séneca, S. Isidoro, los filósofos árabes y judíos españoles no integran o contribuyen a integrar una filosofía propiamente española, suponiendo que integrasen o contribuyesen a integrar una filosofía, compensado el aislamiento de un Sé-

neca y de un San Isidoro por la serie árabe y la serie judía, culminantes además dentro de las filosofías respectivas. Lulio pertenece a la Escolástica europea o a una cultura española que no es la Euramericana o universal, la de lengua castellana; y es una figura tan aislada como ingente. Pero—la mística germánica de fines de la edad media y principios de la moderna es uno de los orígenes de la filosofía moderna, aunque lo fuese sólo de la filosofía alemana como tal: lo es por el pensamiento y por la lengua. Pues bien, en esta mística tiene también uno de sus orígenes, más o menos directo e importante, la española, en la que los hombres de lengua española podemos reconocer sin empacho, tanto más cuanto que en el reconocerlo no nos encontramos solos, la culminación de la mística cristiana, europea y universal. Y en ella podemos reconocer igualmente, tampoco solos, una filosofía española, de la forma en que la filosofía es *pensamiento* místico, religioso. Una filosofía española por la lengua y por el pensamiento, asimismo. Y hasta una vez aun acompañados, la más alta filosofía española, puesto que, por una parte, a ella podemos agregar otras aportaciones españolas a la filosofía o el pensamiento universal contribuyentes a integrar una filosofía española, pero, por otra parte, estas aportaciones no alcanzan dentro de la cultura humana tan altas cimas. Existe una escolástica española que se extiende densa desde Vitoria hasta Suárez y que tiene una localización que le da carácter nacional en grado no conocido hasta ella por la Escolástica. Es, más que una continuación de la medieval, una restauración de ella que acaba alcanzando las mismas alturas en Suárez. Por algunos puntos, señaladamente por la independencia que las *Disputaciones* del último devuelven a la metafísica respecto de la teología, es otro de los orígenes de la filosofía moderna, y no de la de una nación sola. En los últimos grandes escolásticos medievales cabía ver un inicio de carácter nacional. En la escolástica española cabe verlo más aún. La inserción en plena edad moderna, la coexistencia con el empleo de las lenguas nacionales para la manifestación del pensamiento, de la filosofía, contagian el fondo escolástico y la expresión latina de modernidad y nacionalidad en los problemas y soluciones y en la forma mental y verbal, didáctica y lite-

raria. En esta escolástica debe encontrarse, pues, la segunda aportación, y aportación importante, de España a la filosofía universal o contribuyente a integrar una filosofía española. Una tercera puede hallarse en la misma edad. Hay una aportación ibérica al Humanismo y a la filosofía del Renacimiento que se esparce desde los más o menos erasmistas, pasando por figuras como las de Servet, Pereira, Huarte, Sánchez hasta los rezagados Quevedo y Gracián, y que puede considerarse como una filosofía española del Renacimiento. Hay, en fin, una cuarta aportación. Mas para llegar a ella hay que saltar del triple movimiento coetáneo, místico, escolástico, renacentista, al encenderse de las luces en Hispanoamérica. Salto seguramente no tan considerable en la superficie del tiempo, dada la prolongación del movimiento anterior hasta la segunda mitad del siglo XVII, cuarto en las honduras de la historia.

La Ilustración se extiende en el mismo siglo XVIII a Hispanoamérica. Ante todo, da a ésta un conocimiento de la filosofía moderna extranjera que, favorecido crecientemente por las crecientes relaciones internacionales del mundo moderno, ya no sufrirá colapso. Hispanoamérica se da, a su vez, a este conocimiento, con avidez que ha llegado a parecer extremada y contraproducente. Hispanoamérica importa desde el siglo XVIII hasta nuestros mismos días filosofía extranjera, no siempre elegida con el mismo discernimiento. Primero, en pleno siglo XVIII, los que se enteran de la existencia de la *filosofía moderna* de Bacon, de Descartes, toman conocimiento de ella, se dejan influir por ella, procuran que tomen conocimiento de ella y se dejen influir por ella sus compatriotas: Feijoó, los mexicanos *humanistas del siglo* XVIII, jesuítas desterrados a Italia, Gamarra. En seguida, los que influídos ya propiamente por la Ilustración y sus primeras derivaciones, son promotores eficaces de la renovación de los estudios filosóficos o del interés por ellos: Lafinur y Agüero; Caballero, Varela, Luz y Caballero; Martí de Eixalá. Más adelante, los principales movimientos producidos en Hispanoamérica durante todos los tiempos contemporáneos por la importación de filosofías extranjeras: el del krausismo en España y el del positivismo en la América española, cuyos maestros alcanzan desde Sanz del Río hasta D. Manuel B.

Cosío, desde Barreda hasta Varona e Ingenieros: contraste entre las dos partes de Hispanoamérica—no hay prácticamente ni positivismo en España, ni krausismo en la América española. Ayer, los superadores del positivismo y los que ya no se curan del krausismo, los que se inspiran o forman en nuevas filosofías, la de Bergson, la neokantiana: Korn, Vasconcelos, Caso, Ortega. En fin, hoy, los formados o inspirados por los principales filósofos de obra o de influencia posterior, Husserl, Scheler, Nikolai Hartmann, Heidegger, Dilthey, Blondel, Marcel: Romero, Astrada, Vassallo, Ramos, Zubiri, García Bacca.

Pero si no hubiera en la Hispanoamérica contemporánea más que esta importación de filosofías extranjeras, aun contando con la asimilación, transformación y aplicación personal y nacional eminentes en la obra de un Luz y Caballero, de un Korn, de un Caso, de un Romero, de un Ramos, de un García Bacca, y con que en esta obra se encuentran los gérmenes y hasta los comienzos de una filosofía, en el sentido más riguroso, original de Hispanoamérica; aun contando con los efectos culturales, sociales, disueltos por todo el organismo nacional, o cristalizados en puntos o momentos de la política, que hay que atribuir al krausismo en España o que haya que conceder al positivismo en México—quizás no habría aún una cuarta aportación, ya no de España, sino de Hispanoamérica, a la filosofía, al pensamiento universal, ni por ende a una filosofía, tampoco ya española, sino hispanoamericana. Pero hay más.

La Ilustración reanimó la vida intelectual y aun contribuyó a renovar la vida toda de Hispanoamérica. Hasta el mismo punto que en los países de donde venía y en otros: reanimar, por una reacción natural y comprensible, la vida de aquello mismo a que en el curso de la historia venía a oponerse. En España, Balmes destaca la grandeza filosófica de Descartes y Leibniz. No es difícil encontrar lo que le inspira. Se trata de oponerlos a la doble filosofía posterior a ellos: la irreligiosa filosofía de la ilustración, la idealista y escéptica o panteísta filosofía alemana de Kant a Krause. Pero la obra toda de Balmes es hija del espíritu del siglo de las luces. Es obra de luces y de luces dirigidas en el mismo sentido que las de la Ilustración y que el *in-*

manentismo del hombre moderno que marcha en el fondo de la Ilustración: la historia de la civilización europea, la política nacional e internacional. Con tal obra se anticipó Balmes al neoescolasticismo contemporáneo con que la Iglesia no pudo menos de reaccionar ante la amenaza del progreso del *inmanentismo*, de la filosofía contemporánea que responde a él como a él había respondido la Ilustración. En el encomio de la *filosofía moderna* y de Bacon, Galileo, Descartes que se encuentra en los mexicanos y jesuítas "humanistas del siglo XVIII, no parece suspicacia infundada suponer un brote anterior del mismo propósito de oposición. Y en la obra toda de estos humanistas hay que reconocer una primera manifestación de la misma reacción. Ya esta obra era hija del espíritu de su siglo, obra de luces dirigidas en el sentido de las luces de la Ilustración y del *inmanentismo* del hombre moderno: la cultura patria y su renovación por la *filosofía moderna*.

Al *inmanentismo* motor de la Ilustración respondía la ocupación de ésta con las cosas de este mundo, pero principalmente de esta vida, las cosas humanas, en su detalle concreto. Entre las cosas humanas en su detalle concreto hay una que toma cuerpo porque éste es destacada concreción de las cosas humanas en su detalle: es la patria con su cultura, la realidad nacional. La Ilustración hace que en España se plantee, que España se plantee el tema ESPAÑA: el tema de la grandeza y decadencia de España, de la historia y la esencia de España, con las correspondientes crítica y terapéutica, la principal, la ilustración, la visión de las luces extranjeras como operación difusiva de ellas en el país. En los aludidos jesuítas mexicanos se encuentra la conciencia acabada de la mexicanidad, de la nacionalidad americana como distinta de la española. En los ilustrados de la América española se encarna, pues, la independencia espiritual de la colonia respecto de la metrópoli, respecto del pasado común, que iba a traducirse en la independencia política. No hay solución de continuidad, sino continuidad sin solución, entre gentes como aquellos humanistas y las que iniciaron el movimiento de independencia política que triunfó, según muestra el caso de Hidalgo: Hidalgo era un ilustrado. Lo que seguramente ni atisbaron aquellos jesuítas ilustrados y americanistas fué todo

el alcance del movimiento en que entraron, ni en la dirección del pasado, de la independencia respecto de éste y de lo que él representaba, ni en la dirección del futuro, de la consecuencia con que la independencia espiritual iba a traer a su zaga la política y el desarrollo de ésta. En todo caso, conciencia de la nacionalidad distinta, independencia espiritual y política respecto de la metrópoli y del pasado, desarrollo de la independencia política o proceso de constitución de las nuevas naciones, significaban el planteamiento teórico y el proceso de resolución práctica del problema AMÉRICA en general y española en particular, en esencial correlación.

Estos temas, ESPAÑA y AMÉRICA, iban a ser los principales del pensamiento hispanoamericano y a dar a éste originalidad y otros valores de alcance universal. En España, a través de Larra, de Costa, de Ganivet, hasta Unamuno, la generación del 98, Ortega. En la América española, con Bolívar, Sarmiento, Montalvo, Martí, Rodó, Vasconcelos. Como un unitario movimiento de pensamiento político —político en la más genuina y generosa acepción del término, aquella en que la política es la organización de la vida y cultura toda de la *polis*— se presenta éste. Movimiento de preocupación intelectual por España, por América, por la independencia espiritual y política, por la superior organización política y cultural de una y otra, que en los casos más egregios es acción práctica y hasta heroica, en una indisoluble unidad que vincula especialmente este pensamiento a la corriente de las filosofías contemporáneas que unen idénticamente el pensamiento y la acción en su teoría —*pensar existencia*— y en casos también en la *práctica*—el caso de Marx. En el continente, lograda en seguida la independencia política, el pensamiento pasa por las mismas prontas fechas a ser pensamiento *constituyente* de los distintos países y de la América española en función de América en general. El pensamiento cubano sigue siendo pensamiento previamente, fundamentalmente pro independencia política hasta el 98. El pensamiento español sigue siendo radicalmente, aunque no sea consciente de ello, o al menos igualmente en todos los casos, pensamiento pro independencia política hasta la Segunda República —ha de seguir siéndolo por hoy. Lo que

los pensadores precursores y promotores de la independencia continental, de la cubana, son relativamente a las independencias respectivas, parecerán los pensadores españoles de la línea Ilustración —generación del 98 y continuación, relativamente a la independencia política de España— aunque en el futuro no se consumara y se quedase en posibilidad frustrada. Cabría decir que Martí estuvo en *"situación de Bolívar"* y quizá mejor aún que los intelectuales republicanos españoles en América estamos en *"situación de Martí"*. Sólo que Bolívar estuvo a la altura de su propia situación y Martí a la altura de la *"situación de Bolívar"*, mientras que los intelectuales españoles no hemos estado a la altura de esta situación ni de la *"situación de Martí"* hasta ahora; hasta ahora no hemos tenido los españoles un Bolívar ni un Martí. En suma: un mismo movimiento de pensamiento, iniciado con la Ilustración en Hispanoamérica, más avanzado en el continente y cuyo extremo rezagado es el pensamiento español más reciente. Pero hay que tener en cuenta los asincronismos y las complejidades que son consecuencia del encabalgamiento de las divisiones históricas. El pensamiento post-Independencia del continente y el pre-Independencia de Antillas y Península se han influído recíprocamente, y han sido influídos por el universal, si es que no han influído en él.

A este pensamiento político hispanoamericano cabe vincular el resto del pensamiento hispanoamericano contemporáneo. Lo más importante de este resto es el pensamiento estético, también en un amplio sentido del término: estético por los temas, por temas estéticos en sentido estricto y por una peculiar actitud estética ante los demás y conducta estética con ellos; estético por sus formas. Este pensamiento estético parece la mitad, si no más, del pensamiento hispanoamericano contemporáneo. Mas cabe descubrir nexos con el político que lo vincularían a éste. La visión estética de los temas estéticos y no estéticos, extranjeros y nacionales, actuales y pretéritos, es operación céntrica, básica de la política ilustrada. De otras porciones menores del mismo pensamiento, la mayor la pedagógica, se advierte al punto la estrecha relación con los pensamientos político y estético así vinculados. Al mismo pensamiento se vincula, en fin, lo más personal y nacional de

la asimilación, transformación y aplicación de las filosofías importadas: las preocupaciones iniciales, los propósitos y proyectos finales, temas, ideas y usos intermedios.

Este pensamiento hispanoamericano contemporáneo fundamentalmente político, nuclear, y formalmente estético, promoción voluminosa y valiosa de la Ilustración y de la filosofía contemporánea —principalmente de la que continúa la Ilustración— y últimamente del *inmanentismo* del hombre moderno, es la más reciente y no menor aportación de Hispanoamérica a una filosofía propia y a la universal.

Unicamente visto en la unidad que lo localiza con exactitud en la historia de Occidente y su filosofía, y localizado así en esta historia, es posible caracterizarlo más detalladamente, y radicalmente por su situación, y el sentido de ésta, dentro del fondo histórico y la cuestión actual de nuestra vida. Mas tal caracterización requiere toda una nueva serie de notas.

IDEAS SOBRE LA POLITICA ECONOMICA DE LA POSTGUERRA

Por *Ludwig VON MISES*

El profesor Ludwig Mises, ilustre economista austríaco de prestigio internacional, nos ha enviado el artículo que aquí se inserta, en el que expresa sus opiniones con respecto a la post-guerra. CUADERNOS AMERICANOS publicará en sus próximos números, artículos sobre el mismo tema por pensadores distinguidos, que vean el problema desde un ángulo distinto del que lo examina el profesor Mises.

I

ESPERAMOS que un día termine por fin esta espantosa guerra y los hombres puedan volver a ocuparse en las labores de paz. Entonces la producción de armas y otros instrumentos para el crimen, será substituída de nuevo por la producción de bienes de consumo para hombres, mujeres y niños. Ya no se pensará en aniquilamiento y destrucción, sino en establecer y en aumentar el bienestar humano.

Este retorno a la paz supone, claro es, el aniquilamiento absoluto de las potencias totalitarias pues, si vencieran los dictadores, la consecuencia de la victoria no sería la paz sino la guerra eterna. En estas potencias totalitarias se defiende una filosofía que proclama como estado normal del hombre, como estado deseable, que proporciona a todos la dicha, no la paz, sino la guerra. Su anhelo no es la paz permanente, sino la guerra permanente; si logran, pues, el triunfo, la tierra se convertirá en un enorme matadero.

Pero los dictadores sucumbirán y cabe preguntarse: ¿Qué es lo que debemos hacer para cerrar, tan pronto y tan bien como sea posible, las heridas abiertas en la sociedad durante estos años de lucha? Este es el gran proble-

ma que debe preocuparnos y nunca será prematuramente. El estadista y el economista deben, desde ahora, mientras aun se escucha el estruendo de las batallas, pensar en el último día de la guerra. Desde ahora deben preparar, en su espíritu, lo que entonces será preciso poner en práctica.

II

Es menester ante todo dejar bien sentada esta idea: si la política económica de la postguerra ha de tener éxito, tendrá que basarse en medidas radicalmente diferentes de las empleadas antes de que comenzara esta guerra.

La característica principal de la política, en la década que precedió a la actual guerra, fué la del nacionalismo económico. Es decir, una política económica basada en la creencia de que se puede favorecer el bienestar de todos los súbditos de un país, o al menos de un grupo determinado, poniendo en práctica medidas que perjudiquen al extranjero. Se creía que se prestaba un servicio al propio país dificultando o prohibiendo de un modo absoluto la importación de mercancías extranjeras, restringiendo la inmigración de extranjeros o expropiando, parcial o totalmente, el capital perteneciente a extranjeros. No es éste el lugar apropiado para investigar si tales medidas son realmente idóneas para alcanzar el fin deseado. La teoría clásica del libre cambio ha dado ya la prueba irrefutable de que el resultado final de las restricciones impuestas al comercio exterior no consiste sino en un descenso general de la productividad del trabajo y, por tanto, del nivel de vida. De ese modo, la producción deja de tener lugar en puntos en los que sería grande el rendimiento, para trasladarse a otros en los que, con el mismo esfuerzo de capital y trabajo, se obtienen rendimientos muy inferiores. La clásica doctrina del libre cambio de Hume, Smith y Ricardo nunca ha podido ser refutada. Todo cuanto en su contra se ha ido objetando resultó posteriormente infundado.

Mas el proteccionismo no sólo da lugar a desventajas económicas, sino que también imposibilita toda cooperación pacífica entre los Estados, conduciendo a una guerra

segura. Los esfuerzos de la Sociedad de las Naciones para impedir, mediante un sistema de seguridad colectiva, la nueva conflagración mundial, resultaron vanos debido al ambiente, ya que todo Estado, grande o pequeño, tendía sobre todo a perjudicar a los demás mediante determinadas medidas económicas.

Si no lográsemos superar el nacionalismo económico, resultarían ilusorias todas nuestras esperanzas de lograr una reconstrucción de la cultura. El nacionalismo económico prohibe a los Estados industriales, es decir, a aquellos que están obligados a importar víveres y materias primas, la reunión de los medios necesarios para pagar sus importaciones. ¿Cómo podrían pagar a no ser mediante la exportación de sus productos industriales? Si no se les permite la exportación de los artículos industriales llegarán, fatalmente, a la autarquía; por otra parte, los países que poseen materias primas, pierden el mercado para los productos de su tierra. Esta situación es la que provoca en los Estados industriales el deseo de apoderarse, valiéndose de la fuerza militar, de los países que poseen materias primas. No debemos engañarnos: tras las reivindicaciones, aparentemente inocentes, que habla de una distribución equitativa de las fuentes naturales de riqueza y del libre acceso a las materias primas, se esconden veleidades de conquista.

En un mundo pacífico en el que reinara el libre cambio, ya no existirían problemas referentes a las materias primas. Cada país podría comprar en el mercado mundial todas cuantas materias primas pudiera pagar. En el mundo en que impera el proteccionismo, las cosas ocurren de muy distinta manera: en ese mundo no puede desaparecer el problema de las materias primas; y para un Estado pequeño, es decir, militarmente más débil, constituye un peligro el hecho de disponer dentro de sus fronteras de minas o de un suelo fértil.

Todos los tópicos que se lanzan sobre las ventajas de la paz, sobre la cooperación internacional, sobre la creación de una sociedad de naciones y la reconstrucción de la economía mundial, no son sino frases huecas si se tiene la intención de conservar el proteccionismo. Si no se quiere

renunciar al nacionalismo económico, los pequeños Estados perderán su autonomía y se convertirán en vasallos de los potentes Estados militaristas. Los grupos de las grandes potencias, armadas hasta los dientes, se enfrentarán unos a otros, dispuestos a aprovechar cualquier momentánea debilidad del adversario para emprender nuevas campañas de conquista.

Es preciso comprender al fin que esta nueva guerra mundial (lo mismo que la primera) no fué producida por una catástrofe de la naturaleza que se desencadenara sobre los hombres inocentes, sino que es el inevitable resultado de la política económica nacionalista practicada en las décadas precedentes. En un mundo donde reinara el libre cambio no hubiera sido posible, por muy grande que fuese el *dinamismo* de Hitler o de Mussolini, llegar a la guerra. Siempre existirán hombres malvados, pero lo que importa es crear un orden económico en el que el poder nocivo de éstos se reduzca al mínimo.

Sin la destrucción del nacionalismo económico no será posible, en suma, un retorno a la paz y al bienestar.

III

El problema principal de la postguerra consistirá en la pobreza general, es decir, en la penuria de capital.

En la última década, la política pareció desinteresarse de los problemas de la formación y conservación del capital. Los Gobiernos actuaban como si no tuviese ninguna importancia para el bienestar de los pueblos el hecho de que la producción dispusiese de más o menos bienes de capital. Mediante su política de impuestos y de gastos, estos Gobiernos no sólo frenaron la nueva formación de capital, sino que —al menos en muchos países en los últimos años— dieron lugar a una verdadera consunción de capital. Practicaron, por tanto, no una política orientada hacia el incremento de la prosperidad general y hacia la elevación del nivel de vida, sino hacia el empobrecimiento popular. Después que pase la actual guerra, no será posible continuar manteniendo esta política, a no ser que

deliberadamente tratemos de conseguir la destrucción de lo que hoy llamamos civilización occidental.

Lo que hizo posible que se desarrollara esta cultura, la más grandiosa de todas cuantas hayan existido, fué, precisamente, en lo que se refiere a la economía, la constante acumulación de bienes de capital. En los días anteriores a esta época de las guerras mundiales y de las dictaduras, vivía, incluído en esta civilización occidental, un número de hombres mucho mayor que en los días anteriores a la *revolución industrial;* y cada uno de estos hombres vivía muchísimo mejor que sus antepasados un siglo o dos antes. Cada año se producía un alza en el nivel de vida de las masas; cada año se ponían nuevas mercancías al alcance del hombre medio, las cuales hacían su vida más sana, más agradable y más estimulante. Al hombre de ahora le parece hoy humanamente indigno el medio en que vivía la nobleza en la edad precapitalista, por no hablar ya de las condiciones de vida de la masa del pueblo.

Todos estos incrementos en el nivel de vida los debemos a la circunstancia de que, año tras año, se produjo más de lo que se consumió. El sobrante ahorrado fué invertido, es decir, empleado en el desarrollo del aparato de producción. De este modo, se desarrollaron los medios de transporte y se hicieron nuevas instalaciones para conseguir una producción mejor y más barata de todo género de bienes de consumo. El trabajo individual de cada uno de los hombres rinde hoy más porque, a cada cantidad determinada de trabajo, corresponde una cantidad de bienes de capital mucho mayor de la que antes correspondía. La productividad marginal del trabajo ha ido, pues, creciendo y, en consecuencia, ha aumentado el salario real. Si creció el nivel de vida de las masas, fué porque la provisión de capital en la economía superó al incremento de la población.

Pero las masas no solamente quedaron beneficiadas por el aumento de los salarios reales: la organización moderna de la técnica financiera, del sistema de crédito y de las sociedades por acciones, estableció la posibilidad de que estas mismas masas se convirtieran en propietarias de capitales. La mayoría de los titulares de depósitos en los bancos de ahorro, de bonos y pólizas de seguros, se encuentran,

incluso, entre la clase obrera. El ahorro y la formación de nuevos capitales no son en el Estado capitalista privilegios de una minoría, sino generales; y sus frutos, de uno u otro modo, aprovechan a todos.

Los gobiernos y los políticos se han negado a reconocer que el incremento de capital constituye el nervio vital del progreso económico; por el contrario, hicieron todo lo posible para quitar a la gente el deseo del ahorro. Confiscaron parte del capital mediante los impuestos y, por medio de la inflación, perjudicaron justamente al pequeño ahorro. Realizaron expropiaciones, consumiendo las existencias de capital que habían sido logradas.

Citaremos como ejemplo el modo de proceder de Hitler en relación con los ferrocarriles alemanes del Reich. Mucho tiempo antes de la primera guerra mundial, los diversos Estados alemanes —Prusia, Baviera, etc.—, *compraron* los ferrocarriles construídos con el capital privado, efectuando el pago mediante bonos. Como estos bonos perdieron su valor debido a la inflación, el Gobierno adquirió estos ferrocarriles, en cierto modo, gratuitamente. Hitler administró esa enorme existencia de capital, equivalente a más de 60,000 kilómetros de rieles, del modo más irresponsable. No substituyó los vehículos (locomotoras y vagones) que habían sido desgastados por el uso, y tampoco las vías ni los aparatos de señales, como hubiera sido conveniente, y descuidó por completo el material fijo. La situación es similar en los demás ferrocarriles de Europa del sur y de la Europa oriental. Después que haya pasado la actual guerra, la mayor parte de los ferrocarriles de Europa constituirá un montón de piedras y hierros viejos. Se ha consumido de este modo, en el sentido estricto de la palabra, un capital cifrado en miles de millones.

La destrucción de capital a que da lugar la guerra supera con mucho a la de antes de la guerra. Al terminar la contienda, veremos en todas partes enormes instalaciones dedicadas a la producción de armas y otros materiales para la guerra, pero estas instalaciones no pueden ser utilizadas para la producción de los bienes que se requieren en tiempos de paz. El capital inmovilizado en ellas se habrá perdido y, en cambio, faltará capital donde resulta más necesario. Las antiguas instalaciones destinadas a la

producción de bienes en tiempos de paz, resultarán inútiles, bien por haber sido transformadas en empresas dedicadas a servir al rearme o porque se han echado a perder por haber permanecido varios años sin ser utilizadas.

IV

¿Qué podríamos hacer para aliviar tan rápidamente como sea posible esta penuria de capital?

Sólo hay *un* medio: producir más de lo que se consuma, esto es, ahorrar y formar de este modo un nuevo capital. Cuanto más se produce, cuanto más de lo producido se invierte y menos se consume, más pronto pasan los malos tiempos de la penuria de capital. Todos los que aconsejan una solución diferente a la que acabamos de exponer, se engañan a sí mismos o tratan de engañar a los otros.

No hay procedimientos financieros mágicos para remediar la penuria de capital. La expansión del crédito no puede aliviarla, y mucho menos suprimirla. Por el contrario, el *boom* artificialmente producido por la expansión de crédito, da lugar a un despiste, y por tanto, a un despilfarro de capital, favoreciendo de un modo inmediato un superconsumo, esto es, una consunción de capital. Los experimentos inflacionistas no harían sino empeorar el mal. Lo que hace falta en este caso es, precisamente, una política monetaria y de crédito que asegure la estabilidad del valor monetario.

Los Gobiernos tendrán que renunciar a todas las medidas confiscatorias: tendrán que cambiar radicalmente su política de impuestos.

Los impuestos sobre la renta y sobre las herencias se han ido transformando en muchos países en mal disimuladas medidas de confiscación. La persistencia de este sistema no es compatible con la existencia de la propiedad privada, y no tiene sentido a no ser que quisiéramos con ellas buscar el tránsito a un régimen comunista para hacer descender el nivel de vida de las masas al permanente nivel de miseria que reina entre las masas rusas. Dentro de los límites de un sistema no comunista, esas medidas ejercen sólo un efecto de freno y destrucción. Estimulan el

consumo de capital, pues, ¿qué sentido tendría ahorrar para el hombre que sabe que de su herencia sólo una pequeña parte iría a parar a manos de sus hijos?

Si queremos conservar el impuesto sobre la renta, sería preciso convertirlo en un impuesto sobre la renta consumida. La parte del ingreso que no se consuma, sino que se ahorra e invierte, ha de quedar libre de todo impuesto, ya que es asunto de interés público que se forme tanto capital nuevo como sea posible.

Todas las grandes empresas se desarrollan mediante el consumo de sólo una pequeña parte de los beneficios, invirtiéndose el resto. El sistema actual que, por la existencia simultánea de impuestos federales e impuestos locales hizo subir los impuestos sobre las grandes rentas hasta un 100% y aún más, imposibilita el nacimiento de nuevas industrias, así como el desarrollo de las ya existentes. En interés de la población norteamericana, hace algunos años no se frenó el desarrollo de empresas que abastecían el mercado de artículos baratos de uso diverso; pero que ahora se impida el surgimiento de nuevos competidores, redunda sólo en perjuicio de los consumidores, confiriendo en cambio a los incapaces herederos de las empresas existentes una protección injustificada. La legislación sobre los impuestos, que sus partidarios consideran como medidas dictadas *en favor del pueblo,* produce sólo el efecto antisocial de frenar el progreso en el abastecimiento de los consumidores.

La disminución de los ingresos del Estado, consecuencia inevitable de tales reformas en el sistema tributario, deberá ser compensada por la restricción de gastos. Es preciso liberarse de una vez para siempre de la ilusión de que el *Estado* tiene dinero para todo y para todos. El *Estado* no puede dar a nadie sino lo que previamente ha quitado a otros. Al proyectar cualquier gasto del Estado, es necesario meditar previa y cuidadosamente si el gravamen de las contribuciones que esto implica y sus consecuencias económicas, no serán más nocivos que puedan ser ventajosas las consecuencias del gasto planeado. Ya no será posible dar subvenciones y emitir bonos para asegurar la reelección de los miembros del Parlamento; será preciso volver a la administración económica de los antiguos parlamen-

tos, que muy claramente se dieron cuenta de que un presupuesto ordenado es mucho mejor que la supuesta felicidad de los presupuestos nivelados.

La penuria de capital será, probablemente, menos sensible en los Estados Unidos de Norteamérica que en el Imperio Británico, y en éste menos opresora que en el Continente europeo. En la Europa central, oriental y del sur, la situación será completamente catastrófica. Los países industriales de Europa no pueden alimentar a su población —la más densa de la tierra— sino mediante la exportación de productos de la industria, fabricados en gran parte con materias primas importadas. Deberán competir con sus productos industriales en el mercado mundial, y esto no será posible hacerlo con éxito si no han reconstruído su aparato de producción destrozado por la política hostil al capital en la época anterior a la guerra y por los sucesos de la guerra misma. Tendrán que renovar por completo sus medios de transporte y el equipo de maquinaria de sus fábricas, o en otras palabras: tendrán que empezar de nuevo a abordar todos los problemas que plantea la producción industrial. Pero antes de lograrlo tendrán que pasar por años y décadas de hambre y miseria.

Es claro que en tales circunstancias, en Europa —sobre todo en la Europa central y oriental— no será posible, durante mucho tiempo, la actividad sindical. La tendencia de las uniones obreras a imponer el pago a sus miembros de salarios más altos y el establecimiento de jornadas más cortas mediante la utilización de los *medios sindicales* tendrá que olvidarse allí donde falta completamente el capital. Los obreros tendrán que darse por satisfechos si obtienen trabajo que los proteja contra la miseria. ¿Contra quién dirigirían sus reivindicaciones en un país en el que no existe capital para poner en marcha las industrias? Salarios bajos, nivel de vida bajo, decadencia general de la cultura: esas son las tristes pero inevitables consecuencias de la penuria de capital.

Los obreros norteamericanos, al lamentar esta suerte de sus hermanos europeos, deben advertir que ellos disponen de un medio eficaz para remediarla: abrir las fronteras norteamericanas a una inmigración europea crearía una tendencia a la compensación entre los salarios de Europa

y los de los Estados Unidos. Mas si subsisten las restricciones a la inmigración, entonces resultará que los salarios en Europa, donde las condiciones naturales de producción serán peores y mayor la penuria de capital, estarán muy por debajo de los de Norteamérica.

Resulta, pues, claro que la penuria de capital, después de esta guerra, conducirá a un cambio radical de la política interior. Y, en seguida, veremos cuáles serán las consecuencias en lo que es refiere a la política exterior.

V

La gran hazaña, de un alcance político mundial, en el siglo XIX fué el desarrollo del mercado internacional del capital y del dinero. Los pueblos de la Europa occidental, que fueron los que crearon antes que otros aquellas instituciones políticas y económicas que favorecen la formación y conservación de capital, pusieron a la disposición de las naciones menos dichosas, de aquellas cuyas condiciones históricas y políticas fueron menos propicias para la formación de capital, mediante el sistema de préstamos, una parte de su propia riqueza. El sobrante de los ahorros de Europa se invirtió en todo el mundo y ayudó así a los pueblos de la Europa oriental y de Asia a superar su estado de atraso económico, y dió también a los americanos y australianos los medios que necesitaban para la explotación de las riquezas de su suelo. La cultura de Europa proporcionó a toda la humanidad no sólo los frutos de la técnica moderna, sino también los medios materiales para transformar su economía según las exigencias de la técnica moderna. Miles de millones se derramaron desde Europa (y más tarde también desde los Estados Unidos) sobre todos los países de la tierra, y, como contraprestación, recibieron los capitalistas europeos, hombres de empresa y ahorro, derechos de propiedad y valores industriales.

Esta organización internacional de crédito se halla hoy en ruinas. Ha sido destrozada en los mismos países que le deben su florecimiento económico. No se pagaron los réditos de las deudas, ni éstas tampoco fueron pagadas, bien porque los deudores las repudiaron abiertamente o porque

los gobiernos anularon los derechos de los acreedores con la devaluación de la moneda o el control sobre las divisas. Las empresas pertenecientes a extranjeros, fueron expropiadas o gravadas por medio de impuestos en tal forma que a los propietarios ya no les restaba sino un mero título. Acreedores y capitalistas extranjeros se encuentran hoy completamente despojados de sus derechos.

En tales circunstancias, no podemos esperar que, después de la guerra, los países menos arruinados pongan capital a la disposición de los más arruinados ya que la experiencia de los capitalistas y empresarios, en lo que se refiere a la concesión de créditos y a la participación en empresas extranjeras, es suficientemente explícita para que se sientan de nuevo inclinados a exponerse a los peligros de tales aventuras. Quizás los Estados Unidos, movidos por una vieja amistad histórica, hagan llegar algún capital a los países anglosajones, y tal vez también a México, como ayuda a un vecino, pero aun esto resulta dudoso, ya que los sindicatos norteamericanos tienen la tendencia a considerar la exportación de capitales como un acto dirigido contra sus propios intereses y, por lo tanto, piden medidas encaminadas a impedirla. En todo caso es seguro que los demás pueblos no esperarán a disponer de capital extranjero para la reconstrucción de su economía, si no se cambia radicalmente la actual condición de desamparo en que se encuentran estos capitalistas extranjeros.

Para que sea posible volver a poner en marcha el mecanismo internacional de capitales y crédito, será preciso dictar enérgicas medidas de derecho internacional. Sólo los Estados que se hallen dispuestos a aceptar grandes restricciones en su soberanía tendrán la esperanza de obtener préstamos del extranjero o inversiones directas de capital. En lo que se refiere al capital extranjero, estos Estados tendrán que renunciar a su autonomía en favor de la Sociedad de Naciones; o sea, en cuanto afecta a la política monetaria y de crédito, a las facultades mercantiles y fiscales sobre el capital extranjero, tendrán que someterse incondicionalmente a la jurisdicción de tribunales internacionales y tolerar que se ejecuten las decisiones de estos tribunales mediante un poder coercitivo internacional.

Todo esto parecerá hoy sin duda muy extraño y los gobernantes de la mayoría de los Estados lo considerarán como simplemente inaceptable. Pero hay que considerar sobre todo dos cosas: en primer lugar, que cada Estado será libre de someterse o no a estas condiciones y de aceptar o renunciar a la ayuda de capital extranjero; en segundo lugar, resultará inevitable liquidar la concepción de la soberanía individual de un Estado, que ya no se encuentra en armonía con las actuales circunstancias. De ningún modo debe ser posible que tengan lugar casos como los de Austria, Albania y Etiopía. Los pequeños Estados han de gozar de una protección efectiva contra tales violaciones, que habrán de asegurarles las grandes potencias. Los Estados que secretamente practiquen una política de rearme, han de ser contenidos en sus propósitos por medio de una policía internacional. Será preciso tratar a los Gobiernos perturbadores de la paz del mismo modo que se trata, dentro de los Estados, a los bandidos y asesinos. Y, establecido un tal sistema, ya no parecerán intolerables las restricciones a la soberanía en cuanto a la política financiera y fiscal.

Pero hemos de indicar que todas estas medidas no podrán remediar completamente la penuria de capital. Lo que se puede lograr es que se distribuya más equitativamente el capital existente, y con esto ya se habrá ganado mucho.

VI

Después de la actual guerra, el mundo no será un paraíso. Los hombres serán pobres, y tendrán que soportar las consecuencias espirituales y morales de la pobreza.

No todos los pueblos sufrirán de igual modo las consecuencias de la guerra. Entre los países relativamente menos perjudicados se contarán, probablemente, los países latinoamericanos. El atraso de éstos con relación a los países anglosajones será así, en parte, compensado. Se iniciará una nueva salida en la que el *handicap* de la América Latina será menor.

Ese pretendido retraso de la América Central y del Sur, que hizo siempre sonreír compasivamente a los turistas *Cook* ordinarios, no se debía sino a la penuria de capital que existía en estos países. Como el capitalismo llegó a América Latina con dos siglos de retraso en relación con otros países, faltaban ciertas instituciones ya familiares en éstos. El *bajo nivel* no era moral ni intelectual: no era otra cosa que la penuria relativamente mayor de capital.

Pero ahora, poco más o menos, todos los países han de empezar de nuevo. Y así podrá suceder que en el curso de los años desaparezcan, cada vez más, estas diferencias. Mediante una sabia política económica, los países latino-americanos podrían conquistar, en la economía mundial, la posición a que están predestinados por el genio y laboriosidad de sus ciudadanos y la riqueza de su suelo.

LIBERTAD Y PLANIFICACION

(EL TEMA CENTRAL DE NUESTRA EPOCA)

Por *Luis* RECASENS SICHES

EL CONFLICTO entre la libertad y el crecimiento de las normas de planificación es uno de los dramas más agudos que atraviesa nuestra época. Pero es necesario buscar a este problema una solución satisfactoria y que sea visible prácticamente. El intento de superar la colisión entre los valores humanos (presididos por la dignidad ética individual) y la necesidad de reorganización y ajuste social, que parece ser exigencia perentoria de la actual fase histórica, constituye la tarea más urgente de este tiempo. Constituye la preocupación capital para las gentes que no se resignan a perder el patrimonio de la civilización occidental, pero que a la vez se dan cuenta clara de cuál es la situación efectiva del mundo en que vivimos y de las necesidades ineludibles que ésta impone —necesidades que apremiarán todavía con mayor urgencia después que las democracias hayamos ganado esta guerra en defensa de la humanidad. En caso de que, después de establecida la paz, la planificación resultase inevitable, hay que buscar el procedimiento de hacerla compatible con la libertad. He aquí, pues, el tema de varios estudios recientes, entre ellos de un libro de Mannheim,[1] algunas de cuyas ideas me propongo comentar más adelante, en este artículo.

Nuestra época es un período de crisis, de enorme crisis, de la crisis acaso más profunda que registra la historia.

---

[1] *Libertad y Planificación Social* (versión española, de la ed. inglesa de 1940, por Rubén Landa), Fondo de Cultura Económica, México, 1942.—Karl Mannheim fué profesor de Sociología de la Universidad de Colonia hasta 1933, y desde entonces al sobrevenir el derrumbamiento moral y cultural de Alemania, pasó a desempeñar una cátedra en la Universidad de Londres.

Es así, efectivamente; es un hecho real y no una exageración ocasionada por la proximidad de la perspectiva, que exacerbase la sensibilidad. Un examen atento de la realidad actual permite afirmar que el proceso de nuestra época no es tan sólo uno de los muchos cambios históricos de gran volumen, como otros mayores o menores acaecidos en el pretérito, antes bien entraña una crisis de carácter extraordinario. No se trata solamente de un desajuste social, económico y político; es desde luego esto y en alto grado, pero es también algo más: es también una crisis que abarca la totalidad de la vida, de la sociedad, y de la cultura del mundo occidental, y, de rechazo, por el papel protagonista que éste ocupa, puede decirse que del mundo entero.

Esta crisis implica el hecho de que una serie de convicciones y criterios estimativos, que efectivamente habían regido la vida moderna y funcionaban como armazón de ella, han perdido su vigencia en la sociedad presente, sin que hayan sido sustituídos, en la realidad, por un nuevo sistema articulado de normas, establecido ya de modo firme en la conciencia de las gentes. Y así, la vida de hoy, en sucesión desordenada y tumultuosa de convulsiones, nos produce a veces la impresión de que marcha a la deriva, sin directriz ni timón, y de que muchas de las fuerzas gobernantes en el mundo atienden sólo a la táctica del día, a soslayar el problema del momento, sin poseer una estrategia de conjunto.

Ahora bien, el hecho de que muchas normas hayan perdido efectivamente vigencia en la sociedad actual, y de que varias instituciones hayan quebrado, o al menos anden melladas, sin prestigio, y en notorio desajuste con las necesidades presentes, no supone que las ideas que las inspiraron carezcan de validez. Aun cuando muchas instituciones políticas, normas jurídicas y moldes colectivos de antaño hayan fracasado hoy en día, no debemos inferir de eso, en manera alguna, que esté caducado el valor de la libertad, de la democracia y de la justicia social. Tales ideas siguen siendo valores muy altos e importantes y deben continuar inspirando todo plan de organización social; pues lo que ha quebrado no han sido dichos principios, si-

no tan sólo determinadas instituciones históricas, que fueron fabricadas para el servicio de las mismas, a la vista de unas circunstancias concretas. Al variar profundamente esas circunstancias, sucedió que algunos aparatos institucionales —aunque no todos— que fueron montados en armonía con ellas, se han mostrado ineficaces, cuando no perturbadores. Pero, entonces, lo procedente no es echar por la borda, en un arrebato de mal humor, aquellos principios humanistas; sino que lo sensato es examinar detenidamente la realidad de las nuevas circunstancias, acoplar a éstas las exigencias de los valores de libertad, de autonomía social y de justicia económica; y, de tal guisa, modificar o sustituir la instituciones, para que podamos atender a las necesidades de nuestro tiempo, sin incurrir en conductas regresivas. Las instituciones cambian y pasan, pero los principios valorativos básicos siguen conservando su validez, y pueden encarnar sucesivamente en formas históricas mudables de acuerdo con las realidades cambiantes.

Uno de los hechos de mayor importancia en nuestro siglo es el aumento acelerado de la regulación estatal de la vida colectiva, sobre todo en su esfera económica, pero también en otros aspectos. Este fenómeno, en determinados casos, ha obedecido a una directriz teórica preestablecida. Pero, en cambio, muchas otras veces, se ha producido y se está produciendo sin que responda a un plan previo, tan sólo como respuesta a urgencias perentorias del momento, e incluso eventualmente en contradicción con los idearios políticos de quienes han puesto en práctica tales medidas; se ha desarrollado como una especie de inevitable menester, impuesto apremiantemente por las circunstancias. Y cada vez parece más difícil abandonar ese camino; antes bien, por el contrario, se está abocado a que en lo sucesivo crezca la magnitud de la regulación estatal.

Al hablar del aumento de volumen de las funciones estatales y de los graves problemas que esto plantea, no me refiero a aquellas innovaciones jurídicas que constituyen un notorio progreso, por constituir mejores garantías prácticas de la libertad, de la igualdad de oportunidades y de la justicia distributiva, tales como son las medidas para mejorar la educación, para asistir a los desvalidos y a los débiles, para salvaguardar la paridad en las transacciones

económicas, para reparar mediante seguros las emergencias (enfermedad, paro, vejez, etc.), para defender la sanidad pública, para mejorar el nivel de vida, para proteger al trabajador, todo lo cual está evidentemente justificado, por entero, en tanto que representa una realización más perfecta de los valores humanos que deben inspirar al Derecho. Al hablar del crecimiento de las actividades del Estado y de las complicadas dificultades que esto puede acarrear, me refiero sobre todo a aquellas medidas encaminadas a organizar la producción y el crédito, al control del comercio, a la reglamentación del consumo, a la intervención de las materias primas; en suma, aludo a las disposiciones que hacen asumir al Estado el papel de organizador directo de la vida económica y de una serie de aspectos sociales en conexión con ésta.

Tales tareas han sido realizadas por muchos Estados democráticos, todavía dentro del marco constitucional de los principios de libertad y sobre la base democrática, aunque en algunos casos se haya barruntado el posible conflicto entre esas medidas y las normas fundamentales.

En cambio, los Estados fascistas, como niegan absolutamente la dignidad humana, destruyen todo margen de libertad personal, quieren absorber plenamente las energías y el trabajo de los hombres y se proclaman a sí propios Dios omnipotente frente al cual nada vale el individuo, han procedido a regular de modo coercitivo hasta el último detalle de la vida de los hombres, en cuantos aspectos sean imaginables; y, de esta suerte, han puesto en práctica una densa planificación, sin reservas ni limitaciones, que abarca la integridad de la existencia humana.

De otro lado, recordemos lo ocurrido en la Unión Soviética. Esta se contrapone al totalitarismo fascista y nazi en una idea muy esencial, a saber, en cuanto a la concepción sobre el fin del Estado: mientras que el fascismo y el nazismo (y sus similares) degradan absolutamente al hombre, pues lo consideran tan sólo como mero medio al servicio del Estado —en el cual ven el máximo valor y el supremo fin— la doctrina rusa se inspira, por el contrario, en una dirección de carácter humanista (en ideales de libertad, democracia y justicia social) y no concibe a la persona como puro instrumento para el Estado, sino que,

al revés, sostiene que éste debe ser un utensilio al servicio del hombre. Pero ha sucedido que para esta noble finalidad humanista, la URSS ha puesto en práctica medios planificadores de carácter totalitario, con lo cual resultó que la naturaleza antiliberal de esos medios hubo de contradecir en parte aquellos fines. Y es que cuando se emplean medios de carácter contrario a la índole del fin propuesto, ocurre que se produce como resultado algo parecido a esos medios y, por ende, algo que discrepa de la finalidad apetecida.

Ciertamente hay una diferencia abismal entre la acción directora asumida en la vida social y económica por los Estados democráticos, de un lado, y la regimentación plenaria y tiránica llevada a cabo por el fascismo y el nazismo, de otro lado. La diferencia es decisiva, porque en los primeros no se ha destruído el mínimum de libertades que exige ineludiblemente la dignidad ética del ser humano, mientras que, por el contrario, en Alemania y en Italia se ha esclavizado por entero al individuo, convirtiéndolo en mera cosa, en simple instrumento sin voluntad, manejado por el Estado y se ha envilecido a la nación. Tan grande es esta diferencia, que bien puede expresarse diciendo que los hombres en las democracias conservan sus atributos humanos, mientras que, por el contrario, en los Estados fascistas han sido deshumanizados o, lo que es lo mismo, bestializados.

Pero con ser tan esencial la diferencia que media entre la regimentación totalitaria propia del nazismo y de sus congéneres, de una parte, y las tendencias estatistas manifestadas en los Estados democráticos liberales, de otra parte, muchos pensadores han mirado con angustioso temor la propensión de éstos a extender el área de su actividad directora, por estimar que tal cosa puede conducir, a medida que vaya creciendo, a unos resultados de carácter fascista. O dicho con otras palabras: creen que el aumento de la regulación de las actividades sociales, es decir, el desarrollo del colectivismo, habrá de destruir, por intrínseca lógica de este sistema, las libertades humanas fundamentales y habrá de provocar, además, resultados contrarios a los apetecidos. Tal es la opinión, por ejemplo, del escritor nor-

teamericano Walter Lippmann,[2] del economista austríaco expatriado Ludwig Mises,[3] del economista germano, también emigrado, Friedrich Hayek[4] y de otros varios.

Consideran en general, los autores que acabo de mencionar, que la planificación de la economía, cuando es intentada con todas sus consecuencias, conduce inevitablemente a un absolutismo de índole totalitaria. Así, advierte Lippmann, en el caso de que el poder coercitivo del Estado deba regular por entero la economía, tendrá que suprimir los conflictos que resultan de la variedad de los fines e intereses humanos, y las gentes deberán vivir de conformidad con el plan mandado, sin que les sea permitido disentir de él, ni, por tanto, vivir su propia existencia. Hayek argumenta que la planeación económica presupone un acuerdo mucho más completo del que en realidad existe sobre la importancia relativa de los diversos fines sociales, y, por tanto, resulta necesario que el gobierno imponga a la gente el código detallado de valores que falta, lo cual equivale a que la autoridad decida lo que cada sujeto debe hacer en cada momento. Y Mises opina que al conceder al poder público facultades para discriminar y ordenar la actividad individual, se abre la vía para suprimir toda libertad, incluso la de conciencia. Y juzga Mises, además, que el intervencionismo estatal, el nacionalismo económico, la planificación y los regímenes colectivistas conducen en proporción creciente al caos económico, a la penuria cada vez mayor de las naciones y los individuos, y a la guerra. Por su parte, Lippmann sostiene que la planificación es contraproducente, porque cuando los hombres se someten a una organización coercitiva de sus actividades, prometiéndose una vida más abundante, lo que ocurre es que en la práctica tienen que renunciar a ella, en virtud

---

[2] Cfr. Walter Lippmann, *The Good Society*, 1937 (hay trad. al esp. por Luis Montes de Oca, bajo el título *Retorno a la Libertad*, publicada por U.T.E.H.A., México, 1940).

[3] Cfr. Ludwig von Mises, *Die Gemeinwirtschaft*, 1930, (traducida al francés y al inglés, bajo el título *El Socialismo*); *Kritik des Interventionismus*, 1929; Conferencias en la Escuela Nacional de Economía de México, Cursos de Invierno de 1942.

[4] Cfr. Friedrich von Hayek, *La Libertad y el Sistema Económico* (El Trimestre Económico, Vol. VI, Núm. 4, enero-marzo, 1940, México, Fondo de Cultura Económica).

de que, al aumentar la dirección compulsiva, se sustituye la diversidad de los fines por una agobiante uniformidad; y, de otro lado, cada vez va produciéndose un desajuste mayor, que reclama nuevas medidas interventoras de carácter más drástico. La economía planificada, dice Lippmann, tiene sentido, justificación y eficacia en tiempo de guerra, pero no en época de paz. Sirve para la guerra, en primer lugar, porque ésta, al crear un estado de excepción y militarizar las actividades para la defensa, cercena considerablemente las libertades individuales; además, porque la presencia inmediata de un enemigo polariza todas las preocupaciones en una sola dirección y, sobre todo, porque en guerra es el estado mayor quien determina con conocimiento de causa lo que se debe planear, a saber: lo necesario para el avituallamiento de una fuerza militar de magnitud conocida, con necesidades conocidas y mediante recursos conocidos. En cambio, una planificación en tiempo de paz está condenada al fracaso y es fuente de mayor desorden, porque la finalidad del bienestar general no puede traducirse en mandatos para adquirir determinada clase de objetos, que sean tan precisos como aquellos que requisa el mando militar. Si una oficina pública es la encargada de procurar a cada individuo los bienes que aquella estime oportunos, entonces suprime los gustos personales y establece una uniformidad totalitaria. Si la oficina pública se limita a garantizar a cada sujeto unos ingresos básicos, que sean suficientes para adquirir una cantidad normal de bienes, entonces en la práctica todas las previsiones pueden desbaratarse, pues no cabe tener la seguridad de que las gentes comprarán aquello que pensó el planeador o tendrán otras apetencias. No es posible planear una economía civil, añade Lippmann, a menos que la escasez sea tal que se tenga que racionar los artículos de primera necesidad. Mises reputa también que los proyectos de ordenación estatal de la economía son irrealizables en la práctica y conducen a desbarajustes y a catástrofes.

Todas esas consideraciones y muchas otras análogas suscitan en los autores mencionados un programa de restauración del liberalismo, en la cual éste se desprenda de las deformaciones y excrecencias que lo adulteraron en el si-

glo XIX y realice mejor su esencia a la altura de las necesidades presentes. Consideran que el abandono de los principios liberales ha constituído una regresión productora de efectos trágicos. El programa en todos los órdenes, en el adelanto científico, en el dominio técnico de la naturaleza, en la producción de bienes, en la garantía de la seguridad personal, en el reconocimiento de los derechos del hombre, ha sido el efecto de una emancipación gradual frente al yugo del despotismo, del monopolio, del privilegio, ha sido el resultado de la liberación de la vida en todos los aspectos. Mientras más complejos sean los intereses que hay que ordenar, menos posible es dirigirlos mediante una autoridad coercitiva. Aunque el mundo contemporáneo está imbuído del principio intervencionista, bien puede ser que nos hallemos ya en la agonía de esta convicción pues surgen graves dudas de que sea compatible con la paz, con el progreso, con el bienestar y con la dignidad del hombre civilizado. Lippmann propone el retorno a la economía regulada por el mercado, porque éste no es algo que hayan inventado los hombres de negocios y los especuladores para su propio provecho, ni los economistas clásicos para su placer intelectual, sino el único método para lograr que el trabajo diversificado en especialidades separadas pueda sintetizarse en trabajo útil. Ahora bien, los liberales del siglo XIX incurrieron en graves errores, que es preciso rectificar. Uno de los yerros fundamentales consistió en identificar indebidamente los principios liberales con el orden social establecido en el siglo XIX, el cual estaba muy lejos de ser el bueno y de constituir el marco perfecto para la eficaz realización de aquellos principios, y requería una reforma jurídica muy importante. Cometieron también equivocaciones en su ciencia económica al separar la producción de la riqueza de su distribución, pues ésta afecta en múltiples sentidos a aquélla; e imaginaron hipotéticamente una economía ilusoria. Estas consideraciones y otras análogas inducen a Lippmann a propugnar un liberalismo, pero hondamente corregido en muchos puntos, correcciones que cree vendrían a rectificar los desvíos que se sufrieron en el siglo XIX y a implantar la verdadera esencia de la idea liberal. Los hombres pueden y deben reformar el orden social modificando las leyes; pero, en cambio, no pueden re-

volucionar el mecanismo de la producción mediante procedimientos políticos. El orden social debe ser reformado para eliminar las injusticias que contiene; para eliminar o compensar la situación desventajosa de quienes se hallan con dificultad para abrirse camino por causa de penuria, de enfermedad o de abandono; para preparar a los individuos con objeto de que puedan cambiar de trabajo cuando las circunstancias lo requieran; para que sean todos dotados de la educación que los capacite en armonía con sus aptitudes; para que la tierra y todos los recursos naturales sean conservados y mejorados constantemente, pues la propiedad de este patrimonio debe estar sometida a la condición de que no se malgastará ni destruirá y de que además será enriquecido; para que el capital adquiera mayor movilidad, de suerte que no arranque a las gentes de su hogar para hacinarlas en grandes concentraciones desfavorables; para evitar que se retengan las ganancias sin invertirlas, porque la economía de la división del trabajo exige que el capital se movilice fácilmente hacia los lugares y las gentes que ofrecen la mejor perspectiva de utilización; para no permitir el sistema de compañías matrices que manejan otras empresas, porque esto viene a perturbar la economía del mercado libre; para mantener en ecuación los ahorros y las inversiones reales de la sociedad; para dotar de resistencia económica a los agricultores y a los obreros, quienes por sí mismos, de no contar con protección, al no poder esperar para vender sus productos o contratar su trabajo, son víctimas de todas las opresiones, las cuales deben ser extirpadas mediante una legislación adecuada; para mejorar los mercados, con el fin de que funcionen limpiamente (reprimiendo la presentación engañosa de las mercancías, declarando ilegal la venta de productos nocivos, procurando al comprador los medios de averiguar si por el dinero que paga obtiene la mejor calidad que es posible conseguir); para desterrar el monopolio y las prácticas comerciales sin equidad, que conducen al monopolio; para establecer mediante el oportuno sistema de impuestos un amplio régimen de seguros, no sólo para las emergencias de enfermedad, vejez y paro, sino también en favor de quienes se han sacrificado por el progreso de la industria; y para reformar la distribución de las rentas —a to-

das luces injusta en la sociedad capitalista de nuestro tiempo—, pues la renta que resulta de la desigualdad en oportunidades y en condición legal no es renta ganada, sino usurpada, según los principios de la economía de cambio; para crear medios de elevación en el nivel de vida material y espiritual de todas las gentes, especialmente de los más necesitados; para desviar los ahorros excedentes y abrirles cauce en obras públicas de mejoramiento y de auxilio social; y, en suma, para todas aquellas reformas de la legislación en un sentido de mayor justicia. Todas esas reformas —dice Lippmann— no sólo son perfectamente compatibles con la esencia de los principios liberales, sino que representan una mejor y más cabal realización de éstos; y lejos de interferir la economía del mercado contribuirán a llevarla a cabo con mayor limpieza. Las mencionadas reformas difieren sustancialmente de las medidas planificadoras y colectivistas en lo siguiente: las medidas propuestas tratan de mejorar la economía de la división del trabajo y del libre cambio regulado por el mercado, mientras que, por el contrario, la planificación intenta abolirla y sustituirla por la voluntad del Estado aplicada a dirigir la producción y administrar el consumo de la riqueza. He aquí, en síntesis, el programa de un liberalismo superado con respecto a sus anteriores formas históricas, que propugna Walter Lippmann. Todavía mucho más radical en un programa de retorno al liberalismo es la postura de Mises.

Por de pronto, encontramos, pues, dos actitudes: la de los planificadores a ultranza, tal y como se dan en los Estados fascistas, dispuestos a suprimir toda libertad personal y a convertir la nación en un regimiento militar; y la de los neo-liberales, quienes aterrorizados ante las consecuencias que la planificación ha producido allí donde se la llevó a cabo en extremo, y creyendo que éstos son los efectos de tal sistema, por intrínseca necesidad del mismo cuando llega a desarrollarse con amplitud, predican el abandono de las medidas intervencionistas y la reimplantación de un régimen liberal, sólo que corregido en cuanto a sus normas jurídicas generales de acuerdo con lo que la justicia exige. Ahora bien, ¿no cabe por ventura una tercera actitud? Este es el problema: indagar si habría de resultar posible una conciliación entre los principios su-

premos de la libertad personal y la función directora de la economía y de la sociedad, para cubrir las necesidades perentorias que nos depara el estado de cosas presente. Y esta cuestión se plantea en términos más apremiantes, por el hecho de que nuestra época es de crisis extrema, y por eso surge la duda respecto de si resulta discreto querer aplicar a un período excepcional, criterios y normas que acaso tan sólo son realizables en épocas normales, en que existe una estructura social relativamente estable.

Este es el tema que plantea y desarrolla Mannheim en el citado libro reciente, cuyo título es precisamente PLANIFICACIÓN Y LIBERTAD. Hay que aprender técnicas sociales nuevas para hacer frente a la nueva situación, la cual representa no un malestar pasajero, sino un cambio radical de estructura. Por eso, parece discreto que tratemos de aprender a dirigir el curso de los hechos mediante una planificación democrática que respete la libertad, para evitar de ese modo los aspectos negativos de la transformación: la dictadura totalitaria, el conformismo, la barbarie. Querámoslo o no, todos los síntomas indican que en el período que se avecina la planificación será inevitable. Ahora bien, como es notorio que la planificación puede fácilmente degenerar en una dictadura totalitaria y, por lo tanto, en la negación de toda libertad, por eso justamente hay que afanarse en buscar alguna forma de planificación que sea por sí misma una garantía contra los atropellos del despotismo, y que permita el máximo de libertad y de autodeterminación. Pero esto exige que dediquemos todas las energías científicas de que dispongamos al estudio sobre las causas de la crisis y de las dificultades que estamos pasando. Los regímenes totalitarios han sido reacciones precipitadas, violentas e ignorantes frente a algunas dificultades concretas, provocadas por la crisis. Pero si estudiamos detenidamente, al mismo tiempo en detalle y en visión articulada de conjunto, la situación en que nos hallamos y las fuerzas que actúan en su cambio de estructura, entonces, tal vez acertemos a encontrar mecanismos sociales que unan los principios de libertad y de planificación de tal modo, que, por una parte, se evite el caos que puede surgir de los proce-

sos colectivos no planificados y, por otra, quede garantizada la libertad y la democracia.

Precisa, dice atinadamente Mannheim, que abandonemos la creencia de que podemos reformar la sociedad de raíz y totalmente, tratando de fundarla sobre nueva planta, por así decirlo, y de construirla según una especie de proyecto nuevo. Aún en los períodos de mayor transformación, lo antiguo y lo nuevo andan mezclados y además todo está en movimiento; por lo cual podría decirse metafóricamente que reconstruir una sociedad que está cambiando es algo así como reponer las ruedas de un tren mientras corre, más bien que reconstruir una casa sobre nuevos cimientos. Adviértase, además, que en la historia siempre actúa un número de fuerzas más grande y de mayor complejidad que lo que suponen los reformadores que buscan una panacea única.

Ahora bien, los estudios necesarios para podernos orientar en la situación presente e inquirir las orientaciones para la acción adecuada son muy complejos. Es preciso que lleguemos a entender de qué manera el desarrollo psicológico, el intelectual y el moral están relacionados con los procesos sociales: cómo cada edad histórica produce tipos humanos enteramente diversos. Es preciso que aprendamos a estudiar la psicología humana en relación con los cambios de la estructura social. Habemos menester de este estudio, porque en el punto a que han llegado los acontecimientos nos urge hallar una nueva clase de previsión, una nueva técnica para resolver los conflictos, a la vez que un plan de conducta por entero diferente de los empleados en el pretérito. *Sólo rehaciendo al hombre mismo será posible la reconstrucción de la sociedad.* Estas son las consideraciones que motivan el tema central del libro de Mannheim, en cuyos dos primeros estudios trata de los fenómenos negativos de desintegración y de la crisis psicológica de la sociedad de masas; en el tercero, estudia los efectos más radicales de la decadencia espiritual y de la corriente hacia la guerra; y en el cuarto, examina si al lado de las fuerzas destructoras que están deshaciendo el sistema actual, actúan otros procesos, de los cuales podamos esperar que produzcan una transformación del hombre y de la sociedad. El contenido de esta obra de Mannheim es

muy rico en múltiples estudios originales, que ilumina la actual situación de crisis, en sus varios factores y en las recíprocas conexiones que los enlazan. Acentúa especialmente el hecho de la apretada urdimbre que forman todos los elementos, factores, condiciones, circunstancias y nexos que confluyen en una situación social; por lo cual resulta necesario que el sociólogo se proponga contemplar y entender la estructura total de una situación colectiva en el conjunto pleno de sus ingredientes y de los mecanismos, mediante los cuales éstos se integran en interinflujos recíprocos. La Sociología de la historia, por otro lado, nos enseña a comprender la situación presente como resultado de todo lo que antes fueron los hombres; y, por eso, todo el que quiera saber cómo puede cambiarse al mundo cambiando al hombre, debe primero observar cuidadosamente, cómo el mundo actual —que por su parte es el efecto del pretérito— ha hecho de nosotros lo que ahora somos.

No cabe en lo posible, dentro del limitado margen de un ensayo, seguir ni siquiera en esquema, los muchos estudios desarrollados por Mannheim en su citada obra. Me limitaré a glosar solamente aquellas ideas que se refieren al asunto de este artículo, es decir, al problema sobre si es posible conciliar la libertad con la planificación.

En la época del liberalismo, el orden social y económico se parecía a procesos no reglamentados de la naturaleza, pues las alternativas del ciclo, al igual que los cambios de las condiciones atmosféricas, parecían tener una forma determinada, con una repetición rítmica que podía preverse confiadamente. Por el contrario, hoy en día, por causa de haber emprendido desde hace tiempo una intervención con pretensiones racionalizadoras en la esfera económica, ya no existe un movimiento libre de los elementos de ésta que actúe automáticamente y tienda hacia el equilibrio, como ocurría antes; más bien sucede que los elementos que hubiesen tendido a restablecer este equilibrio se apartan de su curso cada vez en mayor grado. Estas desviaciones son debidas, por una parte, a intentos acertados o desacertados de reglamentación, y por otra parte, a la interferencia de factores políticos, técnicos y psicológicos. Es decir, hoy los hechos económicos se ha-

llan íntima y plurilateralmente integrados con un conjunto de múltiples factores de naturaleza muy varia, de manera constante, y no en conexión tan sólo eventuales y parciales cual ocurría antaño en el régimen liberal.

Para orientarnos con prudencia en esta cuestión, es necesario distinguir entre *establecer* o *fundar* de un lado, y *planificar* de otro. La tarea de establecer o fundar se parece a la del arquitecto que edifica una casa desde los cimientos allí donde no los había, o a la de quien construye una ciudad en un medio abstracto, por así decirlo, pues aunque en alguna ocasión tenga en cuenta los territorios circundantes, no los incluye en un plan; y esta labor de fundar o establecer comienza reuniendo los materiales de la construcción y después los coloca en una relación predeterminada. La casa que va a ser construída existe primero en el papel; si una vez terminada no coincide con el proyecto, es que se cometió un error, bien en el papel o bien en su ejecución. Cabalmente, por razón de todos esos caracteres, que son peculiares del fundar o establecer, cabe decir que la sociedad como un todo nunca puede ser establecida o fundada, porque los elementos que la integran jamás se hallan como meras fuerzas naturales, manejables según determinadas leyes, sino que se dan enlazados ya, formando estructuras vivas concretas, que cambian sin cesar. De aquí que no se pueda establecer, partir de un plan fijo, para trasladarlo de idea a realidad, sino que sea tan sólo posible *planificar*, lo cual es algo muy distinto; pues la planificación comienza empleando aquello que se dispone inmediatamente; y, además, los fines, medios y fundamentos de ella existen en el mismo plano de la realidad histórica concreta, que tiene ya una determinada estructura, la que justamente se trata de reorganizar, pero de la única manera que es posible, a saber: en marcha y partiendo de las formas dadas.

Hoy nos hallamos con una sociedad que muestra en grado extremo la competencia y la lucha por el poder, de suerte que los que se adueñan de éste hacen uso de sus mecanismos planificando parcialmente para servir sus propios intereses o los de los grupos que representan. El problema radica en ver si este conflicto puede terminar y la planificación llevarse a cabo de manera que cese la lu-

cha feroz por la hegemonía; es decir, en ver si hay posibilidad de orientar el sistema social de tal modo que dirija nuestros impulsos para que, bien espontáneamente ya por medio de la planificación, actúen en el sentido de convertir en cooperación lo que hoy es antagonismo. Desde el punto de vista teórico nada puede objetarse a la posibilidad de un cambio tal, porque en la historia se han producido variaciones mucho más grandes que ésa, por ejemplo la transformación del patricio romano en el caballero feudal y la de éste en el burgués. Así pues, el problema consiste en organizar los impulsos humanos de tal manera que dirijan su energía a los debidos puntos estratégicos, a los resortes adecuados para que se produzca el desarrollo del proceso total en el sentido que deseamos. Para ello se habrá de descubrir primero las correlaciones entre los impulsos psíquicos (racionales o irracionales) y las estructuras de la sociedad; los modos como el pensamiento y la acción son configurados o influídos por la situación en el medio colectivo. Hay que abandonar el prejuicio de que las actitudes psicológicas y los tipos de la personalidad sólo pueden tener la forma con que se nos ofrecen hoy en día en nuestra sociedad. No se trata de formar una persona ideal, perfecta en términos generales; se trata tan sólo de influir en la configuración de un tipo de persona, que probablemente será muy conveniente y hasta necesario en la etapa próxima del desarrollo social. Para ello, se tendrá que partir del tipo actual de hombre, y tratar de irlo transformando mediante una estrategia inteligente, fomentando un cambio en sus reacciones psicológicas, en la medida en que se modifiquen los estímulos del medio social. En suma: para transformar la sociedad es preciso modificar a los hombres; mas para modificar a los hombres necesitamos ir cambiando también las condiciones del medio social, de manera que cambien los estímulos derivados de éste. Y es preciso hacer lo uno y lo otro a la vez, coordinadamente, y con una acción que obre sobre una realidad en movimiento. Y a este respecto estudia Mannheim una serie de técnicas psicológicas y sociales, por entero diversas de las técnicas envilecedoras empleadas por el fascismo. Pues el fascismo no quiere cambiar ni instruir al pueblo, sino sencillamente someterlo, po-

niendo en acción para ello las fuerzas instintivas más bajas, sin tomar en cuenta la entraña de la personalidad humana, pues ésta es cabalmente lo que trata de destruir, sobre todo en sus cualidades más nobles.

Hemos de confesar que, más o menos, somos muchos los que experimentamos dos tendencias opuestas respecto de la planificación, porque todos somos en definitiva hijos de una etapa transitoria de mudanza, por lo cual sentimos dos clases de motivaciones: de un lado, la vemos como una opresión, por causa de la repugnancia del liberal a intervenir en los asuntos humanos; y, de otro lado, nos impulsa el legítimo orgullo de que la inteligencia pueda dominar las dificultades del estado de cosas presente y nos seduce la pasión por este experimento, rechazando con ello una concepción fatalista de nuestro destino. Aunque en el fondo tememos asumir esta responsabilidad, no nos es dado rehuirla, porque hemos de optar entre el ensayo inteligente de dominar la situación o dejarnos llevar por fuerzas que, al estar incontroladas, actuarían ciegamente sobre nosotros. Además, por otra parte, nuestro pensamiento está ya, querámoslo o no, discurriendo en una dirección funcionalista, es decir, habituado a ver las cosas y las situaciones y las normas de conducta como producto del proceso social histórico y, por tanto, en trayectoria de cambio.

Al lado de las técnicas mecánicas (ingeniería) y biológicas (medicina e higiene), que tan formidables adelantos han conseguido, se está desarrollando progresivamente otra técnica, la técnica social, que no se refiere a una maquinaria visible, sino a las relaciones colectivas y al hombre mismo, y que es más importante que todas aquéllas, porque ningún mecanismo es utilizable en servicio del público, si no se cuenta con una organización humana correspondiente. Claro es, podríamos decir, que las técnicas sociales han existido siempre, pues no otra cosa son los regímenes jurídicos, las instituciones políticas y los oficios administrativos. Pero Mannheim alude a una serie de progresos contemporáneos verificados en la coordinación social y eficiencia de muchas actividades sociales. Cierto que las técnicas sociales para influir sobre la conducta son, al igual que todas las técnicas, algo a la vez

magnífico e inhumano: magnífico, porque resuelven dificultades gigantescas, como las que implica el peligro de desintegración con su caos consiguiente; inhumano, porque son máquinas que funcionan en el vacío, ni buenas ni malas en sí, por tanto, mal orientadas pueden producir efectos envilecedores y catastróficos —como ha ocurrido en los Estados fascistas—, pero que bien dirigidas pueden constituir formidable instrumento para una correcta educación de las masas. No debemos olvidar, dice Mannheim, que uno de los cambios más notorios de nuestra época y que más ha contribuído a la crisis actual, es el advenimiento de una sociedad de masas. Este fenómeno, es, en verdad, desde muchos puntos de vista, algo sumamente grave, que ha producido y está produciendo numerosos efectos de convulsión, pero es un hecho real e inevitable con el que hay que contar. Pues bien, las naciones de tradición liberal y democrática deben emprender la tarea de educar a las masas en un sentido diametralmente opuesto al que han seguido las dictaduras totalitarias. Mientras que los regímenes fascistas han utilizado todas las técnicas sociales para encanallar a las masas, imponiéndolas e imbuyéndolas una sumisión extrema y una renuncia a la dignidad humana, los Estados democráticos, por el contrario, deben aprovechar los hábitos de independencia individual y de vida culta y decorosa para llevar la planificación en tal sentido que esta idea no vaya unida a un conformismo gregario y subhumano, sino al propósito de una coordinación armónica, que favorezca la individualidad y no anule la autonomía personal. *La planificación en este sentido significa planificar para la libertad, dirigir aquellas esferas del progreso social de las cuales depende que la colectividad funcione sin dificultades, pero tratando al mismo tiempo de no reglamentar aquellas otras esferas que ofrecen más oportunidades para la individualidad creadora y el desenvolvimiento espontáneo y libre.* Esta libertad ciertamente no puede ser ya la del *laissez faire,* sino que debe consistir en la libertad dentro de una sociedad, la cual, como tiene en su mano todo el sistema coordinado de las técnicas sociales, puede proteger por decisión propia contra intromisiones tiránicas en ciertas esferas de la vida y puede incorporar los fueros de las ciudadelas indivi-

duales —y aun de ciertos grupos— a su propia estructura colectiva. Ahora bien, al mismo tiempo que se planifica para la libertad, creando ciudadelas que defiendan la autodeterminación, se tendrá también que planificar para producir en otros aspectos una conformidad social, sin la cual no es posible la vida colectiva. La época liberal, no tuvo que preocuparse de esto y se halló en posibilidad de prestar toda su atención a la expansión de la libertad, porque se construyó sobre la base del conformismo tradicional heredado de la Edad Media; pero ahora, como quiera que éste se ha desintegrado, hay que buscarle una sustitución, para que la colectividad pueda seguir viviendo. Y esta dosis indispensable de conformidad social puede producirse educando a las gentes en un sentido de identificación con los demás miembros de la colectividad, en un sentido de responsabilidad común, en un sentido de poseer un fondo general para nuestras actividades y nuestra conducta. Tal cosa no sólo no constituirá un obstáculo para la libertad, sino acaso la mayor escuela para ella; pues cabe dividir las masas en pequeños grupos en los cuales se favorezca la individualidad y la iniciativa y se enseñe a la gente a comportarse con propia responsabilidad en lugar de perderse en el anónimo. *Planificar para la libertad no quiere decir que se prescriba una forma determinada para la individualidad, sino que se posee el conocimiento y la experiencia necesarios para decidir qué clase de educación, qué especie de grupos sociales y qué tipo de situación son más favorables para despertar la iniciativa, el deseo de cada cual de formar su propio carácter y de decidir su peculiar destino.*

De acuerdo con las ideas directrices expuestas, Mannheim examina los medios de influir sobre la conducta humana: los directos y sobre todo los indirectos, pues siendo estos últimos muy eficaces resultan menos gravosos. Entre los primeros, los hay en gran número y asaz variados: desde la coacción impositiva (propia del deber jurídico) hasta la libre sugestión de la espontaneidad, pasando por una copiosa serie de grandes intermedios: la coacción no violenta, es decir la presión moral de los demás, el sabotaje, la resistencia pasiva, la censura, el estímulo por el premio, el elogio, el halago y la persuasión, el incentivo para

la iniciativa, y otros similares. Los métodos indirectos consisten en crear determinadas situaciones en el contorno social, esto es, en el marco colectivo de la vida, las cuales influyan en la configuración psicológica de las gentes y en sus reacciones. Hay que aprender las técnicas varias de intervención según que se trate de influir sobre la conducta de masas no organizadas; o de grupos concretos, bien de comunidades regidas por costumbres e instituciones tradicionales, bien de cuerpos organizados por pautas racionalizadas; o de influir en círculos sociales; o de influir mediante el establecimiento de determinadas situaciones objetivas; o de actuar empleando especiales mecanismos de actividad social. Adviértase que cada época, cada situación histórica, cada fisonomía cultural, cada pueblo, determinan la formación de especiales tipos humanos, caracterizados por peculiaridades en sus reacciones psicológicas, en su comportamiento, en sus ideales de vida, en sus perspectivas. Y esos varios tipos humanos son muy diferentes, como lo vemos con toda claridad al pensar, por ejemplo, en cuán diversos son el perfil del patricio romano, el del caballero feudal de la Edad Media y el burgués moderno. Ahora bien, resulta notorio el enorme influjo que en la acuñación de esos tipos ejercen las condiciones del marco social. Por lo cual tiene sentido y justificación que los directores de la sociedad aprendan las correlaciones que se dan entre todos los ingredientes de la existencia colectiva, para saber manejar con acierto las técnicas de intervención y para hacerlo conforme con el propósito de salvar la libertad, a cuyo amparo deben cumplirse los más altos valores humanos.

Mannheim sostiene que es perfectamente compatible la planificación social con el régimen democrático. El principio de diversificación funcional de poderes puede llevarse perfectamente a cabo en una sociedad planificadora, más fácilmente que en el tipo clásico de Estado constitucional. Que la soberanía corresponda a un órgano auténticamente democrático —no de tipo cesarista— en un Estado que lleve a práctica la planificación es enteramente hacedero; porque, cuando los controles de las diversas esferas colectivas están racionalmente coordinados, también puede articularse el control de los controles, es decir, la sobera-

nía democrática, de suerte que funcione también de una manera racionalizada; pues no existe razón decisiva que impida que la forma de control democrático, que se ha aplicado con éxito en el tipo conocido de Estado constitucional no pueda utilizarse en un Estado que ejerza la planificación. Cierto que en la realización de este propósito pueden surgir dificultades importantes, pero no son insuperables. Aunque no resulte fácil, será preciso distinguir entre las instituciones y directrices que se refieren a la estructura misma de la sociedad y las que reflejan cambios y fluctuaciones meramente temporales. Las primeras tienen que ser protegidas por garantías constitucionales, de manera que no estén expuestas a disposiciones pasajeras de ánimo, ni a estallidos de pasión; mientras que las segundas habrán de quedar sometidas a los movimientos de opinión pública, encauzados por las adecuadas formas institucionales de expresión, que se establezcan. Así también, será menester separar, hasta donde sea posible, la determinación política de los fines —que es función democrática— y el hallazgo de los medios concretos más pertinentes —lo cual es función técnica—. Y, además, será preciso crear las situaciones objetivas y las actitudes psicológicas para que cese la lucha de clases o la hostilidad irreconciliable entre otros grupos.

Estudia Mannheim cómo las perspectivas reales de la libertad han ido modificándose a lo largo de la historia, según las condiciones que en cada situación cultural ofrece el marco en que se halla encajada nuestra vida. La técnica al librarnos de la tiranía de la naturaleza da lugar a otras formas de dependencia: a someternos a las exigencias de la cooperación. Por otro lado, el desajuste social, la maraña caótica de instituciones incoordinadas, produce una sujeción y un estado de inseguridad sumamente graves. En la etapa a que hemos llegado el poder hacer lo que uno quiera en una sociedad injusta o mal organizada parece una esclavitud mayor que aceptar las exigencias de la planificación en una sociedad sana y elegida por nosotros mismos.

En esta situación de crisis, y todavía más en las extremas agudizaciones que pueden sobrevenir, la libertad sólo podrá ser un hecho cuando esté asegurada por la planificación. No consistirá ciertamente —dice Mannheim— en

limitar los poderes del planificador, sino en que la planificación garantice, mediante el plan mismo, la existencia de las formas esenciales de libertad. Para esto es necesario que la autoridad que planifique incorpore la libertad, la garantía de la individualidad y de sus creaciones, al plan; es decir, el soberano deberá estar obligado a dejar en su plan un ancho campo para la libertad, para el desenvolvimiento de la persona humana; y vigilado decisivamente en ello por un eficaz control democrático. O dicho con otras palabras: en el plan mismo se deben incluir garantías constitucionales de la libertad, y se deben establecer para su mantenimiento eficaces salvaguardias políticas. Conservar según plan lo esencial de las antiguas libertades fundamentales constituirá una garantía contra todo dogmatismo exagerado en la planificación.

Todo depende de si podemos hallar medios eficaces de traducir el control democrático y parlamentario a una sociedad planificada. Si fracasáramos en ello, la planificación lejos de ser un remedio producirá un desastre. Ahora bien, como en la situación presente no cabe evitar la intervención y aun la planificación, debemos esforzarnos en llevarla a cabo de manera que incluya salvaguardias de la nueva libertad. La libertad está dispuesta a volver si tenemos la capacidad de hacer lo que es preciso hacer.

A mi entender, no constituyen estos pensamientos de Mannheim una solución ya hecha y completa para el problema básico en la sociedad de nuestro tiempo, pero son ciertamente un ensayo muy serio, muy discreto y muy plausible, que merece le dediquemos atenta meditación. Aun quienes simpatizaríamos más con una perspectiva neoliberal, nos sentimos agobiados por graves dudas respecto de si tal directriz de retorno al libre juego (bien que corregido según las exigencias de la justicia social) sea algo utópico, y todavía más irrealizable para la etapa posterior a la guerra, en la cual parece que la planificación habrá de ser inevitable para emprender una labor reconstructora. Por eso resulta alentador y muy fecundo el camino que señala Mannheim; y bien merece la pena de que lo tomemos como orientación y de que se trate de proseguir el estudio y de encaminar la experiencia en este sentido.

FILOSOFIA CONTEMPORANEA

Francisco Romero ha reunido en este primer volumen de Filosofía Contemporánea[1] varios trabajos dispersos por el tramo de algunos años de trabajo concienzudo y amoroso. Exactamente los señala en el prologuillo de "información incitadora" como, con la mayor verdad, los dedica a Alejandro Korn, ofreciendo así, además de tributo a una amistad intelectual "que el autor pone entre las cosas mejores que le ha otorgado la vida", el entronque justo de su obra en la del autor de *Influencias Filosóficas en la evolución nacional,* con su devoción viva por la filosofía concebida como faena nacional, no nacionalista. La preocupación de Francisco Romero por las disputas filosóficas de su época no tiene nada de diversión aristocrática en que suele resonar con estruendo de batalla la escaramuza perpetua del snobismo. Esto es lo primero que sorprende en su labor informativa y lo que presta a ésta el contagio incitador: las disputas de los libros, que a veces apenas si se dejan adivinar en el fárrago de las logomaquias, son preocupaciones contemporáneas de un espíritu a la altura del tiempo y de la geografía.

Cuando Romero se ocupa de figuras del pensamiento filosófico contemporáneo —Hartmann, Max Scheler, Husserl— su mirada se detiene más que en el trazo, en él facilidad de lo difícil, de la obra sistemática, en la tarea del filósofo, llena de cautela, de sobresaltos, de rectificaciones, en una palabra, de experimentación en vivo de las ideas. He aquí una afinidad selectiva que puede servirnos para seguir la pista de la trayectoria espiritual de este, en apariencia, tan apacible filósofo.

En *Dos concepciones de la realidad* nos damos cuenta de lo que se trata en el ir y venir de revisiones y presentaciones: estamos en uno de esos momentos privilegiados del pensamiento humano en que una concepción gloriosa y fecundísima —el racionalismo con sus dos vertientes filosóficas: el idealismo y el empirismo, y con su única concreción científica: el mecanicismo— muere espumándose en la playa. Y a sus tres ondas —la barroca, la iluminista y la positivista— contra-

---

(1) FRANCISCO ROMERO: *Filosofía contemporánea.* Estudios y notas. Primera Serie. Editorial Losada. Buenos Aires.

pone Romero, en paralelo orientador, y volviendo a "una imagen que le gusta", las, hasta ahora, cuatro olas de la nueva marea ascendente: la romántica (Herder, Novalis, Hamann, Jacobi), la del idealismo postkantiano, la de la "filosofía de la vida" (Dilthey, Simmel, Bergson, Nietzsche. . .) y la contemporánea (Scheler, Heidegger, N. Hartmann, Ortega, Meyerson). O, también con otra imagen, descenso y ascenso de cúspides en la curva infinita de la ideología humana.

Insiste concretamente en la historia reciente de la psicología, y nos hace ver, con uno de los últimos capítulos de la historia de las ciencias, cómo este giro en redondo de 360 grados no sólo se halla prefigurado en los gestos de los filósofos sino marcado en el trabajo demoledor de los experimentadores. En la confusión inenarrable que domina el campo vago de los estudios psicológicos, hay una escuela, la *Gestalt,* que señala la senda transitable y no es pequeño mérito y valor el aviso de su marcha. La física, la biología y hasta la sociología andan, cuando andan, apoyadas en este concepto de forma o estructura que a Romero, y a muchos con él, nos parece todavía un poco verde y, por lo mismo, lozano.

Sus ensayos sobre la nueva filosofía de la cultura y sobre los valores tratan de ampliar el panorama a las alturas todavía un poco nebulosas de la filosofía actual. Y que son alturas no despejadas nos evidencia el mismo Romero en otros dos ensayos [de los cuales uno solo —*Temporalismo*— se halla recogido en este libro, habiendo sido publicado el otro en *Sur* con el título de *Programa de una filosofía* (octubre de 1940)], en los que trata de abrir un sendero propio, sirviéndose de las indicaciones extrañas más favorables, pero sin apegarse a su letra. Esta juventud filosófica del maestro argentino que, siguiendo la regla platónica, no ha comenzado antes de los cuarenta, anima al lector fatigado de tantas exposiciones sin exposición, a acompañarle en la ascensión con poco miedo de perder la cabeza.

El racionalismo era unidad, lo contemporáneo padece, al superar o intentar superar la filosofía de la vida, que fué su contragolpe, de una endemoniada dualidad. El racionalismo era sustancialismo, transparencia, inmanencia. Lo contemporáneo se orienta en el existencialismo, la intuición concreta y la trascendencia, y no quiere sacrificar en modo alguno la abigarrada y suculenta realidad a los requisitos de una identidad cristalina y vacua. Pero qué duda cabe que en ese mundo de los valores, mundo de lo irracional subsistente, donde la vida emotiva afirma sus derechos espirituales, crea una dualidad que ejemplariza Max Scheler con sus dos sociologías: la real, como teoría de los

impulsos, y la cultural como teoría de los "sentidos", y con ese mundo hemisférico intransitable de la *liberté modifiable* y la *fatalité modifiable*, que recuerda muy bien el dualismo cartesiano de las dos sustancias y está dando origen a un nuevo ocasionalismo *sui generis* con apertura y cierre de esclusas para hacer posible la navegación de la historia. Por eso insiste Romero en la *temporabilidad* irracional de la existencia y en la *irracionalidad intemporal* de los valores puestos o descubiertos por ella, y en la naturaleza *trascendente* de lo real —en escala ascendente desde lo físico, a través de lo vivo y de lo psíquico, hasta desembocar en el espíritu temporal valorador del hombre— para encontrar la unidad necesaria a un mundo habitable.

Ahí está Romero buscando su filosofía que, al anunciarse como programa, ya nos advierte que es tarea suelta y experimentadora y no ortopédica y constructora. El afán de verdad es más fuerte, a pesar de lo inveterado, que el afán de sistema, otro rasgo contemporáneo del pensamiento filosófico, tan reiterada y sistemáticamente escaldado. Típicamente, el escaldamiento último ha sido imponente con el idealismo alemán. Los gérmenes, las intuiciones vagas del romanticismo, primera reacción viva contra el racionalismo, puesto en trance por el fracaso del derecho natural en la revolución francesa, habrían sido malbaratados por el imperialismo sistemático de Hegel. La precipitación en fracaso de su edificio ingente ha permitido, entre sus escombros, la canalización trabajosa de las escondidas fuentes románticas.

Este es el momento en que, los que también buscamos un horizonte despejado, queremos detenernos a hablar con el guía, antes de seguir el camino con él, para discutir el valor de algunas indicaciones. Sabe muy bien Romero que Dilthey, que quiso dar al romanticismo lo que no tenía, teoría, y este es el sentido de su vida filosófica —*Crítica de la razón histórica*—, hace una calificación de los fenómenos, en físicos y psíquicos, en la que estos últimos gozarían del privilegio de ponernos en contacto directo con la realidad. Romero hace una de sus finas advertencias al indicarnos dónde estaría el origen de esta preferencia: en el carácter mediato del conocimiento físico, advertido por el racionalismo con su distinción famosa de cualidades primarias y secundarias. Sabe también cómo Max Scheler se opuso a esta discriminación en un capítulo que lleva el sugestivo título de *Los ídolos del conocimiento de sí mismo.* Ha señalado además, con igual perspicacia, cómo Husserl oscila en su captación fenomenológica insistiendo en el "modo de conocimiento que es la vivencia", lo que le acerca

a Dilthey según propia confesión, recogida en el hermoso trabajo de Pucciarelli. Todo esto, y otras muchas cosas más, nos pondrían al borde de una afirmación escandalosa que habría que justificar, el tiempo ayudando, más detalladamente: a saber, que esa derrota del psicologismo con que se anuncia siempre la fenomenología y que es indiscutible por lo que al sujetivismo se refiere, sería, en definitiva, su triunfante sublimación. Con una metáfora, que no es que sea de mi gusto, pero que me permite salir del paso: los peces de la corriente de la conciencia se habrían convertido en estrellas del firmamento de la conciencia pura, fenomenológicamente uranizada y estrellada. *Epojé* que se convierte en epojeo o apogeo.

Apunta un problema suculento y que permite un desarrollo histórico y concreto, precisamente con la historia de la psicología moderna en la mano. Brentano, Dilthey, Bergson han cualificado el dato psíquico, con intención cada vez más penetrante y angustiosa, perforadora, que los mismos nombres con que lo señalan advierten. Para Brentano el *fenómeno* psíquico es, en realidad, el único fenómeno que merece este nombre; para Dilthey el fenómeno psíquico se llama *Erlebnis,* algo más caliente y comprensible que el fenómeno; para Bergson, los *datos inmediatos de la conciencia* nos dan la vida misma sin cualificación cultural alguna: la *durée.* De aquí ha venido, para la psicología, la confusión perturbadora del conocimiento "culto" y del "dominador" en un mismo ámbito, lo que hubiera recusado Max Scheler. Y para la filosofía contemporánea, o por lo menos para una gran parte de ella, desde la metapsíquica que es en definitiva la metafísica de Brentano, un olor a balneario psicológico que es inconfundible para los que alguna vez hemos estacionado en él. Olor que no abandona a la hermenéutica endopática de Dilthey ni a la fenomenología vivencial de Husserl. Olor que no encontramos, pues estamos en alturas ozonizadas, en el idealismo hegeliano ni en el viquiano, que se habían asomado a la historia, habían penetrado en ella, no por dentro, endopáticamente, sino *por fuera,* intelectualmente, descubriendo en el curso de los acontecimientos humanos su entraña lógica y viva, embebida de irracionalidad pasional, y resolviendo en la unidad del conocimiento-acción la dualidad del producir contingente y del producto colocado en las alturas del espíritu. Pero aquí me detengo, querido y admirado Romero, porque es demasiada niebla la que se me viene encima.

Eugenio IMAZ.

Presencia del Pasado

CARTAS DE BENTHAM A JOSE DEL VALLE

Por *Rafael Heliodoro VALLE*

José Cecilio del Valle (1780-1834), el pensador que más ha discurrido formalmente sobre los problemas sociales y políticos de Centroamérica, y que por su preparación y su intuición de estadista ha sido uno de los pocos hombres de gobierno que han enaltecido el poder, tuvo la amistad de uno de los grandes judíos ingleses, Jeremías Bentham (1784-1832), que influyó profundamente en la historia de las ideas políticas y económicas de América Española, desde Argentina con Rivadavia, hasta Centroamérica con Valle.

Dice Ramón Rosa: "El eminente jurisconsulto Jeremías Bentham, representante de la escuela utilitarista, tuvo la más amistosa correspondencia con Valle. El nombre de este ilustre americano figura, entre los nombres de los grandes sabios de Europa, en el testamento de Bentham, quien dejó a sus amigos predilectos anillos con su retrato y pelo de su cabeza en prueba de su cariño y de su aprecio".[1 y 2].

Mientras Jorge del Valle Matheu, biznieto de Valle, nos da a conocer el texto completo de las cartas de Bentham para éste —que seguramente guarda en su biblioteca— he logrado que el Dr. R. H. Humphreys, de la Universidad de Londres, me proporcione copia de algunos de los papeles de Bentham que, por vez primera en español, permiten hacer el anticipo documentado de la amistad intelectual que les unía.

Ante todo, hay que hacer notar que el intermediario de esas relaciones fué don Próspero Herrera, Ministro de Centroamérica en Europa y, además, un asiduo corresponsal de Valle. Parece que la primera carta de Valle a Bent-

ham fué suscrita en Guatemala antes de la del 3 de agosto de 1821 (Anexo Nº 1) en que lo llama *Padre* y al anunciarle que hará circular su *Código Constitucional,* le dice que envidia a su primo Herrera y que con gusto permutaría su puesto con él *para poder vivir en la residencia del mejor legislador del mundo.*[3] Es oportuno hacer notar que pocos días después Valle redactó (15 de septiembre) el acta de independencia de Centroamérica.

La segunda carta recibida por Bentham en 1826 (Anexo Nº 2) parece haber motivado las dos que éste dirigió a Valle el 10 de noviembre de 1826, porque en ellas le habla de su *Código Constitucional.* Le dice que el doctor Puigblanc, *un miembro distinguido de las Cortes Españolas,* ha sido el traductor de dicha obra. También le habla, con alto encomio, del gran argentino don Bernardino de Rivadavia,[4] con quien Bentham tenía correspondencia y quien hizo la traducción de los *Elementos de Economía Política,* "*generalmente considerada la mejor obra instructiva que se ha dado a la estampa de esa ciencia tan importante y recién aparecida*". Y agrega: "*El autor es James Mill, un discípulo mío, que, además, es autor de la historia más instructiva que hasta hoy se ha escrito —la "Historia de la India Británica", que le ha procurado una poderosa influencia en la dirección de los negocios de aquel país que cuenta con 60 millones de súbditos ingleses y medio millón en estado de virtual dependencia. Hace algunos años Mr. Rivadavia me dijo que había traducido una parte considerable de un "Tratado de Legislación" que por entonces se proponía publicar, haciéndole adaptaciones de acuerdo con la situación de Buenos Aires*".

En este epistolario hay dos cartas de Bentham —mejor dicho, borradores de cartas, que, por eso llevan algunas veces la misma fecha— que fueron dirigidas a Del Valle el 10 y el 11 de enero de 1827 (Anexo Nº 3). Después de la del 14 de marzo de dicho año van las del 18, (Anexo Nº 4) 19 y 20 del mismo mes, en las que Bentham le brinda sugestiones como economista y legislador, con una amplitud que evidentemente es el mejor testimonio del aprecio intelectual que tenía a Del Valle. El 18 de marzo de aquel año Bentham le decía que estaba frisando en sus 80 años

y que temía morir sin que estuviera terminado su *Código,* pues éste lo estimulaba "*como un látigo a un caballo*". No deja de expresarle que es sincera su afirmación al saber los acontecimientos de Centroamérica; y que al señor Herrera, en cuanto le comunicó su deseo de visitar París, le dió cuatro cartas de recomendación "*para los cuatro hombres que, al conocerlos, me imaginé serían de más provecho para su país y para él*": el Marqués de La Fayette, el editor de la *Revue Encyclopédique* —que era la publicación mensual más renombrada en francés—, Jean B. Say —"*el más hábil escritor sobre Economía Política*", en el mismo idioma—, y Félix Bodin, uno de los principales colaboradores de *Le Constitutionel,* periódico liberal muy leído (Anexo Nº 5).

Bentham hizo un claro elogio de Valle: "*De acuerdo con los medios que tengo para formarme un juicio según mis lecturas, si hay alguien en su América Central que pueda salvarla de que sea tragada por el golfo del despotismo (como mucho me temo que ha ocurrido con Colombia) ese es usted*". Y luego elevaba el tono de su admiración, diciéndole que si tuviese el don de hacer milagros le dividiría en tres personas: una para que fuera a los Estados Unidos del Norte, otra a Inglaterra y la otra que se quedara en Centroamérica en donde era tan indispensable para salvar al Estado. Con esa carta le enviaba copia de la que recibió de Rivadavia en 1823 cuando éste era jefe del gobierno de Buenos Aires; y recalcando su estimación por el prócer argentino —su "*actitud intelectual*", "*su habilidad natural*"— le dice que no creía que hubiese uno que le emulara en la América Española; "*pero por las aptitudes mentales además de las intelectuales, Ud. es en cierta manera mi única esperanza*".

Bentham escribía el 24 de marzo de 1827, desde Londres: "*En respuesta a la carta mencionada anteriormente, con que Ud. me honró, le envié una traducción española de aquellos opúsculos míos que tratan de legislación y también más de 200 páginas del proyectado "Código Constitucional" que tengo en prensa para su publicación en Inglaterra*".

No pueden ser más trascendentales para la biografía de Del Valle las cartas que dirigió a Bentham: la primera el 18 de abril de 1827, en la que le anuncia el envío de sus discursos y otros escritos políticos; y le dice que años antes había sentido que una de las primeras necesidades de la América y especialmente de Centroamérica, "*era la de derogar los códigos españoles que han regido en ella, y formar otros nuevos, dignos de las luzes del siglo difundidas por los sabios que han sabido perfeccionar la jurisprudencia*". Con la del 19 de mayo de 1829 (Anexo Nº 6) Del Valle le envía una colección de las monedas de oro y plata de Centroamérica, por medio del señor Y. Ackerman, y a ella respondió Bentham con la que parece haber sido su última carta para Del Valle, la que escribió del 8 al 13 de septiembre de 1829 y en la que le da ciertas sugestiones respecto al estilo de la moneda y esboza sus opiniones sobre la libertad de imprenta: es esa carta la más amplia que le escribió (Anexo Nº 7), y va después de ella una lista de las ediciones de los libros de Bentham que habían aparecido en España y que era enviada para uso de Del Valle: *Espíritu de Bentham* o la Ciencia Social, por el Dr. Toribio Núñez, dedicado a las Cortes Españolas (Salamanca, 1820); las *Panópticas* de Bentham, traducidas por Jacobo Villanueva en 1821 y que sirvió para que en lo futuro las Cortes decretaran que las prisiones de España se construyeran conforme al plan de Bentham; la traducción de los *Tratados de Legislación Civil y Penal* por Ramón Salas en 1822; el *Tratado de pruebas judiciales y teoría de penas legales,* edición en cuatro volúmenes hecha en París en 1825 y que podía obtenerse por medio de Bossange Frères; y la traducción de las obras de Bentham al portugués, en 1822, por cuenta de la nación, conforme al decreto de las Cortes de Portugal.

En esta preciosa documentación hay dos listas de libros que mucho servirán en la historia de las ideas en América: la primera está firmada por Valle en Guatemala el 26 de julio de 1825 y se titula *Factura de los libros, instrumentos, i generos qe. espero me remita de Londres el Ciudo. Prospero Herrera en cuenta de la factura qe. debe proporcionar la Casa de Viré segn. lo contratado con Dn. Francisco Lavagnino*"; y la segunda, de fecha 15 de enero

de 1827, aparece con el de *Ouvrages en Français que Monsieur Bentham prend la liberté de recommander a Mr. Herrera pour le compte de M. del Valle.*

BENTHAM EN HISPANOAMERICA

Fué Bentham en el siglo XIX, como economista y jurista, uno de los pensadores europeos más influyentes en la nueva ideología política de Hispanoamérica, y ello no sólo gracias a la que ejerció sobre hombres de Estado como como José del Valle, sino a las diversas traducciones y ediciones que de sus obras se hicieron en español, pudiendo afirmarse que fué un autor tan leído como lo eran Humboldt, Rousseau, Voltaire y Cuvier. Están de muestra las siguientes:

1823.—*Tratados de legislación civil y penal, de* .... Traducción al castellano, con comentarios, por Ramón Salas. Masson y Hijo, calle de Erfurth, Nº 3, París, Imprenta de A. Bobée.

1824.—*Tratado de los sofismas políticos.* París, Imp. de J. Smith.

1825.—*Teoría de las penas legales.* París, Imprenta de J. Smith.

1826.—*Teoría de las penas y de las recompensas.* Traducida al español de la tercera edición, publicada en 1826, por D. L. B. Tomo III. París, Casa de Masson e Hijo.

1828.—*Defensa de la usura,* o cartas sobre los inconvenientes de las leyes que fijan la tasa del interés del dinero. Con una memoria sobre los préstamos de dinero, por Turgot; y una introducción que contiene una disertación sobre el préstamo a interés: traducidas del francés, por don J. E. París, en la Imprenta de Casimir.

1836.—*Deontología o Ciencia de la Moral,* obra póstuma de ... revisada y ordenada por M. J. Bowring, y publicada en francés sobre el manuscrito original. Traducida al español por D.P.P. Méjico, Librería de Galván, Portal de agustinos, Imprenta de J. Ferrer de Orga (Valencia).

1838.—*Tratado de los sofismas políticos.* Nueva edición aumentada con el tratado de los sofismas anárquicos por el mismo. Madrid, Imp. de D. L. Amarita.

Hay que leer a Bentham para convencerse de que mucho de su pensamiento sigue teniendo validez. Basta advertirlo cuando en su *Defensa de la usura* dice: "*La sociedad entera puede considerarse dividida en dos clases: una que posee actualmente los instrumentos del trabajo, tierras y capitales, sin querer o sin saber emplearlos; y otra que sabiendo y queriendo emplearlos, trata de adquirirlos. Hasta ahora la primera de estas dos clases se ha reservado constantemente una parte del trabajo de la segunda, cediéndole el* uso *de los instrumentos de que estaba en posesión. Esta parte que se ha reservado ha sido siempre proporcionada a su poder político; y ha ido siempre menguando a medida que ha crecido la existencia social y extendídose el influjo político de la clase de los trabajadores, o lo que es lo mismo a proporción que se han debilitado los privilegios inherentes a la persona de los no-trabajadores propietarios, o al título abstracto de propiedad*".

Se impone una revisión de la influencia del pensamiento de Bentham en aquellos que más lo seguían durante el primer cuarto del siglo pasado, cuando algunos de los pensadores de Hispanoamérica trataban de echar las bases de los Estados que les tocó en suerte dirigir. He ahí la importancia de la documentación que nos permitimos anticipar y que estaba inédita o utilizada fragmentariamente en inglés.[7]

BIBLIOGRAFIA

1.—*Obras de José Cecilio del Valle*, compiladas por José del Valle y Jorge del Valle Matheu. Guatemala, 1929 y 1930, 2 tomos.

2.—*Muerte de Jeremías Bentham.* "Gazeta Federal", Guatemala, 3 septiembre 1832.

3.—*The works of Jeremy Bentham, ed. John Bowring*, Edimburgo, 1842, vol. XI.

4.—Alberto Palcos. *Rivadavia y la amistad de los filósofos.* "La Prensa", Buenos Aires, 27 febrero 1938.

5.—Ricardo Piccirilli.—Rivadavia y Bentham. "La Nación", Buenos Aires, 10 julio 1938.

6.—El Dr. Francisco Lavagnino, autor de un diario interesante del viaje que hizo desde Omoa a la ciudad de Guatemala, era amigo

de don José del Valle. Extractos de su diario aparecieron en el *New Monthly Magazine*, Londres, 1825, vol. XIV, pp. 583-88, y se hallan traducidos al español en la *Revista del Archivo y la Biblioteca Nacional*, Tegucigalpa, 1906-7.

7.—Los documentos epistolares que van como anexos de este trabajo se encuentran originales en el *British Museum* (Additional Mss. 33,546) y en el *University College* de Londres (Bentham Mss., Box 12, Nos. 346, 348, 353-357, 359-362, 381-385 y 370. La carta que Del Valle dirigió a Bentham (3 agosto 1831) y la de Bentham a Del Valle (8-13 septiembre 1829) y que Bowring publica en el vol. IX de *The works of Jeremy Bentham* no aparecen originales.

ANEXO Nº 1

Del Valle a Bentham
3 agosto 1821.

La carta que Valle dirigió a Bentham desde Guatemala el 3 de agosto de 1821,[1] aparece traducida al inglés en *The works of Jeremy Bentham* (ed. John Bowring, vol. XI, p. 71) y podría traducirse nuevamente al español en estos términos:

"Mi siempre querido padre: Cómo envidio a mi primo,[2] —con cuanto placer cambiaría yo mi suerte por la de él, para que yo pudiera vivir en la residencia del mejor legislador del mundo!

"Me ocuparé en hacer circular su Código Constitucional. La luz de Westminster iluminará estas tierras.

"Usted desea, como yo, la instrucción universal: y yo trabajo para que ésta avance. Hay autoridades a las que es necesario referirse continuamente, en todas las ramas de la ciencia —y usted es una de ellas: en todos los países yo sigo sus huellas".

---

[1] "El original no se encuentra. En los manuscritos de Bentham que están en el University College, hay varias cartas para Herrera". R. A. H.

[2] (Nota de Bowring.—Don Próspero Herrera, Ministro de Guatemala en Francia, que por algún tiempo visitó a Bentham).—Don Próspero era hermano de don Dionisio y don Justo José de Herrera, que más tarde fueron jefes del Estado de Honduras.

ANEXO Nº 2

DEL VALLE A BENTHAM
1826.

Señor:

Sus obras le dan el título glorioso de legislador del mundo. Los qe. han sido llamados pr. sus destinos a formar o discutir Proiectos de Codigos civiles o criminales han pedido luces a V.; y yo tengo mas qe. otros necesidad de ellas.

La Asamblea de este Estado de Guatemala se ha servido nombrarme individuo de la Comision qe. debe formar nuestro Codigo civil. Yo he vuelto los ojos a V. y sus dignas obras. Tengo algunas: me faltan otras; y sus pensamientos serian pa. mi de precio infinito.

Permitame V. le suplique vuelva su atención á una Republica qe. acaba de nacer, y cuia felicidad me intereza en el grado mas alto. Sirvase comunicarme sus pensamientos. Sabrá apreciarlos quien ofrece á V. los respetos y consideracion con qe. tengo el honor de ser su mas ato. servr. *José del Valle.*

A Mr. Jeremías Bentham.

ANEXO Nº 3

BENTHAM A DEL VALLE
11 enero 1827.

Como entre la forma ordinaria o sea la forma no compuesta de Gobierno, y la compuesta o sea la forma federal, mi Código trata de la primera, por ser una cosa que no varía y que está libre de las muchas dificultades que se presentan en la otra. Porque en cuanto a la compuesta, ofrece dificultades no sólo en el estado menos susceptible de heterogeneidad, esto es en la suposición de que todos los estados se hallan en las mismas circunstancias, sino que la dificultad se agrava con esto: que el número de los estados confederados y constituyentes tengan un grado indefinido de variaciones susceptibles, pues en una gran variedad de aspectos, cada uno puede ser diferente de los demás.

En esta ocasión se presentan tres fuentes de mutuo error y desacuerdo: 1º Contribuciones en dinero para las exigencias comunes; 2º Contribuciones en hombres para las exigencias comunes; 3º Detrimento capaz de producirse, con o sin justicia, en el comercio entre uno y otro.

De estas tres dificultades, las dos primeras son las que se presentan como más fáciles de solucionar, y si no se eliminan, por lo menos pueden disminuir. La tercera y última presenta tal masa de detalles que un extranjero no puede fácilmente aventurarse a tratarla, a la distancia en que me hallo.

En cuanto a las contribuciones pecuniarias en otros puntos, Guatemala, así como otros de los Estados que fueron españoles, parece haber tenido de modelo a los Estados Anglo-americanos. Y para un modelo tomado en conjunto, sin duda no se encontró afuera nada mejor. Teniendo esto en cuenta, cuanto a los puntos en cuestión, el curso más obvio y natural es hacer lo que estos Estados Unidos han hecho y proceder respecto a las contribuciones —imponiendo a cada Estado componente un grupo de contribuciones para ese Estado y otro grupo de contribuciones para el uso del gobierno central y para los gastos de seguridad colectiva de todos los Estados contra cualquier adversario común que puedan tener.

Pero esta solución tropieza con muchos inconvenientes considerables; aun en el caso de aquella confederación; y por varias circunstancias que tengo presentes, esos inconvenientes parecen aumentar en grado infinito en el caso de ustedes.

En primer lugar, en los Estados Unidos se requieren los gastos para un Establecimiento Judicial separado; y un segundo establecimiento que, para ser eficiente, no puede ser menos numeroso ni exigir menos gastos que el primero.

En seguida vienen las dificultades de trazar líneas adecuadas de demarcación entre ambas jurisdicciones.

En tercer lugar, en cuanto al tema de impuestos y contribuciones, ya sea de producción, exportación o importación, existe el peligro de que, sea o no con intención, un impuesto sobre un beneficio que se aplica sobre este o aquel artículo con determinado propósito puede interpo-

nerse y disminuir las ganancias de la producción, de la importación o de la exportación de este o aquel artículo al cual se aplicaba con el otro propósito.

ANEXO Nº 4

BENTHAM A DEL VALLE
18 marzo 1827.

Con vista al arreglo de libros para la biblioteca que usted proyecta y habiéndome mostrado una lista de los que desea le manden, le dí una carta de presentación para *Bossange Frères* en París, cuya probidad y espíritu cívico he conocido por experiencia propia, además de la muy amplia que de ella tuvieron mi hermano y su familia.

En una época en que el gobierno de su país se halla envuelto en tan negra nube de incertidumbre, respecto a la seguridad de las personas y de la propiedad, me inclino a pensar que juzgará Ud. prudente suspender el envío de los anteriormente mencionados y otros artículos impresos y esperar que lleguen informes más alentadores.

Respecto a la ventaja de sacar primero a luz lo más sencillo antes de lo más complicado, mi Código Constitucional no contiene ningún arreglo que sirva al uso de un gobierno *federal*. Por lejos que se vaya, responde tanto al propósito como a la forma al primero. Fué hecho teniendo en mente que respondiera al mismo estado de cosas a que había de contribuir. Sobre cada uno de los distritos que son los núcleos de la división primaria de todo el territorio del Estado, mi código establece una Legislatura, que estando subordinada al cuerpo de legisladores de todo el territorio, yo denominé una Sublegislatura. Esta la constituyen autoridades sublegisladoras. Las autoridades superiores en sus diversos Estados independientes y confederados requerirían sólo algunos arreglos adicionales hechos para este propósito particular: añadir algunos pequeños cambios. Desgraciadamente, en la verdadera naturaleza del caso, ésta es, con mucho, la tarea más difícil en la legislación. Pensaré en forma muy especial respecto a su carta. La dificultad se acrecienta con lo difícil que es trazar *líneas precisas de demarcación* entre las autoridades de

los diversos Estados confederados y las autoridades del Gobierno central. Pero esta dificultad es cada vez menor, proporcionalmente, cuando la distinción es cada vez más clara entre los campos de autoridad en un Estado *no* federal considerado en sí mismo: cualquier cosa que yo haya hecho en este sentido (y a esto he consagrado mi mayor atención) será útil a Ud. y a su Estado, si puedo decir que sea útil. Sea como fuere, en el presente, la mejor cosa que puede hacerse es adoptar, en cuanto sea aplicable, lo que se ha planeado en los Estados Unidos anglo-americanos.

ANEXO Nº 5

BENTHAM A DEL VALLE
18 marzo 1829.

Con la prisa con que hago cada cosa (pues estoy en mis ochenta años de edad y el temor de morir antes de que esté concluído mi Código actúa sobre mí como el látigo sobre un caballo) no sé si seré capaz de repetir una lista correcta de lo que envié a Ud. en ocasión anterior o una nota correcta acerca del asunto; o aun de lo que envío a usted ahora, ya que es de diferentes fuentes de donde tendrá que recogerse y debe pasar por dos manos diferentes antes de que sea puesta a bordo del barco, cuyo nombre no sé en estos momentos.

En aquella anterior ocasión, pensando que era cuestión de decoro y de necesidad enviar al Presidente de su Estado una copia de mi carta para usted, lo hice así: pero como según los documentos impresos antes mencionados, me parece que ese decoro, por lo que se relaciona conmigo, ha cesado, no mando copia de esta carta a ninguna otra persona.

No necesito emplear muchas palabras para afirmarle cuán sincera es mi aflicción al ver en su patria las cosas en ese estado; y mi consideración al pensar que nada está a mi alcance poder hacer (teniendo en cuenta la distancia y tantas otras cosas) tampoco me proporciona la menor esperanza de ser útil para contribuir a la restauración de la paz y la armonía.

Habiéndome comunicado su primo el deseo de visitar París, le ofrecí y las aceptó, cartas para los cuatro hombres que, según pensé, serían de más provecho, para su país y para él, que conociera: es decir La Fayette, tan renombrado ahora en todo el mundo civilizado —el asociado con Washington en la emancipación de los Estados Unidos anglo-americanos; Julien,[1] el competente editor de la "Revue Encyclopédique", la publicación mensual más renombrada en lengua francesa, y con ellos Juds. Murray . . . . . .[2] (borrado); Juan Bautista Say, el escritor más inteligente sobre Economía Política en lengua francesa y Félix Bodin,[3] uno de los principales colaboradores del "Constitutionnel", el periódico de más profusa venta en el bando liberal.

Tuve la satisfacción de que él mismo me dijera que no había quedado defraudado al ser recibido por ellos.

ANEXO Nº 6

Del Valle a Bentham
Guatemala 19 de maio de 1829.

Señor

La falta de portadores, producida pr. la de relaciones entre esta y esa capital, ha sido la causa de mi silencio en los meses anteriores. Yo no he podido dirigir mis letras: no he tenido el honor de hablar en ellas al señor Bentham. Pero he oído su voz respetable en las obras qe. ha escrito pa. bien universal del genero humano. V., señor, se ha multiplicado en ellas: vive en todos los países del mundo civilisado: vivirá en todos los siglos. Un sabio es, entre todos los seres, el qe. se aprocsima más á la Divinidad, qe. está presente en todo el universo.

---

[1] Marco Antonio Julien, llamado Jullien de París (1775-1848) fué miembro del Comité de Salvación Pública durante la Revolución Francesa y eminente periodista, fundador de la "Revue Encyclopédique"; habiendo acompañado a Napoleón al Egipto.

[2] John Murray, editor inglés que fundó la "Quarterly Review".

[3] Félix Bodin (1795-1837), fué diputado en Francia en 1830 y es el autor de un resumen de la historia de Francia que apareció en 1821 y de "Estudios históricos sobre las Asambleas representativas".

Yo aprovecho desde luego la ocasion qe. se presenta ahora. El señor J. Ackerman va á salir pa. esa ciudad; y con el tengo la satisfación de remitirle una coleccion de las monedas de oro y plata de esta republica.

Ni las de aqui, ni las de otra nacion del mundo antiguo y nuevo son como yo deseo qe. sean. En las monarquias tienen el busto del rei, y sus armas: en los Estados-unidos el busto de la Libertad y un aguila con la divisa del sistema federal, *Et pluribus in unum:* en la republica megicana el gorro de la libertad, y un aguila sobre un nopal con una serpiente en el pico: en la de centro-america el arbol de la Libertad. y cinco volcanes representantes de los cinco Estados qe. forman la republica: en la peruana una dama qe. representa la Libertad, y las armas de Lima: en las provincias-unidas de la Plata el sol, el simbolo de la union, y el gorro de la Libertad: en Chile un volcan arrojando fuego, una columna sosteniendo una esferita, arriba una estrella, y mas alto la palabra Libertad, ect.

En todas las naciones qe. no sean oprimidas pr. tiranos ó despotas debe haber Libertad legal. El simbolo qe. la representa podría á este aspecto ponerse en las monedas de todos los gobiernos constitucionales: es pr. consiguiente demasiado general; y los de una moneda deben ser tan propios del pais donde ha sido acuñada qe. no puedan extenderse á otros. Los demas simbolos de las republicas de America tienen igual defecto pr. qe. son diversas las naciones donde hai aguilas, nopales, ect. En las pinturas de serpientes, soles, aguilas, ect. veo no sé que reliquias de la antigua barbarie; y el gorro de la Libertad me parece una afectacion, innecesaria cuando la hai positivamte., y visible cuando ha llegado a ser nominal.

Yo deseo qe. en las monarquias y en las republicas, las monedas tengan en el anverso una imagen qe. represente el congreso, parlamento, ó cortes, y en el reverso el busto del rei ó gefe supremo de la republica: qe. en el primero se esprese el nombre del congreso, parlamento, ó cortes, y el numero de diputados y senadores qe. deban formarlo; y en el segundo se manifieste el nombre del monarca o gefe respectivo de la nación.

Las monedas participarían entonces del caracter augusto qe. distingue á los altos poderes. Serían pa. la histo-

ria monumentos preciosos de los periodos constitucionales, y oprobio eterno de los tiranos qe. sofocacen la constitucion de los Estados pa. ser absolutos.

Otro pensamiento qe. me ocurre en este instante sería á mi juicio de igual importancia. Podría ponerse en el anverso una imagen qe. representase los dos Poderes supremos, el legislador y el Executor; y en el reverso el mapa del reino ó republica, reducido á un punto minimo.

La carta de una nacion daria a sus monedas el caracter mas inequivoco de nacionales. Serían mas conformes al espiritu del siglo qe. no se place, como los anteriores, en leones, castillos, escalas y monos, sino qe. busca lo qe. es positivamte. util y conforme a la cultura de los tiempos. Se inspiraría gusto pr. la geografia respectiva del pais, y hasta los ultimos hombres del pueblo tendrían alga. idea del mapa de su patria.

No sé si V., señor Bentham, ha vuelto alga. vez a las monedas el pensamiento qe. ha sabido fixar con tanta utilidad en la ciencia legislativa. Si los mios fueren dignos de sus votos, yo tendré esta pura satisfaccion; y en caso contrario, gozaré al menos la de desear qe. se mejore lo qe. me parece ecsigir reforma.

Sirvase aceptar las consideraciones con qe. tengo el honor de repetirme cordialmte.

Su mas ato. servr.
Jose del Valle.

Post-scriptum. Acaba de concluirse la impresion de la obrita qe. he publicado á los primeros momentos de libertad de imprenta. Yo la remito á V. como un testimonio pequeño de mis respetosos afectos.

ANEXO Nº 7

BENTHAM A DEL VALLE
8 al 13 septiembre 1829.

Monedas. Lo que Ud. dice sobre este tema muestra la amplitud y elasticidad de su mente. No obstante que más me habría agradado verla aplicada a asuntos en que el trabajo hubiera sido para producir efectos en que fuese más concreta e indispensable la felicidad pública.

Primero, respecto a que exhiban el perfil del territorio del Estado. Por guerras y por tratados estaría éste constantemente expuesto a variantes; y en caso de una cesión lo estaría en peligro de excitar comparaciones y recuerdos penosos.

Segundo, respecto al número de los miembros de las Asambleas Legislativas. También ahí, sea cual fuere el número de las asambleas que compongan la legislatura, continuamente sufrirían variaciones: natural y generalmente en cuanto a un aumento —tales variaciones se han producido en Inglaterra, en Francia y en los Estados Unidos anglo-americanos, etc., etc., y estoy inclinado a creer que en todas partes.

La libertad de Prensa, en la acepción ordinaria de la palabra. Hasta cierto punto es buena; pero en ese sentido puede tener lugar y al mismo tiempo ocurrir un estado de cosas opuesto a lo que se espera de ella. Bajo cualquier gobierno, y en particular en un gobierno democrático, el periódico es el instrumento literario más eficaz para el bien y para el mal; y entre las publicaciones periódicas las más eficaces, aquellas cuya aparición es más frecuente: el diario más que los periódicos que aparecen cada dos días; luego siguen los periódicos de cada dos días más que el semanario; y así sucesivamente. Supongamos que sólo existiese uno de estos periódicos y ningún otro, entonces la libertad sería mera ilusión; en vez de ser útil, dicho periódico podría ser peor que inútil. Primero, supongamos que sea más natural —que tal periódico sea editado por el gobierno, o bajo la influencia del gobierno. Todas las verdades que señalen las imperfecciones del sistema de gobierno, o la mala conducta de los gobernantes, son suprimidas: todos los malos argumentos y las mentiras, tendientes a que el pueblo apruebe semejantes imperfecciones, o mala conducta, o falta de fe en su existencia, serán insertadas; y todas las refutaciones a esas mentiras y las réplicas, y las refutaciones de esos malos argumentos, son excluídos. Aun supongamos que, durante un tiempo, el editor del periódico —este amo de la opinión pública— es honrado, y permite la inserción de comunicaciones, que por cualquiera de las causas antedichas, son desagradables al Gobierno. Debido a ese estado de cosas, la duración siempre

será precaria. Pues cuanto más activo sea él en esa línea de beneficio, más molesto será para las autoridades constituídas, y más fuerte será el interés que ellas tendrán para ganárselo a cualquier precio. Una vez ganado, él no sólo será inútil a la causa sino peor que inútil. El bien en la forma de recompensa, tan mal aplicado aquí, duplica el perjuicio que podría hacer el mal, así mal aplicado, en la forma de castigo. Todo lo que el miedo al castigo podría lograr, sería impedir que el hombre sirviese a la causa del pueblo; mientras que la esperanza de recompensa, además de producir ese mal efecto negativo, podría en diverso grado, producir el mal efecto positivo de obligarle a hacer perjuicios positivos a los intereses del pueblo.

Lleguemos hasta a suponerle honrado, y honrado hasta el fin, aun dando publicidad a sus propias opiniones, con exclusión de todas las demás, puede desviar la opinión pública cuanto quiera, y estaría seguro así de hacerlo, en un grado más o menos considerable, aun sin proponérselo.

Habría, pues, que alejar este mal, o reducirlo a su menor expresión: o dicho con una de las nuevas palabras que he acuñado, habría que minimizarlo. Esto es poco fácil; y no se ha intentado jamás en parte alguna, que yo sepa.

En cuanto a lo que se escriba firmado por el editor, eso es sin remedio: a este respecto la tendencia será la que quiera darle por cualquier motivo. El único remedio contra semejante parcialidad es el que pueden aplicar otras personas con el carácter de corresponsales suyos. De poder arreglarse las cosas de modo que se obliguen a dar igual espacio a observaciones contrarias a las suyas, o a las de otro escritor del lado opuesto a lo que él sostiene, esto sería todo lo que se podría hacer. Cuando Miranda,[1] hijo del célebre general Miranda, con quien estuve en términos de intimidad, salió hace algunos años de este país, en donde había nacido y se había educado, creo que para Colombia —en aquel tiempo Venezuela— a fundar un periódico a

[1] En el "Archivo del General Miranda", Caracas, 1938 (publicación de la Academia Nacional de la Historia), tomo XV, p. 304 aparece un recado de Michel Woronzow, del 17 de septiembre de 1798, en el que le dice que ignora si Bentham está en Londres. Leandro Miranda, primogénito del prócer, fué periodista en Bogotá hacia 1826 y más tarde banquero en Caracas.

la inglesa, le redacté un breve plan, que tenía por finalidad esta especie de imparcialidad e independencia, en cuanto fuese practicable. Con tan poco tiempo que usted me concede, no he podido encontrarlo, pues si no se lo habría enviado a usted o una copia de él; si lo consigo se lo remitiré por el próximo correo. Mientras tanto, quizá tenga usted tiempo para meditar en qué forma puede obviarse la dificultad, tomando en cuenta la situación de ese país.

El rey de Francia está decidido a esforzarse para restablecer el despotismo. Tengo a la vista las palabras de una conversación breve pero decisiva que sobre ese tema tuvo con el Duque de Orleans. Y ello procede de alguien que se la escuchó al propio Duque. El pueblo está resuelto a resistir al rey, caso en el cual, si *ellos* tienen éxito, el Duque de Orleans le sucederá en la corona: probablemente con autoridad más limitada que hoy. Y ahí tendrá lugar una guerra civil, a menos que el rey se asuste y ceda, lo que parece más probable.[1] En una prensa que tengo, un empleado está sacando copia litográfica de un folleto en defensa de la aspiración popular, destinado a que circule en Francia.

Creo que esta hoja contendrá las últimas palabras de mi larga carta miscelánica. Tome lo largo de ella como una prueba del afecto con que soy de Ud. etc.

---

[1] En 1830 se cumplió el vaticinio hecho por Bentham.

ALGO SOBRE LA HISTORIA DE LOS ANTEOJOS

(Con notas sobre su uso en Hispanoamérica en los siglos XVI y XVII)

Por *Manuel* MARQUEZ

"Thing naught a triffle, though it small appear; small sands the mountain; moments make the year, and triffles live".

Joung. Love of Fame.

En medio de los grandes problemas, brutalmente apasionantes, que hoy conmueven al mundo, el tranquilo discurrir sobre pequeñas cosas será a modo de un oasis y como un derivativo para que la mente descanse de las angustias que aquéllos suscitan. Y si "nada en la vida es bagatela" y "de bagatelas se compone la vida, como de arenas la montaña y de momentos el año", según asegura el clásico inglés, tal vez este pequeño artículo no deje de tener cierto interés intrínseco.

Los *anteojos (ante oculi* o *ante los ojos)* han sido siempre algo molesto, sobre todo para las damas, tan celosas por lo común de la estética de su fisonomía, que creen afectada por ellos, sin parar mientes en que los gestos los guiños y las muecas que les obliga a hacer su defecto visual no corregido, son más atentatorios aun contra su belleza que los vidrios correctores mismos, los cuales, cuando están bien elegidos, las hacen ver natural y plácidamente.

Han sido además en sus primeros tiempos, y continúan siéndolo todavía para muchas gentes, los cristales, objetos de lujo; del mismo modo que lo eran los libros en la épo-

ca inmediatamente posterior al descubrimiento de la Imprenta, por la carestía de los mismos.

Por tal motivo y también por la ridiculización inmotivada que de llevarlos se hizo en cierto tiempo por las gentes frívolas, no es extraño que haya tardado mucho tiempo en generalizarse su empleo. En cambio, se ha dado a veces el caso paradójico de usarlos sin razón ni motivo, tan sólo porque la moda lo imponía; quedando aún como vestigio el uso del ridículo y pretencioso monóculo como signo de elegancia —muy discutible por otra parte— en su portador. Otras veces, en fin, fueron usados los vidrios a pesar de las prevenciones contra ellos existentes, que, dicho sea de paso, aprovechaban charlatanes sin conciencia, para "inventar" colirios y otros remedios con que "curar" las anomalías visuales "sin el empleo de cristales". Siendo muy honroso para España que el Prof. Greef, hablando de los donaires y las burlas que el uso de los lentes provocaba en todas partes, diga en un interesante librito *(Die Erfindung der Augengläser,* Berlín, 1921, pág. 118) que "es propiamente sólo España el único país que quedó sin caer en ridiculizar los vidrios".

Antoios y luego *antojos* fué la palabra primeramente usada. Así ocurre en el famoso libro de Daça de Valdés, al cual he de referirme luego, titulado EL USO DE LOS ANTOJOS PARA TODA CLASE DE VISTAS... etc..., (Sevilla, 1623). De dicha palabra se ha debido derivar después la de *anteojos,* designación que para unos se refiere propiamente a los *cristales correctores* y para otros a la forma de las *monturas* que los soportan. Nosotros usaremos el término anteojos, refiriéndonos a los *vidrios* o *cristales* y de ellos vamos a tratar preferentemente, sin perjuicio de dedicar también algunas consideraciones a las *monturas* o *armaduras* de los mismos.

Los *vidrios correctores* tienen una historia relativamente reciente. Descartemos, ante todo, la opinión, traída por los cabellos, de la famosa esmeralda de Nerón que le habría servido para, a través de ella, ¡presenciar las luchas de los gladiadores en el Circo! Hemos de aceptar, en cambio, como ya más dignas de fe otras que pueden muy bien ser consideradas como precursoras de la invención de

los anteojos. Tal la del famoso filósofo cordobés Séneca (Siglo I de la E. C.) —maestro de Nerón como es sabido— que en sus *Cuestiones naturales* decía que "*las letras aunque pequeñas y confusas aparecen mayores y más claras a través de un globo de vidrio lleno de agua*". Lo cual es cierto, aunque incurriera en el error de atribuir al agua de que está hecho el globo, y no a la forma de éste, la propiedad de aumentar el tamaño de los objetos. Un paso más es la afirmación del famoso matemático y filósofo árabe Alhazen (Siglo X) con su famosa frase: "*omni visio fit refracte*", y con su explicación de la refracción, en virtud de la cual los rayos oblicuos se aproximan a la perpendicular en medios más *gruesos* y se separan de ella en los *delgados* (hoy diríamos en los *más* o *menos refringentes*) haciendo notar que "*un segmento de esfera de cristal hace aparecer mayores los objetos*". Y por fin hay que llegar al monje inglés Rogelio Bacon (siglo XIII), llamado también *Doctor mirabilis*, por muchos considerado como el padre de la Filosofía experimental moderna, cuyos escritos "inspirados por el diablo" fueron declarados heréticos por el papa Nicolás III, quien en su *Opus major* (1267) (publicada mucho más tarde en Londres en 1733) basándose, según unos, en los escritos de Alhazen o, según otros, desconociéndolos, no sólo señala el mismo hecho de *ver aumentados los objetos a través de un segmento de esfera de cristal* sino que, dice ya claramente que "*éste debería ser un útil instrumento para las personas ancianas y para aquellas que tienen ojos débiles, pues ellas pueden ver así pequeñas letras, con grandor suficiente*". Sabido es que en la antigüedad clásica Cicerón, Suetonio. . . etc., se vieron obligados en su vejez a hacerse leer los escritos por sus esclavos jóvenes, pues ellos no podían hacerlo.

Valgan las citas anteriores como las más auténticas —entre otras muchas que podrían hacerse y que no lo son tanto— para llegar a la conclusión de que *la época en que aparecen los vidrios correctores* (hacia 1280 ó 1285) *coincide aproximadamente con la vejez de Bacon*, por lo que algunos creen, como Bourgeois, (*Les besicles de nos ancêtres*, París 1923, pág. 11) que *Bacon, si no fué el verdadero inventor fué un precursor muy importante del*

uso de los cristales (convexos) para beneficiar a la vista de los viejos, habiendo por lo menos presentido el descubrimiento, que él no estaba en disposición de realizar.

Llegamos así al momento culminante de la historia de los cristales. El Prof. Albertotti, ilustre oftalmólogo italiano no ha mucho fallecido, autor de diferentes y valiosas publicaciones sobre el asunto, entre ellas *Lenti ed occhiali,* (Padova 1923), *Lettera intorno all'invenzione degli occhiali,* (Roma 1922) y otras, dice en este segundo trabajo, pág. 13, textualmente: "Creo estar en lo justo al afirmar que *la historia de los anteojos comienza en la segunda mitad del siglo XIII en Italia, seguramente en Venecia*". Añadiendo el Prof. de Greef *(loc. cit.,* pág. 113) que "*la invención no está ligada a un nombre determinado* o sea que *se desconoce en absoluto quién fué el inventor o los inventores de los primeros vidrios correctores*". "Tal vez —continúa Greef— ello sería un hallazgo casual de algún modesto trabajador en un momento de prueba, o bien de algún técnico o de un grupo de hombres instruídos, en una fábrica, que ni ellos mismos y menos aún los que le rodeaban apenas sabían la significación del hallazgo". Sólo gradualmente fué reconocida la utilidad, extendiéndose, después de algunos decenios, la útil invención a todos los países cultos.

No es este el momento de detenernos —como lo hicimos con todo detalle en 1923 en nuestro Prólogo-presentación a la segunda edición del libro citado de Daça de Valdés, sobre el USO DE LOS ANTOJOS[1]— en la multitud de suposiciones acerca, por ejemplo, del hermano Alejandro della Spina, y del gentilhombre florentino Salvino degli Armati a quienes infundadamente, según Albertotti, se ha atribuído el descubrimiento de los vidrios correctores. Sólo anotaremos un hecho y una conclusión:

El hecho es que el arte de la fabricación del vidrio fué llevado a Venecia por trabajadores bizantinos. Al principio estaban las pequeñas fábricas dentro de la ciudad; pero desde 1289, a causa del peligro de incendio y del humo, el

---

[1] Publicado, a petición mía, en nombre de la Sociedad Oftalmológica Hispano-Americana, por la Real Academia Nacional de Medicina, Madrid 1923, de la edición primitiva publicada en Sevilla en 1623.

número de hornos fué cada vez menor y la fabricación, por un acuerdo del Gran Consejo Veneciano de 8 de junio de 1295, fué trasladada a la pequeña isla de Murano; de esta manera era más fácil vigilar a los obreros, ya que esta industria era un secreto. El Consejo de los Diez, que gobernaba a Venecia de una manera de las más despóticas —dice Albertotti en su trabajo *Lettera intorno...* etc., antes citado (Roma 1922, pág. 21)— vigilaba con ojos de Argos las industrias que constituían la gloria y la riqueza de Venecia y todo obrero que subrepticiamente se alejaba de Venecia recibía la orden de volver. Si no obedecía, sus parientes más próximos eran apresados y si persistía en permanecer en el Extranjero, un emisario del "amable" Consejo se encargaba de procurarle la muerte, una vez lo cual realizado, sus parientes recobraban la libertad... Por un acta de 17 de octubre de 1285, el Consejo de los Diez había prohibido la exportación de las primeras materias. ¿Qué de extraño, pues, que aquí fuera también donde hicieran su aparición los primeros vidrios de anteojos? Todavía en 1610 existía en Venecia una calle llamada de los anteojos (Via Occhialera).

La conclusión es la de que *los primeros anteojos aparecieron en el norte de Italia, especialmente en la región veneciana, a fines del siglo* XIII *y comienzos del* XIV, sin que se conozca realmente el nombre del inventor de los mismos.

Inducen a error en este asunto ciertos cuadros en que los autores han incurrido en *anacronismos,* pues los artistas no siempre han tenido en cuenta la fecha en que vivían los personajes representados en sus obras y así no es raro que unas veces por ignorancia y otras por capricho hayan faltado a la verdad histórica. Por esto en la valoración de los cuadros para considerarlos como argumento de la existencia o no de los cristales hay que tener en cuenta, más que el asunto representado, la época en que el artista le ejecutó. Es así como yo he tenido la curiosidad, al visitar diversos museos de Europa, de confirmar que el pintor es siempre posterior a la época antes indicada de fines del siglo XIII a comienzos del XIV, cuando los cuadros representan asuntos en los que figuran personajes con anteojos.

Vale la pena de mencionar entre otros anacronismos lo que ocurre con San Jerónimo, muchas veces representado en pinturas y esculturas religiosas. Este ilustre Padre de la Iglesia, que vivió del siglo IV al V de nuestra era, ha sido considerado como el patrón de los ópticos y bien por esto o a la inversa porque el representarle los artistas con lentes haya sido el origen de atribuirle tal patronato, es el hecho que se le suele representar con alguno o varios de los siguientes atributos: una calavera, un capelo cardenalicio, un león y (aquí está el anacronismo) *unos lentes, los cuales aún no habían sido inventados.* Así aparece en el cuadro *Pietá* de Bartolomé Bermejo conservado en el Museo de Arte de Cataluña *(fig. 4).*

El uso de los cristales se generaliza a mediados del siglo XIV, aunque lentamente, lo cual se explica porque aun no existe la imprenta, las comunicaciones son difíciles y los vidrios son todavía muy caros. Sólo los que son a la vez ricos y doctos pueden permitirse el lujo de usar cristales. Albertotti señala como uno de los hechos mejor demostrados la participación que los monjes dominicos han tenido en el uso y en la difusión de los cristales y si tres siglos más tarde Daça de Valdés adquirió los conocimientos que le llevaron a escribir su notable libro, hay que atribuirlo a que su calidad de Notario de la Inquisición le hizo ponerse repetidas veces en contacto con los dominicos, los cuales en España tenían el monopolio del "Santo Oficio" y tuvo por ello, necesidad de asistir a innumerables procesos en los que observaría que muchos de los monjes usaban anteojos, unos, los viejos, para ver de cerca, otros, los jóvenes, para ver de lejos.

La invención de la Imprenta hacia el año 1440, contribuyó en gran modo, a la vez que a la difusión del invento, a que se sintiera la necesidad del empleo de los cristales; mas como no todos podían adquirirlos, los libros eran impresos, por lo común, en grandes caracteres para que pudieran ser leídos por los viejos y por las personas de vista débil. Al principio se usaban sólo los vidrios convexos y más tarde ya, los *cóncavos* hacia la mitad del siglo XVI. *Uno de los primeros documentos artísticos probatorios del*

VSO
DE LOS ANTOIOS
PARA TODO GENERO DE VISTAS:

En que se enseña a conocer los grados que a cada vno le faltan de su vista, y los que tienen qualesquier antojos.

Y ASSI MISMO A QVE TIEMPO SE AN de vsar, y como se pediran en ausencia, con otros auisos importantes, a la vtilidad y conseruacion de la vista.

POR EL L. BENITO DAÇA DE VALDES, Notario de el Santo Oficio de la Ciudad de Sevilla.

DEDICADO A NVESTRA SEÑORA de la Fuensanta de la Ciudad de Cordoua.



CON PRIVILEGIO.

Impresso en Seuilla, por Diego Perez Año de 1623.

Fig. 1.—Portada del libro de DAZA DE VALDES, *Uso de los antoios.*

uso de los vidrios cóncavos es el retrato del papa León X *que era fuertemente miope* (como casi todos los Médicis, familia en la cual era hereditaria la miopía) pintado por Rafael Sanzio de Urbino entre 1517 y 1519 y que existe en el Palacio Pitti de Florencia.

Llegamos al hecho de más trascendencia para la ciencia oftalmológica española e hispanoamericana, que hay que registrar en la historia de los cristales: *la aparición del libro de Daça de Valdés,* ya varias veces citado, siendo lo curioso que su autor no fuera médico sino, como ya se ha dicho, notario de la Inquisición, pero que indudablemente sabía más del asunto que todos los oculistas de la época.

Se escribió dicho notabilísimo libro en aquellos tiempos en que "no se ponía el Sol en los dominios españoles", aunque ya había comenzado la decadencia política bajo el reinado de Felipe III, la cual continuaba en el de Felipe IV, durante el cual "había de ponerse el Sol en Flandes" y se acentuaba hasta llegar al máximo, con el último de los Austrias, Carlos II. La Literatura y las Bellas Artes, por el contrario, estaban aún en todo su esplendor. Todo ello había contribuído a crear una atmósfera de espiritualidad y de distinción. "Así no es de extrañar —dice D. Antonio de la Peña en su interesante artículo *Los anteojos en 1623,* Madrid 1886, pág. 10— que Daça se contagiara y no siendo médico escribiera este libro en que demostrara su espíritu de observación, gracias al cual se sabe hoy todo lo que en aquellos tiempos se practicaba en este importante asunto de la oftalmología".

¿Cómo pudo el autor procurarse todos los conocimientos de que en el libro se hace gala? Tal vez, como ya hemos dicho, su cargo de notario de la Inquisición le obligase a ir a Italia; tal vez sin salir de España, el contacto con los dominicos (que tanta importancia tuvieron, si no en el invento, en la divulgación de los cristales) fuera ocasión para que adquiriese los citados conocimientos, estableciendo —como hace notar Albertotti (*Lenti ed Occhiali,* pág. 12)— todo lo que casi tres siglos después los grandes maestros y sobre todo Donders consignaron. Lo cual confirma —añado yo— que no son los títulos siempre los que dan suficiencia, sino que es ésta la que hace acreedora de ellos a los

que la poseen. En dicha obra hay verdaderos atisbos geniales que al correr del tiempo son hoy considerados como verdades evidentes.

No podemos aquí, ni aun en breve resumen, dar una idea de este magnífico libro del cual sólo vamos a reproducir la portada *(fig. 1)* así como fragmentos de tres de los Diálogos que constituyen el Libro III del mismo: del 1º por lo instructivo y del 2º y del 3º por sus alusiones a Hispano-América en relación con los anteojos.

El Diálogo 1º es sencillamente delicioso y se refiere al encuentro de dos amigos que se cuentan mutuamente sus cuitas. El présbita se lamenta de que "mientras a lo lejos veo un mosquito que vaya por el aire, en llegando a lo cerca soy casi ciego" lo cual "es para mí cortarme la cabeza el no poder leer por ser letrado de este lugar y si no se estudia podemos arrimar a un cabo los trebejos". Y el miope refiere al otro sus preocupaciones, como por ejemplo la de que al salir al campo "hasta que la caza se levanta de mis pies yo no la veo" "y lo mismo me pasa con muchas personas que encuentro por la calle, con quienes caigo en tantas faltas que algunos de mis amigos creen que lo hago de gravedad el no quitarles el bonete y así las más veces lo quito sin saber a quién, pervirtiendo el orden de las cortesías; y por ser tan comedido me aconteció, estudiando en Salamanca, un chiste que es hoy y no se me ha olvidado: que pasando por una calle quité el bonete a una señora que estaba en su ventana y viendo que mis criados se reían de mí les pregunté que quién era aquella persona, y me respondieron que era un cuarto de carnero que estaba allí colgado;"..."yo me santigüé e hice mil cruces por que jurara que la había visto con sus tocas y facciones. Mas dejado esto veo que por otra parte, cuando miro a cerca soy un lince y no hay letra por pequeña que sea que se me esconda y aun de noche la puedo ver y leer muy bien"... Entonces uno de los dos amigos propone al otro que "pues somos tan uña y carne, anduviésemos de continuo juntos y viendo uno lo que no alcanzaba el otro vendremos a tener ambos una vista perfecta"... etc.

La llegada de un tercer amigo hace que le comuniquen esta decisión, que él aplaude; mas les dice que no la cree

necesaria, recomendándoles el uso de los anteojos y *acudir a Madrid o a Lisboa que es la fuente de ellos* o también *a Sevilla* "en donde hay un maestro (óptico) que los hace buenos". Las razones que en la conversación dan los amigos al maestro y la prescripción por éste de vidrios convexos y cóncavos, respectivamente, de lo que todos quedan tan contentos, son páginas llenas de ingenuidad y buen sentido. Compara el maestro al présbita con uno de vista normal al que se le hubiera añadido un vidrio cóncavo y al miope, con el normal al que se le adicionara un vidrio convexo. Por eso la suma de las dos vistas daría una perfecta y para lograrlo era lógico el acuerdo que los dos amigos habían tomado y por esto también la corrección de cada defecto exige el añadirle el vidrio de igual potencia y signo contrario que el que la Naturaleza le había añadido.

En relación con Hispano-América hay que consignar que en el momento de la publicación del libro de Daça de Valdés la cultura oftalmológica del Nuevo Continente era en estas cuestiones de óptica médica muy escasa, como lo era en la misma España y aun en Europa toda; y menos mal que Daça tuvo la oportunidad de reunir en su libro todo lo más importante que entonces se conocía en el mundo sobre la materia. Así no es de extrañar que en el Diálogo 2º del III Libro uno de los personajes, Don Jorge, le diga al maestro (el óptico) lo siguiente: "la noticia que de vos nos ha dado el Sr. Doctor y la de que el Sr. D. Esteban (el otro consultante) y yo *traemos desde las Indias* basta para que sin más ni más intercesión os estimemos en lo que vuestra opinión merece".

Dijimos más atrás que los anteojos han constituído en muchas ocasiones un objeto de lujo. Lo prueba elocuentemente el hecho de que en el copioso archivo de datos que constituye el libro titulado *Nueva Corónica y Buen Gobierno* (Codex peruano ilustrado) cuyo autor es Felipe Guamán Poma de Ayala publicado por el *Institut d'Ethnologie* de París y que consta de 1,070 páginas de las cuales gran parte son grabados, sólo hay un personaje representado con anteojos: D. Luis de Velasco octavo

Virrey del Perú, desde mediados de 1596 hasta fines de 1607, quien antes y después fué Virrey de México (1590-95, 1607-11) *(fig. 2)*.

En este caso lo interesante también eran las *monturas* o *armaduras* de las cuales vamos ahora a decir algo para completar este asunto. En las más antiguas las ramas eran bifurcadas para que una de ellas pasase por encima y la otra por debajo de las orejas, sin que del texto (que no se refiere para nada a los anteojos del virrey) pueda conjeturarse la materia de que estaban hechas, así como tampoco la clase de vidrios (que tal vez fueran cóncavos, correctores de la miopía). Anotemos la semejanza con el personaje del cuadro del Greco existente hoy en el Museo de Nueva York y que representa al Cardenal Inquisidor Niño de Guevara (1548-1614), también con hilos o cuerdas bifurcadas (de baqueta?).

Como digresión diremos que *las gafas* o sea las armaduras con ramas simples para apoyar en las orejas son muy posteriores pues no aparecen hasta mediados del siglo XVIII.

Los quevedos, así llamados por haberlos usado el gran poeta y satírico español D. Francisco G. de Quevedo y Villegas se apoyaban a ambos lados del dorso de la nariz. Más adelante han sido ideados como modificación de los quevedos la llamada *pinza americana, pince-nez* de los franceses, *Zwicker* de los alemanes, no haciendo distinción alguna en este caso los ingleses entre los vidrios y las monturas, a los que designan por igual con el nombre de *spectacles*. En cambio los términos *vidrios* o *cristales, verres, Brillen* y *eye-glasses* se aplican en las lenguas respectivas preferentemente a los cristales correctores.

Cuando las gafas son sostenidas por un mango que se tiene en la mano son designadas con el nombre de *impertinentes* en español y de *face-à-main* en francés, nombre el primero bastante expresivo como para significar el descaro con que sus portadores los usan sólo en ciertos momentos, no preocupándose de ellos en los restantes.

Otro caso particular, en fin, de estas modernas formas de montura es el *monóculo*, al que incidentalmente hemos aludido antes y que ni aun en el caso de defecto vi-

sual unilateral estaría realmente indicado, por la imposibilidad de que esté bien colocado, pudiendo en cambio el vidrio ser bien instalado en una montura binocular en gafas o en pinza americana y poniendo un vidrio plano o neutro (*conservativo,* de Daça de Valdés) ante el ojo no defectuoso.

Volviendo al virrey D. Luis de Velasco en otro retrato del mismo *(fig. 3)* es portador de unas gafas, ya de transición a los quevedos, pues tiene de éstos el puente, que no se apoya sobre el dorso de la nariz, haciéndolo ambos cercos sobre los lados de ésta y a la vez las ramas que se atan a la oreja respectiva.

Podría parecer —según lo dicho— que las gafas o las antiparras con ramas forradas de vaqueta o de cuero, son anteriores a los quevedos; mas por otra parte tenemos algún retrato anterior al descubrimiento de América en que un personaje está retratado con estos últimos. Tal ocurre con el "santo" que está a la derecha en el citado cuadro de Bartolomé Bermejo (1940) el cual lleva unos quevedos" por cierto colocados muy por debajo del nivel de los ojos *(fig. 4)*, como corresponde a la situación del libro en que está leyendo el personaje.

Es curioso señalar el consejo que el Doctor de los *Diálogos* de Daça de Valdés da al llamado Aurelio y que según él era usado por el rey Felipe II, consistente en poner los anteojos "asidos a una ala o paletilla como de calzador y luego la encajéis entre el bonete y la cabeza hasta tanto que se tenga y con ésto vendrán a quedar en vago los anteojos y podréis ver con ellos estando pendientes de aquel ala sin que os toquen a las narices". A lo cual Aurelio contesta: "Esto es sólo para los reyes que no quitan el bonete a nadie, pero yo, que soy un pobre hombre, no me puedo valer de ello, pues cuando más seguro esté, a la primera cortesía irá todo el aparato al suelo".

Se cita también el caso del erudito mexicano Sigüenza y Góngora a quien su arzobispo le rompió de un bastonazo los vidrios, habiendo necesidad de esperar tres o cuatro meses hasta poderlos reponer trayéndolos de Bélgica, hecho que indica que *no existía aún la industria del vidrio para necesidades de óptica en la Nueva España.*

En la *Iconografía Nacional* publicada por Jesús Romero Flores, entre la infinidad de personas notables que en ella figuran, sólo cinco he encontrado representadas, con gafas tres de ellas y dos con quevedos.

De los 62 virreyes de la Nueva España sólo dos: el citado D. Luis de Velasco y D. Diego Carrillo y Pimentel Marqués de Gelves (21 septiembre 1621 a 1 noviembre 1624) son los únicos que llevaron lentes, a juzgar por sus retratos *(Iconografía de los virreyes* por Abreu y Gómez).

El hecho de que sean casos en tan poco número los referentes a personajes representados con lentes indica que en las colonias españolas durante aquella época los lentes constituían, como ya se ha dicho, un objeto de lujo, que había que traer de Europa (Madrid, Sevilla, Bruselas, Roma) de no emprender largos y fatigosos viajes como los antes citados. Así el llamado D. Esteban dice al maestro: "Una de las principales causas que nos han traído a España al Sr. D. Jorge y a mí es por veros y gozar de lo mucho que entendéis en esto de anteojos, por que nuestras vistas vienen muy menesterosas dellos y pendientes de sólo vos".

Todavía en el Diálogo III del mismo libro dice otro de los personajes, el llamado Aurelio: "*Veamos ahora qué anteojos nos piden de las Indias*"... "La persona para quien son es de cincuenta a sesenta años y ha visto toda su vida con anteojos de cerquillo que llaman de corta vista y por una enfermedad que tuvo no ve con esta suerte de anteojos ni con otra ninguna y así se advierte que los que se han de enviar sean de los mejores que hubiese y cuesten lo que costaren". Se ve pues que no existía entonces ni aun rudimentariamente la industria de los anteojos en las colonias españolas.

El caso de los anteojos, importados por tanto desde España a la América, es el recíproco, por otra parte, del de la quina o del de la coca y otros medicamentos de inestimable valor llevados a España desde el Perú u otras naciones hispanoamericanas, que a la vez contribuyeron así a enriquecer poderosamente el arsenal terapéutico de las farmacopeas del Viejo Continente.

Fig. 2.—POMA DE AYALA. El virrey Luis de Velasco

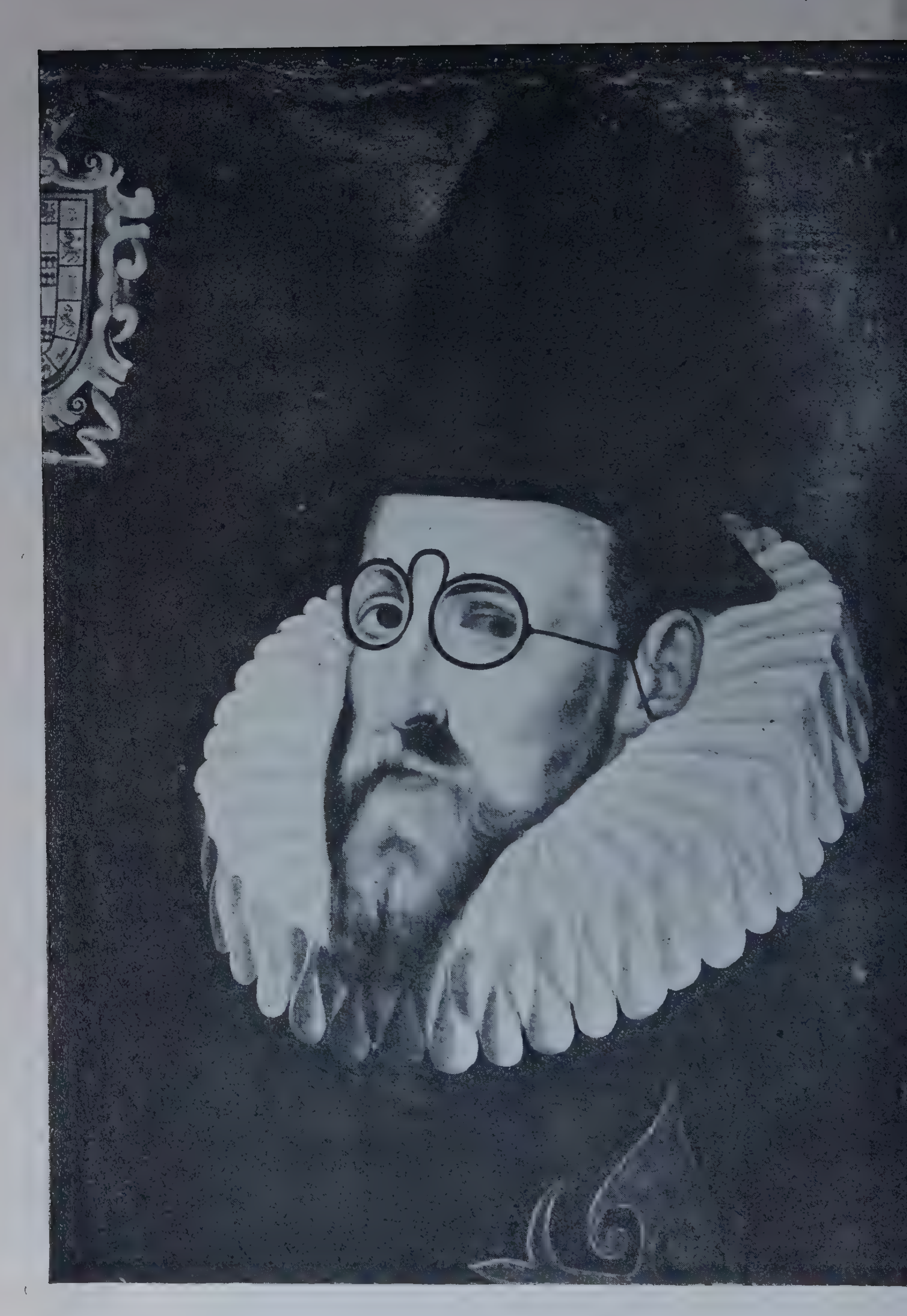
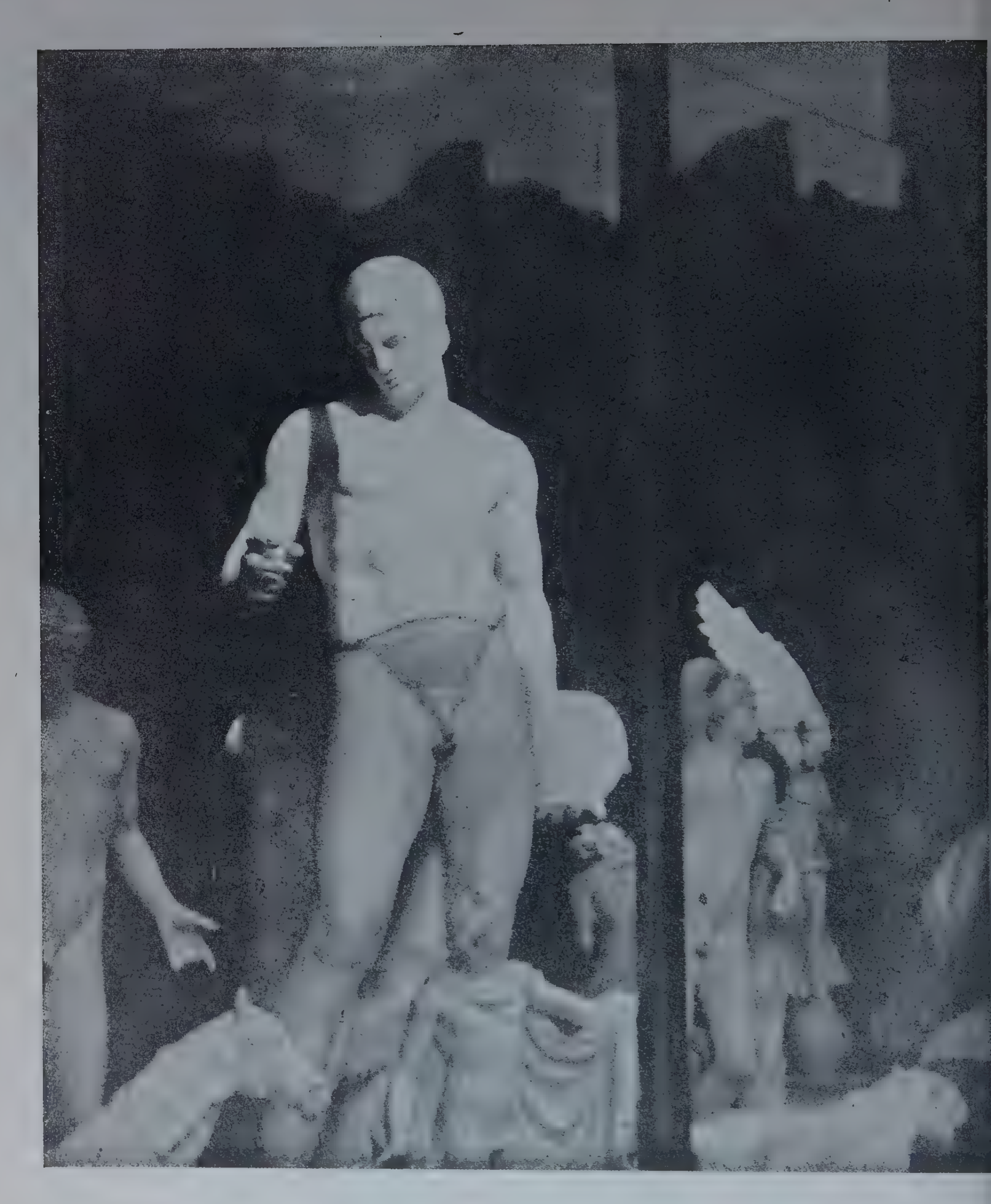


Fig. 3.—Don Luis de Velasco, virrey de México y Perú.



Fig. 4.—BARTOLOME BERMEJO.—Pietá. (1490)



Milagro griego

UNA CARTA DE WERNER JAEGER

Profesor Alfonso Reyes,
México, D. F.

QUERIDO PROFESOR:

Hace ya algún tiempo que recibí un ejemplar, amablemente enviado por usted, de su nuevo libro "La crítica de la edad ateniense" publicado por el Colegio de México, y deseo manifestarle mi gratitud sincera por la generosa dádiva. Recientemente he tenido noticias de la producción erudita de los países de habla española al sur de los Estados Unidos, a través de los filósofos de la Argentina y por mediación del Fondo de Cultura Económica, de México. Probablemente ya sabrá usted que mi obra *Paideia,* traducida por su compatriota el ex profesor de Barcelona, Sr. Xirau, la publicará pronto el mismo Fondo de Cultura Económica que ha editado su libro. Me complace mucho encontrarme con estos signos de una nueva actividad humanista en este hemisferio, fuera de los Estados Unidos y de poder gustar sus frutos sin encontrar gran dificultad en el lenguaje.

No quise darle las gracias por el envío de su libro antes de conocerlo, y aun ahora no me atrevo a decir que conozco un libro tan nutrido e importante en todos sus detalles. Los capítulos sobre Platón y Aristóteles me llevarán más tiempo del que yo pude dedicar al libro durante las últimas semanas después de recibirlo. Estoy verdaderamente ansioso de conocer algo más sobre su interpretación de la crítica de la poesía, de Platón, y de la Poética de Aristóteles. Tendré que tratar de los dos en mi *Paideia* donde he intentado comprender el fondo y el punto de partida de la censura que hace Platón de los poetas griegos. El volumen en que yo trato este problema está terminado, traducido y se está imprimiendo a la hora presente. Me agrada ver que estamos acordes en el hecho fundamental de que no hay crítica literaria, tal como hoy la entendemos, en el veredicto de Platón en contra de la poesía. Creo que es una gran fortuna que usted haya expresado con tanta claridad y decisión el hecho de que la crítica literaria, como nosotros la entendemos, no existe en los períodos primitivo y clásico de la cultura griega, y que la crítica que aparece

en aquellas centurias con respecto a lo que nosotros llamaríamos cuestiones literarias, arranca de otro motivo que la pura apreciación estética. Son cosa diferente las correcciones que Solón hace a Mimnermo, las censuras que Jenófanes opone a Homero y a Hesiodo y la manera como Platón en "Las Leyes" reproduce la elegía de Tyrteo. Esta clase de corrección, hecha desde el punto de vista de la verdad, lleva directamente a la *epanorthosis* estoica y al método similar usado por los padres de la Iglesia cuando corrigen a sus predecesores paganos en el campo de la *Paideia*.

En mi opinión, el mérito más sobresaliente de su libro, es que no descarta el período clásico por esta razón, como ocurre frecuentemente en el caso de los interesados en el problema de la crítica literaria en su pura forma, sino que persigue cuidadosamente el desarrollo gradual del elemento crítico en la vida y en la literatura griegas en todos sus aspectos. En este sentido, usted ha logrado expresar claramente cómo en el período clásico, junto con la moral, con la política y la crítica religiosa surge gradualmente la crítica de las cualidades estéticas de las obras literarias. Este hecho es omitido la mayoría de las veces aunque es de la mayor importancia para el desenvolvimiento y expresión general de aquel gusto infalible que Cicerón en "El orador" atribuye al público ateniense. Me encanta especialmente su descripción de la primera etapa privada, de aquella evolución, la existencia anónima de una sensibilidad refinada y de una reacción crítica circunscrita en su expresión a círculos estrechos. Seguramente su propio contacto con una crítica preliteraria semejante le ha ayudado a usted a encontrar los síntomas análogos de la Atenas clásica. He leído con sumo agrado lo que usted dice sobre la diferente manera de apreciar los personajes y las obras literarias en el país del autor y en el extranjero, en los círculos literarios creadores y en el ámbito de los profesores de literatura. Otro rasgo que quiero mencionar es su fina comprensión del elemento estético en la crítica de Aristófanes sobre Eurípides y la literatura en general. Aunque es particularmente evidente que su juicio está dominado por otros factores, la presencia de un nuevo y sutil sentido literario es manifiesta y anuncia la venidera crítica literaria independiente de los tiempos helénicos. La misma mezcla se encuentra en Aristóteles, aunque presumo que Teofrasto en sus libros perdidos *Sobre el estilo*, debe haber marcado un progreso decisivo en la dirección de una pura apreciación estética puesto que ejerció una enor-

me influencia en Dyonisio de Halicarnaso, Cicerón y toda la crítica posterior.

En su capítulo "anacrónico" al final del libro, ha expresado usted la reacción natural del pensamiento moderno con respecto a la ausencia del juicio puramente literario de los períodos primitivos y clásicos de Grecia. No es fácil en realidad comprender cómo nosotros podríamos volver en nuestros días a la subordinación griega del factor estético a lo que ellos creían que eran verdaderamente los factores esenciales, morales y políticos de las creaciones poéticas, que tanto nos gustan.

Por otra parte, creo que ya es hora de apreciar y de considerar seriamente los hechos, que usted ha expresado tan vigorosamente, en un lenguaje poderoso que destaca su importancia para nuestra comprensión histórica de la naturaleza y de la estructura verdaderas del espíritu clásico griego. Las conclusiones de su libro, con las que yo convengo, y lo que yo he intentado decir sobre el mismo problema desde el punto de vista opuesto, el de la *Paideia*, parecen abrir de nuevo la discusión de nuestras conexiones con las formas clásicas y helenísticas de la cultura griega.

Deseando a su libro y a sus actividades un éxito completo, quedo de usted sinceramente.

Werner JAEGER.

PAIDEIA

La idea de cultura ha perdido su sabor. Lo culto se oponía a lo inculto, como lo cultivado a lo silvestre, lo maduro a lo agraz. No era una diferencia de grado sino de esencia. Culto era el hombre civil. La comunidad occidental se oponía, como civilización, al resto de las comunidades humanas... Por una serie de causas que no son del momento —la concepción positivista de la historia ha sido acaso la más fundamental— todo ha tendido a destituir a *la* cultura de su calidad única y preeminente. No se opone ya la cultura a la incultura. No se habla ya de cultura en singular. La civilización occidental ha pasado a ser una cultura entre las culturas. A su lado, y sin diferencia esencial de derecho ni de dignidad, se hallan la cultura china y la india, la maya y la azteca, la de los primitivos australianos y la de los hombres de las cavernas... La cultura se ha convertido en un hecho natural. Surgen las culturas como las plantas y los animales. Como ellos nacen, crecen, se desarrollan, decaen, mueren... *"en una sublime carencia de fin"*.

Fácil es darse cuenta de que la *sublimidad* no es precisamente una cosa *natural*. La naturaleza no es sublime ni mezquina. Es simplemente indiferente. No deja de ser notable el uso de esta palabra solemne en el mismo momento en que se trata de destituir a la cultura de toda dignidad. Y en que hay en todo el naturalismo una marcada carencia de rigor. Empieza por carecer de precisión en el uso mismo de la palabra cultura. No es fácil ver cómo sea posible aplicar la idea de cultura a comunidades humanas que carecen de esta palabra y de este concepto, afirma Jaeger. Y esto es lo que ocurre a todos los pueblos que se han desarrollado sin relación alguna con el espíritu griego. Es atribuirles algo que les es enteramente ajeno y que no tiene para ellos dignificación alguna. El concepto de cultura es originario y exclusivo de los pueblos helenos y de aquellos cuya historia se desenvuelve dentro del marco trazado por los fundadores de la comunidad griega.

El libro de Jaeger [1] no es una simple investigación histórica. Presupone una larga vida de minuciosas pesquisas, toda la vida del autor.

1 WERNER JAEGER, *Paideia. La formación del hombre griego.* México. Fondo de Cultura Económica. 1942.

Brota de ellas como manantial de agua limpia. Trata de determinar y articular las piezas esenciales de la estructura del hombre heleno. Y, puesto que en ella se halla preformada nuestra conciencia de hombres occidentales, hincar en ella es profundizar en los fundamentos mismos de nuestra propia conciencia. En su dimensión histórica es preciso hallar el hontanar de donde brotan y donde se precisan los elementos perennes de nuestra razón de ser. De ahí la apasionante actualidad de este libro. Nada más vivo y presente en la desazón radical que nos aflige. Es preciso tomar clara conciencia de lo que somos y de lo que no somos, de aquello que nos define y nos precisa en el caos informe que nos rodea. Y nuestra definición radical se halla en Grecia.

Pero el *milagro griego* no es una realidad intemporal y eterna. Posee un proceso de formación histórica. Perseguirlo en sus trazos fundamentales, a través de las obras fundamentales del ingenio heleno, es la tarea del libro que nos ocupa.

El milagro griego es la formación del Hombre. Tal es el sentido de la PAIDEIA en el momento en que llega a la plenitud de su significación. En su idea se identifican, en lo alto, educación, cultura, formación, elevación del hombre a la culminación de su más depurada dignidad.

La idea de la *Areté* ha de ser hilo conductor que nos lleve, mediante el análisis de las obras más típicas del genio griego, a la progresiva formación del ideal del hombre que culmina en el siglo de Pericles y, en la formulación del pensamiento de Platón.

El espíritu griego es esencialmente educador. La educación —la PAIDEIA— orienta la totalidad de su vida y de su obra. Grave error sería considerar al arte griego desde el punto de vista de la concepción moderna del *arte por el arte*. Toda la poesía helénica se halla impregnada de designios pedagógicos y políticos. La formación del hombre es la meta de todos los anhelos... Y la formación del hombre se halla constantemente orientada por la progresiva elaboración de la idea de *Areté*.

La hallamos ya en la raíz de la epopeya homérica. Es el ideal de la más alta nobleza. Sobre la cabeza de todo noble se aureola el modelo de su perfección ideal. Homero es para los griegos el educador por excelencia, el modelo de toda futura educación. El tipo de nobleza por él acuñada constituye el núcleo esencial de toda ulterior tarea de ennoblecimiento. Y ennoblecimiento es educación. Ya de la aristocracia homérica es posible decir que cada cual alcanza su perfección en la medida en que llega a ser lo que es. Es preciso ser dig-

no de sí mismo y de la estirpe a que se pertenece. Será la fórmula del oráculo délfico y el imperativo de la nobleza agonal de Píndaro. Platón transfiere la nobleza al mundo. El cosmos platónico es un organismo aristocrático. El mundo entero aspira a la realización de su idea. El mundo de las ideas constituye la *Areté* del mundo. También el mundo —como el noble— tiene sobre sí la Idea de su más alta nobleza. Y es lo que es —como el héroe de la epopeya homérica— en la medida en que lo llega a ser.

Entre su raíz heroica y la plenitud de su dignidad ontológica, todo el proceso histórico de la cultura griega no consiste sino en el progresivo enriquecimiento de la aspiración ideal insita en el alma de la nobleza primitiva. A partir de ella el hombre —todo hombre— adquiere gradualmente conciencia de su alta estirpe aristocrática, de su parentesco con los dioses y con los héroes, y se presta a realizarla en el mundo mediante la consagración erótica.

Platón es, en el sentir de Jaeger, la más alta encarnación del genio griego. Todo llega en él a su plenitud. En él convergen y en él culminan todas las adquisiciones fragmentarias de lo historia. Este volumen nos deja en el umbral de aquella cima ideal. Con ritmo solemne vemos en sus páginas, emerger fragmentos perennes del alma griega —que son fragmentos de nuestra propia alma. Todos los aspectos de la vida humana, todas las perspectivas del universo se van incorporando orgánicamente al germen viviente que brota por primera vez en la epopeya homérica. El mundo se integra en el alma humana y el hombre en el edificio de la ciudad. Es un proceso de *civilización*, de urbanización, en el sentido más auténtico y originario de la palabra.

Mediante los poemas de Hesíodo ascienden a la *Areté* los más nobles anhelos de la vida de los campesinos y las exigencias implícitas en el trabajo de todos los días. El trabajo adquiere, por vez primera, la dignidad de una virtud. También en el trabajo hay *Areté*. Y con la dignificación del trabajo aparece la idea de justicia. Esta idea se perfecciona más tarde en la comunidad de la polis y surge en ella la aspiración a una ley idéntica para todos. Al lado de la vida privada la vida pública —el *bios politicos*— adquiere la más alta dignidad. Cada cual pertenece por esencia a dos órdenes de existencia. De ahí la necesidad de completar la destreza profesional —la primera norma de la *Areté* ciudadana— mediante la posesión de una *Areté* política, es decir, de una cultura general capaz de convertir el hombre en ciudadano. Ello va a constituir una de las preocupaciones de Sócrates frente a la educación de los sofistas.

La poesía jónico-eolia abre a la poesía un nuevo mundo antes insospechado de experiencias, cuyas profundidades explora ávidamente: es la esfera de la intimidad personal, alejada de la vida profesional y de la vida política. Aparece el primer gran monólogo de la literatura griega. Cada cual tiene su *ritmo.* El *ritmo* interior mantiene al hombre dentro de sus límites. No es el ritmo algo fugaz y fluyente. Es, por el contrario, lo que opone firmeza y límites al movimiento y al flujo de la vida personal. Cada cual halla su *Areté* en la rigurosa afirmación de su propio *ritmo.* Es la primera afirmación de la autonomía individual frente a la constricción social y a la legislación idéntica para todos.

Todo ello converge y halla su primera síntesis armónica en la formación política de Atenas, la más reciente de las organizaciones urbanas, simbolizada en la figura de Solón. Sobre el marco de su obra poética y política —íntimamente compenetradas en la unidad de una concepción unitaria y armónica— el descubrimiento del Cosmos por el pensamiento filosófico libre, que proyecta sobre la naturaleza el orden y la medida, en que se funda la ciudad humana y organiza el universo de acuerdo con las normas que presiden a la justa ordenación de la sociedad y la política de cultura de los tiranos, prepara la culminación del espíritu ático que llega a todo su esplendor en el siglo de Pericles. Desde entonces Atenas se convierte en la *más alta escuela de la educación griega.*

En su misma culminación halla sin embargo los fermentos de su crisis. Culminación y crisis, grandeza y miseria —vistos con maestría a través del más agudo y perspicaz análisis del desarrollo de la tragedia y de la comedia y de su íntima correlación con el movimiento sofista— dan lugar al examen de conciencia y a la doctrina política y pedagógica de Tucídides, suma y compendio de los ideales de la cultura ática, orientada en la más depurada estilización de la PAIDEIA. *"La idea griega de la educación, que adquiere, precisamente en la época de Pericles, su mayor altura y plenitud, se impregna de la más alta vitalidad y significación histórica. Llega a ser el compendio del vigor más sublime que irradia el espíritu del pueblo y del estado sobre los demás pueblos, trazándoles el camino de su propia vida. No hay justificación más alta de la ambición política de Atenas sobre el mundo griego, sobre todo después de su fracaso, que la idea de la* PAIDEIA. *En ella halla el espíritu griego su compensación más alta, la conciencia de su propia eternidad".*

Con estas palabras termina el primer volumen de la obra de Jaeger. No es fácil dar idea de la rica vitalidad de su contenido.

Con ritmo acompasado aparecen, se levantan y reverberan en ella estructuras arquitectónicas heterogéneas, que convergen, a través del tiempo, y se ensamblan en la construcción de un mundo que halla su modelo en la constitución del hombre y de la ciudad. Es un cosmos antropomórfico. No es fácil alcanzar a ver cómo hubiera podido llegado a ser Cosmos sin ser humano. Es la *Politeia*, la civilización, la cultura, la urbanidad. Fuera de sus límites se halla la selva. PAIDEIA, educación. Toda nuestra raíz se halla en ellas. Nuestra raíz y nuestra dignidad. Nuestra nobleza. Nuestra *Areté*.

En el momento de su decadencia, cuando las claves de bóveda se quiebran en lo alto, nos va a ofrecer Platón, el pensamiento, la Idea, de la arquitectura perfecta de aquel templo. Algo parecido va a ocurrir al mundo medieval. El Dante ofrece a la posteridad su Idea en el momento en que la realidad amenaza hundirse. Jaeger apunta la idea de que acaso sea esta la energía compensatoria mediante la cual toda realidad insigne proyecta, al hundirse, su Idea a la eternidad. Al finalizar este volumen nos hallamos en los umbrales de la construcción socrático-platónica. La magistral exposición que nos ofrece, sólida, vivaz, abundante, sin andamiajes perturbadores, caudalosa, radiante, sólo es posible en un alma que haya hecho del mundo griego sustancia de su propia sustancia. Tal es el caso de Jaeger. Al leer este libro se tiene la impresión de que tras largos años de minuciosos estudios, sobre los más importantes problemas del pensamiento y de la historia del pueblo griego, de pronto, en el momento de su mayor plenitud, el autor, henchido de aquel espíritu, lo dejó brotar a chorro sobre las páginas del libro. Sólo así se explica su sorprendente vitalidad.

A pesar de todo, este volumen nos aparece sólo como una preparación. Esperamos que el segundo no tarde en satisfacer nuestra avidez.

Joaquín XIRAU.

EL CICLO DE CORTES

CRONISTAS E HISTORIADORES DE LA CONQUISTA DE MÉXICO, es el título de un libro recién aparecido, en que Ramón Iglesia ha encerrado las meditaciones que la cuidadosa lectura de algunos de los principales textos historiográficos primitivos mexicanos le ha sugerido. Este libro es como una brisa de aire fresco que sopla en medio de la pesada calma de una producción historiográfica abundante y erudita, pero desprovista de la sal de la aventura.

En el *Prefacio* denuncia Ramón Iglesia la actitud tradicional que atinadamente califica, con un término a lo Ortega, de Deshumanización de la Historia. Iglesia parte de la actitud contraria. Por eso, según sus propias palabras, los propósitos que le animan son "*buscar en la obra histórica al hombre que la escribe, tratando de averiguar lo que siente y lo que piensa, indagando cuáles son los motivos que mueven su pluma y le hacen ver los hechos de determinada manera*". Se trata, pues, de conocer al hombre del pasado; no al pasado del hombre, lo que no es igual. Y ésta, creo yo, es fórmula decisiva para distinguir lo que verdaderamente es historia de esa otra producción que por historia pasa. Porque, a mi juicio, sólo se historia cuando se llega a establecer un contacto con la realidad humana del pasado, es decir, cuando se establece una relación de *convivencia* con los que vivieron ayer, pero que no por eso han dejado de existir, sino que viven aún en esa forma del ser, que es el haber sido. En esto, repito, es en lo que la historia consiste, si en algo, y es, también, lo que de ejemplar tiene este libro que comento.

Naturalmente no se ha enunciado una fórmula que tenga solución única y fija. No hay en esto un único modo, Iglesia lo resuelve a su manera; y hasta qué punto logra su intento, es cosa de que deberá juzgar cada lector. Por mi parte, sé decir que, a pesar de la asiduidad con que desde hace algunos años frecuento las páginas de los Cortés, los Bernal, los López de Gómara, Ramón Iglesia me los ha acercado tanto, que poco les queda ya de ilustres sombras, aunque mucho de carne y pasión rediviva, y también, en verdad sea dicho, algo de ilustres.

Cuatro son las obras —fuentes, diría paradójicamente el erudito— de que echa mano Iglesia para penetrar en el espeso bosque de eso que se llama la Conquista de México. Los autores: Hernán Cortés, principal protagonista, héroe o pillo, según los autores que se lean; Pedro Mártir, humanista un poco de a cuartilla; Gonzalo Fernández de Oviedo, humanista también, muy enemigo —sospechosamente— de cosas de caballerías y grande amigo de las novedades de su tiempo; por último, Francisco López de Gómara, el detractado, el calumniado Gómara.

El tratamiento que reciben estos escritores a manos de Iglesia es desigual. Esto obedece a la mayor importancia que unos tienen, en cuanto al tema, sobre los otros; pero también, como debe ser, obedece a las simpatías del autor. Cortés y Gómara son los que solicitan su preferente atención, el segundo más que el primero; en seguida Oviedo, y hasta el último Pedro Mártir. Las páginas dedicadas a Oviedo podrían servir de excelente introducción a la *General y Natural Historia*, y las que se ocupan de Pedro Mártir, aunque demasiado breves, contienen uno de los mayores asertos del libro. Nos presenta Iglesia a Pedro Mártir en la verdadera luz en que debe vérsele, hombre curioso, si bien precipitado y desordenado, que se ocupa en registrar los hechos tal como van llegando a su conocimiento, a la par que las fluctuaciones de la opinión acerca de ellos en las altas esferas de la sociedad española de la época. Con esto, sin duda, Iglesia nos proporciona la clave para una correcta interpretación y fecunda utilización de la obra del humanista italiano. Pero ocupémonos de los otros.

Hablando de Cortés, dice Iglesia en una nota: "*no se olvide que lo que aquí pretendemos es ver la empresa* (la conquista) *tal como él la veía*". En esta frase se enuncia el propósito del autor y la forma en que se acerca a la archidiscutida personalidad del conquistador de México. Su fuente principal son las Cartas de Relación, de donde cita abundantemente y muy por extenso, engarzando las transcripciones dentro del texto. ¿Qué nos dice Iglesia de Cortés? Sobre todo, ¿qué nos dice que no se haya dicho ya? En realidad muchas cosas; pero dejemos los detalles a la curiosidad del lector. Aquí solamente vamos a insistir en lo que nos ha parecido esencial.

Para Iglesia, la personalidad de Cortés y la alta empresa que felizmente llevó a cabo en tierras de América, que todo es una misma cosa, sólo se entienden con autenticidad, si reparamos en lo que significa la admiración y el amor que tuvo por la tierra y el pueblo que conquistó, así como por la conquista misma. Parte Iglesia de un deta-

lle en apariencia insignificante que podría considerarse como simple cuestión de estilo literario, a saber: la indiferencia con que el conquistador narra las hazañas suyas y, en contraste agudo, la exaltada admiración que pone de manifiesto a medida que va penetrando y descubriendo la escena magnífica del mundo azteca. Cortés no parece conceder importancia a lo que hace; en cambio, le llama poderosamente la atención todo lo que ve, lo externo, y se pasma ante la belleza y magnitud de la tierra. El conquistador resulta ser el conquistado, de la misma manera que la belleza y gracia de una mujer le rinde la voluntad al hombre y lo enamora. En efecto, eso es lo que le pasa a Cortés: se enamora de una grandiosa ilusión, de una quimera que ansía poseer, no destruir, como testarudamente han venido sosteniendo los llamados historiadores indiófilos. Esto aclara, por qué Cortés considera la empresa como tan obra exclusiva suya, y revela los fondos humanos, la profunda experiencia personal, la vivencia, podríamos decir, que determina su posición y actuación respecto a los indios. Tal es la base radical y cierta de esa su política de atracción, que imprime carácter a la primera etapa de la conquista.

Pero su visión admirativa de enamorado, le impide ver la realidad, y por eso no se da cuenta exacta del ánimo de sus adversarios. Con la rebelión de México, durante la expedición contra Narváez, se rompe el hechizo, y la ilusión de una posesión pacífica y plena que se creía ya lograda, se hace añicos. Aquí se inicia la segunda etapa de la conquista, etapa de violencia y de destrucción y de guerra, que, por su dramatismo, digo yo, es la que ha impedido ver con claridad la primera hasta el punto de que en general se ignora. Esta segunda etapa, que también explica Iglesia desde los fondos del alma del conquistador, como manifestación de un odio y una venganza de guerrero, es, sin embargo, pasajera y en cierto modo incidental. Una vez abatido el poderío militar azteca, se registra nueva mudanza en el ánimo de Cortés. Primero lo embargan la tristeza y el pesar a causa de la ruina de la ciudad que tanto admiró; pero en seguida surge el vehemente deseo de reconstruirla y con ella, la ilusión perdida. Pronto, pues, abandona el enojo y lo vemos empeñado de nuevo en su inicial política de atracción, síntoma elocuente de su profundo y sincero amor. Tal es, en breves rasgos, el esqueleto de la intepretación que, desde el punto de vista de Cortés, hace Iglesia del estupendo acontecimiento. Por mi parte, si en algún detalle difiero, no puedo menos que aceptarla como certera, y muy certera. Bueno será que su autor la recoja y estudie de nuevo, poniendo mayor énfasis en las conexiones con las fundamentales preocupaciones religiosas, políticas, económicas y sociales de la

época. Sería el libro sobre Cortés que desde hace mucho tiempo viene haciendo falta.

Apenas queda espacio para decir unas cuantas palabras sobre el estudio en torno a la obra de López de Gómara. De los cuatro, es el más maduro, aunque, para mi gusto, el de Cortés sobrepuja en atractivo y frescura. Esto no quiere decir que el de Gómara no tenga aciertos tan interesantes como el otro. No voy a hablar de la personalidad de Gómara que tan vigorosamente pinta Iglesia. En todo el libro, Gómara desempeña un poco el papel del héroe del autor. Iglesia la hace de campeón y lo defiende y reivindica, como historiador y como individuo, y en verdad sale airoso con la suya. Realmente, después de leer lo que Iglesia tiene que decir, Gómara es otro, y cerramos las páginas del libro con la satisfacción de que, por fin, se le ha hecho justicia. Tampoco puedo extenderme sobre puntos tan interesantes como son las consideraciones que hace Iglesia sobre el criterio de la historia en Gómara, las causas verdaderas de la persecución que sufrieron sus escritos, su oposición con el P. Las Casas, ni sobre el hallazgo de ser el fragmento *De rebus gestis Ferdinandi Cortesii* de pluma del propio Gómara.

Sí quiero, en cambio, decir algo sobre lo que podría llamarse el caso Gómara - Bernal. Dejo a un lado lo que aquí resulta de crítica a los métodos y supuestos de los llamados historiadores "serios" e "imparciales", para sólo ocuparme del aspecto positivo del problema. En efecto, a través de la tan traída y llevada polémica, pudo Iglesia poner de relieve el sentir aristocrático, clásico y culto que animó a Gómara al escribir su obra, y, en diametral oposición, el sentir popular y democrático de su más afortunado adversario. Pero además, Bernal Díaz es un resentido. He aquí un dato capital. Iglesia no saca expresamente la consecuencia; pero me parece que estaría de acuerdo conmigo en que lo verdaderamente decisivo de la situación y oposición entre los dos escritores, es que, aristócrata el uno, popular el otro, ilustra a maravilla la lucha, entonces ya muy acusada, entre el estilo medieval jerárquico de vida y el estilo moderno de tabla rasa. Con toda razón afirma Iglesia que el triunfo de Bernal se debe a que su punto de vista coincide con el de una época que se ha esforzado por nivelarlo todo. Igual cosa he podido demostrar, en reciente artículo (Revista de Filosofía y Letras No. 3), respecto al P. Las Casas, como explicación de su sonado triunfo sobre su gran enemigo Sepúlveda.

Esta coincidencia debería animar a alguien a emprender un estudio de conjunto de la historiografía primitiva de Indias, desde esta perspectiva. Sería de enorme significación, no sólo porque nos abriría

la puerta para mejor comprenderla en sus verdaderos supuestos culturales, sino porque pondría a prueba histórica, por un lado insospechado, la tesis de Scheler tan bellamente expuesta en su estudio sobre el resentimiento, y sería una vía para insertar las cosas de América en la trayectoria de las preocupaciones fundamentales de la cultura.

Edmundo O'GORMAN.

PROSA MENUDA

HA CORRIDO mucha agua por los arcos del Puente de Piedra, allá en la ciudad de Lima, desde que un sacerdote llamado Uría o Uribe —que el nombre no le hace— colgó los hábitos y arremetió contra las autoridades eclesiásticas, contra los hombres del gobierno y los vicios sociales. Lanzaba sus diatribas en hojas diarias, con gran escándalo del beaterio, lluvia de maldiciones y la consiguiente excomunión. Despertó mi admiración ver a este hombre enfrentándose a las instituciones, a los hombres respetables de la patria y a la temible y venerada Iglesia de Roma. Este heroísmo coincidía con mis primeros entusiasmos rebeldes. Pero luego se descubrió que el nuevo Savonarola peruano desvariaba. Estaba loco; no tardó mucho en morir encerrado en un manicomio.

Casi al mismo tiempo, otro hombre, desde Uruguay y desde Europa, encendió mis entusiasmos juveniles: José Enrique Rodó. El gran pensador lanzaba a los países de América la profecía de su palabra. Planteaba problemas fundamentales. Por su verbo hablaban Ariel, Proteo y Zaratustra. Hablaba por primera vez el espíritu de América. Su voz repercutió en todos los ámbitos. Y tan alto se elevó que llegó a confundirse con las voces universales que nunca se apagan. Su pensamiento brilla aún como testimonio de la grandeza del pensamiento humano. Pero tanto subió Rodó que llegó a hacerse imperceptible para el pueblo. Tan grandes y trascendentales problemas planteó, que desatendió esos pequeños males de donde nacen las grandes miserias. Dejó una lección sabia y sabios consejos y tomó el camino de los inmortales. Dejó una herencia al servicio de eruditos y sociólogos. Y ya sabemos lo poco que éstos cuentan hoy en el mundo. Desde entonces di por terminada mi admiración y la encerré en una bella encuadernación para mi biblioteca.

Por esos tiempos del cura loco y del pensador sabio, vivía y paseaba su gallardía por las calles de Lima un poeta. Su alto espíritu justiciero no desvariaba como el del cura loco. Los dones de su prodigiosa imaginación no se limitaban a remontar el vuelo en busca de rimas para su versos. Dejando de lado su posición, su fortuna y sus sueños de poeta, salía a las calles de la ciudad para arremeter contra todo lo

que había de falso, injusto y malo. Se hace dualidad su vida: poesía y prosa, amor y lucha, sueño y acción. Después de jugar con las imágenes y recorrer el mundo con sus pensamientos, baja a la tierra, su tierra, y se pone en contacto con los hechos y con los hombres. Los analiza, los desmenuza, los zarandea, los despoja de farsas y los tira luego en los muladares de la ciudad para que la Historia los contemple desnudos.

El poeta se pone al servicio de las clases trabajadoras. Al pueblo oprimido le sacrifica todo: su fortuna, su rango, su amor. Todo, excepto la justicia. No es pasión la que mueve su pluma. No se adivina el odio, el despecho, la envidia del insultador ambicioso. Es la palabra del hombre que sabe distinguir el vicio y la mentira porque vive siempre en la virtud y en la verdad. Para acusar no se rodea de documentos y papelones, ni se lleva de decires. Deja de ser poeta y se convierte en historiógrafo, analizador, hombre de disección. "Rompamos, exclama, el pacto infame y tácito de hablar a media voz", y retumba el eco de sus palabras. Denuncia a "los pillos con levita y las zorras con traje de seda", a los gobernantes abusivos, a los falsos pedagogos, a los militares tránsfugas. A toda la canalla.

La denuncia es tan precisa, tan elocuente, que rompe los moldes nacionales y se extiende a la iniquidad que existe en todas las repúblicas de nuestro continente. Su prosa puede ser *prosa menuda* por las dimensiones que ocupa en cada capítulo; pero es prosa grande por lo convincente, por lo precisa, lo vibrante y lo clara. Hay tal valor, tan justo razonar en su frase, que al correr de los años ésta se agiganta. Ya no va dirigida a los señorones del Palacio de Gobierno de Lima ni a los generalotes de los cuartelazos del Perú. Va dirigida a todos los señorones y a todos los generalotes del continente. Ya no es a los Piérola, a los Cáceres, a los Pérez con sotana, a los Rodríguez con galones de la ciudad virreinal a quienes se dirige el ataque: es a todos los Piérola y Cáceres, a todos los Pérez y Rodríguez de todos los países y de todas las ciudades de América. A todos abarca. Su palabra logra la universalidad por la fuerza de la verdad que encierra.

¡Cuánto coraje! ¡Cuánta energía se necesita para hacer lo que González Prada hizo! ¡Cuánta fuerza moral y cuán alto espíritu de sacrificio para publicar los artículos que aparecen hoy bajo el título de PROSA MENUDA! La actitud de este gran pensador peruano encaja en los párrafos que escribe Víctor Hugo sobre la misión de los poetas: "Y pide cuentas a gritos. Y dice: ¡He aquí el efecto! Y dice: ¡He aquí la causa! El remedio es la luz, y se parece a un enorme vaso lleno

de humanidad, al que la mano que está entre las nubes sacudiera y del cual cayeran sobre la tierra grandes gotas ardientes para los opresores, de rocío para los oprimidos".

Eso es PROSA MENUDA, gotas de rocío encerradas en metáforas clarísimas que el pueblo recoge para embellecer de esperanza a los pobres exilados de la alegría.

Alfredo González Prada, el hijo, ha heredado del padre el mismo coraje y el mismo sentido del deber. La infatigable y tesonera vida espiritual del padre. Se necesita tanto coraje para publicar hoy esos artículos, como el que se necesitó ayer para escribirlos. Las mismas gentes están de pie. Los mismos enemigos, los mismos vicios, las mismas iniquidades y los mismos deseos de venganza. Alfredo González Prada ha sabido también renunciar a las posiciones cómodas, a todo lo tentador que le brindaba el oficialismo deseoso de ganarse tan peligroso juez. He preferido ser libre y vivir el alto ejemplo de su padre. Al hijo debemos la publicación de las obras completas de Don Manuel. Gracias a él no han caído en el olvido. Gracias a él sale hoy este libro de PROSA MENUDA, tan cuidadosamente anotado. Este libro que es la prueba palpable de que la justicia y los farsantes perduran, y que, como antaño, subsisten los tiranos "con sus esbirros, sus paniaguados, sus compadres, sus hermanos, sus hermanas, sus hijos, sus yernos y sus viejas".

F. *COSSIO DEL POMAR.*

Dimensión Imaginaria

TRES TIEMPOS DE SOLEDAD

Por *Emilio PRADOS*

I

SOLEDAD, noche a noche te estoy edificando,
noche a noche te elevas de mi sangre fecunda
y a mi supremo sueño curvas fiel tus murallas
de cúpula intangible como el propio universo.

Dolorosa y precisa como la piel del hombre
donde vive la estatua por la que el hombre obtienes,
tu entraña hueca ajustas al paso de la estrella,
a la piedra y los labios y al sabor de los ríos.

Hija, hermana y amante del barro de mi origen,
que al más lejano hueso de mi angustia te acercas;
¿quién no sabrá que huirte es perderse en el tiempo
y en desgracia inocente desmoronar su historia?

Tenga valor la carne que se desgrana herida,
pues su fuga prepara la próxima presencia,
igual que en el olvido prepara la memoria
la forma insospechada de la verdad más pura.

Sepa guardar su cauce la arteria que escondida
pone Dios bajo el pecho de quien le dió su imagen.
En ella marcha el oro, el papel, la saliva,
y el sol, junto al misterio que da vida a la sombra.

Ni al derribarse el árbol, ni la indecisa piedra;
ni al perderse los pueblos sin flor y sin palabra,
se pierde lo que sueña el hombre que agoniza
sobre la cruz en ríos de su sangre en pedazos.

Lo que no quiere el viento, en la tierra germina
y más tarde hasta el cielo se levanta hecho abrazo.
Así con la manzana vemos junto a la aurora
elevarse el olvido y el amor de los hombres.

Soledad infalible más pura que la muerte;
noche a noche en la linfa del tiempo te levanto,
sin querer complicada igual que el pensamiento
que nace en mi memoria sin temor y huye al mundo.

Huye al mundo y cobija sus pequeños fantasmas
dolorosos y agudos como espinas de sangre
que el fruto de la vida feliz le defendieran:
¡soledad ya madura bajo mi amor doliente!

Soledad, noble espera de mi llanto infecundo,
hoy te elevan mis brazos como a un niño o a un muerto;
como a una gran semilla que en el cielo clavara
junto a esta misma luna con que alumbras mi insomnio.

Yo que te elevo, abajo quedo absorto e inmóvil
viendo crecer la imagen de mi propia existencia;
el mapa que se exprime de mi fiera dulzura
y el doméstico embargo que mi crimen contiene.

A ti yo vivo atado, invisible y activo,
como el tallo del aire que sostiene tus torres.
Bajo mis pies contemplo tus cuadernos en tierra
y arriba la imprecisa concavidad del cielo.

Hoy te quiero y te busco como a una gran herida
fuente y tumba en el tiempo de mi olvido sin causa.
¿Quién me dará la forma que una nuestras figuras
y me muestre en tu cuerpo como un sólo edificio?

Húndeme en tu bostezo: tu mudo laberinto
me enseñe lo que el viento no dejó entre mis ramas...
Los granados se mecen bajo el sol que los dora
y mi paladar virgen desconoce el lucero.

Soledad, noche a noche te elevas de mi sangre
y piedra a piedra asciende tu templo a lo infinito.
Yo conozco el lejano misterio de tus ojos...
Pero mientras te elevas:
¡Mírame diminuto!

II

MÍRAME diminuto sobre esta blanca página,
sobre esta blanca ausencia tendida en mi memoria,
bajo el blando desierto fecundo del olvido,
como una letra aislada de la flor de mi nombre.

Por buscar me he perdido y sin buscar no encuentro
ya, posible, la forma que, antes, me equilibraba
con la forma del árbol, ejemplo de mi vida,
mitad buscando el cielo y medio entre las sombras.

Ni bajo el tiempo mismo podré ya situarme
para saber la estancia precisa de mi cuerpo:
que tres hojas dividen la luz de mis palabras
y entre las tres no entiendo cuál es la más presente.

Pues si el jazmín futuro me coge el pensamiento,
tal desazón me enturbia las horas donde habito,
que ni la sed me duele, ni el fuego me atormenta
y la rosa obscurece por mis ojos sin luna.

Y si el verme delante me da tan gran alivio
que borra hasta en mis sueños todo afán de presencia,
el ser nuevo a que nace mi afirmación de eterno
tiene una ala clavada por dos tiempos al mundo.

Si miro a lo pasado, su eternidad de muerte
de tal manera vive mi corazón dormido,
que en rosario de piedra puede cambiar el llanto
que otra vez fuera escala de luz para mi vuelo.

Al presente más miro, tratando de fijarme
como fiel de balanza que muestre mi existencia;
pero al hallar su centro, no encuentro en la penumbra,
la dimensión ni encaje preciso en que me busco.

Mas, junto a los tres tiempos que me igualan a un ave
volando entre la tierra y el cielo que la oprime
y en un arco de olvidos, tenso en luz, tenso en sombra,
la flecha de mi cuerpo camina sin ver dónde.

Sólo tengo conciencia de mi soledad viva,
al pensar en el centro que erige mi balanza
y a ti te canto, humilde y orgullosa en tu nieve,
como a madre y hermana constante de mi busca.

Mira, mira esta letra que dejo abandonada
en el desierto mudo que hoy llamo tu regazo,
soledad: que camine como una hormiga ciega
que el instinto conduce. . .

Tal vez llegue a mi nombre!

III

TAL VEZ llegue a mi nombre o al nombre de la piedra
o a los nombres del cielo o a los nombres del agua,
que con su antena torpe, mi letra perseguida,
no deja cuerpo al mundo que dé su tacto libre.

Andando, andando, andando, puede llegar un día
de tan altas preguntas y silencios tan grandes,
que otra vez a mí vuelva por buscar el granero
de más honda memoria, luna de otras palabras.

Allí, bordado, un manto se encontrará, sin orden,
en que el tallo y la oruga y la flor son hermanos
y a la vez intangibles hijos de una figura
que invisible les muestra su insospechado origen.

Por allí cruza el hombre silencioso y altivo,
viéndose separado del poder que anhelaba
para el soberbio juego de hacer lo que embellece
a la tierra del mundo, inmutable en su mano.

Sin voluntad camina, que involuntariamente
su voluntad nació, y, ajena a su conciencia
en él fué colocada, para ser paz del fuego
que necesariamente quemaría su entraña.

El trocó su destino para hacerlá su sierva,
haciéndose, inocente, de esta forma, su esclavo. . .
Y en libertad padece su voluntad perdida. . .
Así cruza su pena mirando esta memoria.

Así también yo mismo, que como un hombre propio
quiero verme en la rosa y en el puñal luciente,

siendo parte del hombre que todos construímos,
libre en mi penitencia también puedo encontrarme.

Mas si al hallarme libre de lo que me atormenta
a mi presente encuentro libre de mi pasado,
tan sólo tendré una ala para cruzar el cielo,
pero es timón, un ala si conduce una nave.

Hoy sujeto en mí vivo y como la flor, quieto
por el tallo que amarra a la luz con la sombra,
voy rodando en el mundo de los que me acompañan
cuerpo a cuerpo en la lucha ciega de mi viaje.

Pregunto y más pregunto; pero sólo mis ojos
se entienden con la forma que cubre la hermosura.
Así, de esta manera, tan sólo la apaciencia
presente me responde:
—Aguárdame otro día.

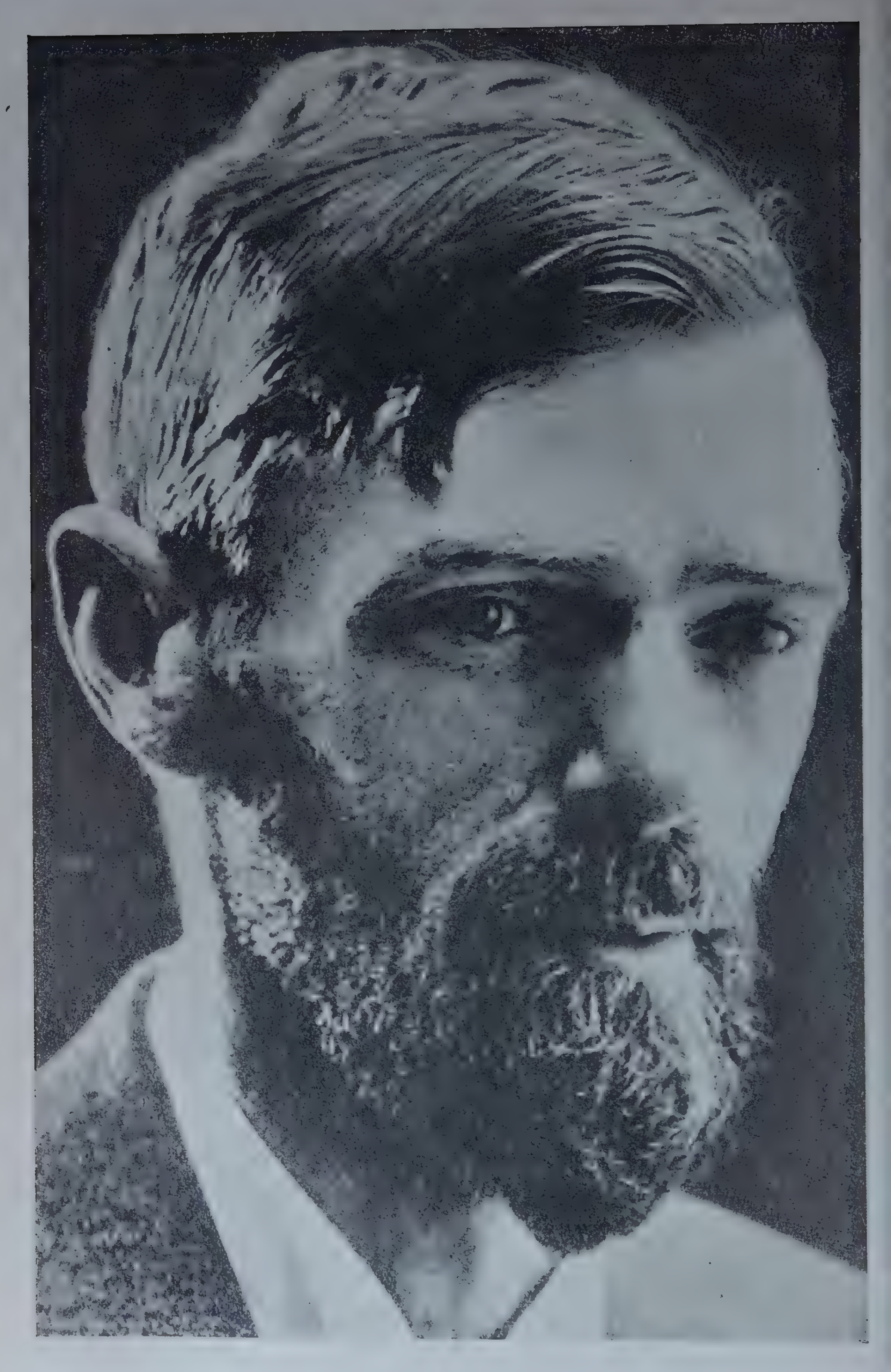
Sí, seguiré aguardando, porque yo sé que vivo
frente a frente a un espejo y un espejo no engaña.
Terminaré su luna y cuando ya no existan
las aguas de sus ríos, veré a Dios cara a cara.

*

Soledad, te construyo, constante, noche a noche,
en la noche intangible del cuerpo de mi alma.
Soledad, noche a noche te vengo levantando
de mi sangre tendida como sombra a tus plantas.



VALENTINE HUGO. *Aguafuerte*



David Herbert Lawrence en 1929

EL MEXICO DE DAVID HERBERT LAWRENCE

Por *Antonio* CASTRO LEAL

For oh, I know in the dust where we have buried
The silenced races and all their abominations
We have buried so much of the delicate magic of life.

D. H. L.

I

POR EL 1919 Lawrence conoció en Italia a Mabel Dodge, rica norteamericana que mantenía un salón de artistas, intelectuales y gente rara en una *villa* cerca de Florencia, construída sobre los planos de Rafael y restaurada por Edwin Dodge, segundo marido de Mabel. El visitante podía encontrar ahí lo mismo a Berenson, Gordon Craig, Eleonora Duse, Vernon Lee y La Condamine (el creador en Londres del Herodes de la *Salomé* de Oscar Wilde) que a huéspedes menos importantes: genios desconocidos, pensadores ardientes e ignorados, artistas que fraguaban revoluciones estéticas, damas enfermas de cultura y de Freud, invertidos que copiaban cuadros de Botticelli y otra gente curiosa, en diversos grados de desequilibrio. Aquello era, más que un centro intelectual, un centro nervioso. El pintor francés Blanche cuenta que a una Ofelia yanqui que, los cabellos trenzados de algas y flores, intentó suicidarse una noche, la encontró a la mañana siguiente, disfrazada de *cow-boy*, desayunando con voracidad. Mabel se vestía de pastora para recoger los huevos del gallinero, o descansaba en los jardines, de turbante oriental y *gandourah* anaranjado. Su pasión era entonces que la pintaran "en cada uno de sus avatares".

Mabel acabó por divorciar de su arquitecto y casó con un pintor judío ruso Maurice Sterne—, a quien abandonó después, ahita de arte y civilización, para unirse a Antonio Luján (Tony Luhan), un jefe piel roja en cuya compañía se estableció en Taos (Nuevo México) para volver —según decía con cierta coquetería teosófica— a la infancia del mundo. Se propuso entonces que todos supieran de aquel paraíso. ¿Quién podría mejor que Lawrence, el autor de SEA AND SARDINIA ("uno de los libros de viajes más realistas que conozco"), "penetrar y definir esta magia en que nos movemos, este genio feliz y distante de Taos"? Y Mabel escribió a Lawrence, que entonces se hallaba en Italia. La carta era tan larga que tuvo que enviarla enrollada como un papiro; acompañó a ella unas hojas de *desachey,* que ablandan el corazón, y un poco de *osha,* raíz que repara las fuerzas perdidas. Lawrence dudaba y pedía informes. ¿Tenía Mabel en Nuevo México, como antes en Florencia, una colonia de *sub-estetas?* ¿No habían desaparecido ya todos los indios de que hablaba? ¿No abundaban en Taos los americanos sanos y *prósperos?* (*I wish I could come to America without meeting the awful "cultured" Americans . . .*).

Lawrence partió de Italia al oriente, y las cartas de Mabel lo siguieron a la India, Ceilán, Australia . . . A esas instancias agregó otro modo de persuasión. "Antes de dormir —cuenta en su libro *Lorenzo in Taos*— me recogía en lo más profundo de mi ser, ahí donde una fuerza viva y poderosa espera dirección. Al darle rumbo me desplazaba con ella, me lanzaba a través del espacio y me unía a lo más profundo del ser de Lawrence, en donde estuviera, en la India, en Australia . . . ¡Ven, Lawrence! ¡Ven a Taos! No era una oración, sino una orden". Explicó, además, a Tony Luhan que Lawrence con sus escritos podría ayudar a los indios de Nuevo México y Arizona, y habiendo logrado que el jefe piel roja "empleara su poder mágico para atraerlo", el novelista inglés desembarcó un buen día en San Francisco. De la vida de Lawrence en Taos, de sus relaciones con Mabel y el grupo que la rodeaba, de las complicaciones que surgieron porque aquélla quería inspirarlo y Frieda, su mujer, estaba celosa de esa inspiración, no dire-

mos nada aquí. Todo ello se cuenta en el libro antes citado, cuya traducción francesa *(Ma vie avec Lawrence au Nouveau-Mexique.* Bernard Grasset. París, 1933) conserva algunos párrafos picantes que el editor inglés creyó conveniente suprimir.

Mabel quería que Lawrence escribiera un libro sobre los indios de Nuevo México. Sobre este punto había insistido en varias de sus cartas. Lawrence le contestó el 9 de junio de 1922: "*Mucho espero de Taos y del "pueblo". Me encantaría poder escribir una novela americana en ese lugar. Eso es lo que quiero hacer*". Pero a pesar de la incesante presión de Mabel y de que el escritor inglés pasó cerca de dieciocho meses en Nuevo México, y de que obtuvo de Tony Luhan informes y pormenores sobre la vida, las costumbres y la religión de los indígenas de esa región, no dedicó a ellos más que tres narraciones sobre sus fiestas y danzas, que fueron publicadas en MORNINGS IN MEXICO. A raíz de su llegada a Taos, Lawrence comenzó a concebir el plan de su novela. "Me dijo —cuenta Mabel— que quería escribir una novela americana que expresara la vida y el espíritu de América, y que la quería escribir sobre mí: mi vida desde el momento que abandoné Nueva York hasta que aparecí en Nuevo México; mi vida desde la civilización hasta el mundo brillante y extraño de Taos; mi renunciación al mundo caduco y anémico del arte y los artistas por el valle prístino y los lagos indios de la altiplanicie . . . *I was thrilled at the thought of this*".

Pero Lawrence, con verdadero instinto de artista, decidió escribir su *novela americana* sobre México. ¿Qué podía ofrecer la vida primitiva de los grupos pieles rojas, absorbidos definitivamente por la cultura joven y fuerte de los Estados Unidos *(swamped under the dead white sea,* decía Lawrence), en comparación con la vida de las razas aborígenes de México que, a sus soberbios esplendores precortesianos, agregan una sorda rebeldía y una afirmación vaga y oscura pero en la que palpitan futuras realizaciones? Una *novela americana* sobre los indios de Nuevo México hubiera sido una historia sin drama, una epopeya que principiara con las exequias de su propio héroe. Y no hay para qué decir lo que hubiera sido una *novela americana* cons-

truída alrededor de una mujer yanqui del tipo de Mabel, caprichosa y rica, que, perdida en una mascarada de cultura, se arroja un buen día en los brazos de un primitivismo tan artificial y artificioso como todas sus devociones anteriores. Mabel Dodge, con rencor y evidente parcialidad, atribuye la certera elección de Lawrence a simples motivos personales, a los disgustos que lo alejaron de Taos. "Siguió su camino —dice— y yo el mío. En resumen, él y Frieda se unieron a Bynner y a Spud en México y pasaron ahí la primavera y el verano. De su vida durante esos meses muy poco supe, excepto que entonces escribió LA SERPIENTE EMPLUMADA. Todo lo que sabía de los indios y del tambor lo había aprendido de Tony. No hizo más que trasplantar Taos a México. Lo que yo quise que hiciera para Taos, lo hizo; pero se lo ofreció a la patria de Moctezuma".

Lawrence llegó a Taos a mediados de septiembre de 1922. Estuvo en Nuevo México hasta febrero del año siguiente. En marzo se encuentra ya en la ciudad de México. En mayo se establece en Chapala (Zaragoza 4). Aquí empieza a escribir LA SERPIENTE EMPLUMADA, a la que en un principio intitula *Quetzalcoatl*. A fines de junio, ante la amenaza de una revolución, anuncia que saldrá de México. En julio llega a Nueva Orleans, de donde sigue a Nueva York. En este puerto Frieda se embarca para Inglaterra, y, a fines de agosto, Lawrence se dirige a California. Baja por Sonora y llega a Guadalajara. A fines de octubre está de nuevo en la ciudad de México y un mes después se embarca en Veracruz para Londres. Después de visitar Alemania y Francia regresa a Nueva York, el 11 de marzo de 1924. En abril vuelve a Nuevo México y, a principios de octubre, parte para la ciudad de México. En noviembre se instala en Oaxaca (Avenida Pino Suárez 43) donde permanece hasta principios de febrero de 1925. En ésta, que llama *perfect town*, termina LA SERPIENTE EMPLUMADA y escribe las cuatro primeras narraciones de MORNINGS IN MEXICO. En marzo se encuentra otra vez en la capital, y pasa en Nuevo México de abril a agosto. En octubre de 1925 regresa a Inglaterra. Ya no volvió más a América. Después de estancias más o

menos cortas en Alemania, Italia, Suiza y Palma de Mallorca muere en Francia, en Vence (Alpes Marítimos), el 3 de marzo de 1930.

II

Entre los pueblos cuya vida antigua ha conservado un prestigio misterioso que, en las preferencias de ciertos espíritus inconformes y selectos, desafía al imperio mismo de la civilización, México figura en un lugar prominente. El México de los *aztecas* —designación en la que se hace caber a todas las culturas precortesianas— es un mundo de fuerzas primitivas e impulsos vitales, caro a la imaginación de los que odian la vida mecánica e intelectualista de nuestro tiempo. Se supone, no sin justicia, que la dominación española no logró destruir ese mundo, y que en el México moderno persisten todavía, como flotando en el ambiente, restos de él, perceptibles sólo al viajero capaz de adivinación y simpatía.

La historia de México aparece, así, como una cordillera que resquebrajan y conmueven las erupciones de esa corriente subterránea, primitiva y salvaje, todavía en ebullición. Las luchas de Reforma, por ejemplo, suelen verse como una de esas erupciones. Y Benito Juárez defendiendo al Estado contra la Iglesia resulta a los ojos del extranjero imaginativo y tradicionalista, la encarnación de las razas antiguas que, después de tres siglos de rencor, se levantan contra los descendientes de los hombres blancos que destruyeron los templos de las deidades aztecas. Parecida interpretación se ha dado a la victoriosa resistencia del pueblo mexicano contra el imperio que quiso imponerle Francia: los indios, fuerza primitiva y salvaje, triunfan de los mensajeros de la cultura europea del siglo XIX, y, según la versión poética de Carducci, el rubio Maximiliano es sacrificado en los altares de Huitzilopochtli:

Tra boschi immani d'agavi non mai
Mobile ad aura di benigno vento,
Sta ne la sua piramide, vampante
Livide fiamme,

Per la tenebra tropicale, il dio
Huitzilopoztli, che il tuo sangue fiuta,
E navigando il pelago co'l guardo
Ulula "Vieni.

"Quant'e che aspetto! La ferocia bianca
Strussemi il regno ed i miei templi infranse;
Vieni, devota vittima, o nepote
Di Carlo quinto.

"Non io gl'infami avoli tuoi di tabe
Marcenti o arsi di regal furore;
Te io voleva, io colgo te, rinato
Fiore d'Absburgo;

"E a la grand'alma di Guatemozino
Regnante sotto il padiglion del sole
Ti mando inferia, o puro, o forte, o bello
Massimiliano".

Digamos de paso que la propaganda extranjera contra México no ha dejado de utilizar, con cierta perversión retórica, este modo de leer la historia, señalando tendenciosamente como desbordamiento de esa fuerza primitiva y salvaje la rebelión popular contra el largo reinado de Porfirio Díaz y la política nacional que encontró expresión en las leyes agrarias, la nacionalización del subsuelo, la limitación de la propiedad de los extranjeros y la expropiación petrolera.

Lawrence amaba a los pueblos primitivos: etruscos, egipcios, iberos, aztecas, pieles rojas, maoríes, los isleños de los Mares del Sur. Creía que su vida fuerte y sin renunciamientos no había roto ese impávido equilibrio entre el espíritu y el cuerpo que siempre predicó el novelista inglés y cuyo simbólico fiel encontraba en la sangre, raíz profunda de aparentes antinomias, poema perdido cuyos versos gloriosos deslustra la prosa de la mente y oscurece el balbuceo de la carne.

—*"Habría amado a los aztecas y a los pieles rojas*—, confiesa Lilly en AARON'S ROD. *Estoy convencido de que poseían el elemento vital que busco . . . Tenían el orgullo de la vida . . . Las razas de América y los isleños del Mar del Sur, de las Marquesas, la sangre maorí. Esa es la verdadera sangre; no tenía temores".*

Y su poema *Cypresses* termina:

Evil, what is evil?
There is only one evil, to deny life
As Rome denied Etruria
And mechanical America Montezuma still.

De los aztecas supo Lawrence, como tanto europeo, por la famosa historia de Prescott, *The Conquest of Mexico,* en la que, más que la pintura de compuestos y limpios perfiles romanos que de esa civilización hace el autor, le sorprendería el drama mismo de la conquista, la vitalidad, la heroica resistencia y el final derrumbamiento de una raza que había labrado sola su camino. Sobre la América como centro de una vida nueva había leído a St. Jean Crevecoeur (1735-1813), francés que pertenece a las letras norteamericanas, cuya concepción tan ingenua y tan siglo XVIII.

(In happy climes the seat of innocence,
Where Nature guides and virtue rules . . .)

rebasó desde el primer momento Lawrence con una intuición más profunda y real del alma primitiva.

En LA SERPIENTE EMPLUMADA (1926) Lawrence pinta con rasgos vivaces y toques de adivinación, que componen entre sí un cuadro, el ambiente primitivo de México; pone en juego las fuerzas positivas y negativas de la tierra en una acción coordinada que, al darles realidad estética, ilumina su sentido y alcance, y, finalmente, contrasta el mundo europeo, que representa Kate Leslie, con el mundo mexicano, y conjuga su capacidad de coexistencia y redención. El libro resulta, así, un sutil cuaderno de apuntes de viaje, una narración novelesca y simbólica y, también, una especie de profesión de fe. Su estilo ardiente y de ricas tonalidades poéticas crea una singular atmósfera de emoción y profecía en la que se acomodan, ganando vigor y realidad, los personajes e incidentes de la historia.

Kate Leslie, una irlandesa de cuarenta años, conoce en una corrida de toros en la ciudad de México al General Cipriano Viedma, quien, sostenido por su padrino (un Obispo de la época porfirista) hizo sus estudios en Oxford.

En la casa de Mrs. Norris, viuda de un embajador inglés dedicada a estudios arqueológicos, Kate encuentra de nuevo a Cipriano y conoce a Don Ramón Carrasco, hacendado rico y aficionado a la historia, que tiene sus ideas particulares sobre el destino de su patria. Por ese tiempo aparecen en la prensa noticias de un movimiento religioso que se ha iniciado en Sayula (Jalisco) para restablecer el culto de los antiguos dioses mexicanos. Los compañeros de Kate tienen que partir y ella no sabe qué hacer. Su vida no tiene un propósito definido y le atrae el misterioso movimiento de Sayula. Decide ir a Jalisco y radicarse a las orillas del lago de Chapala. Empieza a sentirse atraída por esa fuerza primitiva de la vida mexicana que en un principio le repugnaba. Estrecha entonces sus relaciones con Don Ramón Carrasco y su mujer (Doña Carlota) y con Cipriano, que vive en la región. Le toca ser testigo de las primeras manifestaciones del nuevo culto de Quetzalcoatl, cuyo apóstol es Carrasco, a quien apoya Cipriano con su influencia personal y las fuerzas a su mando. Doña Carlota, católica ferviente, es hostil al movimiento que dirige su marido. El amor en ella es una pasión que se complace en contradicciones. El movimiento empieza a extenderse. El clero prohibe a sus fieles que escuchen los himnos de Quetzalcoatl, expresión poética y litúrgica de la nueva religión. Cipriano y Kate han sentido desde un principio una mutua atracción que se desarrolla trabajosamente porque están en lucha el imperio de la mujer europea que se defiende y la inconsciente voluntad de dominio de un hombre de instintos primarios. El clero católico y los Caballeros de Cortés deciden atacar el mal de raíz: mandan asesinar al apóstol de Quetzalcoatl. El intento fracasa, y Kate, que se encuentra en la quinta de Carrasco, logra salvar la vida de éste. Ante la hostilidad ambiente, el nuevo culto se propaga con mayor vigor. En la iglesia de Sayula, arrebatada al culto católico, se instala el primer templo de Quetzalcoatl. Cuando consagran a Carrasco como representante del nuevo dios, Doña Carlota irrumpe y en un ataque de furor religioso invoca a Jesús y a la Virgen y pide perdón para las culpas de su marido. La sacan desmayada y a poco muere. Como un nue-

vo paso se prepara la consagración de Cipriano como Huitzilopochtli. La compañera de él será Kate, ungida como Malintzi a los pies del dios. Los hijos de Carrasco, educados por su madre en el catolicismo, son hostiles a su padre y a la nueva religión. Después de una ceremonia de Huitzilopochtli y como en un simulacro de sacrificio humano, son ejecutados por Cipriano y sus ayudantes los hombres que intentaron asesinar a Carrasco. La Iglesia católica excomulga a éste, a Cipriano y a todos sus secuaces. Los católicos intentan asesinar al Presidente Montes. Los partidarios de Quetzalcoatl se adueñan de una iglesia en la ciudad de México, y el Arzobispo incita a los fieles a recuperarla. Los Caballeros de Cortés se levantan en armas. Hay motines en diversas partes de la República, que son sofocados rápidamente. El Gobierno decreta como religión oficial la de Quetzalcoatl. Cipriano, que había casado con Kate según los nuevos ritos, legaliza su unión con ella. Carrasco escoge una nueva esposa: Teresa. Kate de nuevo no sabe qué hacer: no necesita de nadie en su vida, pero sufre de pensar que nadie parezca necesitarla. Su individualismo obstinado empieza a parecerle un estorbo más que un privilegio. El mundo mexicano de sordas fuerzas igualitarias y despersonalizadas y, sobre todo, el ejemplo de Teresa, la mujer que se funde en la voluntad del amante, parecen al fin haberla cambiado. Y la libre mujer europea no puede menos que alegrarse cuando Cipriano, el indio primitivo, anuncia que no la dejará marcharse de México.

Este resumen no da una idea exacta de la novela de Lawrence porque en él los hechos han tenido que ocupar el primer plano y con ello adquieren una importancia mucho mayor de la que tienen en el libro, a pesar de que son, a su modo, una interpretación de México. (Recuérdese, si no, a aquel Subsecretario de Educación Pública que, en un arranque de nacionalismo, quiso introducir a Quetzalcoatl entre los símbolos de la celebración de Navidad). No se trata de una novela de aventuras; lo importante en LA SERPIENTE EMPLUMADA no es la trama sino el ambiente que le sirve de escenario: el inmenso campo mexicano polvoso y desierto, cargado de electricidad y de poesía, donde

se mueven unas cuantas figuras de extraños y vivos perfiles psicológicos que, en diversos grados, polarizan esas corrientes telúricas y misteriosas que sólo se delatan por lo imprevisto, inmotivado o descompuesto de las líneas de la conducta. Es indudable que Lawrence adivinó en el trato con los mexicanos de la ciudad y, sobre todo, del campo, el fondo psicológico y los elementos subyacentes de su personalidad. Para ello estaba notablemente capacitado, porque tenía una intuición, más que sociológica, estética. Exacto en este respecto es el elogio que de él ha hecho Middleton Murry "Nadie que lo haya conocido bien dudará que tenía el dón misterioso de *sentir* la realidad oculta e inconsciente en sus prójimos los humanos. Los *conocía* por modos más directos y decisivos que los que obran en la experiencia del hombre ordinario. Lo que en la mayoría de nosotros es un instinto vago y oscuramente formado, era en él una sensibilidad exquisita y ramificada, atenta a aquellas realidades que ignoran nuestros órganos torpes y para las que el lenguaje común no tiene expresiones apropiadas".

III

Lo que fundamentalmente interesaba a Lawrence en México es su ambiente primitivo, los restos de esa fuerza original, obstinada y oscura que no han podido destruir ni la colonización española ni los intentos posteriores de insertarnos en las corrientes de la cultura europea. ¿Hasta qué punto nos cambió la Conquista? Lawrence ha visto bien: "*¡La raza conquistada! Cortés llegó con su espuela de fierro, con su voluntad de fierro, como un conquistador. Pero si a una raza conquistada no se le injerta una nueva inspiración, chupará lentamente la sangre de sus conquistadores en el silencio de una noche extraña y en la opresión de una voluntad sin esperanza*". Y luego agrega: "*Para mí los hombres de México son como árboles: bosques que los hombres blancos talaron al llegar; pero las raíces están vivas dentro de la tierra y no dejan de brotar*". Ese elemento indígena es el que da a México su perfil original. Caracterizando a Kate Leslie, explica: "*Los pálidos*

mexicanos de la capital: políticos, artistas, profesionistas y hombres de negocios, no le interesaban. Ni tampoco los hacendados y rancheros con su pantalón ajustado y su sensualismo exangüe y meloso, víctimas pálidas de su propia indisciplina emocional. Para ella México era la masa silenciosa de sus peones. Y pensó de nuevo en esos hombres callados, erguidos, que conducían a sus burros por los caminos polvorientos de la infinita sequía mexicana, entre paredes deshechas, casas deshechas y haciendas deshechas . . ."

El indio es como una fuerza inactiva que espera empleo, un bloque de granito en el que duermen todas las formas, un barro fino, húmedo y plástico que el sol del espíritu, todavía en las primeras luces de la aurora, no acaba de endurecer. "*En sus almas recién nacidas* —dice Lawrence de los indios —*no se fija todavía el mal: pueden seguir éste u otro camino*". Y en otra parte explica que hay en ellos "*algo hermoso y verdaderamente varonil, muy difícil de encontrar en un blanco civilizado, y que no proviene del espíritu sino de la sangre indómita, oscura y fuerte . . .*" Y mirando a un indio remar tranquilamente, Kate comprendió otro de los misterios de la raza: "*esa dulzura extraña y misteriosa entre la Escila y el Caribdis de la violencia*". Y pensó en el ave que, batiendo sus alas entre el trueno y el relámpago, mantiene su cuerpo en equilibrio, y en la estrella de la tarde, que brilla equidistante del sol que se hunde y de la noche que se derrama.

Pero la herencia de todas las formas primitivas, que parece inseparable del curso del tiempo, será inconmovible como una montaña de granito mientras no encontremos la palabra mágica. "*Todos los esfuerzos de los hombres blancos* —dice Lawrence— *para dar un ser definido y acabado al alma oscura de los hombres de México sólo acabaron en el fracaso del blanco. Contra la corriente mansa y sombría del indio, el blanco acaba por rendirse con su Dios y su energía. Cuando el hombre blanco trata de convertir a sus modos de vida al hombre de color, cae sin remedio en el foso que quiso llenar*". Pero esta lucha agota también a los hombres de color que quieren sacudir su fatal herencia y que al fin se doblegan, vencidos, con un aire de sufrimiento o con un gesto de maldad. "*Miseria*

de los entes humanos que se acurrucan desamparados a la puerta de sus seres inconclusos, incapaces de arrancar sus almas al caos e indiferentes a cualquier otra victoria".

¿Será México un país de negación? ¿Nada podrá redimir a los indios que viven en "*una densa negación de indiferencia, como una piedra que pesara sobre su espíritu?*" ¿Será la América toda un Continente de negación, donde tengan que fundirse, como en un *melting-pot*, todos los hombres creados por los otros Continentes? Y ¿se fundirán para ser creados de nuevo o para perderse en la homogeneidad de la muerte? Lawrence vacila entre estas dos soluciones. Cuenta Middleton Murry que hablaba de México como del país de la muerte (*Son of Woman*, págs. 332-333), pero en algunas de sus cartas habla de México como del país de la vida futura. La nación que quiera regir al mundo —dice— "*tendrá que encontrar el camino, un camino perdido al fin del cual se halla México.* AQUÍ ESTÁ. YO LO DIGO", agrega en español (LETTERS, 25 de octubre de 1923). Y en otra carta: "*México tiene para mí cierto misterio de belleza, como si los dioses estuvieran aquí*" (17 de octubre de 1923). Y al fin de LA SERPIENTE EMPLUMADA se decide por la solución optimista: la afirmación de que ese elemento primitivo *americano*, tan visible en México y al cual acaba por rendirse Kate Leslie, es necesario para la integración del nuevo ser. "*En América la sombra del mundo antediluviano es a veces tan densa que el fulgor de la humanidad histórica se apagaba en la conciencia de Kate y ésta se iba acercando al antiguo modo de conciencia: la voluntad oscura y antigua, el desprecio de la muerte, esa conciencia sombría y sutil que no es cerebral sino vertebrada, del tiempo en que la mente y el poder del hombre estaban en su sangre y en su espina, y había entre los hombres y entre hombres y bestias una misteriosa y extraña intercomunicación. Los mexicanos estaban todavía en esa etapa. Lo que es aborigen en América pertenece todavía a las formas del mundo antediluviano, anterior al mundo de la mente y del espíritu. Por esto la vida mental y espiritual del hombre blanco florece ahí tan rápidamente como la mala yerba en una tierra virgen. Y es probable que se marchite con igual rapidez.*

Pero la muerte acabará con todo. Y después de esto el resultado vital será un nuevo germen, una nueva concepción de la vida humana, que vendrá de la fusión de la antigua conciencia vertebrada y sanguínea y de la actual conciencia mental y espiritual del hombre blanco. Y ambos seres se fundirán en un nuevo ser".

Kate podía entender esto porque era irlandesa y en el fondo de su alma dormía el misticismo de los celtas y los iberos. "*Era como un resto de memoria, algo que vivía desde el mundo antediluviano y que no podía morir, algo más viejo y más poderoso y resistente que nuestro mundo de presunta honradez y equidad*". El mundo primitivo de México conserva algo de esa fuerza antiquísima y misteriosa que nada ha podido destruir, pero que no encuentra todavía una forma de integración que la redima de su oscuro destino. De aquí que, cuando no duerme en la inercia como en un pesado letargo de reptil, pueda ser mal empleada o desviarse hacia formas que la rebajan o la corrompen. El odio, un odio sordo y ciego, suele ser una manifestación de esa inadaptabilidad, de esa incapacidad actual de la integración en formas superiores, y la crueldad que a veces la acompaña, una crueldad sin perversión, no es más que un accidente de su desarrollo, como la acción devastadora de una lluvia torrencial.

México: tierra de la muerte y último refugio de los dioses; convivencia y rivalidad de la escama y de la pluma; caos en que el alma lucha por afirmarse y nebulosa de donde puede brotar una nueva estrella; mole inerte que atrae hacia su oscuro centro todo lo que se levanta y cielo azul que se enciende como en vísperas de alas; fatalidad insondable que ilumina el relámpago de las profecías... Los modos de ese mundo primitivo ¿tendrán participación en la sustancia del nuevo ser, como creía Lawrence? ¿La subsistencia de esos modos no es simplemente un obstáculo que tendrá que barrer la civilización, y sobre el que, mientras tanto, no hacemos más que levantar una pirámide de sueños? ¿O es una ventaja cierta que aguarda su hora, una ventaja a largo plazo que gozaremos plenamente cuando el destino cambie el rumbo de la historia? Ardua cuestión que comienza con la disputa de los hechos mis-

mos que hay que interpretar. Tan ardua y tan compleja que para dilucidarla vale tanto, si no más, la adivinación del artista que el juicio del sabio.

IV

La serpiente emplumada es su libro capital sobre México y sin duda una de sus mejores novelas, como él mismo lo reconocía: *I consider this my most important novel, so far*—, dice en una carta del 23 de junio de 1925. Su vívida intuición de las formas primitivas, la intensidad con que sintió esa vida todavía prendida a la tierra y en la que la sangre es como un oscuro sentido cósmico señaló un camino que habría de seguir después Keyserling en muchas páginas de sus *Meditaciones suramericanas*. Lawrence escribió, además, un cuento, tres novelas cortas y cuatro ensayos sobre impresiones, tipos o paisajes de nuestro país. En el cuento None of that describe las relaciones entre una millonaria norteamericana, maniática y cultivada, y un torero mexicano, silencioso y sombrío, en las que al fin sucumbe aquélla. Dos de las novelas cortas (The Princess y St. Mawr) se desarrollan en Nuevo México, pero cada una presenta a un tipo mexicano, importante en la primera (el guía a quien se entrega la protagonista) y secundario en la última.

La espléndida narración intitulada The Woman who Rode Away hay que contarla entre los mejores cuentos de Lawrence. Pinta a una mujer norteamericana que ha perdido fe y gusto en su propio mundo y que un buen día abandona el centro minero donde tiene su casa, su marido y sus hijos, atraída por el misterioso encanto de los indios, que viven ocultos, más allá del desierto, en un estrecho valle que rodean las escarpadas montañas de una región de Chihuahua. El paisaje y el ambiente son mexicanos, y, según las dos cartas que escribió Lawrence desde Navojoa (Sonora), sabemos que el cuento traduce con intensa fidelidad las impresiones del novelista a su paso por aquella región desierta del noroeste de México, en la que se sintió "*tan fuera del mundo*" que le parecía que "*la raza humana había perdido su realidad*" y que "*la*

puerta de la vida se había cerrado sobre todo". Hasta el perro muerto que decora el cuadro desolado de las primeras páginas, figura en la descripción que hace de Alamos en una de las cartas citadas. Los indios que reciben a la fugitiva, su vida, habitaciones, costumbres, ritos y fiestas están tomados de lo que vió Lawrence en Nuevo México, con excepción del sacrificio final, que es azteca. Es admirable la extraña realidad de sueño que ha sabido crear el artista en su narración. Lo que da un sentido a ésta dentro de la filosofía de Lawrence es el choque entre el mundo civilizado de la protagonista, en el que las verdades no parecen tener arraigo, y el mundo primitivo de los indios, cuyas supersticiones tienen la fuerza de una convicción inconmovible: la inquietud del civilizado que vacila y se pierde, y la confianza ciega, casi mineral, del primitivo que aguarda las horas en el reloj de la eternidad.

En su libro MORNINGS IN MEXICO reunió Lawrence los cuatro ensayos que escribió sobre nuestro país: *Corasmin y los pericos, Camino de Hueyápam, El mozo* y *Día de Mercado*. Más que ensayos son divagaciones sobre diversos aspectos de la vida mexicana, y su relación con la gran novela LA SERPIENTE EMPLUMADA es la misma que guardan respecto a una pintura mural los cuadros fragmentarios, los apuntes y bosquejos en los que el artista ha ido descubriendo y elaborando parcialmente el asunto que después tratará en mayor escala. Y, como sucede en esta clase de obras, el novelista se ha ceñido más a la realidad y ha expresado su pensamiento más íntima y detenidamente de lo que aparecerá después en la obra de grandes proporciones, en donde sus visiones y experiencias tienen que fundirse para servir con plástica obediencia a la concepción monumental del artista.

V

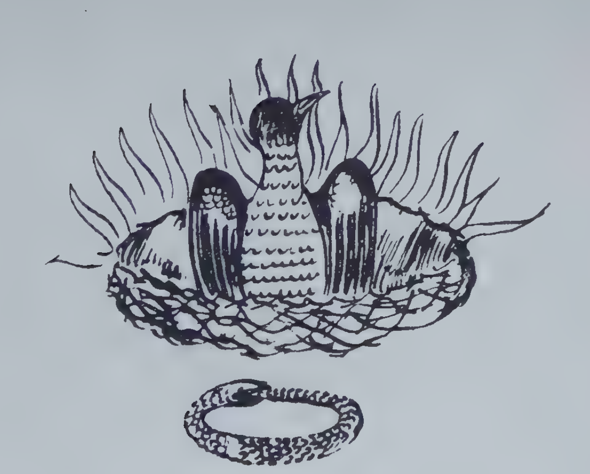
Para terminar volvamos a Mabel Dodge. Es indudable que la vida de esta dama sugirió a Lawrence la Kate de LA SERPIENTE EMPLUMADA, la fugitiva de THE WOMAN WHO RODE AWAY y la millonaria de NONE OF THAT, aunque las tres son caracteres distintos y ninguna de ellas

es un retrato de Mabel. Pero ésta, con todas las variaciones que le impuso el novelista, es, lo mismo que aquéllas, la mujer en quien la civilización no ha creado todavía el poder suficiente para que resista a la misteriosa atracción del mundo primitivo de inercia y disolución. Mabel Dodge fué, así, por su vida y sus complicaciones espirituales, uno de los modelos de la actitud del civilizado que no cree en su medio y que tiene que volver a un ambiente primitivo, como Mabel volvió a su piel roja después de años de París y de Florencia, de arte y de cultura. En esta mujer la vida norteamericana pierde sus mejores virtudes, su sentido y, sobre todo, sus perspectivas, y resulta, como dice Lawrence, "*horriblemente tonta y vacía*" (LETTERS, 17 de septiembre de 1923). Y, junto a la vida así desvirtuada, es un consuelo descubrir que, "*entre la amargura que México produce, hay un extraño fulgor de sorpresa y de misterio que es casi una esperanza*".

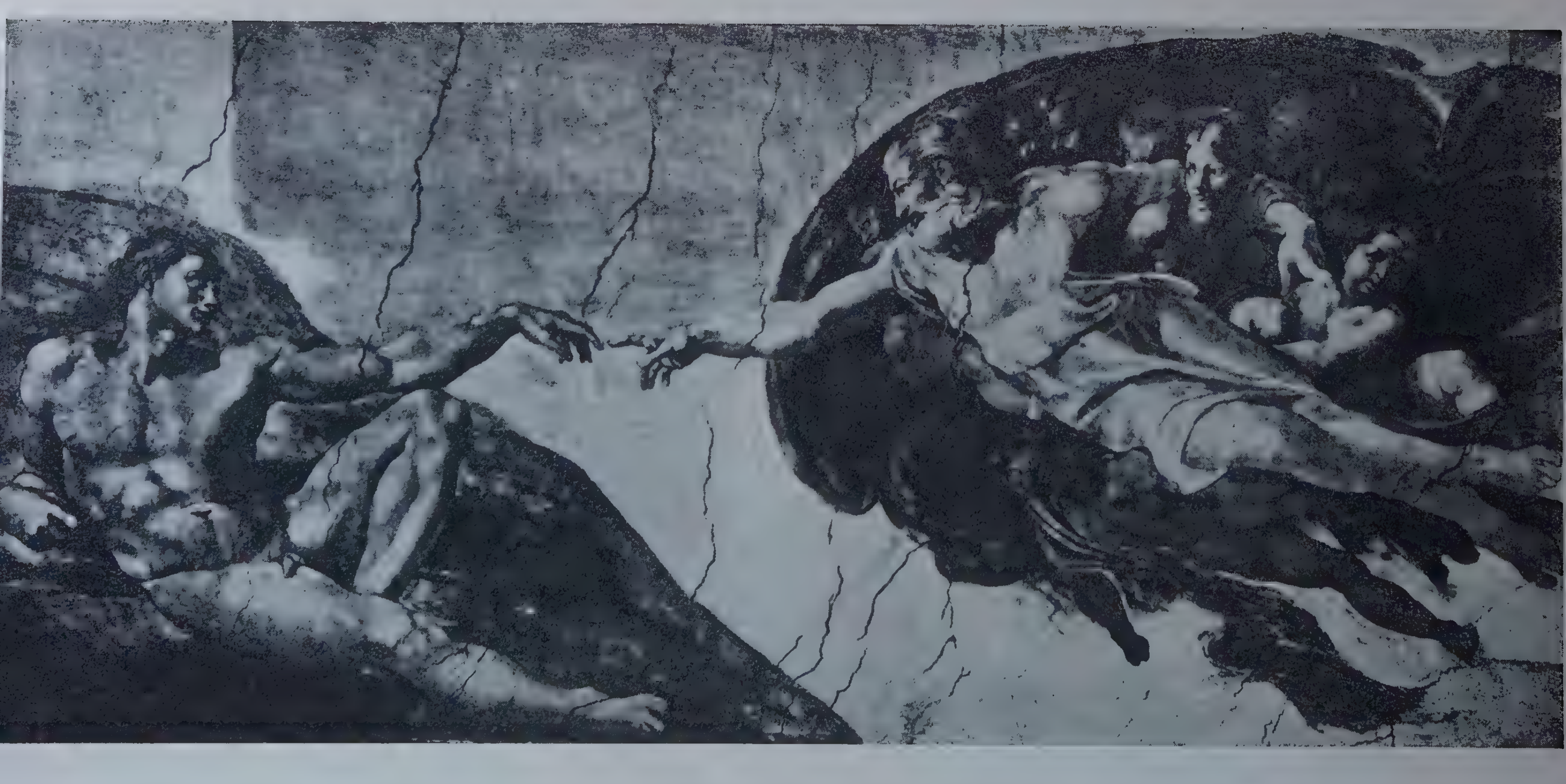
Will the bird perish,
Shall the bird rise.

To the old raven, in
the act of becomming a
young phoenix

DHL



Ave Fénix
(Dedicatoria autógrafa y dibujo de D. H. LAWRENCE*)*



MIGUEL ANGEL. La creación del hombre.

DOS CARTAS DE D. H. LAWRENCE

1

Hotel García. Guadalajara, Jal. 25 de octubre de 1923.

A John Middleton Murry.
Querido Jack:

Ayer recibí tu carta de Suiza. De Frieda ni una palabra,—supongo que Alemania se la tragó.

Sí, creo que ya voy a regresar. Creo que estaré de regreso a principios de diciembre. Trabajaré por lo pronto en el "Adelphi". Después acaso salgamos para la India. *¿Quién sabe?*

De cualquier modo, aunque Inglaterra pueda regir de nuevo el mundo, como dices, tendrá que encontrar primero el camino. Tendrá que descubrir un camino perdido. Y el fin de ese camino perdido está aquí, en México. *Aquí está. Yo lo digo.*

El inglés "per se" no basta. Tiene que modificarse para ese fin remoto. Tiene que buscar el equilibrio con algo que no es él mismo. *Con esto que está aquí.*

Pero regresaré —no diré a la patria, porque no es patria— por algún tiempo. Cuando una cuerda se rompe nada se gana con hacer un nudo en un extremo. Es necesario unir los dos extremos. Inglaterra es sólo uno de los extremos de la cuerda rota. *Hay otro.* Hay otro extremo que alcanzar. Una mano en el espacio no es bastante. Necesita otra mano, del otro lado del espacio, para estrecharla y formar el puente. La mano oscura y la blanca.

Pero todavía no. No se alcanzan. Todavía no se alcanzan. No se tocan. Se debe esperar.

"Aprended a trabajar y esperar".

Muy bien. Vengo y espero. Vengo y espero.

D. H. L.

NOTA DEL TRADUCTOR.—"Adolphi", una revista que dirigía en Londres Middleton Murry.—Todo lo que va en itálica está en español en el original.

2

HOTEL GARCÍA. Guadalajara, Jal. 17 de octubre de 1923.

A Catherine Carswell.
Querida Catherine:

... Frida dice que ahora ya le gusta Inglaterra, que allí está mi lugar y que debo regresar. Quién sabe. Hemos andado dos días a caballo por las montañas y llegamos a Etzatlán. México tiene para mí cierto misterio de belleza, como si los dioses estuvieran aquí. Ahora, en el mes de octubre, los días son tan puros y deliciosos como un encanto, como si algunos dioses de rostros trigueños fueran todavía jóvenes. Ojalá que yo pudiera fundar un pequeño centro —un rancho— donde pudiéramos tener nuestras casitas de adobe y hacer nuestra vida, y tú pudieras venir con Don y John Patrick. Esto es lo que siempre he pretendido. Pero debe salir de adentro: no de la voluntad. Y llegará cuando haya de llegar, supongo. Es extraña toda la costa del Pacífico. No dejaba de pensar: es mejor volver a Inglaterra. Y luego, una vez cruzada la barranca desde Ixtlán, de nuevo el lugar donde los dioses suelen ser terribles, pero son jóvenes, aquí en México, en Jalisco, donde quisiera estar. Y hay lugar, hay lugar para todos nosotros, si pudiéramos venir.

Pero esperemos. Cuando las cosas vienen, vienen de repente. Puede ser que mi destino esté en Europa. *¿Quién sabe?* Si así es, regresaré.

Hasta el día!

D. H. L.

(Traducción de Antonio Castro Leal).

LOS CAMINOS PARA EL IMPRESIONISMO MUSICAL

Por *Adolfo* SALAZAR

Le debussysme ne fut pas l'œuvre du seul Debussy, mais une étape logique et traditionnelle de l'évolution moderne.

CH. KOECHLIN.

A LA ALTURA en que la marea musical baña las costas del siglo nuevo encontramos dos corrientes templadas que determinan los rumbos más significados y característicos: corrientes que proceden de lejos y que a lo largo del siglo XIX se han teñido de matices inequívocos. Son las que, dentro del lenguaje vulgar, denominan como *expresión* aquella cualidad que sobresale en la voluntad artística de los compositores románticos que llevan a las estructuras heredadas de las formas anteriores un complejo sentimental, dramático. O bien denominan como *impresión* aquellas cualidades puramente sonoras que con el nombre de *color, valor del acorde* (con lo que se entiende, del *acorde por sí mismo* más que por su valor relativo, encadenado a otros) sobresalen del complejo sonoro en cuyo tratamiento la voluntad artística del compositor se ejerce sobre todo en el campo de la armonía, de las combinaciones armónicas. Para resumir en términos concisos, podría decirse que los compositores a quienes guía un propósito de *expresión* (dramática, humanista) son aquellos cultivadores del sinfonismo poemático, compositores *formalistas* (vistos desde el lado del crítico, no desde el auditor solamente), mientras que los compositores a quienes orienta la *impresión* (sonora, auditiva, estética) son eminentemente *armonistas*.

Ambas tendencias tienen puntos de contacto, forzosamente. El desarrollo de los valores expresivos de la armonía es uno de los problemas que incitan *desde dentro* a los compositores *formalistas* obligándolos a una constante evolución en su sentido formal. Y viceversa, el compositor *impresionista* ve levantarse incesantemente ante él problemas formales, a fin de lograr una coherencia que plasme sus investigaciones en el terreno armónico. Mas la *voluntad de forma* predomina en el uno por encima de su sentimiento patético (aunque sea de formas nuevas o formas transformadas), exactamente como ocurrió con los compositores románticos, al paso que encontramos en la otra rama de compositores un nuevo tipo de voluntad estética. Este nuevo sentido podría denominarse, un poco barrocamente, como *valorización de la materia,* de la materia sonora, naturalmente, o sea de las cualidades inherentes al sonido puro y a sus combinaciones.

Vamos a ver en seguida que, en efecto, este es el impulso que dicta sus experiencias a los compositores *armonistas,* o, aceptando el lenguaje generalizado, entre los *impresionistas.* Pero antes de pasar más lejos es menester resolver dos aparentes paradojas. Si el *impresionista* va guiado por las sensaciones de orden estético que despiertan en él las sensaciones de orden acústico (las *nuevas* armonías, etc.) y por los valores *puros* del sonido, ¿por qué ocurre que la música impresionista, a lo menos en sus primeros tiempos, vaya ligada a evocaciones más o menos concretas de sucesos *exteriores,* o, como se dice, *poéticos,* que caen dentro del campo del sentimiento? Porque parece que lo que distingue a los compositores sentimentalistas respecto de los impresionistas es solamente un cambio en el objeto o la peripecia sentimental; es decir, que en lugar de que el uno sienta el heroísmo, la tragedia amorosa, el misticismo religioso, el presentimiento ominoso de la muerte como acicates para su inspiración, lo que mueve al otro es el misterio de la naturaleza, de los bosques rumorosos, la paz de la nocturnidad, las vagas tintas crepusculares, o bien el espectáculo amable o majestuoso de la montaña, del mar, de la llanura fecunda o desértica. No es así, sin embargo. La diferencia es mucho más honda.

En efecto, uno y otro se mueven en trayectorias de opuesto sentido. El primer caso, el del compositor que busca en la música la traducción de sus inquietudes dramáticas, es el caso del poeta que busca en el repertorio del lenguaje los vocablos y frases que puedan traducir mejor su sentimiento interno y, que, a las veces, se ve obligado a descubrir vocablos olvidados en el uso corriente o le precisa acuñar neologismos. Cuando Wagner hace sonar "por primera vez" en su piano el acorde inicial de TRISTÁN, semilla de la cual nace toda la obra como una flor gigante, ¿ve la posibilidad de crear un inmenso paisaje dramático como desarrollo del dramatismo potencial encerrado en ese acorde, o, al contrario, encuentra que es ese acorde el que expresa sintéticamente, con inmensa posibilidad de desarrollo formal, la voluntad dramática que le arde en su seno de artista? Sin entrar en análisis demasiado profundos dentro de la Estética trascendental, podemos aceptar el segundo término de esa pregunta. Wagner, pues, procede como el poeta anterior. Los descubrimientos de su lenguaje armónico son más una consecuencia de su voluntad expresiva que una imposición de la materia sonora en busca de traducción artística. El mismo luchó largamente por hacer comprender al mundo musical esta esencia humana, patética, de su música, esencia dramática en busca de una forma que inspiró, asimismo, a sus continuadores dentro de la sinfonía poemática.

La trayectoria inversa aparece en los músicos *impresionistas*. Desde Chopín mismo, como ejemplo más claro, es el azar de los descubrimientos en el teclado lo que va a pasar a un primer término. Mas este azar es relativo. El descubridor apareja sus carabelas movido por cierta intuición. No sabe a ciencia cierta lo que va a descubrir, pero sabe que va a descubrir algo. Y este algo no es un cíclope con un solo ojo como Polifemo, ni monstruos aterradores como la Gorgona o la Scila de seis carnívoras cabezas. Lo que este Odiseo falto de brújulas descubre en medio de la noche sin estrellas conforme busca el camino, a tientas, que le lleve a su patria anhelada son las islas vecinas, cuyos pobladores son benévolos o malignos, pero gentes, al fin, próximas a su propia civilización y fisiolo-

gía. Chopín no deja correr sus dedos por el teclado arbitraria ni descuidadamente. Una técnica tradicional, clásica, aprendida, guía por lo pronto sus movimientos. El oído, habituado a combinaciones sistemáticas responde después. Pero estas combinaciones tienen una linde donde el músico vulgar se detiene, mientras que Chopín, por ejemplo, a quien inspira un ánimo de aventura, se arriesga a traspasarla. Un paso tras otro, va más o menos lejos; siempre caminando sobre seguro, prudentemente. Esta prudencia no es un cálculo, es simplemente la necesidad de mantenerse dentro de lo *inteligible*, dentro del *poco más allá* de lo que hasta aquel momento era cosa comprendida, cosa que "entendía" el público multánime. Ahora se le pide otro *poco más allá,* al que, de grado, acceden los mejores espíritus. Y si los más lentos no llegan todavía, bastará que un poco de tiempo pase para que la frontera universal de la Música de su tiempo se haya cambiado por una nueva línea que el incesante ánimo de los músicos tiende constantemente a ensanchar.

Vamos a ver dentro de un momento que ese *paso a paso* en el camino de los descubrimientos sonoros, *armónicos,* es el resultado de la conjugación de dos factores: el pie y el suelo. El suelo es el terreno de la materia musical: es, puede decirse, la región cósmica. El pie es el factor humano: el descubridor reacciona dentro de sí y examina en su intuición la importancia del paso que acaba de dar. Sigue adelante o vuelve hacia atrás, según lo que su *daimon* le aconseje: estamos en la región del espíritu. La luz del espíritu *musical* va interpretando, va *valorizando* las nuevas experiencias *sonoras.* Pues que la Música, como arte, es la interpretación *estética* que el espíritu humano da al elemento sonoro, a la *materia* que pone en vibración nuestro órgano acústico y, más allá, dentro de nosotros mismos, cierta facultad que entendemos por *sentido* o *inteligencia* musical.

En su viaje de investigación el músico ha hallado una flor desconocida, un mineral brillante que no sabe clasificar dentro de los términos de la ciencia que le ha sido enseñada. Tales acordes, tales combinaciones insólitas que ahora escucha por primera vez con indecible deleite, ¿po-

drán ser asimiladas a sus experiencias anteriores? ¿Podrá, entonces, rotular estas sensaciones musicales, aún inéditas dentro del repertorio romántico inveterado, como evocaciones pastoriles, patéticas, heroicas, amorosas? Parece claro que no. Todo eso es viejo. Es el repertorio de los poetas envejecidos en su tiempo, como las músicas que les eran coetáneas. Ahora, mientras el músico hace sus escarceos por el teclado dócilmente resonante, hay otros artistas, pintores y poetas, que buscan coincidentemente con él valores análogos a los que el músico busca y halla, dentro, aquellos, de sus dominios vocales o plásticos. El músico se siente en estrecha comunicación con la voluntad que mueve a sus artistas fraternos. He aquí que un cierto pintor lleva a su lienzo una mezcla de colores deliciosos que no representan, a decir verdad, nada muy concreto (aunque forzosamente han de tener alguna reminiscencia de forma: flor, catedral, manzana, botella, locomotora, quizás una ninfa de rosadas carnes que se baña en la luz tremulante filtrada a través de las hojas). El trozo de música compuesto por aquel artista con los nuevos ingredientes tampoco tiene un aspecto formal muy definido.[1] Es vago de contornos, su contenido estético es también bastante impreciso. Hay algo en él que puede ser aproximado a la delicia que nos produce este conjunto de colores que el pintor denomina *nenúfares* o *ninfas* o *crepúsculo.* O bien son como suaves y vagas resonancias que el poeta de su tiempo interpreta en una evocación de paisaje donde lo material del paisaje y aun del lenguaje mismo trasciende en calidades inefables. ¿Será, realmente, *eso* lo que el músico ha querido traducir en sonidos? ¿Mas cómo se traduce lo que no se ha expresado antes claramente? ¿No ocurre, mejor, que aquellos colores, estos otros versos despiertan en el músico una impresión pareja, una cierta correspondencia de sensaciones? A sensaciones sonoras *nuevas* ha de corresponder un orden de sensaciones, plásticas o verbales (¿por qué no táctiles, olfativas?) de análoga novedad. Para aclarar ante el auditor, desorientado por esta nueva voluntad estética, su

---

1 ... "notre esprit attentif a devant lui l'insistance d'une forme dont il ne possède pas d'equivalent intellectuel, dont il lui faut dégager l'inconnu". M. Proust: *"Le côté de Guermantes"*. 1º vol., pág. 45.

proceso de valorización de elementos sonoros inéditos, el compositor solicita el auxilio del pintor o del poeta de su cuerda. Dice que su pieza de música es algo así como esas *magnolias al anochecer* del uno o ésos *perfumes bajo la luna* del otro, títulos que, sin malignidad, entenderemos todos que son, a su vez, simples excusas. Un poeta es sobre todo explícito:

"La Nature est un temple où de vivants piliers
Laissent parfois sortir de confuses paroles;
L' homme y passe à travers des fôrets de symboles
Qui l' observent avec des regards familiers.

Comme de longs échos qui de loin se confondent
Dans une ténébreuse et profonde unité
Vaste comme la nuit et comme la clarté,
Les parfums, les couleurs et les sons se répondent.

Il est des parfums frais comme des chairs d'enfants
Doux comme les hautbois, verts comme les prairies,
—Et d' autres, corrompus, riches et triomphants,

Ayant l' expansion des choses infinies,
Comme l' ambre, le musc, le benjoin et l' encens,
Qui chantent les transports de l' esprit et les sens".

CORRESPONDENCES, titula Charles Baudelaire esta composición donde está ya declarado el sentido estético de la nueva época rayando el medio siglo. (LES FLEURS DU MAL, donde esos versos se incluyen, es un libro que se imprimió en 1861, pero en el que hay composiciones que datan de 1845). Obsérvese, por lo pronto, que Baudelaire escoge todavía como forma un tipo clásico, el soneto; su metro es el tradicional alejandrino; sus consonancias, las regulares; su prosodia, irreprochable. Mas su contenido pudo pasar por desconcertante, anárquico, peligroso inclusive para sus contemporáneos. Perfumes *dulces, como los óboes,* por añadidura, y aun *verdes* y aun *ricos* y *corrompidos* e incluso *triunfantes.* Ecos que se confunden a lo lejos en una *tenebrosa y profunda unidad;* unidad misteriosa, más clara en sentido que las *confuses paroles,* pues que se trata, sobre todo de *símbolos,* vocablo que conviene no olvidar. En resumen, una correspondencia de sensaciones que se dirige por igual al espíritu y a los sentidos y en la que los

perfumes, los sonidos y los colores se responden en virtud de aquel *"vicariato de los sentidos"*, es decir, de sentidos que suplen momentáneamente la función propia a otros, según la expresión de Federico Nietzsche dos o tres décadas más tarde.

Esta *correspondencia* de las sensaciones estéticas (incluso las aromáticas, elevado el sentido del olfato a una categoría espiritual que ahora se le reconoce, a la vez que se estima lo *sensual* como categoría cuyo aprecio depende de su refinamiento) no es, sin embargo, un descubrimiento de Baudelaire. En rigor, es un viejo tópico romántico, pero sólo en cuanto se refiere a la correspondencia poesía-música. En los albores del movimiento romántico alemán, Tieck preguntaba: *¿Cómo? ¿No iba a permitírsenos pensar con acordes, componer música con palabras y pensamientos?* Y, en consecuencia de ello, Tieck aligera su idioma teutón, practica la asonancia *y la aliteración con una asiduidad* onomatopéyica en la que sólo le superaría Ricardo Wagner, desde la escena de la fragua de Sigfredo a la muerte de Iseo, y hace que sus versos reposen sobre indicaciones como *acorde en* LA MENOR (o de otras clases), *arpeggiando, dolce, forte,* etc., en lo cual no hay que ver solamente una indicación prosódica dirigida al lector o recitador. John Field puede querer indicar en sus NOCTURNOS simplemente un trozo de *music in the night,* pero nadie se engañará respecto al propósito que llevó Chopín a titular de esa manera páginas que en Schumann se llamarían *nachtstuecke,* aludiendo a su procedencia inspiradora, del mismo modo que otros se titulan *waldenszenen.* La traslación entre sí de las sensaciones emotívicas que producen dos artes diversos, como los del color y el sonido (intercambio que se ha llamado *sinestesia*), preocupa a Berlioz tanto por el *color* que encuentra en cada tonalidad o gama musical (cuya denominación, como otras semejantes, cual *cromatismo, matiz;* plásticas como *agudo* y *grave;* mecánicas, como *fuerte* y *piano,* son tan viejas como la música misma), en cuya variedad de colorido tonal la modulación sería como un arte de combinar los tonos en la paleta del pintor, al paso que el orquestador vendría a hacer otro tanto desde el momento en que se encuentra que cada

instrumento tiene un color característico, verde para el pastoril óboe; azulado para la ideal flauta; rojo vivo para trompetas y trombones, sinestesias elementales al lado de las cuales el color de los tonos equivaldría al *ethos* clásico de las modalidades, según lo pregonaba la estética griega. Más acá de las *correspondencias* baudelarianas, los epígonos avanzados de su estética *simbolista,* como Juan Arturo Rimbaud, encuentran un color definido en las vocales:

A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu...

vicariato sensorial o sensual que poetas como René Ghil intentan codificar en una especie de doctrina según la cual cada sonido del idioma francés, de las vocales por lo menos, tendría una especie de traducción en los timbres de los instrumentos orquestales, pues que el sonido *ou* se traduce, según Ghil, por el color de las flautas; la *u* francesa, perdida acaso desde los griegos, encuentra acomodo en el timbre de los flautines; los sonidos *eu* y *o* en los de las trompas y trombones, etc., y este *sistema musical* de una lengua que Rouseau presentía ya y que ciertos filólogos como el español Don Sinibaldo de Mas encuentran en la métrica del verso castellano alcanza un método de análisis por demás inteligente y razonable en el estudio que Georges Brunet hace del lenguaje poético de Víctor Hugo, en el cual cabe descubrir, en efecto, no sólo una selección de vocablos, de materia silábica, inspirada por el movimiento de la idea, traducida por la frase prosódicamente, sin que la composición de los vocablos la traduzca musicalmente.[2] Mejor que en Tieck es posible encontrar motivos silábicos que actúan como células musicales en el verso de Hugo, por ejemplo:

"On *était dans le mois ou la nature est douce...*
Une immense bonté tombait du firmament"...

cuyo motivo silábico en *m n* (las sílabas subrayadas lo están por George Brunet) es *s r* en este otro verso:

"*Se melait au bruit sourd des ruisseaux sous la mousse*",

al paso que el motivo *l* se mezcla deliciosamente a las vocales en el verso:

---

[2] Georges Brunet: *Víctor Hugo.* (París, 1935). Parte 3ª. (Les mots, les images, le mouvement, l'harmonie).

"C'était l'heure tranquille ou les lions vont boire".

Realmente hay en esas composiciones silábicas algo más que las aliteraciones clásicas wagnerianas:[3]

Souffle la flambe et flambe le feu

(en la traducción de Ernst) o en los versos frecuentemente citados en francés: *Sorrento m' a rendu mon doux rêve infini,* o en castellano: *Horrísono fragor del ronco trueno,* aliteraciones que, en todo caso, responden a un fenómeno de imitación que es ya, en su base, una sinestesia. Un paso más allá y Claude Debussy traducirá en sonidos musicales efectivos la música que canta el arroyo sobre su lecho de guijarros:

le roulis sourd des cailloux.

*

La vinculación de un paisaje, de un *estado de alma,* (¿se recuerda la frase de Amiel?) a un trozo de música que lo

---

[3] *Hoho! Hahei! blase, Balg.* Las aliteraciones y exclamaciones onomatopéyicas son muy frecuentes en Wagner. Recuérdese: *Weia! Weia! Weia!, Wagalaweia!* de las ninfas del Rhin; el *Hojotoho!* de las Walkyrias; *Hehe! Hehe! Hieher! Hieher!* de Alberico; *Heda! Hedo!* de Donner. Otro tipo de versos está así construído:

Nicht Gut, nicht Gold,
noch göttliche Pracht;
nich Haus, nicht Hof,
noch herrischer Prunk, etc. (Brunhilda)
Was im Busen ich barg, was ich bin
hell wie der Tag taucht' es mir auf (Siglinda)
Die in linder Lüfte Weh' n da
oben ihr lebt, lacht und liebt (Loge)

o el famoso cántico de Iseo, en la escena final del drama, versos que parecen inspirados en los primitivos Himnos eclesiásticos, de la más temprana Edad Media:

Höre ich nur
diese Weise,
die so wunder—
voll und leise

Wonne klagend,
Alles sagend,
mild versöhnend
aus ihm tönend . . .
etc.

(Aithra, Los elfos, Menelao).

traduce más o menos alusivamente se hace recordando que hay en ese paisaje datos sonoros efectivos, como el canto de los pajarillos, la armonía distante de las campanas, cuando no, simplemente, el compositor menciona un lugar, una imagen, un recuerdo grato porque quiere que el auditor conozca en qué deleitoso momento sintió la inspiración de tan suave música (por ejemplo: *Les cloches de Génève* en los cuadernos de ANNÉES DE PELERINAGE de Liszt, para el primer caso o *Le lac de Wallenstaedt,* para el segundo). La costumbre es vieja en el arte musical. Los *virginalistas* ingleses del siglo XVII como Byrd o Peereson presentan ya ejemplos tan ricos de fina música como de sentido evocativo, bien en *The Bells* del uno o en el suave cuadrito otoñal que el otro titula *The Fall of the Leafe;*[4] pero sería peligroso continuar por este camino que nos llevaría a redropelo hasta los tiempos griegos de los juegos píticos donde un auleta *describía* en su flébil instrumento el combate de Apolo con la serpiente Pitón... Bien que el arte pase en sus diversas épocas por ciclos en los que es posible hallar cierto paralelismo (por ejemplo, los períodos completos de una fase artística presentan la sucesión dórico-jónico-corintio, o bien románico-gótico-barroco, equivalente al proceso clásico-romántico-decadente, o *impresionista*), hay en cada uno de esos momentos de la evolución de un ciclo artístico valores específicos enteramente distintos a los del ciclo anterior. El poematismo de los *virginalistas,* el de los *clavecinistas* franceses, es o una imitación inocente de un motivo sonoro, desarrollada dentro de los procedimientos normales al arte de la época, o bien una especie de *doblaje* entre el estado de ánimo que inspiró al compositor y la obra, objetivamente realizada, que el compositor escribió bajo aquella situación psicológica. Mas nada une ambas cosas de una manera específica. Sin embargo llegaremos a encontrar *natural* esa unión si el caso se repite suficientemente y si en la repetición entran motivos estilísticos en los que llegamos a reconocer un valor alusivo determinado (el pastoril, como ejemplo más sencillo, el heroico, el patético), merced al mismo proceso de aprendi-

[4] Se encuentran impresos en discos gramofónicos, Nº 14 de *L'Anthologie Sonore.*

zaje por el cual reconocemos determinada expresión simbólica en el *leit-motif* desde Berlioz a Wagner, Liszt o Debussy. El caso es profundamente distinto ya en la música romántica, en cuya invitación a la sinestesia podríamos encontrar diferentes grados: 1º, empleo de motivos cuyo valor alusivo conocemos (el pastoril, en la *Escena en los campos* de la SINFONÍA FANTÁSTICA); 2º, motivos nuevos en la época, pero de la misma jerarquía que los anteriores (el *demonismo* o lo sobrenatural desde Weber y Berlioz a Liszt); 3º, plasticidad en el motivo característico, derivada principalmente de su alusión al gesto (CARNAVAL de Schumann); 4º, sensaciones *nuevas* producidas por medios musicales específicos como son el empleo de acordes insólitos; el uso liberal de acordes poco empleados en la técnica anterior; el enlace de armonías que no unía entre sí esa técnica; las *licencias* de varia índole, desde las resoluciones excepcionales y las no-resoluciones a las apoyaturas libres; la vaguedad tonal que comienza a introducir el cromatismo; los atisbos de mezclas tonales que resultan del empleo de arabescos ligeramente tendidos sobre fondos armónicos ajenos a la esencia tonal de aquellos: hemos visto que todo ello aparece ya en Chopín y se extiende por el pianismo romántico. Estamos, pues, aquí ya en presencia de un fenómeno específico nuevo. Lo mismo da que Chopín o Debussy hablen de *Nocturnos,* que Liszt o Ravel aludan a valles resonantes de campaneos lejanos, cuyos sones se disuelven en la bruma conforme las armonías de Chopín y Debussy se esfuman en la media luz crepuscular: es un fenómeno de grado, entre ellos, pero es un fenómeno radicalmente diverso respecto a sus antecesores clásicos. Del romanticismo de unos al impresionismo de otros no hay sino un proceso, exquisito, de sutilezas sonoras que apelan, para ser propiamente gustadas, a la cultura musical del auditor y a los refinamientos de su sensibilidad. Paul Bekker puede decir justamente que *la graduación extremada de todas las cualidades netamente románticas conduce a su debilitación.* Así, en efecto, ha podido hablarse de *decadencias,* en la música de Debussy, tanto como en la poesía desde Baudelaire a Mallarmé, entre los cuales hay más de medio siglo de distancia. Pero ya en Verlaine esa *gradación extremada* estaba definida: *Pas la couleur, rien*

que la nuance, dice en su ART POETIQUE, que es la de la nueva estética, la del Impresionismo en pintura y la del Simbolismo en la poesía de esta época, epígono último, entonces, del Romanticismo. La *musicalidad* es ahora un valor nuevo que ingresa en el arte pictórico, o en el poético, conforme antes habían sido valores poéticos o pictóricos los que se habían deslizado en la música. *De la musique avant toute chose,* dice Verlaine traduciendo en verso lo que Walter Pater expresaba en términos filosóficos al depedistas del XVIII que *el Gótico es una Música congelada, de la Música,* lo cual es, sobre todo, cierto en esta época en la que puede decirse, con gran sorpresa para los Enciclopedistas del XVIII que *el Gótico es una Música congelada, una música que se ve,* de la misma manera que cabe invertir los términos diciendo que la *Música es una Arquitectura licuescente, una arquitectura que se oye.*

Esta liquefacción, esta disolución de los contornos de las cosas en una neblina iridiscente, peculiar por sus delicados matices cromáticos, irisados y tenues como en la madreperla, esta delicuescencia de la pulsación armónica T-D normal en la música clásica y, por ende, este aflojarse de las nervaturas rítmicas es cosa que la nueva estética de la *impresión* favorece:

Rien de plus cher que la chanson grise
Ou l'Indécis au Précis se joint,

pero, en medio de esa vaguedad cromática o sonora,[5] el artista no se olvida de su técnica, antes bien la tiene muy presente, y Verlaine no dejará de deslizar entre sus preceptos un punto retórico:

Et pour célà préfère l'Impair
Plus vague et soluble dans l'air:

el metro *impar,* el *perfecto* para los músicos de los siglos medievales, quienes como Verlaine, estimaban que no había en el metro impar *rien qui pèse ou qui pose.*

Todo un orden de motivos poético-plásticos, todo un repertorio de sensaciones temáticas se desarrollará ante los artistas de este tiempo. Preferiblemente han de ser aque-

[5] "Relativement au rêve pur, à l'impression non analysée, l'art defini, l'art positif est un blasphéme. Ici, tout a la suffisante clarté et la delicieuse obscurité de l'harmonie". CH. BAUDELAIRE (*Le Spleen de Paris,* V. 1869).

llos que partiendo de la alusión romántica ya conocida: placidez crepuscular, serenidad de la Naturaleza, es espectáculo cambiante desde lo risueño a lo trágico de la marina, va a motivos más sugerentes por su curiosidad, por su sabor inédito, por la atracción de la novedad *(Enfer ou Ciel, qu'importe? - Au fond de l'Inconnu pour trouver du nouveau!)* misteriosa novedad que Lugones ha acertado a definir como *la inefable caricia de una harmonía ignota.* En un grado sutil de refinamiento, Verlaine reseña varios aspectos entre los más escogidos del repertorio:

C'est des beaux yeux derrière des voiles,
C'est le grand jour tremblant de midi,
C'est, par un ciel d'automne attiédi,
Le bleu fouillis des claires étoiles!

que Claude Debussy, siguiendo a la letra el verleniano consejo de retorcer el pescuezo a la elocuencia y de desterrar *le Rire impur,* consigna como tales motivos inspiradores *al final* de sus Preludios para piano, páginas (tanto como su propia musicalización de los poemas de Verlaine) en las cuales el *arte poética* del admirable autor de SAGESSE, de JADIS ET NAGUERE, de BONHEUR tiene el más fiel de sus realizadores.

Más allá, la prosodia misma se disuelve en el aire lírico, como la tonalidad y la forma pre-debussyanas. Más allá, en efecto, está Mallarmé. Se conoce poco un soneto de Verlaine a Parsifal en donde las aliteraciones tienen una musicalidad que sólo cabría denominar como *debussysta* y tras de las cuales la quinta esencia vocabular, la condensación del lenguaje en puros valores sonoros que apenas traducen, sino por la vía de la intuición, las imágenes poéticas a cuyo servicio se hallan —lo que podría llamarse (¡con qué falta de lógica, pero con qué verdad intuitiva!) la *imagen abstracta*—, constituyen el arte poético de Stephane Mallarmé. El soneto a Parsifal comienza así:

Parsifal a vaincu les Filles, leur gentil
Babil et la luxure amusante — et sa pente
Vers la Chair de garçon vierge que celà tente
D'aimer les seins légers et ce gentil babil ...:

Soneto que no ha tenido, como la *égloga* a la siesta de un fauno, el músico capaz de convertirla, o trasponerla, en intuiciones de orden musical; música casi ya, esa poesía.

Imagen abstracta, acabo de decir. Hacia esa abstracción de una categoría no plástica ahora, sino musical, tiende, en efecto, todo impresionismo. Es inútil, o equívoco, que nos detengamos ante el *motivo*. Claude Monet puede pintar series de bálagos, con su fea masa iluminada a distintas horas, trémulas fachadas de la catedral de Chartres sobre la cual se derrama la titilación irisada de la luz descompuesta en una lluvia de matices fugitivos, refracción de la luz en sus colores primarios *que se disuelve* en el aire transparente; en fin, la evanescente materia vegetal de la que están hechos los nenúfares de su jardín. En cada caso y en cada serie, el *tema* plástico no es el motivo-objeto, sino la manera con que la luz juega sobre su superficie. En el orden poético nos hallamos lejos ya de los temas silábicos que servían de soporte a la idea poética de Hugo. La aliteración, el juego de las sonoridades del lenguaje asciende a un plano superior, que es el que predomina en la voluntad estética del Verlaine del soneto a Parsifal, como en Mallarmé, en seguida. ¿Cuál será el tema inspirador para los músicos impresionistas? ¿La inocente alusión a unas danzarinas que agitan entre risas sus velos ante el fondo anaranjado de las colinas de Anacapri? Se comprende bien que no. Si la luz por sí misma, si el juego sonoro de las sílabas es el tema del pintor y del poeta de este momento del arte europeo, se entiende con facilidad que el tema para el músico coetáneo suyo será el que ofrezcan los valores puros de la Música. Dicho de otro modo, la *musicalidad* de los elementos de todo orden que ofrece este arte. Sobre todo, el de la sensación armónica en sí misma, aislada, en su valor puro, no sólo en el de relación. Dejemos a los analistas de sendas artes plásticas o verbales el cuidado de estudiar los caminos por donde esas artes han llegado a asumir semejantes aspectos. En la música, los antecedentes descritos son los caminos por donde ha transcurrido el arte sonoro desde que dejamos a los músicos románticos en su afán de acomodar en formas congruentes los imperativos *categóricos* con que se les presentaba, para su sorpresa, angustia y delicia, la materia musical.

VATICINIO DE RUBEN DARIO

Por Juan LARREA

Con la España que acaba y la que empieza
canto y auguro, profetizo y creo.

RUBEN DARIO

UN LEADER oficial de la *hispanidad*, el nicaragüense Pablo Antonio Cuadra, sostenía no ha mucho,[1] cerrando contra un escrito mío[2] y atribuyéndome palabras que nunca dije, que el gran poeta hispánico hubiera en estos días abrazado, frente a la pacífica causa democrática, la de los profesionales de la guerra. Es decir, que el Rubén que en los dificultosos comienzos de siglo consintió en panamericanizar, haría hoy, cuando prospera la política del buen entendimiento y peligra la libertad consustancial de América, precisamente lo contrario: a través del franquismo panhitlerizaría. Como si la razón pudiera ganarse por fuerza de insulto, me llama *pobre calumniador, escrividor,* entre otras cosas cuya lindura se apreciará por la muestra que transcribo:

> *"Me explico la indecencia de un poeta como Larrea que escribió todo un artículo para probar que Rubén Darío, de vivir en estos tiempos, hubiera sido rojo y panamericanista. Con Rubén no se pueden ejercitar esa clase de calumnias irrespetuosas. Estudie un poco o tenga un poco de respeto, señor Larrea y demás de igual ralea! Rubén no pudo haber sido porque no fué. No fué rojo cuando pudo haberlo sido, ni derrotista, ni anti-hispano. (Fué verdade-*

---

[1] PABLO ANTONIO CUADRA. *Pequeña inventiva contra la Rojería española.* En "Lectura". México, 1 de noviembre de 1941.

[2] *¿Rubén Darío contra Bolívar?* En "España Peregrina", núm. 7. México, agosto de 1940; y en "Repertorio Americano", núm. 906, 11 de enero de 1941.

ro español; no ex-pañol)... En cuanto al "posible panamericanismo" de Rubén hace falta mucha ignorancia para asegurarlo. No ha existido en América un espíritu más íntimamente antiyanquista que el de Rubén Darío; basta leer superficialmente TODA *su obra para saberlo... Si la calumnia quiere basarse en una debilidad de Rubén, en su "Salutación al Aguila", quien se fíe de este desliz y sobre él levante teorías, sólo demuestra el más perfecto desconocimiento de nuestro poeta, el cual si fué débil y cedió a los halagos de un embajador yanqui y al temor, tuvo vergüenza, tuvo honradez para confesarlo en mil ocasiones en la "Epístola a Madame Lugones", por ejemplo, donde con sinceridad hermosa y como verdadero hombre español escribió:*

"... Yo panamericanicé
con un vago temor y muy poca fe
en la tierra de los diamantes..."

Rubén, hombre débil, carácter estropeado por la bohemia y el alcohol, podía caer, ceder. Podía pecar. Era hombre. Pero hombre era también en su arrepentimiento, en su rectificación, en su sinceridad. Cometió el pecado de América, como símbolo de América que era —panamericanizó como muchísimos de nuestros gobernantes, "con un vago temor y muy poca fe", pero enseñó también a América el camino de la rectificación, el gesto viril y digno del arrepentimiento contra este pecado".

Baldío fuera ocuparse de tan fatua palabrería si no nos deparara una ocasión especialmente favorable para circunstanciar el vaticinio o mensaje de Rubén y para revelar de paso el *modus operandi* del falangismo, basado, a imagen y semejanza del hitleriano, en el envilecimiento de la verdad.

A tales fines conviene dejar sentado que no procede en modo alguno estatuir, prestándole una evolución caprichosa, lo que Rubén *hubiera sido,* sino dilucidar ordenadamente y por partes lo que Rubén *es,* los rasgos maestros de su persona, para enfrentarlos con la entraña de los acontecimientos actuales. De este modo podrán pronunciarse libremente las afinidades electivas, precisando la auténtica ubicación rubeniana tanto en lo que se refiere a la contienda española como al americanismo.

Además del entusiasmo hispánico que, sobre todo en cierta etapa de su vida, animó a Rubén, razón por la que

el conflicto peninsular le atañe sin desentendimiento posible, definen su persona los siguientes caracteres: En primer término su condición de poeta integral que le lleva a rendir culto a la *Poesía.* Innumerables son las citas que a tal respecto pueden espigarse en su obra asestada hacia un porvenir en que "*un triunfo de liras*" acompañará al despuntar del alba futura. Segundo: una cada vez menos dudosa y más explícita inclinación a la *Paz* —sobre todo en lo tocante a América— que, al final de su vida, le induce a emprender de norte a sur del continente una predicación pacificadora. Tercero: su nunca desmentido entusiasmo por la libertad, su evidente *Antimperialismo.* Cuarto: su fermento religioso, su *Catolicismo,* si se quiere. A estos cuatro no veo, por mi parte, que pueda sumárseles ningún otro elemento de importancia.

Ahora bien: la *Poesía,* representada por la inmensa mayoría de los poetas españoles e hispanoamericanos, hizo causa común con la popular de la República española. Con ella estaba y está el bloque compacto de los *Poetas Nuevos de las Españas* a quienes en cierto modo nombró Rubén sus herederos espirituales al dedicarles su *Canto Errante.* Por lo que toca a los españoles, esos *Poetas Nuevos* fueron recogidos, después de bien cribados, en las ANTOLOGÍAS de Gerardo Diego precisamente bajo la definidora presidencia del mismo Rubén. De ellos un ochenta y cinco por ciento defendieron y defienden la causa republicana. ¿Qué validez puede tener el testimonio de los poetas? Conocemos siquiera la que Rubén le concedía: "*El poeta tiene la visión directa e introspectiva de la vida y una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento*". No existe pues, tergiversación posible; para Rubén el testimonio poético, puesto que emanado de un supremo modo de conocer, es decisivo. Si a ello se añade que el franquismo asesinó vil y sintomáticamente al Poeta en la persona de Federico García Lorca, a nadie es dado dudar acerca del platillo de la balanza sobre que, en este aspecto, carga la presencia no por inmaterial menos efectiva de Rubén.

Es obvio que el espíritu de *Paz* y buena voluntad se materializó, por así decirlo, en la República española en

oposición al espíritu de guerra consustancial al ejército. En el reciente conflicto ostentaba éste además, frente a la divina voz del pueblo, el estigmático *non serviam* de su *rebeldía*. Recuérdese a tal propósito la incruenta instauración del régimen republicano; el pacifismo expreso en su Constitución execradora de la guerra; la abolición proyectada y, en parte, efectuada de la milicia; la adhesión sin reservas a la Sociedad de las Naciones; las múltiples declaraciones oficiales en este sentido. . . Y considérese, como prueba a posteriori, —además, naturalmente, de la exaltación eclesiásticomilitar de la espada— lo que ha dado de sí, confirmando mil desoídos pronósticos, la traición que a los valores civiles, pacíficos, con desprecio del hombre hicieron en España las naciones europeas: la carnicería que hoy, con entera razón se precian los mílites españoles de haber iniciado. ¿En qué campo puede encontrarse el espíritu de quien escribió poco antes de morir: "*la paz es la única voluntad divina*"?

Conocido es de sobra el *Antimperialismo* de Rubén, tan traído y llevado, sofísticamente las más de las veces. No contra los yanquis sino contra su intrusión imperialista levantó su voz en la ODA A ROOSEVELT y en algunos otros poemas de aquella sazón. Repitamos: no contra los yanquis sino contra su imperialismo, es decir, contra algo en ellos circunstancial y accesorio. Así lo atestigua, a mayor abundamiento, su vida entera. Y en el caso de España ¿dónde estaba el imperialismo? Menos que nadie pueden ignorarlos quienes, como P. A. Cuadra, redactaban la revista IMPERIO que, con miras al romanogermánico de Hitler y Mussolini se publicaba en castellano —ancha es América— hace algún tiempo en Roma.

Queda la religión, el curioso *Catolicismo* de Rubén que de joven despotricó violentamente contra los jesuítas y exaltó a los demoledores de catedrales. ¿Constituye el sentimiento católico un obstáculo capaz de neutralizar por sí solo el cuadro de afinidades forzando a su favor el veredicto de la balanza? Evidentemente no. Porque si la mayoría de los católicos españoles, identificados en los días actuales con los intereses de determinada clase social, se adhirió junto con sus prelados a la militarada en rebeldía,

muchos fueron aquéllos —sin hablar de los vascos— que no dejándose engañar por las apariencias, mostraron su apego hacia la República española y una franca repulsa hacia sus victimadores. No operaban sobre Rubén estas interesadas razones y sí otras muy distintas. Fué, por otra parte, un creyente *sui generis,* tocado de paganía y alucinado por el miedo, que ni practicaba ni sabía, cosa extraña en un católico, "*a dónde vamos, ni de dónde venimos*". Profundamente liberal, como corresponde a quien necesita ser muy perdonado, fulminó "*contra las pompas escarlatas de la hoguera y del auto de fe*" y denunció, refiriéndose al catolicismo español, "*las taras vergonzosas que ahora contribuyen al descrédito de la doctrina*", añadiendo oportunamente: "*la locura de la cruz no es la insensatez de la cruz*". Todas estas frases pertenecen al artículo en que abomina del "*Anticristo nacido en Alemania*" —Nietzsche— cuya exaltación del poder con su imperialismo inherente ha dado lugar a las fechorías del régimen hitleriano a que rinde culto la religión franquista. Y quedó esto escrito en el mismo párrafo en que figura su tan falazmente explotada frase: "*España ha de ser siempre católica o no será*". Refiérese aquí, sin duda, a la ESPAÑA NEGRA —así se titula el artículo— en la que "*junto a todas esas manifestaciones de religiosidad nefasta y milenaria encontraréis siempre la guitarra, el vino, la hembra*". (¿Quién no estará de acuerdo? La *España Negra* será siempre católica o no será). En su crónica SEMANA SANTA, redactada quince días después (31 de marzo de 1899) y recogida a continuación en el volumen ESPAÑA CONTEMPORÁNEA, declara por añadidura que, a su juicio, la católica España no es religiosa. *("¿España es verdaderamente religiosa? Creo que, en el fondo, no".)* Y a seguido se ocupa de la escasa religiosidad del pueblo, en especial de la clase obrera, y de las graves deficiencias de un clero sin espíritu ni moral. Lo que en aquella ocasión exponía Rubén es que "*quizá en el tiempo venidero, en el resurgimiento que ha de cumplirse, reverdezca el árbol nuevo, ya que no con las pompas escarlatas de la hoguera y el auto de fe, en la luz de la vida nueva, en la gloria de la intelectualidad, libre de las taras vergonzosas que ahora contribuyen al des-*

crédito de la doctrina", o sea, lo mismo que deseaban las personas, católicas o no, dotadas de algún espíritu religioso, que no han podido hacer causa común con una insensata clerecía más pagada de la forma que no del fondo de las cosas y exactamente lo contrario de lo que practican aquellos que, una vez más, "*por la fuerza, de manera koránica*" —son palabras suyas— han sentado los reales de su fanatismo en España. Oigase cómo se escandalizaba Rubén en caso que guarda puntos de semejanza —¡oh manes de Durango y Guernica!— con los de la guerra civil:

Se grita: ¡Guerra Santa!
acercando el puñal a la garganta
o sacando la espada de la vaina;
y en el nombre de Dios
casas de Dios, de Reims y de Lovaina
las derrumba el obús cuarenta y dos.
(PAX)

No deja de ser notable que a la trascrita frase rubeniana "*en la gloria de la intelectualidad*" se respondiera en las aulas salmantinas con el ya histórico: "*Muera la inteligencia*". Ni estará de más recordar que al final de su vida, cuando predicaba la paz en Nueva York, confesaba Rubén: "*Creo en el Dios que anima a las naciones trabajadoras y no en el que invocan los conquistadores de pueblos y destructores de vidas*". Por clara que esté a la luz que arroja el panorama actual esta verdadera *profesión de fe democrática* —formulada de diversas maneras en otras ocasiones—, aun lo está más, en lo tocante a España, si se recuerda que el artículo primero de su Constitución republicana hace una profesión de fe semejante al definir así la sustancia política española: "*España es una república de trabajadores*". Y que Franco y secuaces, *conquistadores* jactanciosos y despiadados *destructores de vidas*, no sólo expresaron su decisión de fusilar a media España sino que lo han estado cumpliendo.

Lo referente al "*panamericanismo*", está, si cabe, todavía más claro.

A comienzos de siglo, arrastrado por el clamor que en Hispanoamérica suscitó la política imperialista del Presidente de los Estados Unidos, no contra los yanquis, volva-

mos a insistir, sino contra su abusivo entrometimiento, escribió Rubén su célebre ODA A ROOSEVELT. Años después, ya que no le es dado suprimirla, la conceptuará, para restarle importancia, de "*inocente dardo lírico*". De esa misma época y estado de espíritu proceden la SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA, vibrante exaltación de lo hispánico, y algunos poemas satélites. Pero poco más tarde (1906) compone en Río su SALUTACIÓN AL AGUILA, cuyo título, opuesto deliberadamente a la SALUTACIÓN anterior, revela a las claras su voluntad de rectificar algunos de los conceptos en ésta vertidos, por atentadores, en cuanto demasiado hispanistas de España, contra el destino americano. Lo deliberado del propósito resalta aún más en el importantísimo prefacio del CANTO ERRANTE, donde tuerce Rubén para siempre el curso de su poesía, prefacio que comienza con el elogio de ese mismo Teodoro Roosevelt antes imprecado. Así pretende acallar, sin duda, las impertinencias contenidas en el prólogo de CANTOS DE VIDA Y DE ESPERANZA.

Lo que en la SALUTACIÓN AL AGUILA se dice no deja, como es de sobra sabido, lugar a interpretaciones. Bastará, pues, transcribir esta estrofa para que nos sirva de agente de ilación y de término de comparación más adelante:

Aguila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas.
Los Andes le conocen y saben que, cual tú, mira al Sol.
May this grand Union have no end! *dice el poeta.*
Puedan ambos juntarse en plenitud, concordia y esfuerzo.

Poco después escribe su EPÍSTOLA A MADAME LUGONES donde, contra lo que, falseando la verdad, afirma nuestro invectivador, *no rectifica Rubén absolutamente* nada, sino que se limita a referir en tono frívolo, escépticamente desenvuelto, el indicado para que no se le guarde excesivo rigor por su cambio de convicciones, el viaje que acaba de realizar al Brasil y su asistencia a una jira panamericanista. ¿Cuándo se *arrepintió* de esta su nueva posición aunque después suavizara un poco sus aparentes estridencias? Hasta su muerte continuó cultivando el campo del entendimiento continental. Cada día fué dejando más lejos su hispanismo optimista para afianzar con creciente ahinco su fe en una América futura. De tal modo que en este punto se centra verdaderamente su vaticinio. Cree

Rubén no en un hispanoamericanismo menor de edad tutelado por una nación europea, como pretende menesterosamente el nacionalismo español, sino en una Magna América, integral, bolivariana,[3] sobre la que gravitan los maravillosos destinos del alba nueva propia del Nuevo Mundo. Goza esta posición en él de raíces muy antiguas. Ahí está su largo poema de juventud EL PORVENIR donde, después de consultar el oráculo, se concluye con toda solemnidad: "*América es el porvenir del mundo*". Ahí está el mismo concepto de la estrofa transcrita de la SALUTACIÓN AL AGUILA, redactada esta vez en francés:

Crions: Fraternité! Que l'oiseau symbolique
soit nonce de fraternité dans le ciel pur.
Que l'aigle plane sur notre inmense Amérique
et que le condor soit son frére dans l'azur.

(FRANCE-AMERIQUE)

Ahí está su CANTO A LA ARGENTINA (1910), magnificando una vez más la libertad de este continente donde hallan acogida y hogar todos los perseguidos de la tierra —como por haber defendido esa misma libertad lo es hoy el pueblo español— sin excluir ni mucho menos a la raza que, por encarnar un principio universal, puede considerarse como la piedra de toque de las naciones: Israel.

"Cantad, judíos de la pampa...
... con voz de vuestro corazón:
¡Hemos encontrado a Sión!"

Pues bien: en ese CANTO A LA ARGENTINA figuran los mismos fraternales conceptos:

¡Gloria a América prepotente!
Su alto destino se siente
por la continental balanza
que tiene por fiel el istmo:
los dos platos del continente
ponen su caudal de esperanza
ante el gran Dios del abismo.

---

[3] "*Oh, tú! proto-Cóndor de nuestras montañas*", llamó Rubén a Bolívar en un canto que no terminó. Recuérdese su "*Aguila, existe el Cóndor*". Ve. ALBERTO GHIRALDO. *El Archivo de Rubén Darío.* Santiago de Chile, 1940.

Para ir hacia lo venidero,
para hacer, si no el paraíso,
la casa feliz del obrero
en la plenitud ciudadana,
vínculo íntimo eslabona
e ímpetu exterior hermana
a la raza anglo-sajona
con la latino-americana.

Ahí está en las postrimerías de su vida su poema PAX (1915), leído en la Universidad de Columbia, en que se remachan, y esta vez testamentariamente, sus invariables creencias. ¿Qué es lo que rectifica una estrofa como la que a continuación se trascribe, una de las últimas que compuso Rubén si no la última, verdadero canto de cisne con que se contesta a la pregunta que antaño formuló sirviéndose de los enigmáticos cuellos de LOS CISNES: "*¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?*"

Paz a la inmensa América. Paz en nombre de Dios.
Y pues aquí está el foco de una cultura nueva
que sus principios lleve desde el Norte hasta el Sur,
hagamos la Unión viva que al nuevo triunfo lleva;
The Star Splanged Banner, *con el blanco y azur...*

¿No se repite acaso el contenido exacto de la referida estrofa de la SALUTACIÓN AL AGUILA? La única diferencia es que, por arte de magia poética, el águila y el cóndor se nos han trasmutado en banderas, imagen cara a Walt Whitman. Por lo demás ni siquiera faltan sus palabras en inglés tomadas esta vez del himno nacional de los Estados Unidos, como antaño, en otro verso de la misma SALUTACIÓN se tomaron del lema que ostenta la filacteria de su escudo: *Et pluribus in unum.* ¿Será este acaso el modo de retractarse con *hermosa sinceridad?*

En resumen: Rubén no concibe sus esperanzas en una panamèricanidad puesta al servicio del imperialismo yanqui, mas sí en la libre América, en el Nuevo Mundo de Paz y de Concordia que abarca, para ponerlas al servicio del Hombre, de Norte a Sur todas las latitudes. Nuevo Mundo en el que los valores hispánicos gestados por los dieciocho cachorros del león español, alcancen el soberano desarrollo a que les predestina la naturaleza misma de sus gérmenes. En eso mismo creemos desde antiguo algunos

españoles que hoy volvemos a encontrarnos en este continente nuevo, con la seguridad de que el ideal previsto por Rubén logrará cumplimiento precisamente a través del holocausto del pueblo español. Porque si Norteamérica dispone de grandes recursos económicos, Hispanoamérica, ungida por la muerte de su Madre España, heredera de los verdaderos ideales democráticos que en ella se encarnaban y que fueron causa de su sacrificio, posee, además de una inmensa potencialidad material todavía inexplotada, el espíritu vivificante de un mensaje susceptible, aunque todavía incomprendido, de dar forma a la "*cultura nueva*". Y a ello se deberá no sólo que *tantos millones de hombres* sigan hablando español, sino que tal vez lleguen a pensar en español incluso los que hoy hablan inglés.

Fundamentalmente no se equivocaba, pues, Rubén Darío, aunque su visión adoleciera aún de cierta confusa penumbra, cuando ensalzaba la virtud de la estirpe y del alma española capaz de las más encumbradas heroicidades, anunciando su resurrección al anunciar el "*reino nuevo*" tras un "*vasto social cataclismo sobre la faz del orbe*". Y entre uno y otro término, como se verá en seguida, se sitúan sus profecías apocalípticas, esos leitmotivos que de cuando en cuando suben desde los abismos del tiempo a la superficie de su obra.

RUBEN, CABALLERO AGUILA

La personalidad poética de Rubén Darío poseía un alcance muy superior, sin duda, al que su mismo ser consciente llegaba a suponer. Era mucho más que un renovador técnico de la lírica castellana, más que un versificador en cuyos labios se daban cita, junto a ciertos logros del simbolismo francés, la opulencia verbal e imaginativa de Góngora, el refinamiento expresivo, lindando con lo inefable, de San Juan de la Cruz. Rubén, en contacto con una profunda realidad poética, fué movido, como Virgilio, por un flujo de anticipaciones. En su obra se perfila a retazos en apariencia inconexos todo un sistema relacionado con un inminente Mundo Nuevo.

Mediante la *visión directa e introspectiva de la vida y de una supervisión que va más allá de lo que está sujeto a las leyes del general conocimiento* propias de esos "*rompeolas de las eternidades*" que son, según él, los poetas, resultaba evidente para Rubén la proximidad de una fuerte catástrofe histórica. Desde el principio hasta el fin de su obra se repite de cuando en cuando este ritornelo comparable a los ruidos subterráneos precursores de los grandes cataclismos:

Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y algo se inicia como vasto social cataclismo
sobre la faz del orbe.

(Salutación del Optimista)

Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.
Un soplo milenario trae amagos de peste.
Se asesinan los hombres en el extremo Este.

La tierra está preñada de dolor tan profundo
que el soñador, imperial meditabundo,
sufre con las angustias del corazón del mundo.

Verdugos de ideales afligieron la tierra,
en un pozo de sombra la humanidad se encierra
con los rudos molosos del odio y de la guerra.

(Canto de Esperanza)

¿Qué hay de nuevo?... Tiembla la tierra.
En La Haya se incuba la guerra.
Los reyes han terror profundo.
Huele a podrido en todo el mundo.

(Agencia)

Falta la terrible trompeta.
Mas oye el alma del poeta
crujir los huesos del planeta.

Al ruido terráqueo, un ruido
se agrega, profundo inoído...
Viene de lo desconocido.

(Santa Elena de Montenegro)

Por otra parte, no es posible dudar sobre el carácter de las postrimerías que ocasionaban los terrores de Rubén. La insistencia con que a partir de cierta época de su vida se repiten a lo largo de su obra las alusiones al Apocalipsis de San Juan revela que, en su sentir, esta inminente catástrofe se emparentaba con el final de un ciclo: aquel a que corresponde la *revelación* del evangelista. Por las brumosas aguas rubenianas surca, haciendo mugir sus sirenas, un fin de mundo que si no acierta a definirse en modo directo, da testimonio de su realidad por medio de esos subterfugios expresivos que la técnica del psicoanálisis ha puesto en evidencia.

¿Ha nacido el apocalíptico Anticristo?
(CANTO DE ESPERANZA)

Y tu caballo blanco que miró el visionario
pase. Y suene el divino clarín extraordinario.
(CANTO DE ESPERANZA)

Un gran Apocalipsis horas futuras llena.
¡Ya surgirá vuestro Pegaso blanco!
(MIENTRAS TENÉIS)

Aguila que estuviste en las horas sublimes de Pathmos.
. . . .
Por algo estás presente en los sueños del Apocalipsis.
(SALUTACIÓN AL AGUILA)

Van rebaños dolientes . . . Van
visiones de duelo y afán
cual vió en su Apocalipsis Juan.
(SANTA ELENA DE MONTENEGRO)

En alguna parte se ha visto
el palacio del Anticristo.
(AGENCIA)

Nuestro siglo eléctrico y ensimismado,
entre fulgurantes destellos,
verá surgir a Aquel que fué anunciado
por Juan el de suaves cabellos.
. . . .
Y Abbabon, Appollon, Exterminiana— que es lo mismo—
surge de entre las páginas del libro del Abismo.



ARTE AZTECA. El Caballero Aguila



GRECO. Laoconte en Toledo

. . . .

Y que cuando del apocalíptico enigma
surja el caballo blanco con resplandor y estigma . . .

(PAX)

Si ha de sacarse alguna consecuencia sobre el significado del estado obsesivo que revelan tantas y tan concretas alusiones, ésta no puede ser sino que para el poeta hispánico la dialéctica histórica que estructura los tiempos se formula del siguiente modo: *tesis,* Cristo; *antítesis,* Anticristo; *síntesis,* superación de carácter confuso y espíritu caritativo sin otra referencia que el divino Caballero del Apocalipsis correspondiente a la segunda Venida, al *alba,* a *una cultura nueva*. . . Y que la época de antítesis, sentida por él como inminente, puede coincidir con los actuales tiempos de catástrofe. No deja de ser, por cierto, sumamente notable —y divinamente poético— que, surgiendo del inconsciente universal, la insistencia apocalíptica de Rubén se haya visto hoy realzada por la aparición en la superficie histórica de un elemento sintomático tan inesperado como es la auténtica águila del Apocalipsis en que desde 1936 ha quedado envuelto el escudo de la España de fin de mundo. . . Los versos se le hubieran erizado de espanto hoy a Rubén.

Por otra parte, si se pidiera a la obra de nuestro poeta alguna indicación para fijar concretamente la fisonomía del elemento antitético que ocasiona sus terrores, habría que aceptar como buena aquella frase de su ESPAÑA NEGRA —precisamente— en que, tomando como referencia a Nietzsche, afirma que el anticristo es alemán. ¿Y cómo no recordar en este punto, investigando la posible actuación del Anticristo, la impresionante premonición contenida en su poema A FRANCIA donde se anuncia la tormenta del lado del "*férreo Berlín*", con una nueva alusión apocalíptica: "*Hay algo que viene como una invasión aquilina*"?. . . ¿No sugieren todos estos elementos el posible sentido de los acontecimientos actuales?

Los pavores típicamente milenaristas de Rubén Darío estaban lejos de ser absolutos. Su fin de mundo no es un fin planetario sino un final de época histórica. El divino más allá no se sitúa en un lugar abstracto sino en esta

misma superficie terráquea, coincidiendo en esto plenamente con la revelación poética del Apocalipsis. Siempre permanece enhiesta la *mágica*, la *inmensa esperanza.* En su CANTO A LA ESPERANZA, clave gravitatoria de sus CANTOS DE VIDA Y ESPERANZA, se centra este aspecto esencial de su vaticinio. Tras los furores apocalípticos se siente palpitar el más allá consolador de un Nuevo Mundo. Toma este sentimiento diversas formas. Si en alguna época de su vida se adaptó a un concepto sibilino como cuando anuncia virgilianamente la proximidad de *"un reino nuevo"*, adopta más tarde una forma de índole religiosa al referirse a la segunda venida o nacimiento de la realidad nueva mediante una metáfora cristiana: *"Hacia Belén la caravana pasa"*. Sin embargo, la imagen más insistente es la más certera y característica —apocalíptica también—, la de la luz: *"la gran alba futura"*, *"el alba de oro"*, etc. Sólo en la extremidad de su vida revisará el concepto para racionalizarlo definiéndolo como *"una cultura nueva"*, cuyo foco se sitúa en América.

Infiérese de aquí que, según la composición de lugar que de manera más o menos oscura obra en la mentalidad de Rubén, en Europa se ubica el fin de ese mundo cuya personificación anticristiana procede del germanismo. Por el contrario, el comienzo del sintético mundo nuevo o reino del hombre, corresponde, ya lo vimos, al continente americano donde se han aglutinado en universal síntesis biológica todas las razas del planeta: con las autóctonas, las europeas, asiáticas y africanas. Su concepto neomúndico abarca para Rubén, de norte a sur, el territorio íntegro del hemisferio oeste. América es, en su sentir, una entidad plena, sobre todo proyectada hacia el futuro. Cree en una cultura continental que implica la modificación de los cimientos más antiguos. Sobre el nacionalismo constrictor de la época moderna, sobre el internacionalismo desparramado, indiferenciado e inorgánico de las doctrinas económicas cuando se las contempla en su absoluto, para el poeta Rubén Darío adquiere realidad cultural el nuevo continente. Su presentimiento coincide con lo que en los días actuales resulta ya más fácil percibir: que diferenciándose decisivamente del occidentalismo, la apetecible

universalidad necesaria para el esplendor de lo humano exige como condición previa la articulación de los distintos bloques territoriales una vez que cada uno de ellos haya llevado al ápice su particularidad propia. Porque una pirámide sólo deja de ser trunca cuando cada una de sus caras alcanza su pleno desarrollo reuniéndose con las demás en el punto cúspide. Y la pirámide universal, en cada uno de cuyos triángulos se inscribe el ojo de la Conciencia, requiere para realizarse la independencia diferenciada de América en cuyo vientre ha de acrisolarse el rumbo hacia la universalidad. Del mismo modo, para llegar a conocer geográficamente el globo terráqueo, fué necesario que este continente se conociera —se descubriera y conquistara— cuando surgió maravillosamente de las ondas ante los ojos atónitos de los buscadores del Asia.

A propósito del Nuevo Mundo presentido por Rubén hay algo sumamente interesante que consignar: su carácter específico, la esencia de su realidad que es una esencia poética. ¿No dice la Poesía personificada en Rubén: "*es mía el Alba de oro*", confirmando lo que en años anteriores había enunciado al hablar de la salida del sol en "*un triunfo de liras*", etc.? Rubén que cree en la *supervisión* poética, en algo que en cierta manera puede emparentarse con el *superrealismo* en cuanto supone un modo de conocer superior adecuado a una realidad superior, contempla el porvenir, el mundo de la Realidad, como algo privativo del Poeta. Hasta la naturaleza de la verdadera actividad humana característica de ese mundo es profundamente otra. Oigasele: "*La actividad humana no se ejercita por medio de la ciencia y de los conocimientos actuales, sino por el vencimiento del tiempo y del espacio. Ya lo he dicho: es el Arte el que vence al espacio y al tiempo*". ¿Qué puede ser esto sino el enunciado de una cuarta dimensión o dimensión poética, divina, identificable con la realidad humana? El mismo contesta a esta pregunta al afirmar: "*Como poeta no he claudicado nunca, pues siempre he tendido a la eternidad*".

Importa que quede esto bien sentado. El mundo nuevo correspondiente a América pertenece, según lo que puede deducirse de las afirmaciones de Rubén Darío, al Poe-

ta. En otros términos: el mundo de superación del ciclo histórico presidido por el Apocalipsis, es un mundo esencialmente poético dotado de una *Conciencia poética.* Coincide, pues, de un modo perfecto con una idea que por diferentes caminos se hace clara y patente: la Poesía es la superación natural de la religión, esa religión tan poco definida de Rubén. La Poesía es la esencia de la *nueva ciudad*, edificada sobre un verdadero concepto de justicia social, "*tras un vasto social cataclismo*", cuyo emplazamiento radica en el continente americano.

Puesto que el mismo Rubén al sacar tanto a relucir el Apocalipsis parece darnos licencia para ello, obsérvese de paso que el nombre apocalíptico de esa *nueva ciudad*, JERUSALEM, significa *visión de paz.* Aunque no sea ésta ocasión de insistir sobre ello, percatémonos que tal enunciado coincide con el tema poético de América, bañada por el Océano Pacífico. ¡Cuán congruente, poéticamente hablando, parece entonces que Rubén Darío elevara cantos a la paz americana —"*Cantaré la paz sobre todo*"— llegando a sentar que "*la paz es la única voluntad divina!*"

¡Paz a la inmensa América, paz en nombre de Dios!

Más aún; cuando dice: "*el* (porvenir) *de todas las naciones de nuestra América está en la paz; seguramente una paz armada que asiente el equilibrio*" no sólo previene un consejo útil para los momentos actuales sino que se conforma a la gran tradición. De este modo, fué edificado por el pueblo elegido el Templo significante de aquella auténtica *visión de paz* llamada JERUSALEM, con los instrumentos de trabajo en una mano y la espada defensiva en la otra.[4] Oigase su imploración angustiada:

¡Oh pueblos nuestros! ¡Oh pueblos nuestros! Juntáos
en la esperanza y en el trabajo y la paz.
No busquéis las tinieblas, no persigáis el caos
y no reguéis con sangre nuestra tierra feraz.

Sí, óigasele de norte a sur. ¿No es acaso éste el momento de oír esa voz que si alguna vez proclamó la inhumanidad de "*la paz con que sueñan ilusos profetas*", especificó

---

[4] NEHEMÍAS, IV, 16-18.

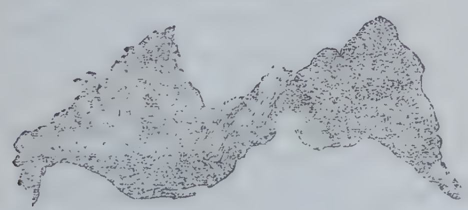
más tarde en su CANTO A LA ARGENTINA: *"Guerra, pues, tan sólo a la guerra?"*

*

A este respecto vale la pena detenerse a considerar un poema clave que en las actuales circunstancias asume extraordinario interés: la SALUTACIÓN AL AGUILA. Marca, tal vez, la culminación en la obra profética de Rubén, ilustrando las afirmaciones contenidas en el prefacio de EL CANTO ERRANTE, libro a que pertenece y que está dedicado a los *Poetas de las Españas.* Está este poema dirigido en parte a los Estados Unidos en relación con los que modifica el poeta la actitud que había mantenido en tiempos anteriores. Se hace preciso decir *en parte* porque, si bien se mira, el águila a que se refiere el poema es un águila síntesis más compleja que la que figura en el escudo norteamericano. Parece, más bien, la cifra del continente entero:

Bien vengas, mágica águila de alas enormes y fuertes,
a extender sobre el sur tu gran sombra continental.

En efecto, la imagen: *sombra continental* parece aludir, en la conciencia poética de Rubén, a la forma del continente americano comparable, en cierto modo, a la sombra que proyecta un ave con las alas abiertas.



A lo largo del poema se asiste al desdoblamiento de este águila en dos elementos diferenciados: por una parte el águila imperial, jupiterina, que se identifica con la que *"tiene en Estados Unidos su asiento"*; y, por otra, el águila espiritual del Apocalipsis. A la primera se le pide que se hermane con el cóndor realizando la unión entre Norte y Suramérica. A la segunda se le apostrofa de la manera siguiente:

Aguila que estuviste en las horas sublimes de Pathmos,
Aguila prodigiosa que te nutres de luz y de azul,
como una Cruz viviente vuela sobre estas naciones
y comunica al globo la victoria feliz del futuro!

Ahora bien: ¿qué ha pasado para que el adversario del imperialismo norteamericano haya modificado su actitud hasta pedir al símbolo de ese imperialismo protección para la América latina? Se diría que el espectro bélico ha hecho su aparición en la mente de Rubén, el espectro de una guerra que atañe principalmente a los Estados Unidos y que se anuncia como necesaria:

Si tus alas abiertas la VISIÓN DE LA PAZ *perpetúan,*
en tu pico y tus uñas está la NECESARIA GUERRA.

Ya se sabe hoy, después del ataque japonés y lo que detrás de él ha venido, en qué consiste la *necesaria guerra.* Mas estos versos nos dicen que esa guerra corresponde—¡oh poética precisión increíble!—a la *visión de paz,* o sea, exactamente a la Jerusalem apocalíptica a que se refiere la otra águila convertida al volar en verdadera JERUSALEM *celeste.* —"*¡Hemos encontrado a Sión!*"—. Se descubre así la existencia de todo un mundo figurado que se organiza significativamente bajo el signo de San Juan.

El hecho de que en el escudo de España apareciera inesperadamente el águila del Apocalipsis nos sitúa ante un admirable fenómeno poético emanado del subconsciente universal, de que da testimonio, cuya significación esclarecen las palabras del poeta, aunque la persona de éste, instrumento de la realidad creadora, no se diera, claro está, cuenta de su alcance.

En resumen, se da el caso extraordinario de que en este poema se abarca íntegro, por lo que se refiere a América, el problema histórico que se debate en los días actuales. Se afirma la potencialidad favorable de los Estados Unidos; la guerra necesaria; la protección de los países de Hispanoamérica; la hermandad del Aguila norteamericana con el Cóndor del Sur; el sentido apocalíptico de la ola devastadora que rompe sobre el mundo; el significado específico de la realidad española; la victoria feliz del futuro o Mundo Nuevo el cual, ubicado en América, está llamado a propagarse por todo el orbe. Años después, en lo que pudié-

ramos llamar su testamento poético, el mismo Rubén nos dirá confirmando el aspecto más difícil de aceptar por la razón en todo lo referido:

Nuestro siglo eléctrico y ensimismado,
entre fulgurantes destellos,
verá surgir a Aquel que fué anunciado
por Juan el de suaves cabellos.

(PAX)

De este modo se integra, bajo la influencia de lo español que representa el aspecto apocalíptico, el águila que figura la forma del continente. Quiere decirse que el Aguila norteamericana se espiritualiza adquiriendo rasgos de paloma al pedírsele que traiga "*en el pico la oliva de una vasta y fecunda paz*". No puede ser más perfecta, por cierto, la coincidencia existente entre ese sentido concentrado y el que revela el glifo geográfico constituído por la *sombra continental* del águila prendida entre los dos Océanos, Atlántico (fuerza) y Pacífico (espíritu).

*

Por voluntad de las cosas se viene a parar al punto sensible: la interpretación que de Rubén, arrimando el ascua a su triste sardina, ha decretado Falange Española. A tan mísera y falsa interpretación, equivalente a un verdadero secuestro moral, se debe, sin duda, que hoy no goce Rubén en América de todo el prestigio que en realidad merece. Los secuaces del inventor patentado de la *hispanidad*, el hitleriano Ramiro de Maeztu,[5] se han filtrado por el portillo que parece ofrecerles la SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA tratando de conferir a la obra de Rubén un sentido mons-

---

[5] Véase cómo sentía el autor de *Defensa de la Hispanidad*, pretendido código espiritual hispanoamericano, según su prologuista Eugenio Vegas Latapie: "*Otro de los temas preferidos por don Ramiro era hacernos la apología de Hitler, considerándolo como uno de los más grandes políticos que ha conocido la Historia por haber impedido, juntamente con Mussolini, que el comunismo destruyera todo lo que en el mundo existe de Cultura. Su entusiasmo por el Führer es muy anterior a la llegada del nacional-socialismo al Poder*".

truoso. Suponen que la figura del poeta de América significa la afirmación violenta y sistemática de lo español frente a lo yanqui. El destino de Hispanoamérica parece reducirse, según ellos, a servir las conveniencias de un grupo español encaramado al poder en la lejana península sin tener en cuenta el circunstancial valor político y social de ambos términos históricos —España, Estados Unidos—, que frente al universo, nada tienen de absolutos. En páginas anteriores quedó la posición de Rubén suficientemente esclarecida como para que no deje lugar a dudas. Sin embargo, la interpretación falangista, con tal de alistarle en su quinta columna, no vacila en despojar al poeta del Nuevo Mundo de sus valores supremos. Contra la creencia rubeniana en América como "*porvenir del mundo*", el falangismo sigue propugnando el dominio europeo que, en vista de su incapacidad para ejercerlo, delega romano-germánicamente en Hitler y Mussolini. Contra la americana "*cultura nueva*" y su doctrina de superación luminosa propone el falangismo un regreso a siglos trasnochados. Contra su amor a la paz sostiene el imperio de la guerra. Tan opuestas son que no hay modo humano de conciliar ambas actitudes. Rubén, siguiendo las huellas de Bolívar, clama y labora por una libertad americana que el falangismo aborrece. Mas no se olvide que en el mundo coexisten hoy dos posturas distintas de lo español correspondientes a aquellas dos posiciones mentales imperantes en los tiempos de Carlos Quinto: una bélica puesta al servicio de la voluntad de imperio de Europa en su conquista material de América; otra pacífica contraria, sostenida por el utopismo de Las Casas, Vasco de Quiroga, Zumárraga, etc., en la que apunta la superación de los valores espirituales europeos y se distinguen los primeros chispazos diferenciadores del continente americano. La primera tiránica posición de dominio sobre América es hoy sostenida por el falangismo que defiende los mismos intereses del imperio alemán. Frente a ella se alza la auténtica actitud hispánica orientada hacia la superación del hombre, cuya tendencia a la universalidad ha sido refrendada históricamente por su expulsión de la península. Es claro que este segundo hispanismo arribado con exactitud de síntoma a las

playas de "*los países de la aurora*" es el único que no se halla en contradicción con el "*reino nuevo*" que Rubén preveía, mejor, el único capaz de salirse fuera de sí mismo a buscarlo. Ambos son apocalípticos. Uno se identifica con el verdugo, otro con la anunciada víctima. Uno se caracteriza por la bárbara esclavitud del yugo y las flechas que acompañan al águila en el escudo peninsular; el otro por la libertad. Uno se mueve en la inconsciencia suma; el otro se define por su propensión a la conciencia poética.

Bástanos abrir los ojos para tener de ello una nueva prueba. Por arte de magia divina otra luz maravillosa sale a iluminarnos al paso: México, la Nueva España, el único país del mundo que ha abierto por completo sus alas a la trasmigración española, ostenta un águila por escudo. Un águila matando a una serpiente. ¿Este águila no es aquella mágica y continental de la SALUTACIÓN de Rubén, aquella águila sintética saturada de valores espirituales? Porque la serpiente ¿no es acaso la personificación diabólica por antonomasia, el tenebroso símbolo del dolo y de la inconsciencia? En todo caso, el monstruo anticristiano se describe en el Apocalipsis como "*aquella serpiente antigua*", cuya cabeza ha de ser quebrantada por la mujer a la que se otorgan, en el mismo libro, alas aquilinas.[6] Sublime coherencia, pues, coherencia tetradimensional en cuanto que implica el trastrueque de las realidades menos discutidas por la razón, el "*vencimiento del tiempo y del espacio*": mientras la vieja España blasona de su águila apocalíptica con su significativo aditamento de yugo y flechas, el escudo de la Nueva España, a donde se ha trasladado la representación de la España victimada, ofrece un águila de libertad vencedora de los anillos de la serpiente. Un águila de más allá, heraldo del "*reino nuevo*". Para mayor estupor este águila, centro así mismo de una leyenda religiosa relacionada, como el Apocalipsis, con

[6] Notable es el hecho de que la imaginería mexicana cuente con una representación frecuente, insólita en cambio en Europa: la Virgen con alas o Virgen del Apocalipsis. La trasposición, deliberada o no, del águila del escudo al plano religioso sirviéndose del texto apocalíptico, parece muy verosímil. El valor sintomático de este hecho está lejos, por otra parte, de ser despreciable.

la construcción de la *ciudad*, no es occidental sino autóctona, de origen muy anterior a la conquista. Su sola presencia, al encajar perfectamente con las otras, da testimonio de la existencia allende occidente, de un principio poético universal en el que coinciden europeísmo y americanismo. (*"Donde se hallare el cuerpo se juntarán las águilas"*[7]). Más aún; es éste —con el del Perú—, principal símbolo heráldico precolombino, constituyendo, por consiguiente, la representación genuina del continente americano en cuyo porvenir se sitúa el vencimiento de la serpiente. Continente poético, del Amor, sobre México parece recaer el acento de esta América del futuro. Aquí está, sin duda, el Nuevo Mundo, *"foco de una cultura nueva"*, una vez traspuesto el *"vasto social cataclismo"* que se anuncia *"sobre la faz del orbe"*. Lo corrobora el Sol del Perú. El Sol del *Alba de oro*.



Excelente ocasión para subrayar cómo, en íntimo y significativo acuerdo con su presunta naturaleza de fin de mundo, este signo imaginario cierra lo que pudiera denominarse el *ciclo histórico de la serpiente*. Sería el broche que muerde los dos extremos. Una serpiente al principio, en el apólogo edénico que traduce el complejo de culpabilidad propio del subjetivo occidental. Una serpiente al fin, cuando después de tantos siglos de espinas y abrojos, su mentalidad se dispone a quebrantarse y con ella el anillo de su tiempo.

Se da así el caso prodigioso de que al reunirse en ámbitos de América las dos corrientes humanas desprendidas del alfar primigenio que la ciencia ubica en Asia, la ame-

[7] Lucas, xvii, 37.



FOUQUET. San Juan en la isla de Patmos



La Virgen alada del Apocalipsis
(*Sillería de San Agustín o del Generalito. México, S. XVII*)

ricana y la europea, resulte que ciertos frutos de sus milenarias y privativas experiencias coinciden de modo no menos perfecto a como morfológica y funcionalmente coinciden los dos sexos generadores. La leyenda religiosa de la fundación de la *ciudad* de Tenoch, traduciendo sin duda los deseos subconscientes de un amplio bloque colectivo, se forja en torno a símbolos idénticos, aunque de polo distinto, a los que expresan la leyenda, religiosa también, de la futura *ciudad* apocalíptica o Nuevo Mundo prometido, en cuya realidad geográfica, como un adverbio de lugar, la primera de dichas ciudades se sitúa. Ambas se caracterizan por la superación del principio viviente adherido a la superficie terráquea en beneficio del principio alado. Proceso mutativo equivalente al de la transformación mística del gusano en mariposa. A la conciencia a ras de arcilla, identificada con el instrumento corpóreo, sucede la conciencia sublimada —sobre abrojos y cactus— con su perspectiva celeste. Una y otra leyendas se acoplan dando al fusionarse testimonio de la realidad universal que resuelve, pasando del plano a la esfera, la aparente oposición de los contrarios.

No es posible atribuir a una casualidad inorgánica ésta y otras muchas coordinaciones sumamente precisas. ¿Que ello implica admitir la existencia perturbadora de un plexo imaginante e imaginado distinto, en contextura y funciones, de cuanto hasta aquí había el hombre concebido? Razón de más. Porque si alguna vez ha de existir un Mundo Nuevo, en algo sustancial tendrá que diferenciarse del antiguo. Algo aquilino ha de venir a quebrantar la mentalidad del ciclo de la serpiente. Y si el sentido de ese mundo es verdaderamente poético, por caminos de poesía tiene, sin duda, que desembocar en esa misma conciencia que durante centenares de siglos ignoró el movimiento de la tierra, la circulación de la sangre, las funciones endocrinas, el mundo de las radiaciones. . .

Elementos de tal naturaleza son precisamente los necesarios para justificar a Rubén, poeta del Nuevo Mundo, cuya personalidad se centra en la afirmación de esa neomúndica realidad que se escapa a *las leyes del general conocimiento*, la cual comienza más allá de la noción cor-

pórea de *tiempo y de espacio.* De suerte que, si su vaticinio nos permite rastrear la existencia de tales realidades, estas realidades, al confirmar sustancialmente sus afirmaciones, dan testimonio racional de la verdad a cuya presencia estuvo y está afectada la persona de Rubén.[8]

*

Después de esto ¿qué impedimentos invencibles existen para pensar que no es el hispanismo víctima, escarnecido hoy y perseguido como lo fué el crucificado, el que se adapta a la previsión de Rubén en su SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA? ¿O es que acaso el tesón heroico del pueblo español que luchó en defensa del espíritu de paz y justicia contra el mundo entero no corresponde esencialmente a la resurrección de la "*alta virtud*" hispánica? No sólo parece evidente que esta última pregunta debe ser contestada por la afirmativa sino que, en mi sentir, únicamente por el heroísmo del pueblo español que selló su testimonio con la muerte, sólo a través de este espiritual vehículo podía cumplirse el ansia de Rubén: la resurrección en un mundo más allá, es decir, en América, de la alta virtud "*que a la hispana progenie hizo dueña de siglos*".

Más aún; no hay un solo verso en la SALUTACIÓN DEL OPTIMISTA sobre que pueda apoyarse el deseo de que España execrando a Bolívar, vuelva a empuñar el cetro dominador —el yugo—, que rija a las naciones americanas. Cántase, al contrario, la pujanza y libertad de estas ra-

---

[8] Bajo el signo continental del águila y para la más Aurea de las Leyendas poéticas, estas líneas de un periódico nicaragüense del año en que nació Rubén: "*Un águila de la especie más bella (el águila real) ha sido regalada en estos días al Sr. Capitán Gral. don Tomás Martínez. Fué encontrada en las montañas de Jinotega y por su plumaje juzgaron que tendría un mes aproximadamente... Nos ha parecido conveniente hablar de esta hermosa ave, porque hasta hoy no se creía que en Nicaragua hubiese águilas y, mucho menos, águilas reales*". "La Gaceta" del 23 de Febrero de 1867. Nº 8. (Citado por Diego M. Sequeira en *Nacimiento y primera infancia de Rubén Darío.* Rev. ELITE, Managua. Año III. Nº extraordinario. Febrero 1941). Rubén había nacido el 18 de Enero de ese mismo año de 1867. El Capitán Gral. don Tomás Martínez era a la sazón Presidente de Nicaragua.

zas ubérrimas que componen la hispana progenie. Existe, pues, en los sueños falangistas una completa inversión de valores. De donde se colige que no será España nacionalista quien dictará normas a la universal América. Es América, campeona de la Libertad humana, la que alcanzando su magno desarrollo, está llamada a quebrantar el yugo español y a ganar a España para su nuevo y maravilloso mundo.

La Poesía, razón del nuevo continente, nos esclarece esto último a través de la figura viva, ya justificada, de Rubén. Porque no fué España la que realizó la revolución poética del ámbito hispánico, sino que, cuando se trató de abrir cárceles, de romper grilletes y desuncir yugos, fué Rubén Darío, el poeta del Nuevo Mundo, el verdadero Libertador. Es decir, no fué España la que influyó en América sino América la que dió horizontes de libertad a España. El sentido del esquema actual es, como se ve, exactamente el mismo. Porque aquí en este continente, no en lucha violenta contra los yanquis sino unidos a ellos en "*plenitud, concordia y esfuerzo*", oponiendo victoriosamente a su pragmatismo insignificante la espiritualidad latina —"*latina estirpe verá la gran alba futura*"— se logrará la verdadera exaltación de lo exaltable hispánico. Es decir, se conquistará el Nuevo Mundo de espíritu y materia gracias a la victimación del pueblo español, verdadero Cristo colectivo —"*parece inminente el retorno de Cristo*"— en quien se encarnaba la universal esencia democrática y cuyo ser republicano puede considerarse como una previa proyección a suelo español de la republicana América. Y esta luz de aquí ganará a España.

Rubén Darío, el poeta del Nuevo Mundo, constituye, como es lógico, la clave de esta compleja constelación de significaciones. El es aquel que ayer no más pedía, en un acto de esperanza, la venida de ese Cristo, "*con temblor de estrella y horror de cataclismo*", "*a tender su mano de luz sobre las fieras*", y de cuya realidad otro poeta del Nuevo Mundo, César Vallejo, dió con el sentido de su muerte testimonio. El es aquel que en circunstancias distintas, oponiendo el desvalimiento español a la potencia norteamericana, compuso un soneto que hasta los días actuales en que verdaderamente la humanidad entera *siente*

la soledad que padeció la justicia en España, no reveló su hondo significado. En ese soneto está ya contenida esta magna empresa del espíritu, esta suprema salida de Don Quijote dispuesto, como el Cid, a ganar batallas después de muerto; esta extraordinaria expedición consagrada al descubrimiento del Nuevo Mundo llamado en él Atlántida española. Dijérase que con el catalejo de su *supervisión poética* había ya contemplado Rubén la galera del éxodo.

España

Dejad que siga y bogue la galera
bajo la tempestad, sobre la ola:
va con rumbo a una Atlántida española
en donde el porvenir calla y espera.

No se apague el rencor ni el odio muera
ante el pendón que el bárbaro enarbola:
si un día la justicia estuvo sola
lo sentirá la humanidad entera.

Y bogue entre las olas espumantes
y bogue la galera que ya ha visto
cómo son las tormentas de inconstantes.

Que la raza está en pie y el brazo listo,
que va en el barco el capitán Cervantes
y arriba flota el pabellón de Cristo.

El mismo Rubén Darío nos reveló en qué consistía ese porvenir "*que calla y espera*" en una Atlántida española, cuando se encaró decisivamente con él en su poema El Porvenir: "*América es el porvenir del mundo*".

Ante nosotros, pues, americanos y españoles, al alcance de nuestra vida, esplende, si se da crédito a Rubén, el áureo vellocino de la aurora, el tan anhelado Mundo Nuevo. Pero hay que salir a buscarlo.

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

D I M E N S I O N   I M A G I N A R I A

Printed in Mexico.